



Heridas bajo la lluvia

Un relato de la Guerra de Cuba

Stephen Crane

*Traducción de Juan Aparicio-Belmonte
y María Ermitas Barrasa*



Lectulandia

Dos años antes de su muerte, Stephen Crane viajó como corresponsal de prensa norteamericano a la Guerra de Cuba que enfrentó a España contra Estados Unidos. Fruto de esa experiencia escribió *Heridas bajo la lluvia*, que hasta ahora jamás había sido traducida ni publicada en español. Famoso mundialmente por la novela *El rojo emblema del valor*, donde por primera vez relató con lenguaje preciso y directo los horrores de la violencia bélica, Crane retoma en *Heridas bajo la lluvia* el mismo asunto e indaga en la condición humana, sometida en las trincheras a la presión de la miseria, el hambre y el miedo. La agilidad de sus diálogos, su capacidad para crear personajes creíbles y cercanos al lector, la potencia de sus imágenes literarias y su ironía ofrecen una visión sorprendente de la Guerra de Cuba por su crudeza y modernidad. Este relato, ambientado en paisajes como la bahía de La Habana, Guantánamo o la colina de San Juan, describe la vida cotidiana de soldados y periodistas, incapaces de comprender realmente los motivos por los que se enfrentan a la muerte.

Lectulandia

Stephen Crane

Heridas bajo la lluvia

Un relato de la Guerra de Cuba

ePub r1.0

Titivillus 13.01.17

Título original: *Wound in the rain*

Stephen Crane, 1900

Traducción: Juan Aparicio-Belmonte & María Ermitas Barrasa

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

STEPHEN CRANE (1871-1900) llegó a Cuba en 1897 como enviado especial del Bachelier Syndicate de prensa norteamericano. Su misión era apoyar con sus crónicas la revuelta emprendida contra España por los insurgentes cubanos.

Por entonces tan sólo tenía 26 años, pero ya era un escritor de culto en Estados Unidos y en Europa gracias al éxito de *El rojo emblema del valor* (1895), donde narraba los horrores de la Guerra Civil Americana. La dureza y el realismo de esa novela habían impresionado a los lectores de medio mundo, hasta entonces acostumbrados a hazañas bélicas donde la gloria y el honor no dejaban espacio a sensaciones como la cobardía frente a la muerte y el desaliento ante la destrucción.

A Joseph Conrad «la lectura de aquel pequeño libro, merecedor por entonces de un reconocimiento tan ruidoso», le «causó un enorme impacto, como algo de todo punto extraordinario y digno de admiración sin reservas».

El gran escritor polaco afincado en Inglaterra era consciente de que Crane había dado un tajo definitivo a la historia de la literatura, porque a partir de entonces todas las novelas de guerra imitaron las pautas de *El rojo emblema del valor* y reconocieron el magisterio de su autor. Su influencia se percibe claramente en narradores como John Dos Passos, William Faulkner, Ernest Hemingway. E. E. Cummings, Norman Mailer o Kurt Vonnegut.

Y, sin embargo, cuando en 1865 concluyó la Guerra Civil norteamericana, Crane aún no había nacido, por lo que no pudo ser testigo directo de lo acontecido en aquellos campos de batalla. Su primer baño verdadero de fuego tuvo lugar en Cuba. Allí presencié los principales combates, algunos tan dramáticos como el asalto a la colina de San Juan. Todas esas experiencias le llevaron a escribir *Heridas bajo la lluvia* (1900), donde se evidencia que la contemplación de aquella realidad sangrienta superó con creces las expectativas más dramáticas que hubiera podido imaginar.

Los once relatos que forman *Heridas bajo la lluvia* —muchos de ellos publicados previamente en revistas literarias— contienen todos los elementos característicos de *El rojo emblema del valor*, pero ahora les añade uno nuevo, hasta entonces inédito: el papel dominante que jugaron los medios de comunicación en la Guerra de Cuba, donde jamás se consintió que la verdad estropeará un buen reportaje. Gracias a ello, el volumen adquiere una modernidad que se convierte en uno de sus ingredientes más destacados.

La prensa amarilla, capitaneada por el editor del New York Journal, William Randolph Hearst —al que Orson Welles retrataría en su película *Ciudadano Kane*—, convirtió la guerra contra España en un episodio sensacionalista con el que multiplicar la venta de periódicos. Hasta ocho corresponsales de Hearst se pelearon en la delegación del Journal en La Habana por telegrafiar a Nueva York la noticia más escabrosa sobre el conflicto. Entre ellos destacan el legendario dibujante y pintor Frederic Remington y el prestigioso reportero Richard Harding Davis. En la

primavera de 1897, cansado de la inactividad prebélica y agobiado por el calor, Remington, de común acuerdo con Harding Davis, decidió proponer a Hearst su regreso a casa. La contestación llegó con tanta rapidez como contundencia: «Permanezca en La Habana. Usted ponga las imágenes, que yo pondré la guerra».

Los reporteros del Journal de Hearst y del World de Joseph Pulitzer se codean con los personajes que Stephen Crane convierte ocasionalmente en protagonistas de *Heridas bajo la lluvia*, constantemente presionados por las ansias de noticias y rumores que demandan sus editores y redactores jefe.

Mitad informadores mitad espías propagandísticos de los intereses norteamericanos, comparten con los soldados la miseria de las trincheras, alentados por generales como Rufus Shafter o Nelson A. Miles, que se había ganado el calificativo de «sangriento» por la dureza que empleó en las guerras indias contra Gerónimo o Sitting Bull.

Crane nunca renuncia a la defensa de los intereses de su patria, pero tampoco ahorra expresiones de desprecio hacia los burócratas de Washington y, a veces, destaca el valor de los españoles, a los que hermana en el dolor con los norteamericanos.

Heridas bajo la lluvia recoge acciones bélicas contra la bahía de La Habana, el campamento McCalla de Guantánamo o la colina de San Juan pero, sin renunciar al escenario geográfico, pone el acento en el paisaje interior de los reporteros y soldados que recorren los campos de batalla, hurga en sus sueños y sufrimiento, sus bondades y sus traiciones. Algo en lo que Stephen Crane se demuestra un auténtico maestro, impregnado del compromiso ético y literario de Tolstoi, del que era un ferviente admirador.

Con un lenguaje directo de enorme expresividad, el gran novelista norteamericano hace gala de una madurez extraordinaria dada su edad, lo que no sólo le valió los elogios de Conrad sino también de Ford Madox Ford, Henry James o H. G. Wells. Su rebeldía contra la injusticia y el dolor consiguen que su versión sobre la Guerra de Cuba sea, además de un clásico de la Literatura, una de las visiones más bellas y esclarecedoras del conflicto que acabó con los últimos restos del imperio colonial español al otro lado del Atlántico y condujo a España hacia el desánimo interior y el descrédito internacional.

Crane no pudo ver el éxito de esta obra. Su defensa de la libertad, que tanto incomodaba a las autoridades conservadoras neoyorquinas, le llevó en 1897 a fijar su residencia en Inglaterra junto a su compañera Cora Taylor. Ella sería el único testigo de su muerte, ocurrida en junio de 1900 en un sanatorio de la ciudad alemana de Badenweiler, donde había ingresado aquejado de tuberculosis. Tenía 28 años.

Inédita hasta ahora en España, el novelista Juan Aparicio-Belmonte y la traductora María Ermitas Barrasa han intentado respetar el estilo directo característico de *Heridas bajo la lluvia*, una tarea no fácil si se tiene en cuenta que Crane salpica su obra de poderosas imágenes que acentúan la dureza del relato, con

guiños irónicos y modismos de su época que hoy en día son prácticamente incomprensibles. Para fijar el texto ha sido necesario recurrir a las notas que acerquen a la actualidad algunos nombres y acontecimientos.

Heridas bajo la lluvia recupera para el público español un capítulo de su historia, contado desde la perspectiva de los ganadores. Quizás el mayor logro de Crane sea demostrar que, como en todas las guerras, los auténticamente derrotados fueron la verdad y las ilusiones de los que participaron en ella.

EL EDITOR

Para Moreton Freewen, esta pequeña muestra de acontecimientos que
recuerda bien su amigo

STEPHEN CRANE

Brede Place, Sussex, Abril de 1900

EL PRECIO DEL ARNÉS

I

VEINTICINCO HOMBRES construían una carretera en lo alto de la ladera, a partir de un sendero. Las baterías ligeras de la retaguardia estaban impacientes por avanzar, pero primero era necesario realizar todas esas tareas de excavación y allanamiento que en la guerra no se premian con medallas. Los hombres trabajaban como jardineros y la carretera crecía sobre una antigua senda para animales de carga. Los árboles se arqueaban desde un campo de hierba de guinea, que recordaba al maíz joven y salvaje. El día era tranquilo y seco. Los trabajadores vestían con el habitual uniforme azul de los regulares de Estados Unidos. Pese al calor y al trabajo parecían indiferentes, casi imperturbables. Hablaban poco. De vez en cuando una reata del gobierno, encabezada por una débil y zalamera yegua con un cencerro, llegaba desde una u otra dirección y los hombres se apartaban hacia un lado mientras los animales fuertes, duros, negros y tostados se agolpaban impacientes detrás de su pequeña y singular líder.

Apareció en mitad de la labor un oficial voluntario del Estado Mayor y, sentado en su caballo, le hizo al sargento al mando algunas preguntas aparentemente irrelevantes desde el punto de vista militar.

Desperdigados en sus tareas, los hombres soltaron casi invariablemente alguna broma a medida que eran formuladas las preguntas.

Un cabo y cuatro soldados custodiaban las cajas de munición extra en lo alto de la colina, y uno de ellos a menudo bajaba a los pies de esa elevación, haciendo bailar las cantimploras.

El día dejaba paso al crepúsculo cubano, donde todas las sombras son torvas y de aspecto fantasmal. Los hombres comenzaron a levantar los ojos de los picos y las palas y a mirar en dirección al campamento. El sol arrojó un último destello sobre el follaje. La escarpada cordillera del Este se volvió azul y sin matices, como un telón. Al frente, un pequeño rubí de luz evidenciaba que la guarnición responsable de la munición estaba cocinando su cena. Desde algún lugar llegó un disparo de rifle. Aparecieron figuras oscuras entre las sombras de los árboles. Un murmullo, un suspiro de alivio contenido emergió desde el grupo de trabajadores. Más tarde remontaron la colina en formación irregular, pero siempre como soldados, incapaces

siquiera de acarrear la pala con un estilo que no delatase su condición de regulares de Estados Unidos. Mientras atravesaban algunos campos, la luz suave y blanca del final del día acariciaba los perfiles duros, bronceados.

—Me gustaría saber si tendremos algo para comer —dijo Watkins en voz baja.

—Eso espero —añadió Nolan en el mismo tono. No parecían impacientes; evidenciaban cierto temor ante la situación.

El sargento se dio la vuelta. Se podía ver el destello de su mirada fría y gris bajo el ala del sombrero de campaña. «¿De qué demonios habláis vosotros dos?», preguntó. No respondieron, entendían que estaban siendo reprendidos.

Mientras avanzaban, un murmullo surgió a ambos lados desde la hierba alta. Era el ruido del campamento de diez mil hombres, aunque desde el sendero apenas podía verse nada. El sargento condujo a su grupo por un terraplén arcilloso y húmedo hasta un campo pisoteado. Aquí se desperdigaban tiendas de campaña diminutas y blancas, que en la oscuridad eran luminosas, como las lápidas en un cementerio. Algunas hogueras ardían en color rojo sangre y las siluetas oscuras de los hombres se movían sin matices, como follaje oscilando en una noche de viento.

El grupo de trabajo continuó su camino hasta donde tenían instaladas sus tiendas. De pronto, un hombre blasfemó; había perdido algo y sabía que esa noche no lo encontraría. Watkins habló de nuevo, con la monotonía de un reloj.

—Me pregunto si tendremos algo de comer.

Martin, pensativo, mirando las estrellas, comenzaba una disertación.

—Estos españoles...

—¡Oh, no empieces! —gritó Nolan— ¿Qué narices sabes tú de los españoles, cabeza de chorlito? Mejor ocúpate de tu estómago, puerco idiota, y de si vas a meterle dentro hierba o mierda.

Una carcajada, una especie de gruñido profundo, surgió entre los hombres postrados. Mientras tanto, el sargento había reaparecido y estaba de pie, junto a ellos. «Esta noche no hay raciones», dijo malhumorado y, girando sobre sus talones, se alejó.

La noticia fue recibida en silencio. Pero Watkins se había tirado al suelo boca abajo y, con los labios cerca de una mata de hierba, comenzó a lanzar blasfemias. Martin se levantó y, yendo hacia su tienda, se arrastró dentro de mala gana. Después de un largo rato, Nolan gritó: «¡Al infierno!». Grierson, que se había alistado para la guerra, levantó una voz quejosa: «Bueno, me pregunto cuándo vamos a comer».

Desde algún lugar próximo llegó la risita débil que ironizaba sobre la ausencia de ciertas habilidades de Grierson que los otros sí creían poseer.

II

EN LA FRÍA LUZ DEL AMANECER los hombres permanecían de rodillas mientras empaquetaban, ataban las correas y cerraban las hebillas de sus fardos. El cómico pueblecito de tiendas de campaña había sido arrancado como por un ciclón. A través de los árboles podía distinguirse el rojo carmesí de las mantas de una batería ligera, cuyas ruedas crujían imitando el ruido de una batalla de mosquetes. Nolan amarró con fuerza la manta y la cartuchera a la tienda de campaña y, portando su rifle, avanzó entre un pequeño grupo que estaba terminándose con prisa una lata de café.

—¿Oye, no podríais darme un sorbito? —preguntó ansioso. Tenía la mirada triste de un mendigo huérfano.

Todos los del grupo le miraron fijamente a los ojos. Había pedido lo más valioso que tenían, su mejor tesoro. Se hizo un silencio tenso. Entonces uno dijo: «¿Para qué?». Nolan bajó la mirada y se alejó tímidamente.

Sin embargo, divisó a Watkins y Martin rodeando a Grierson, quien había conseguido tres galletas gracias a su audaz inexperiencia. Grierson se defendía lloroso de sus camaradas. «No seáis cerdos», gritaba. «Esperad un minuto». Nolan también intervino. Grierson gimió. Arrodillándose piadosamente dividió las galletas en cuatro porciones con minucioso cuidado. Los hombres, que habían permanecido con las cabezas juntas, como jugadores observando la ruleta, se incorporaron de pronto, todos ellos masticando. Nolan intercaló un trago de agua y suspiró satisfecho.

Todo el bosque parecía estar moviéndose. Una columna de figuras azules se desperdigaba lentamente desde la pradera al otro lado de la carretera; la batería crujía al frente; de la retaguardia llegaba el rumor de los regimientos al avanzar. Entonces, a una milla de distancia, se escuchó el sonido de un disparo, luego otro; en seguida los rifles estaban tronando, tronando, tronando. La artillería bramó de pronto. Acababa de comenzar un día de batalla.

No hubo exclamaciones. Los hombres giraron los ojos en la dirección del sonido y luego barrieron de un vistazo tranquilo los bosques y las colinas que los rodeaban, bosques implacablemente misteriosos y colinas que le daban a cada disparo de rifle esa cualidad ominosa propia del asesinato oculto. Toda la escena les habría sugerido a los soldados rasos la idea de emboscadas, súbitos ataques desde los flancos, terribles desastres si no fuera por esos fríos caballeros con charreteras y espadas, que —los soldados rasos lo sabían— eran de otro mundo, omnipotentes en su trabajo.

Los batallones se movieron hacia el barro y comenzaron una lenta marcha bajo la sombra húmeda de los árboles. El avance de dos baterías había transformado la tierra negra en un formidable engrudo. Las polainas marrones, manchadas con el barro de otros días, adoptaron un color más oscuro. El sudor empezaba a brotar de las caras enrojecidas. Con la pesada manta enrollada y la mitad de la tienda de campaña cruzadas en el hombro derecho y bajo el brazo izquierdo, cada uno parecía estar siendo asido desde detrás por un par de brazos blancos y gruesos, estilo lucha libre.

Había algo singular en la forma en que portaban los rifles. Tenían un aire de cazador añejo, el aire del hombre que ha convertido el rifle en un apéndice de su cuerpo. Además, casi cada camisa azul estaba remangada por encima del codo, destapando unos antebrazos de musculatura prácticamente increíble. Los rifles parecían ligeros, frágiles en las manos que remataban esos brazos, que nunca eran gordos, sino siempre musculosos y con venas que parecían a punto de reventar. Otra cosa eran el silencio y la maravillosa impasibilidad de los rostros mientras la columna continuaba su lento avance hacia el lugar donde el bosque chisporroteaba y se agitaba con la batalla.

Oportunamente, el batallón había hecho un alto a la orilla de un arroyo y, antes de ponerse de nuevo en movimiento, los hombres habían rellenado sus cantimploras. El fuego aumentó. Al frente y hacia la izquierda, una batería bramaba a intervalos regulares; mientras, el ruido de la infantería era ese tamborileo permanente que a menudo acaba sonando como la lluvia sobre un tejado. Justo al frente se podían escuchar las voces profundas de las piezas de campaña.

Algunos cubanos heridos eran transportados en camillas improvisadas con hamacas enrolladas en palos. Uno tenía un espantoso corte en la garganta, probablemente por culpa de un fragmento de granada, y su cabeza estaba ladeada como si la providencia hubiera tenido un interés especial en mostrar la ancha y extensa herida a la larga columna que se dirigía hacia el frente. Otro cubano, herido por un disparo en la ingle, mantenía un lamento persistente mientras se balanceaba al ritmo de sus portadores. «¡Ay, ay! ¡Madre mía! ¡Madre mía!». Cantaba esa balada amarga en los oídos de al menos tres mil hombres, que lentamente dejaban pasar a los camilleros por el estrecho camino del bosque. Para la mayoría del ejército que avanzaba, estos insurgentes heridos eran los mensajeros visibles de la sangre y la muerte y los hombres los contemplaban con un temor meditabundo. Este angustioso y lloroso lamento, «madre mía», era una desgracia tangible, consecuencia de ese fuego que se producía por delante, en el que sabían que pronto estarían inmersos. Algunos deseaban preguntar a los camilleros las circunstancias de lo que había ocurrido, pero no hablaban español; de manera que era como si el destino hubiera sellado intencionadamente los labios de todos, para que ni siquiera la más exigua información pudiera filtrar nada concerniente al misterio de la batalla. En la otra cara de la moneda, muchos soldados rasos inexpertos contemplaban a los desafortunados como si ya hubieran visto a miles de hombres igualmente mutilados y heridos, y no eran capaces de encontrar un significado ulterior en tales escenas.

Un joven oficial pasó a lomos de su caballo. La voz cubana seguía con su lamento, pero el oficial rebasó a los camilleros sin prestarles la mínima atención. Y eso que nunca había visto nada semejante. Su caso era distinto del de los soldados rasos. No prestó atención porque estaba ocupado, enormemente ocupado, y con multitud de razones y deseos se apresuraba a cumplir con su tarea a la perfección. Toda su vida había sido un mero ensayo para afrontar esta situación y, aunque era

muy ignorante, conocía cuál era su obligación como oficial. Esta clase de hombre podía ser estúpido; era probable que en casos aislados algunos bultos de su cerebro estuvieran compuestos enteramente de madera, pero esas tradiciones de fidelidad y coraje que habían llegado hasta él de generación en generación, y que había preservado con tenacidad a pesar de la persecución de legisladores y de la indiferencia de su país, hacían que de manera increíble él nunca dejara de dar lo mejor de sí en la batalla, su mejor sangre y su mejor pensamiento para su general, para sus hombres y para sí mismo.

Y así, este joven oficial del sombrero deformado y la camisa sucia y rasgada no hizo caso de los lamentos de los heridos, casi como el peregrino que no presta atención al mundo cuando alza su rostro iluminado hacia su propósito —su propósito acertado o equivocado—, su ideal supremo del deber; y lo maravilloso de esto es que se guía por un ideal que él solo ha creado y ha protegido en soledad de cualquier ataque. El joven era simplemente un oficial del ejército regular de los Estados Unidos.

La columna osciló a través de un vado poco profundo y tomó una carretera que bordeaba el flanco derecho de una de las baterías americanas.

En una colina se producía el estruendo y la erupción de grandes nubes de humo blanco. La infantería miró hacia arriba con interés. Reunidos bajo la colina y detrás de la batería estaban los caballos y los arzones de artillería, los jinetes comprobando sus gastadas monturas, y detrás de cada jinete una manta roja brillaba contra el verde ferviente de los arbustos. Mientras la infantería avanzaba por la carretera, algunos de los caballos se giraban hacia el ruido de las pisadas y examinaban a los hombres con ojos profundos como pozos, ojos serenos, melancólicos, generosos, iluminados por una congoja que tenía algo de filosofía, de religión del propio sacrificio —¡oh gallardos, gallardos caballos!

—Conozco a un tipo de esa batería —dijo Nolan, meditabundo—. Un conductor.

—Visto lo visto, preferiría ser un maldito artillero —dijo Martin.

—¿Por qué? —le replicó Nolan.

—Bueno, probaría a ser artillero antes que sentarme sobre un rocín escuálido y que me dispararan.

—Eh... —comenzó Nolan.

—Han tenido algunas bajas hoy —le interrumpió Grierson.

—¿Caballos? —preguntó Watkins.

—Caballos y también hombres —dijo Grierson.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó un tipo cerca del vado.

Esta discusión ocupó sólo una parte de sus mentes, porque ya podían escuchar, alta en el aire, la retahíla metálica de las balas enemigas.

III

EL CAMINO QUE TOMÓ este batallón, mientras seguía a otros, tiene menos de una milla de tramo a través de una llanura densamente arbolada. Ahora está muy cambiado; de hecho, sufrió una metamorfosis en dos días; pero en aquel tiempo era una simple senda que cruzaba una densa fronda de la que emergían grandes, majestuosos árboles abovedados. En realidad era un sendero que atravesaba la jungla.

El batallón había dejado atrás la batería, en la retaguardia, cuando las balas comenzaron a volar sobre sus cabezas. Producían muchos sonidos diferentes, pero como eran principalmente disparos muy altos, lo habitual era que provocaran la nota desmayada de una cuerda vibrante, tocada elusivamente, medio soñada.

El globo aerostático militar, una cosa gorda, vacilante y amarilla, comandaba el avance como un nuevo dios de la guerra. Su masa hinchada brillaba sobre los árboles y, de paso, servía para indicar a los hombres de la retaguardia que sus camaradas estaban avanzando.

El camino exhibía en toda su longitud una procesión cerrada de soldados azules con los pechos cruzados por tiendas de campaña blancas. La primera orden ominosa de batalla recorrió la fila. «No uséis la recámara hasta que no se os ordene».

Oficiales improvisados repitieron la orden bruscamente. El sonido del chasquido de los seguros recorrió la columna. Todos los hombres sabían que había llegado la hora.

Un rugido de fuego como de escaramuza irrumpió en el frente. El globo estaba marchitándose, sufriendo una muerte pública frente a los ojos de los dos ejércitos. Se estremeció, se hundió, se desvaneció entre los árboles, en medio de la agitación de la batalla, que de repente era como una tormenta tremenda.

La batería americana tronó detrás de los hombres con sacudidas que parecían capaces de hacerles perder el juicio. La metralla española cayó en línea hacia su izquierda, silbando y girando a una velocidad sobrenatural. El ruido de las balas de rifle rompió en sus caras como el sonido de varias bombillas, o pasó raudo sobre sus cabezas como veloz y cruel escupitajo. Y por delante, el sonido de la batalla, como si fuera simplemente música, comenzaba a crecer y a crecer hasta que las descargas sonaban como olas de mar.

Los oficiales gritaron con voz ronca.

—¡Vamos soldados! ¡Rápido, muchachos! ¡Vamos ahora! ¡Daos prisa! —Los soldados, corriendo pesadamente con sus avíos, se lanzaron hacia adelante. Rápidamente eligieron un guardián de equipajes; los hombres arrancaban los bultos de sus hombros como si éstos estuvieran ardiendo. El batallón, desnudado para la acción, se lanzó de nuevo hacia adelante.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Para ellos la batalla todavía era simplemente un camino por el bosque, poblado de tropas que agachaban sus cabezas con ansiedad mientras las balas volaban por

encima. Pero enseguida la columna giró abruptamente hacia la izquierda y entró en un campo de hierba verde, alta. La fila se desparramó en una formación de escaramuza. Delante tenían una serie de oteros, arbolados aquí y allá como huertas; y aunque no se veía al enemigo, todos estos oteros escupían fuego de rifle. En algunos lugares se apreciaban largas franjas grises de barro, trincheras. Los obuses americanos levantaban nubes de polvo rojizas en la cima de uno de los oteros, donde se erigía una casa con forma de pagoda. No parecía una batalla de hombres; era una batalla con algo de escenario encantado, enigmáticamente eficaz para la muerte.

Nolan se dio cuenta de que Martin había caído.

—Qué... —empezó a decir.

—Me han dado —dijo Martin.

—¡Demonios! —exclamó Nolan.

Martin permanecía tirado en el suelo, apretando su antebrazo izquierdo justo por debajo del codo con toda la fuerza de su mano derecha. Sus labios estaban fruncidos tristemente. No parecía saber qué hacer. Continuó mirando su brazo.

De repente, las balas se dirigieron bajas hacia ellos con mucha intensidad. Los hombres se arrojaron sobre la hierba, boca abajo. Nolan dejó de pensar en su amigo. Por extraño que parezca, se sintió como si estuviera escondiéndose bajo una cama, convencido de que no podría alzar la cabeza sin ser alcanzado por un disparo, de la misma forma que alguien que se esconde bajo una cama está seguro de que no puede levantar la cabeza sin darse un golpe.

Un teniente estaba sentado en la hierba justo detrás de él. Adoptaba esa postura indiferente, y sin embargo rígida, del que en un *picnic* mantiene su plato en equilibrio sobre las rodillas. Hablaba en tono suave, paternal.

—Ahora no os mováis. Estamos bien aquí. Tan seguros como en una iglesia... Están disparando alto... No os preocupéis... Están disparando alto. Les hemos zumbado y no pueden disparar recto. No os preocupéis.

Desde un cielo pálido, el sol quemaba ininterrumpidamente el bosque, los oteros y los campos crepitantes. Escuchando el rugido de los mosquetes se podía pensar que un calor celestial freía esta parte del mundo.

Nolan se apretó contra la hierba. Contempló una franja gris de trincheras sobre la que flotaba una finísima gasa de humo; más atrás, una bandera colgaba de un asta. Los hombres de la trinchera respondían con una descarga cada vez que un obús americano estallaba cerca de ellos. Era una especie de desafío infantil. Con frecuencia una bala venía desde el bosque situado detrás de donde estaban Nolan y sus camaradas. En ese momento pensaban que los proyectiles provenían del rifle de algún soldado incompetente de su propio bando.

No se gritaba. Podrían haber mirado en torno suyo, preguntándose dónde estaba el ejército, de no ser porque el estrépito de la batalla hacía evidente en una milla a la redonda dónde se encontraba éste.

Oficialmente, el batallón no había realizado todavía ningún disparo; sólo se

habían registrado algunos tiros irresponsables de los hombres situados en la parte más extrema del flanco izquierdo. Pero se sabía que el teniente coronel que había permanecido al mando había muerto, alcanzado en el corazón, y que sólo quedaban dos capitanes. En la retaguardia tenía lugar una prolongada tragedia en la que hombres, agachados y ansiosos, se apresuraban a guarecerse con otros hombres, desamparados, aturcidos y ensangrentados. Nolan lo sabía por las voces roncadas y aterradas que escuchaba tendido contra la hierba. Le embargó una sensación de euforia. Aquí y ahora se vivía una de esas terribles y ominosas situaciones que escriben la historia de una nación en letras rojas y se convierten en historias de sangre, que conmueven a una generación tras otra. Y él estaba allí, ileso. Si sobrevivía a la lucha se convertiría en el héroe de la terrible batalla de..., y se preguntó durante un segundo qué nombre tendría deparado el destino para esta batalla.

Probablemente ningún otro del batallón pensaba en nada que tuviera que ver con lo histórico. Por el contrario, los hombres consideraban que estaban siendo machacados en un momento absolutamente irrelevante. La conducta de los más débiles habría mejorado de saber que estaban enzarzados en una batalla famosa que se recordaría siempre.

IV

MARTIN SE LEVANTÓ del lugar donde la bala le había alcanzado e informó al teniente: «Me han dado, señor», anunció.

El teniente estaba muy ocupado. «Vale, vale», dijo, observando al hombre sólo lo suficiente para saber dónde había sido herido. «Vete hacia allí. Verás un puesto de socorro detrás de esos árboles».

Martin se sentía mareado y enfermo. La sensación de su brazo era claramente galvánica. Tan extraña que se preguntaba por momentos si era la herida lo que realmente le afligía. Una vez, mientras avanzaba aturdido, examinó su brazo: vio un agujero. Sí, le habían dado; eso era. Y más que otra cosa, comprobarlo le produjo una profunda tristeza.

Como le había indicado el teniente, llegó hasta el grupo de árboles, pero no encontró ningún puesto de socorro. Halló tan sólo el cadáver de un soldado tirado con la cara sepultada en los brazos y los hombros elevados como si estuviera llorando entre convulsiones. Martin decidió ir hacia la carretera, considerando que allí tendría más posibilidades de dar con un cirujano. Pero el camino estaba bloqueado por un alambre de espino. Tal era su confusión que frenó al llegar a la valla y se la quedó mirando estúpidamente. No le parecía posible que ese obstáculo pudiera ser rebasado. La valla estaba allí e impedía su avance. No podía ir en esa dirección.

Pero cuando daba media vuelta divisó una procesión de heridos, extraños peregrinos que habían abierto ya una senda entre la hierba alta. Estaban pasando a través de un boquete de la valla. Martin se unió al grupo. Las balas llovían sobre ellos, pero muchos se comportaban como si hubieran obtenido del destino una curiosa inmunidad. En general no había protestas, puntapiés, ningún tipo de conversación. Como Martin, ellos también parecían sumidos en una vaga pero profunda melancolía.

Pero había uno que daba alaridos. Un hombre con un disparo en la cabeza era acarreado con dificultad por cuatro camaradas, y continuamente lanzaba un grito que resultaba terrible por su intensidad primitiva. «¡Pan, pan, pan!».

Siguiéndole a él y a sus portadores iba una muchedumbre renqueante de hombres heridos con menor crueldad, que mantenían siempre los ojos fijos en él, como si extrajeran de su agonía extrema algún bálsamo para sus propios padecimientos.

—¡Pan! ¡Dadme pan!

Martin agarró a alguien de la manga. El hombre había recibido un disparo en el pie y caminaba con la ayuda de un palo curvado, inservible. Es un axioma de la guerra que los hombres heridos nunca encuentran palos rectos.

—¿Qué le pasa a ese muchacho? —preguntó Martin.

—Loco —dijo el hombre.

—¿Por qué?

—Le han dado en la cabeza —respondió el otro con impaciencia.

El lamento del sufridor se elevaba en el campo, en medio de las repentinas estridencias de las balas y del estallido y el estruendo de la metralla. «¡Pan, pan! Oh, por Dios, ¿nadie puede darme pan? ¡Pan!». Sus camilleros estaban sufriendo una intensa agonía y, a menudo, intercambiaban miradas en las que exhibían su desesperación por librarse alguna vez de esa tragedia. Parecía interminable.

—¡Pan, pan, pan!

Pese a que en la muchedumbre que avanzaba latía siempre una melancolía cabizbaja, hay que decir que muchos hombres reían, se reían de sus heridas, extraña, enigmáticamente, inventando originales, peculiares chistes referentes a bicicletas y taxis, extrayendo del derramamiento de su sangre una maravillosa cantidad de material para la burla alegre y, con sus rostros crispados por el dolor mientras caminaban, a menudo bromeaban como si fueran artistas de un teatro de variedades. Tal vez esto fuera lo más emotivo de todo.

Marcharon a duras penas por la carretera hasta que alcanzaron un vado. Aquí, bajo el alero del montículo, había una compañía en pésimo estado. Entre el barro y la sombra húmeda de algunos arbustos se encontraban postrados medio centenar de hombres pálidos. Trabajaban allí dos o tres cirujanos. Además, había un capellán de gesto adusto, decidido, con el sobretodo quitado. Por encima siempre aparecía el incesante, enloquecedor gemido de las balas.

Martin contemplaba soñoliento la escena cuando un cirujano lo agarró. «A ver, ¿qué es lo que te pasa a ti?». Martin se asustó. Se preguntó qué había hecho para que el cirujano se mostrara tan enfadado con él.

—En el brazo —musitó medio ruborizado.

Después de vendar, irritado y con prisa, el brazo herido, el cirujano miró a Martin con fuego en los ojos y dijo:

—Puedes andar, ¿no?

—Sí, señor —dijo Martin.

—Bien, ahora simplemente echa a andar siguiendo esa carretera.

—Sí, señor —Martin se marchó mansamente. El doctor parecía exasperado hasta la locura.

La carretera era barrida en ese momento por un cuerpo de francotiradores españoles que habían rodeado astutamente los flancos del ejército americano, escondidos en el denso follaje que perfilaba el camino a ambos lados. Disparaban a cualquier cosa. La carretera estaba atestada como una calle de ciudad y a una distancia irracionalmente corta vaciaron sus rifles contra la gente que pasaba, siempre ayudados por el barrido ulterior de la línea de batalla regular española.

Martin estaba adormecido por culpa de la herida. Veía una tragedia tras otra, pero éstas no le provocaban ninguna sensación de horror.

Un hombre con una cruz roja en el brazo se reclinaba contra un gran árbol. De repente rodó por el suelo y se retorció como un niño atacado por un cólico. Un camarada comenzó inmediatamente a hacer muchos aspavientos.

—Aquí —llamó a Martin—, ayúdame a llevar a este hombre.

Martin lo miró con aburrido desdén. «Ni loco», respondió. «No puedo llevarme a mí, como para cargar con otros». Esta respuesta, que ahora sonaría inhumana, despiadada, no afectó al otro hombre. «De acuerdo, bien», dijo. «Aquí vienen otros compañeros». El herido se había vuelto de un azul grisáceo; tenía los ojos cerrados; su cuerpo se agitaba en un escalofrío suave, persistente.

De vez en cuando, Martin tropezaba con caballos muertos, con sus patas sobresaliendo hacia arriba como estacas. Una bestia herida de muerte era acosada por tres o cuatro hombres que intentaban empujarla hacia los matorrales, donde podría vivir su breve tiempo de angustia hasta la muerte sin golpear a ninguno de los heridos de la lúgubre procesión.

El tren de mulas, cargado hacia el frente con munición extra, todavía era comandado por la yegua y el tintineo de su cencerro.

Una ambulancia se había atascado momentáneamente en el fango, y sobre el estruendo de la batalla se podían escuchar las habituales increpaciones del conductor mientras manejaba su látigo.

Dos soldados rasos estaban pasando un mal rato con un capitán herido, a quien llevaban en dirección a la retaguardia. Él medio blasfemaba, medio gemía, informando de que no sólo no iba a dar un paso más hacia la retaguardia, sino que regresaría inmediatamente al frente. Ellos suplicaban, rogaban encarecidamente mientras tiraban de él. No eran muy distintos a dos enfermeras con un niño malcriado y testarudo.

Los soldados heridos se detenían impasibles a mirar esta pugna. Se comportaban como hombres a los que ya nada podía sorprender.

El hospital consistía sobre todo en unos matorrales dispersos cruzados por senderos estrechos, con el suelo cubierto de hombres. Martin vio a una persona ocupada con un lápiz y un libro, pero no se aproximó a él para apuntarse como miembro oficial del hospital. Todo lo que deseaba era descansar y la inmunidad frente a las regañinas. Tomó asiento con dificultad bajo un arbusto y apoyó su espalda en el tronco. Allí permaneció pensando, su rostro inexpresivo.

V

—DIOS MÍO —dijo Nolan, retorciéndose en la hierba sobre su estómago—. No podré aguantar esto mucho más.

Entonces, de repente, cada rifle en la línea de fuego pareció disparar espontáneamente. Era el resultado de una orden, pero pocos hombres la habían escuchado; principalmente disparaban porque habían oído hacerlo a otros, y sus reflejos eran tan rápidos que la descarga no sonó demasiado desordenada. Estos tiradores habían permanecido tendidos cerca de una hora en un silencio pétreo, su perspectiva ajustada, sus dedos mimando los rifles, sus ojos clavándose en las trincheras del enemigo. El batallón había sufrido pérdidas severas y estas bajas eran difíciles de asumir, pues un soldado siempre razona que los caídos durante un período de inacción son bajas absurdas.

La línea de fuego sonaba ahora como una gran máquina diseñada para funcionar frenéticamente a cielo abierto, en un campo verde, brillante y soleado. Al ruido de la recámara de los rifles se añadía la música de fondo del chasquido del mecanismo firme y veloz, como si estuviera siendo controlado por la mano de un único operario. Recordando siempre a un telar, un gran telar de acero, resonando, rechinando, punteando para forjar un tejido de pequeños hilos rojos: el manto de la muerte. Junto a los hombros de los soldados, bajo sus manos impacientes, caían continuamente casquillos amarillos vacíos, girando en la hierba aplastada para quedarse allí y marcar para un observador posterior la línea de fuego de un batallón.

Toda impaciencia, todo pensamiento de insubordinación, había desaparecido de los hombres tan pronto como se les permitió usar las armas contra el enemigo. Ahora estaban absortos en esta tarea de acertarle a algo, y los largos entrenamientos en los campos de tiro, ese orgullo de tirador que tanto tiempo había habitado dentro de ellos, durante un rato les hizo olvidar todo, salvo disparar. Se mostraban tan circunspectos y metódicos como muchos relojeros.

Les embargaba una nueva sensación de seguridad. Sabían que esos hombres misteriosos de las lejanas y altas trincheras que tenían enfrente estaban soportando las balas en sus caras con notable e inexorable precisión; sabían, de hecho, que ahora hacían la tarea para la que habían sido entrenados hasta la saciedad, y lo estaban haciendo bien. Nolan, por ejemplo, se mostraba eufórico. «¡Dadles!», decía. «¡Dadles!». Apuntaba su rifle hacia la sombra del pórtico de una casa fortificada; podía ver allí a duras penas una larga franja negra que sabía que era una aspillera construida para fusileros; era consciente de que cada disparo suyo que pasaba bajo el pórtico, con suerte atravesaría la aspillera hasta el cerebro de otro como él. Cargó la incómoda recámara de su rifle una y otra vez. Estaba tan concentrado que no se enteró de las nuevas órdenes hasta que, a su alrededor, vio a los hombres ponerse de pie y correr hacia delante, agachándose mientras lo hacían.

Escuchó un grito: «¡Vamos chicos!». «¡No podemos ser los últimos!». «¡Vamos

para arriba!». «¡Vamos para arriba!». Se incorporó de un brinco y, encorvado, corrió con los otros. Algo puro, suave, apacible, acariciaba su corazón mientras corría. Amaba al regimiento, al ejército, porque el regimiento, el ejército, eran su vida. No tenía otro punto de vista; y ahora esos hombres, sus camaradas, estaban interpretando las escenas soñadas por él. Hacían lo que él había imaginado en sus visiones. Es curioso que, en esta carga, se consideraba a sí mismo poco valioso. Aunque permanecía en el asalto con los otros, tuvo la impresión de que sus camaradas eran asombrosamente valerosos. En su mente, su contribución era simplemente la de alguien que sigue a la multitud.

Vio a Grierson cortando furiosamente con sus tenazas una valla de alambre de espino. Estaban a medio camino de la pendiente bella y agreste; no avistaban ningún enemigo y, sin embargo, sobre el paisaje llovían las balas. Alguien le golpeó violentamente en el estómago. Pensó confusamente en tumbarse y descansar, pero en cambio se cayó con estrépito.

La dispersa línea de hombres de camisas azules y sucios sombreros flexibles continuaba colina arriba. Decidió cerrar los ojos un momento, pues se sentía muy soñoliento y relajado. Le pareció que había transcurrido sólo un minuto cuando escuchó una voz que decía: «Aquí está». Grierson y Watkins habían ido a buscarle. Enseguida escudriñó con interés sus rostros, porque había temido que la línea se hubiese retirado colina abajo, abandonándole en manos españolas. Pero vio que estaba seguro y no realizó pregunta alguna.

—Nolan —dijo Grierson torpemente—, ¿sabes quién soy?

Él sonrió levemente desde el suelo. «Por supuesto que sé quién eres, cara de mandril. ¿Por qué no iba a saberlo?».

Watkins se arrodilló a su lado. «¿Dónde te han dado, chaval?».

Nolan se mostró algo dubitativo.

—No es nada importante, creo, pero es en algún lugar por ahí —se colocó un dedo en la boca del estómago. Le levantaron la camisa y entre ellos intercambiaron una mirada de horror.

—¿Te duele, Jimmie? —preguntó Grierson con voz ronca.

—No —respondió Nolan—, no me duele nada, pero me siento un poco fuera del mundo y con el cuerpo dormido. No creo que sea nada grave.

—Oh, todo está bien —dijo Watkins.

—Lo que necesito es un trago —intervino Nolan, sonriéndoles—. Me estoy congelando en este suelo tan húmedo.

—No está tan húmedo, Jimmie —dijo Grierson.

—Claro que está húmedo —protestó Nolan, con súbita irritación—. Lo puedo sentir. Estoy empapado, me he calado de estar aquí tumbado.

Le respondieron rápidamente. «Sí, tienes razón, Jimmie. Está húmedo. Así es».

—Poned simplemente la mano bajo mi espalda y veréis lo húmedo que está el terreno —dijo.

—No —respondieron—. Está bien, Jimmie. Sabemos que está húmedo.

—Bueno, poned la mano debajo y comprobadlo —gritó tozudo.

—Oh, olvídalo, Jimmie.

—No —insistió con mal genio—, comprobadlo por vosotros mismos.

Grierson pareció asustarse con la agitación de Nolan, deslizó una mano bajo el hombre postrado y, enseguida, la retiró cubierta de sangre. «Sí», dijo, escondiendo con cuidado su mano de los ojos de Nolan, «tenías razón, Jimmie».

—Por supuesto que tenía razón —dijo Nolan, cerrando tranquilamente los ojos—. Esta colina tiene tanta agua como un pantano. —Después de un momento, continuó —: Es normal que lo sepa. Yo estoy aquí tumbado y vosotros, amigos, permanecéis de pie.

No supo que se estaba muriendo. Pensó que mantenía una discusión sobre el estado del césped.

VI

—CUBRE SU CARA —pidió Grierson después, en voz baja y carrasposa.

—¿Con qué? —preguntó Watkins.

Se miraron. Se fijaron en sus camisas, pantalones, polainas, botas; no tenían nada.

—Oh —dijo Grierson—, aquí está su sombrero.

Lo agarró y lo puso sobre el rostro del muerto. Esperaron un rato. Estaba claro que pensaban que era esencial y decente decir o hacer algo. Al final, Watkins sentenció con la voz rota: «Es una maldita pena».

Se alejaron lentamente en dirección a la línea de fuego.



EN LA TRISTE oscuridad de la noche, en una de las tiendas para enfermos con fiebre, las dos hileras de figuras estáticas aparecían horribles, mortuorias. El movimiento lánguido de una mano estaba rodeado de un misterio espectral y el penoso y ocasional retorcimiento de un cuerpo bajo una manta resultaba aterrador, como hombres muertos que se movieran en sus tumbas bajo la tierra. Flotaba en el aire un fuerte olor a enfermedad y medicina.

—¿En qué regimiento estás? —preguntó una voz tenue.

—Veintinueve, infantería —respondió otra voz.

—¡Veintinueve! Vaya, ese que está a mi otro lado es del Veintinueve.

—¿Lo es?... Eh tú, compañero, ¿eres del Veintinueve?

Una tercera voz respondió simplemente con cansancio:

—Martin, de la compañía C.

—¿Qué? ¿Jack? ¿Eres tú?

—Una parte de mí... ¿Quién eres tú?

—Grierson, cabeza de chorlito. Pensé que estabas herido.

Se escuchó el sonido de un hombre dando un gran trago de agua y, tras ello, Martin dijo:

—Lo estoy.

—Bueno, ¿qué haces entonces en la zona de la fiebre?

Martin replicó con soñolienta impaciencia:

—También tengo fiebre.

—¡Vaya! —dijo Grierson.

Enseguida reinó el silencio en la tienda, excepto por el ruido que alguien hacía en una esquina, la clase de hombre que se encuentra siempre en una multitud de americanos, un comediante heroico, implacable y patriota, con un humor que contiene dentro amargura, dureza y amor, que destilaba un significado macabro de la situación al cantar La bandera estrellada^[1] con todo el ardor que podía procurarle su cuerpo, golpeado por la fiebre.

—Billie —llamó Martin, en voz baja—. ¿Dónde está Jimmie Nolan?

—Está muerto —contestó Grierson.

Una luz tosca y dorada brilló a un lado de la tienda. En algún lugar del valle se escuchaba el silbido de una locomotora; sonaba a paz y a hogar, como si fuera el cencerro de una vaca.

—¿Y dónde está Ike Watkins?

—Bueno, no ha muerto, pero recibió un disparo en los pulmones. Dicen que no tiene muchas posibilidades.

A través del turbio olor de la enfermedad y la medicina se escuchaba la intrépida voz del hombre de la esquina.

EL ATAQUE SOLITARIO DE WILLIAM B. PERKINS

NO PODÍA DISTINGUIR entre un cañón rápido de cinco pulgadas y un picador de hielo plateado, y por eso, naturalmente, fue elegido para cubrir el puesto de corresponsal de guerra. El responsable era el editor del Minnesota Herald. Perkins no tenía conocimiento alguno sobre la guerra y tampoco especial perspicacia para adquirirlo, pero poseía esa vigorosa y fibrosa cualidad del valor que brota en la dura tierra del Oeste americano.

Era por la mañana en la bahía de Guantánamo. Si los marines acampados en lo alto de la colina hubieran tenido tiempo de volver la mirada hacia el mar, podrían haber visto un pequeño barco correo de la prensa, dirigiéndose hacia la entrada del puerto sobre las aguas azules y soleadas del Caribe. En la popa de este remolcador, Perkins estaba sentado sobre algunos sacos de carbón, mientras la brisa rizaba con suavidad su pijama grasiento. Miraba fijamente a esa línea marrón de trincheras, coronada por una bandera, que era Camp McCalla. En el puerto estaban anclados dos o tres adustos cruceros grises y un buque de transporte. Mientras el remolcador avanzaba a todo vapor sobre el canal resplandeciente, Perkins podía ver hombres moviéndose en la orilla, cerca de las ruinas carbonizadas de un pueblo. Perkins se conmovió profundamente; aquí había ya más guerra de la que él había conocido nunca en Minnesota. Enseguida, ataviado con la indumentaria imprescindible de todo corresponsal de guerra, lo llevaron a remo hasta la playa arenosa. Los marines, de lino amarillo, manipulaban una provisión de munición. No prestaron ninguna atención al visitante, irritados por los inconvenientes de dos días y dos noches de batalla. Perkins subió esforzadamente el camino zigzagueante hasta la cima de la colina y miró con impaciencia las trincheras, la piezas de campaña, los curiosos y pequeños colts, la bandera, los adustos marines echados sobre sus brazos, agotados. Y todavía más, vislumbró a través del aire claro más de mil yardas de un bosque misterioso, del que emanaban a destiempo repetidas descargas de balas Máuser.

Perkins estaba encantado. Sentía admiración por esos hombres hastiados y absortos que descansaban tan silenciosos en las trincheras, a la espera de otra incursión de los guerrilleros. Pero deseaba que le hubieran prestado atención. Quería hablar de todo aquello. Salvo por algunas miradas inquisitivas y afiladas, nadie reparaba en su presencia.

Finalmente se acercó a dos tenientes jóvenes y, con esa inocencia de los del Oeste, les preguntó si querían un trago. La reacción de los dos fue tan inmediata como sorprendente. Le respondieron a una sola voz: «Sí, queremos». Perkins casi lloró de alegría ante respuesta tan amigable y exclamó que iría inmediatamente al remolcador para traer una botella de escocés. Esto llamó la atención de los oficiales y, en un ataque de confianza, uno de ellos le explicó que no había una sola gota en todo el campamento. Perkins se lanzó colina abajo y voló hasta su bote, donde, eufórico, le dio un primer tiento al *whisky*. Luego remontó de nuevo la colina bajo el sol

castigador, con el entusiasmo intacto. Los sedientos oficiales se mostraron muy afables, y era tal el estado mental de Perkins que no calculó adecuadamente la mucha cantidad de *whisky* que ya había bebido. Por culpa de este hecho, y a consecuencia de sus antecedentes, se produjo el ataque solitario de William B. Perkins.

Mientras bajaba la colina ocurrió algo. En esas trincheras altas un soldado raso se dio cuenta de que un cartucho se había atascado en su rifle. En casos así, en la mayoría de los rifles suele ser necesario reventar el cartucho. El soldado llevó el rifle a su capitán y le explicó el problema. Sin previo aviso, un rifle no debía dispararse por motivos puramente mecánicos en un campamento, porque el elocuente sonido llevaría la tensión y la alarma a seiscientos marines fatigados. Así que el capitán se dio la vuelta y en voz alta anunció que tenía que disparar al aire. El mensaje corrió rápidamente de boca en boca. Entonces el capitán levantó el arma y disparó. Con ello, una larga hilera de guerrilleros emboscados tras los arbustos decidió apresuradamente que su presencia y posición habían sido descubiertas y rápidamente empezaron a disparar.

De repente, el bosque y las colinas parecieron revivir con el estallido y el ruido de los rifles. Los de los buques de guerra del puerto escucharon el viejo y familiar pum, pum, pum que llegaba desde las trincheras. En ese momento, el avance del Marblehead, comandado por uno de nuestros temerarios alféreces, irrumpió en el estratégico bosque como un galopante dragón marino, acribillando con el trabuco de la proa.

Perkins había llegado a las faldas de la colina, donde comenzaban a ser distribuidos los ciento cincuenta marines que protegían la corta línea de comunicación entre el cuerpo principal y la playa. Estos se arremolinaban en línea detrás de las fortificaciones improvisadas con las cajas de provisiones. A ellos se les iban uniendo hombres desnudos que tomaban un baño, hombres desnudos que se colocaban rápidamente las cartucheras y los rifles. El bosque y las colinas se agitaban pum, pum, pum. Bajo las ramas de un bonito árbol yacían cinco personas heridas con aspecto meditabundo.

Y entonces aconteció que Perkins descubrió a un español en la maleza. La distancia era de unas quinientas yardas. Anunció su descubrimiento en voz alta. Añadió roncamente que, si tuviera un rifle, él mismo se ocuparía de ese enemigo. Inmediatamente un amable muchacho, herido en el brazo, le dijo: «Aquí tienes, coge el mío». Perkins consiguió así un rifle con cinco cartuchos.

—¡Vamos! —gritó. Esta fracción del batallón aguardaba muy apretada, sin entrar aún en acción, y sin saber cuándo ésta se les echaría encima.

Le respondieron con un rugido. «Tú, vuelve aquí, idiota. ¿Quieres que tu propia gente te dispare? ¡Vuelve!».

Como detalle, hay que mencionar que fuego proveniente de una zona de la colina barría el trayecto que había emprendido Perkins.

Ahora podía contemplarse al solitario Perkins inmerso en la tormenta de la batalla, casi como un jubón de paja a merced del fuerte oleaje. Lo descubrió pronto.

Bastaron cuatro segundos para que se diera cuenta de que había sido un idiota zambulléndose en la maleza ardiente y crepitante de una mañana cubana de junio. La vibración *sssssssssh pop* llegó alrededor suyo con la veloz iluminación de la metralla. Los encantos de la Minnesota rural iluminaron su conciencia con el dorado del maíz perezoso, el verde durmiente de los prados, esa oscuridad de catedral de los pinares. ¡*Shhhhpop!* Perkins decidió que si quería escapar de este tinglado de imbecilidad debía disparar. Toda la situación se reducía a que debía disparar. Era necesario que disparase. Nada le salvaría, salvo disparar. Por norma, los hombres toman esta decisión cuando las aguas de la batalla se ciernen sobre ellos. Así que, rezando para que los americanos no le dispararan por la espalda ni por la izquierda, y para que los españoles no lo hicieran por delante, se arrodilló como un suplicante solitario en el desierto de chaparral y vació su recámara sobre el español, antes de descubrir que éste no era más que una rama seca de palmera.

Entonces se agitó nervioso como un pez. Su razón para vivir era ese enemigo oculto en el matorral y cuando éste se convirtió en una rama seca de palmera no pudo proveerse de otro motivo más adecuado.

Fantaseó frenéticamente con algún escondite de antracita, alguna mazmorra profunda y en paz, en la que mulas ciegas vivían masticando plácidamente heno recogido lejos.

¡*Swiiiiing pop!* ¡*Prut, prut, prrrrut!* Entonces un cañón de campaña habló: «*Boom, ra, swow, ow, ow, ow, pum*». Luego un Colt automático comenzó a ladrar: «*Crack-crk-crk-crk-crk*», incansable. Buscado, en el punto de mira, rodeado y abrumado, ¿qué esperanza tenía allí William B. Perkins, del Minnesota Herald?

Pero la guerra es un ser sobrenatural. La guerra provee a aquellos a los que ama. Provee a veces muerte y otras veces una salvación increíble y singular. Había varias vías por las que Perkins podía salvarse. Una de ellas era a través de una caldera de vapor.

Descubrió cerca de él una caldera de vapor vieja, rústica, tirada entre los arbustos. Sólo la guerra sabe cómo llegó allí, pero allí estaba, un templo brillando resplandeciente con su salvación. Con un gemido de impaciencia, Perkins se arrojó por el agujero que evidenciaba la ausencia de tubo para el vapor.

Así, resguardado en su caldera, escuchó cómodamente el retumbar de la batalla que parecía suceder justo encima suyo. En ocasiones los proyectiles daban de lleno contra las paredes de la caldera, pero ninguno entró para interferir el descanso de Perkins.

Pasó el tiempo. La batalla, más bien corta, decayó en un *prut... prut... prut... prut-prut*. Y cuando se hizo el silencio, Perkins fue visto cuando salía cauteloso de la caldera. Luego deambuló hacia las líneas de los marines, incapaz de encajarse el sombrero en la cabeza por los nuevos chichones de sabiduría que había adquirido. Los marines, con aire fatigado, se recobraban cuando una figura espectral surgió de los arbustos. Se produjo un revuelo.

—Es ese tipo loco —gritaron y, a medida que se acercaba, se concentraron en tumulto a su alrededor y le preguntaron cómo lo había conseguido.

Perkins hizo un gesto, el gesto de un hombre escapando de un baño de lodo involuntario, el gesto de alguien saliendo de una batalla, y luego les explicó.

La incredulidad fue inmediata y general. «¿Sí? ¿Qué? ¿En una vieja caldera? ¿En ese matorral? Sí, venga ya». No le creyeron hasta dos días más tarde, cuando una patrulla encontró la rústica caldera, reliquia de alguna curiosa transacción durante la decadencia de la industria cubana del azúcar. La patrulla se maravilló entonces de la sinceridad del corresponsal de guerra, hasta que todos sus miembros quedaron casi deslumbrados.

Poco después de su aventura, Perkins embarcó en el remolcador, mostrando un semblante francamente meditabundo.

EL CLAN SIN NOMBRE

DESCIFRA mi acertijo.

Cruelles como halcones las horas vuelan;

Los heridos rara vez regresan para morir en su hogar;

El duro oleaje lanza el arma hacia las alturas;

El desprecio golpea duramente por culpa de una mentira;

Y, sin embargo, allí existe un vínculo místico.

Descifra mi acertijo.

I

ESTABA AFUERA, en el jardín. Su madre llegó rápidamente hasta ella. «¡Margharita! ¡Margharita! ¡El señor Smith está aquí! ¡Ven!». La madre estaba henchida de entusiasmo comercial. El señor Smith era un asunto importante para toda la población de Tampa y, dado que estaba muy enamorado de Margharita, su importancia era todavía mayor para esta familia.

Las ramas de las palmeras saltaban la valla hacia los surcos de arena de la calle. Un absurdo estanque de peces en medio del jardín emitía un sonido de aletas rojas chapoteando. «No mamá», dijo la chica, «que espere. Me gusta el jardín bajo la luz de la luna».

La mujer adoptó ese estado de asombro virtuoso que es un arma habitual en toda madre. «¡Margharita!».

La chica, evidentemente, se consideraba una belleza privilegiada, pues respondió absolutamente indiferente. «Oh, déjale que espere».

La madre se llevó las manos a la cabeza con semblante de magnánimo sufrimiento y se retiró. Margharita paseó sola por el jardín iluminado por la luna. Una luz eléctrica también arrojaba un destello tembloroso sobre una parte de su camino.

Por un momento todo era calma. De repente, a través de la tenue empalizada marrón alguien lanzó un sobre blanco, cuadrado. Margharita se aproximó al sobre con indiferencia. Rezumaba un aire tonto, se conducía como sin darle importancia, pero algo le hizo asirlo con fuerza, con una exhibición muscular peculiar, imperceptible para ojos indiferentes. No lo agarró, sino que lo cogió de una manera que lo decía todo; para explicarlo gráficamente, era la viva imagen del más completo

desprecio.

Permaneció allí durante un momento; luego extrajo de su pecho una fotografía, la lanzó a través de la empalizada y regresó rápidamente a casa.

II

UN HOMBRE DE TRAJE azul y blanco —algo parecido a lo que nosotros llamamos terliz de cama— estaba sentado en lo alto de un fortín español, sobre una cúpula original, pequeña. El fortín bordeaba una carretera militar inmaculada que torcía para desaparecer de la visión del hombre, adentrándose en un borrón de árboles. Alrededor de este individuo se extendían campos de hierba alta, salpicados con palmeras y cercados por vallas de alambre de espino. El sol golpeaba de soslayo a través de los árboles y él escrutaba las oscuras sombras tropicales que, en calma, parecían terciopelo. Este tranquilo panorama recordaba al decorado pintado de un teatro, contribuyendo a ello un cálido y profundo silencio que se extendía sobre la tierra.

El soldado del puesto de vigía apoyó el Máuser sucio en una esquina y, alargando el brazo, agarró un trozo de carbón candente que le proporcionó un camarada con un pedazo de corteza de palmera. Abajo, la mayoría de hombres dormía. El sargento al mando dormitaba cerca de la puerta abierta, con el brazo sobre la cabeza, mostrando sus angulosos galones prendidos negligentemente con imperdibles. El centinela encendió un cigarrillo y soltó una larga bocanada de humo.

De pronto escuchó a su alrededor un quejumbroso y mortalmente rápido escupitajo de balas de rifle y, un instante después, la detonación de una pequeña descarga sonó muy cerca, cerquísima, como si la hubieran disparado a tan solo diez pies de distancia. De manera involuntaria su cabeza retrocedió rápidamente, como para proteger su nariz del desprendimiento de una teja. Dio la voz de alarma y se tiró dentro del fortín. En la oscuridad, los hombres, exhalando entre los dientes su aliento agitado, saltaron sobre sus posiciones en las aspilleras. La puerta se cerró de golpe, el sargento estaba tendido justo al lado, apoyado como cuando dormitaba, pero ahora con sangre manando constantemente sobre la mano que él presionaba plana contra el pecho. Su rostro mostraba una absoluta agonía amarillenta. Repitió ahogándose: «¡Fuego! ¡Por Dios, hombres^[2]!».

Las armas de los soldados, en pésimas condiciones, se agolpaban en las aspilleras y comenzaban a disparar desde los cuatro flancos del fortín por el simple hecho de que el enemigo, en apariencia, se encontraba en las inmediaciones. Las emanaciones de pólvora quemada se volvían cada vez más vigorosas en la pequeña fortificación cuadrangular. El repiqueteo de las recámaras era incesante y el interior del fortín podría haber parecido una fábrica deprimente si no hubiera sido por el sargento derribado a los pies de los hombres, que tosía, gritaba: «¡Por Dios, hombres! ¡Por Dios! ¡Fuego^[3]!».

III

UNA FILA DE CINCO cubanos, vestidos de un lino cuyo color se había convertido en marrón terroso, se deslizaba por el bosque a ritmo peculiar, sin correr ni caminar. Iban como al trote. De hecho, el porte de los hombres mientras avanzaban recordaba cómicamente a los andares del caballo americano. Habían recorrido muchas millas desde que el sol salió sobre los senderos desdibujados y montañosos, pero estaban todavía frescos. Todos los hombres eran prácticos^[4], exploradores. Avanzaban velozmente, sin hacer ningún ruido, desplazaban sus pies medio descalzos con la habilidad de los gatos. El bosque se extendía a su alrededor en un profundo silencio, ése que uno encontraría en el fondo de un lago.

De repente, el práctico que comandaba el grupo levantó su mano. Los otros frenaron de inmediato y dejaron caer las culatas de sus armas con calma, sin hacer ruido. El cabecilla dio un leve silbido y en seguida surgió de los matorrales otro práctico. Se acercó al líder sin decir una palabra y luego hablaron en susurros.

—Hay veinte hombres y un sargento en el fortín.

—¿Y la carretera?

—Una compañía de caballería pasó esta mañana a las siete en punto hacia el Este. Iba escoltando cuatro carros. Una hora más tarde, un jinete se dirigió rápidamente hacia el Oeste. Más o menos a mediodía, diez soldados de infantería con un cabo salieron del fuerte grande y fueron al primer fortín, al Este del fuerte. Había ya veinte hombres allí. Vimos una columna española moviéndose hacia Mariel.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Bien, ¿pero la caballería?

—Ningún problema. Se iba para un largo viaje.

—La expedición está detrás, a media legua de distancia. Ve y cuéntaselo al general.

El explorador desapareció. Los otros cinco hombres alzaron las armas y reanudaron su marcha rápida y sigilosa. Un momento después ningún sonido rompió la calma, salvo el golpe de un mango al caer perezosamente desde el árbol a la hierba. Tan extraña había sido la aparición de esos hombres, su ropa era tan afín al color del suelo, su tránsito había perturbado tan poco la solemne meditación del bosque y su marcha era tan parecida a una descomposición espectral, que un testigo se habría preguntado si estaba soñando.

IV

HABÍA DESEMBARCADO una pequeña expedición con armas de los Estados Unidos y había salido de las colinas hasta el límite de un bosque. Se abría ante ellos una larga llanura cubierta de hierba moteada de palmeras. Media milla más allá estaba la carretera militar y ellos podían divisar la parte superior de un fortín. Los exploradores insurgentes se movían por algún lugar entre la hierba. El general se sentó cómodamente bajo un árbol mientras los tres jóvenes oficiales a su mando charlaban de pie a su lado. Su ropa de lino resaltaba al ser claramente más blanca que la de los ciento cincuenta hombres que permanecían tumbados en el suelo, formando una larga franja marrón, harapientos —de hecho, medio desnudos—, pero singularmente tranquilos, despreocupados, como veteranos.

El general, sin embargo, estaba pensativo. Tiraba continuamente de su bigote pequeño y firme. En lo que concernía a la carretera militar, estrechamente vigilada y patrullada, los insurgentes habitualmente, cuando les venía en gana, la cruzaban con rapidez en pequeñas divisiones, pero atravesarla con un valioso convoy de armas y salir indemne era definitivamente otra cuestión. Así que el general aguardaba con ansiedad el regreso de sus prácticos. La inmovilidad de la pampa no revelaba signo alguno de su presencia.

El general dio algunas órdenes y un oficial eligió a veinte hombres para acompañarle y frustrar a la caballería cualquier intento de regresar desde el Este. No era tarea fácil, pero contener el avance de una fuerza muy superior, abriendo un fuego intenso desde algún escondite, era una misión habitual. A menudo, unos pocos rifles habían acosado a una potente columna el tiempo suficiente para cumplir con el propósito estratégico. Los veinte hombres se agruparon con calma. Parecían bastante indiferentes. Realmente tenían ese aire despreocupado de los soldados veteranos, endurecidos por la batalla como requisito para la supervivencia.

Luego, otros treinta hombres recibieron nuevas órdenes; su misión era inquietar, marear al fortín y detener cualquier avance desde el Oeste. Un centenar de hombres, llevando una carga muy preciada —además de su propio equipo— debía pasar con todo el ímpetu que le fuera posible entre esos dos flancos, cruzar la carretera y dirigirse hacia las colinas; su retirada sería cubierta por una combinación del fuego de ambos grupos de combate. Se trataba de una estratagema que requería a la vez suerte y una planificación muy cuidada. Las columnas españolas transitaban la provincia a todas horas y en todas direcciones. Las bandas insurgentes, las más ágiles de toda la infantería ligera, debían mantenerse siempre alerta, a pesar de ir cargadas con cincuenta cajas que, cada una de ellas, abultaban como el ataúd de un hombrecillo y pesaban aún más que si éste estuviera dentro, además de otras cincuenta cajas de munición, pequeñas pero formidables.

Los porteadores permanecían junto a sus cajas y los fusileros reclinados sobre sus rifles. El general apareció y deambuló de un lado para otro, las manos a la espalda.

Dos de sus hombres se burlaban de un tercero, un joven de cara menos bronceada y un equipo muy nuevo. En la correa de su cartuchera tenía una estrella dorada y otra plateada, colocadas en línea horizontal, que denotaban su grado de teniente segundo. Parecía muy feliz, se reía de todas las burlas, aunque sus ojos vagaban continuamente sobre los prados soleados donde iba a tener lugar su primera batalla. Una de sus estrellas era brillante, como sus esperanzas, la otra pálida, como la muerte.

Dos prácticos salieron trotando de la hierba. Hablaron rápido al general; él se dio la vuelta e hizo una señal con la cabeza a sus oficiales. Los dos grupos desfilaron y se dividieron hacia sus posiciones. El general los contempló a través de sus prismáticos. Era curioso comprobar lo rápido que desaparecían para un ojo sin ayuda alguna. En la hierba verde, los pequeños borrones de color marrón no parecían hombres en absoluto.

Los prácticos departían constantemente con el general. Finalmente, él se dio la vuelta e hizo una señal a los porteadores. Los primeros veinte hombres de la fila agarraron sus cajas, y este movimiento se extendió rápidamente a toda la formación. Sobre la pradera soleada, la cargada procesión avanzó trabajosamente. El general, que marchaba al frente, echaba continuamente vistazos hacia atrás, como si arrastrara una pesadísima cadena de hierro. Además de la lógica preocupación mental, su cara expresaba una intensa tensión física; incluso encorvaba los hombros, como para tirar inconscientemente de la cadena y arrastrarla rápidamente a través de este valle repleto de enemigos.

V

LA BATALLA fue iniciada por ocho hombres que, apretados contra la hierba y a una distancia de trescientas yardas del fortín, de pronto abrieron fuego contra la figura vestida como de terliz de cama que estaba sobre la cúpula y contra la puerta abierta, en la que divisaron siluetas imprecisas. Luego se carcajearon y gritaron palabras soeces, porque estaban seguros de que los españoles se habían llevado una sorpresa comparable a ver una pulsera de diamantes convirtiéndose en pompas de jabón. Fue esta descarga la que hirió al sargento y provocó que el hombre de la cúpula gritara y saltara de su posición.

Los ocho hombres, al igual que el resto de insurgentes, habían elegido buenas posiciones para permanecer cerca y, por un tiempo, dejaron que el fortín bramara, aunque los de dentro, de tanto en tanto, podían escuchar alaridos penetrantes y casi lobunos sobre el clamor de las armas, que provenían de los hombres cuyos labios daban contra el suelo. Pero armados con rifles, no está en la naturaleza de quienes tienen sangre española permanecer mucho tiempo contemplando algo tan tangible como un fortín enemigo sin dispararlo; sobre todo si además se tienen otras condiciones favorables. Los encrespados soldados de la pequeña fortaleza pronto pudieron escuchar el estallido de los proyectiles golpeando la madera que protegía sus cuerpos.

Un humo totalmente blanco flotaba sobre cada cubano que disparaba, el castigo del rifle Remington, pero en torno al fortín sólo se apreciaba la sutil gasa del cielo azul. El fortín parecía un gran animal, torpe y bastante inepto, mientras que los insurgentes, dispersos a ambos lados de éste, eran pequeñas y dinámicas criaturas de otra especie. Criaturas demasiado sabias como para acercarse más de la cuenta, pero que golpeaban alegremente los flancos más débiles del fortín para encolerizarle y hacerle escupir, enfurecido como un gato cuando se ve rodeado en la calle por los alegres cachorros de un perro callejero.

Desde la hierba, los hombres se burlaban delirantes de la furia del fuego español. Aullaban insultos para estimular a los españoles a desperdiciar más proyectiles. Cuando un insurgente se disponía a disparar, normalmente anteponía un discurso a la acción: «¿Queréis algo de comer? ¿Sí? Muy bien». ¡Bang! «Tragaos eso». Las expresiones más vulgares del increíblemente injurioso idioma español eran bagatelas ligeras como el aire en estas burlas, que surgían a gritos desde la hierba durante el vuelo de los proyectiles y el zumbido sordo de los disparos.

Pero de repente, del Este se escuchó una serie de sonidos que comenzaron como detonaciones dispersas y terminaron como si un aficionado tratara de dar un largo redoble sobre un tambor ensordecedor. Algunos insurgentes que atacaban el fortín se miraron con semblante serio. Sabían lo que significaba ese nuevo sonido. Significaba que los veinte hombres que habían marchado hacia el Este entraban en batalla. Algún tipo de columna se aproximaba desde esa dirección y, por el repiqueteo, sabían que la

situación era grave.

En primer lugar, ahora ellos estaban en el lado equivocado de la carretera, obligados a cruzarla para reunirse con el grupo principal, dando por supuesto que ese grupo habría tenido éxito al atravesarla. Para lograrlo, el pelotón del fortín tendría que desplazarse hacia el Este, hasta salir del alcance del enfurecido fortín o situarse a una buena distancia. A juzgar por la intensidad del fuego, estaban casi seguros de que los veinte fusileros que protegían el Este pronto serían rechazados. Por eso, viajar en aquella dirección parecía excesivamente arriesgado y por eso los hombres se miraban serios. Fácilmente podía suceder que en poco tiempo se convirtieran en una fuerza aislada y sin consuelo en el lado equivocado de la carretera.

Cualquier retirada hacia el Oeste era absurda, ya que primero tendrían que rodear ampliamente el fortín; es más, incluso ahora podían escuchar en esa dirección el sonido de dos cornetas españolas llamándose una a la otra, cerca y lejos, hasta el punto de que era como si todos los hombres de Cuba fueran cornetas que acudían allí a alardear de su talento.

VI

EL GENERAL INSURGENTE permanecía firme, mordisqueándose los labios en medio de la carretera. De vez en cuando, golpeaba el suelo con el pie o chocaba las manos con vehemencia. Los portadores fluían tras él, pacientes, camaradas sudorosos, encorvados bajo sus cargas, pero no avanzaban lo suficientemente rápido para él, teniendo en cuenta que otros hombres suyos estaban combatiendo tanto al Este como al Oeste y que, gracias al sonido, sabía que los del Este se encontraban en una situación lastimosa. Además, al Oeste podía escuchar el maldito, incesante sonido de la corneta.

De pronto, se volvió hacia el teniente novato, situado tras él pálido y silencioso. «¿Alguna vez pensaste que cien hombres fueran tantos?», gritó exasperado hasta el punto de querer golpearlos. Luego dijo impaciente: «¡Bastaría con media hora! ¡Incluso veinte minutos!».

Un práctico apareció trotando impetuoso desde el Este. Es característico en esos hombres que, aunque tienen un cierto modo de andar equino, no pueden realmente correr, esprintar, ir de prisa. «El Capitán Rodríguez está siendo atacado por doscientos hombres, señor, y la caballería va detrás suyo. Desea saber...».

El general estaba furioso. «¡Váyase! Dígale a Rodríguez que mantenga la posición veinte minutos, aunque termine con todos los hombres muertos».

El práctico desapareció rápidamente.

Los últimos portadores pululaban por la carretera. Crecía al Este el ruido de los rifles, evidenciando que se acercaban lentamente. El general se mordía las uñas. Inesperadamente se volvió hacia el joven teniente. «Vaya donde Bas en el fortín. Dígale que aguante hasta al mismísimo demonio durante diez minutos y que luego saque a sus hombres de ese lugar».

La larga hilera de portadores serpenteaba como un gusano pardo hacia las faldas de la montaña, la salvación. Las balas, altas, sonaron con su música desmayada sobre el edecán al tiempo que éste saludaba. Al Oeste habían callado las cornetas, pero el silencio era todavía más ominoso que su sonido. Significaba que las tropas españolas estaban a punto de ponerse en marcha, o que ya lo habían hecho.

El teniente novato corrió a lo largo de la carretera, hasta la curva que marcaba el ángulo de visión del fortín. Desenvainó su machete, su nuevo y asombroso machete, y cortó con furia el alambre de espinos que perfilaba en ese punto la cara Norte de la carretera. El primer alambre se resistía, porque era demasiado duro para su golpe, pero cortó otros dos como si fueran de azúcar y pasó por encima del que quedaba, desgarrando sus pantalones con la vigorosa serpentina del alambre cortante. Una vez en el campo, las balas parecían conocerle, llamarle y expresar su deseo de matarle. Pero siguió corriendo, porque era su misión —se habría avergonzado delante de sus hombres si no hubiera sido capaz de afrontarla— y porque allí solo, en el campo, estaba abandonado a la muerte.

Un hombre que corría así desde la retaguardia afrontaba un peligro inmensamente mayor que el de aquellos que permanecían cerca, tumbados y escondidos. Pero él no lo sabía. Pensaba que, porque estaba a quinientas, cuatrocientas cincuenta, cuatrocientas yardas del enemigo y los otros a tan sólo trescientas; éstos corrían mucho más peligro. Por ello siguió avanzando para unirse a ellos. Tampoco le concedió mucha importancia a lo que hacía, pues pensó que era lo que los de su clase debían hacer en un caso como este. Existía un patrón de comportamiento que era necesario seguir y obedecer, porque este patrón era un monarca, el Príncipe de la Conducta.

Un rostro desconcertado y alarmado surgió entre la hierba y una voz le gritó: «¡Tírate, Manolo! ¡Tírate, tírate!». Reconoció a Bas y se echó a tierra, junto a él.

—Pero —dijo, jadeante—, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? —respondió Bas—. Eres uno de los oficiales menos precavidos y más temerarios que conozco. Cuando te veía venir no daba una peseta por tu vida.

—Oh, no —dijo el joven edecán. Luego repitió las órdenes rápidamente. Se sintió tremendamente feliz. Sabía cómo era Bas, un discípulo de Maceo^[5]; Bas siempre había dirigido a sus hombres; nunca se comportaba como un mero espectador de la batalla; y le conocían por ello en toda la parte Oeste de la isla. El oficial novato había alcanzado muy pronto parte de sus ambiciones: ser calificado como valiente por un hombre de probada valentía.

—Bueno, lo mejor para nosotros será salir de aquí rápido —dijo Bas con amargura—. Han muerto seis de mis hombres y hay más heridos. Rodríguez no puede mantener su posición allí. Y en muy poco tiempo más de mil hombres vendrán desde la dirección contraria.

Silbó suavemente, a modo de llamada, y más tarde el joven edecán vio a algunos de los hombres escabullirse con los heridos, cargándolos a sus espaldas como los portadores con los sacos. El fuego desde el fortín había remitido algo y mientras el insurgente también amainaba, Bas y el joven teniente yacían entre los hierbajos escuchando por el Este la aproximación de la batalla, que se deslizaba hacia ellos como un muro que fuera a aplastarlos.

Bas suspiró. «Abandono a mis muertos. Mira eso». Agitó la mano y el teniente vio un cadáver. No estaba entumecido como habría esperado; apenas tenía sangre; era simplemente una cosa.

—Hora de viajar —dijo de pronto Bas. Su silbido imperativo congregó a los hombres alrededor suyo; hubo unas cuantas preguntas y respuestas apresuradas; entonces, de modo característico, los hombres se adentraron en la hierba, levantaron sus rifles y lanzaron una última descarga contra el fortín, acompañada de gritos estridentes. Gateando por el suelo, huían hacia la salvación en una fila tortuosa. Jadeando, el teniente tropezó hacia adelante. Tras él podía escuchar a los hombres, diciéndose unos a otros: «¡Sigue! ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Continúa! ¡Fuera! ¡Fuera!». Todos entendían que, cada minuto que pasaba, se complicaba el peligro de cruzar la

carretera.

VII

CUANDO LLEGARON al boquete por el que había cruzado la expedición de portadores, volaron en desbandada por la carretera como aves salvajes asustadas a lo largo de la playa. Inmediatamente, lejos de esta solemne avenida en sombra, una nube de figuras azules disparó. Los hombres se burlaban al tiempo que, de uno en uno, atravesaban asustados la carretera: «¡Sigue! ¡Sigue!». Lo peor para los nervios había sido desconocer la magnitud del peligro. Ahora que lo tenían delante lo consideraban muchísimo menos grave, nada que ver con su ansiedad previa.

En el otro lado, Bas y el joven teniente encontraron a Rodríguez, su machete en una mano, su revólver en la otra, tiznado, sucio, sudoroso. Se encogió de hombros cuando les vio y señaló desconsolado hacia la hilera marrón de portadores que avanzaba camino de las faldas de la montaña. Sus hombres estaban agachados justo delante de él, en línea, acalorados, ardiendo como una fogata en la pradera.

Comenzaba ahora la lucha de una escasa retaguardia por resistir la presión de los españoles hasta que los portadores alcanzaran, a una milla de distancia, la cima de la colina. Era más escarpada que cualquier tejado; recordaba más bien al costado de un buque de guerra francés. Con todo, los árboles le habían crecido en vertical y, normalmente, un hombre cargado sólo con su rifle subía con mucha dificultad tirando de sí mismo, agarrando los finos troncos situados sobre su cabeza, como si ascendiera por una escalera. Cómo lograrían los portadores, tan cargados, conquistar la cima a toda prisa era una incógnita. Rodríguez se encogió de hombros con filosofía, como si no supiera si reír o llorar: «¡Esto es un desastre!».

A una orden, los hombres retrocedieron cuatrocientas yardas y se dispersaron con la rapidez y el misterio de un puñado de guijarros arrojados a la noche. Uno de ellos quedó rezagado y gritó, pero habían llegado a un punto en el que estaba claro que muchos, por más que gritasen, serían dejados atrás.

Los españoles se desplegaron por la carretera y durante veinte minutos permanecieron allí arrojando sobre el campo más fuego del que seguramente se escuchó en Gettysburg^[6]. En ese momento los insurgentes apenas disparaban, cautelosos con la munición. Pero a veces el propio ruido que genera un soldado le confunde y, sin duda, por culpa del estruendo que ellos mismos provocaban, las tropas españolas creían que estaban siendo respondidos con fiereza. Además, una línea de fuego —especialmente de noche o cuando se enfrenta a un enemigo escondido— no es más que una cuerda emocional, la cuerda de un arpa que suena por culpa de un soplo de aire o de un pedazo de tierra que la roza. Siempre es así con tropas de novatos o de necios y éstas eran bastante necias. La forma en que segaban la fronda en la distancia habría sido un espectáculo para un granjero.

Los insurgentes pronto se escabulleron en retirada hacia otra posición, desde la que dispararon lo suficiente para confundir de nuevo a los españoles con la impresión

de que estaban inmersos en una batalla muy dura. Pero este error de percepción sólo podía durar unos minutos. Era evidente que los españoles estaban a punto de avanzar y, además, a Rodríguez le había llegado la información de que un pequeño grupo de guerrilleros intentaba penetrar por el flanco derecho. Rodríguez blasfemó desesperado y envió tanto a Bas como al joven teniente a ese extremo de la línea de batalla para que mantuvieran a los hombres en su posición el tiempo que fuera posible.

En realidad los hombres apenas necesitaban la presencia de sus oficiales. El tipo de batalla que se llevaba a cabo dejaba prácticamente toda la acción en manos del individuo y la tropa se ponía de acuerdo gracias a la experiencia común, a esa sabiduría adquirida en emboscadas.

Los alaridos de los guerrilleros podían ser escuchados claramente y los insurgentes respondieron del mismo modo. El joven teniente se encontró con una situación desesperada en el flanco derecho. Los hombres deliraban como locos, murmurando, llorosos, casi expulsando espuma por la boca. Pasaron frente a él, arrastrándose a gatas, dos criaturas terriblemente ensangrentadas; uno lloriqueaba invocando a Dios, a su madre y a un santo. Los guerrilleros, escondidos tan eficazmente como los insurgentes, disparaban bajo a través del humo en cuanto divisaban un fogonazo, un movimiento de hierba o el pedazo de algún sucio abrigo marrón. No se comportaban como una columna de soldados en formación, sino que eran tan escurridizos, sigilosos y rápidos como muchos indios. Eran además cubanos nativos y, como habían traicionado a la bandera de la estrella, nunca, bajo ningún concepto, recibían clemencia si caían en manos de los insurgentes. Tampoco había misericordia en el caso contrario. Era a vida o muerte; no existía término medio, ninguna componenda posible. Si un grupo de hombres se retiraba a toda prisa y alguno se desplomaba por culpa de una disparo leve, tenía motivos para maldecir porque la herida no le hubiera atravesado el centro exacto del corazón. El machete tiene una hoja ancha pero no es tan amable como un agujero perforado en el pecho; ningún hombre desea que su lecho de muerte sea una carnicería. Los que peleaban en el flanco derecho de los insurgentes sabían que si caían estaban perdidos.

En el extremo derecho, el joven teniente encontró a cinco hombres en una cueva con forma de olla. Dos estaban muertos, uno más herido y con la mirada ausente, fija en el cielo, y los otros dos vaciaban sus rifles con furia. Algunos guerrilleros, escurridizos, habían logrado acercarse a tan sólo cien yardas de distancia.

El joven rodó hasta el interior de la olla, entre los otros hombres. Podía escuchar los disparos de los guerrilleros y los gritos de los dos insurgentes. Le pareció que los rifles escupían las balas en su misma cara, mientras toda la tierra parecía vivir con el ruido del retumbar y el redoble. Esta atmósfera de fogonazos, estallidos y desorden podía haber embriagado a cualquiera, pero él actuaba con mucha prudencia. Sabía que estaba adentrándose en una ratonera cuya puerta, una vez cerrada, sólo se abriría cuando la mano negra llamara y cada parte de su cuerpo temblara por el agobio y el

pánico. Pero algo le controlaba; algo le movía de forma inexorable en una dirección; comprendía perfectamente su situación pero estaba simplemente triste, triste con una dignidad serena, con el semblante de un joven príncipe melancólico. Formaba parte de cierta clase de hombre y los hombres como él, en las cumbres o en las llanuras, desde los campos helados y oscuros del Norte hasta las calurosas y húmedas junglas, en la ebriedad o en la penuria, en las mentiras o en la verdad poco común, en la oscuridad o en la luz, los de su clase estaban gobernados por sus propios dioses y cada uno conocía la ley, aunque no pueda darle nombre, pero es la ley y si los espíritus de los que eran como él le hubieran juzgado desde el cielo habrían convenido que su comportamiento era inmejorable; necesariamente debía obedecer la ley y la ley siempre permite sólo un camino. Y así, desde las cumbres a la llanura, desde los campos helados y oscuros del Norte hasta las calurosas y húmedas junglas, en la ebriedad y en la penuria, en las mentiras y en la verdad poco común, en la oscuridad o en la luz, escuchó el aliento de aprobación y la bendición de sus hermanos.

Se encorvó y con cuidado agarró el rifle y algunos cartuchos de uno de los muertos. La batalla estaba acelerándose, pero él no se precipitó. Sus ojos captaron la mirada fija del soldado herido, a quien sonrió en silencio. El hombre —un simple pueblerino condenado— no pertenecía a su clase, pero la ley de la fidelidad era muy clara.

Empujó un cartucho dentro del Remington y se arrastró junto a los dos hombres ilesos. En ese momento, tres o cuatro balas pasaron tan cerca de él que todo su cuerpo se estremeció. Disparó con cuidado hacia el humo. Con seguridad, los guerrilleros se encontraban ahora a una distancia de no más de cinco yardas.

Se incorporó con tranquilidad para realizar un segundo disparo y, casi inmediatamente, fue como si un gigante le hubiera golpeado con una viga en el pecho. Cayó con un gran espasmo hacia atrás, dentro de la cueva. Cuando colocó sus dos manos en el pecho pudo escuchar los gritos exultantes de los guerrilleros, cada garganta vomitando toda la infamia de un idioma prolífico en frases infamantes.

Uno de los otros hombres vino rodando despacio por la pendiente, y su rifle, que le seguía detrás, chocó con otro rifle causando un ruido metálico. Casi inmediatamente el superviviente lanzó un alarido y se fugó a la desesperada. Toda una descarga erró el objetivo, pero luego uno o dos tiros le alcanzaron, como a un pájaro disparado en un ala.

El cuerpo del joven teniente parecía galvanizado desde la cabeza a los pies. Llegó a la conclusión de que no estaba herido seriamente, pero cuando intentó moverse se dio cuenta de que no podía levantar las manos del pecho. Se había convertido en plomo. Habría deseado sacar una fotografía de su bolsillo para contemplarla.

A la entrada de la olla algo se movía en la hierba y allí apareció un hombre, mirando hacia donde yacían los cuatro insurgentes. Su rostro negro no era especialmente feroz, pero estaba iluminado por una ilimitada sed de sangre. El

teniente y él intercambiaron una mirada peculiar; entonces él bajó con impaciencia. El joven teniente cerró los ojos para no ver el resplandor del machete.

VIII

EL CORONEL ESPAÑOL estaba furioso y al mismo tiempo inmensamente orgulloso; inmensamente orgulloso y, sin embargo, con la rabia de la decepción. Tras la batalla, los insurgentes se habían retirado abandonando a sus muertos, pero una valiosa expedición también había logrado romper sus líneas y escapar hacia las montañas. De hecho, dudaba sobre si debía de estar totalmente contento o totalmente enfadado, porque sabía bien que la importancia del hecho no residía tanto en la descripción veraz de la batalla como en la prosa heroica del informe oficial, y en la batalla había material suficiente para una espléndida elegía. Los insurgentes habían huido; nadie podía negar eso; era evidente incluso para los soldados rasos que dispararon con los ojos cerrados. Esto merecía una celebración. Sin embargo, cuando todo hubo terminado, no pudo evitar pensar que, de haber capturado a esta expedición, habría sido ascendido a general de brigada o más.

Era bajo, fuerte, con barba y caminaba de esa forma característica en los oficiales españoles más viejos y en algunos de los jóvenes; es decir, como si su columna vertebral fuera un palo un poco más largo que su cuerpo; como si sufriera de una enfermedad en la espina dorsal que le impedía el uso adecuado de las piernas. Andaba por la carretera a pequeños pasos con gestos de desdén, murmurando: «*Ca, ca, ca*».

Regañó a unos soldados por un asunto sin importancia y, a medida que se aproximaba, los hombres retrocedían rápidamente, como si él fuera un coche de bomberos. La mayoría de ellos eran compatriotas jóvenes que, cuando recibían órdenes, exhibían una conducta muy semejante a la de algunos perros fieles. Ahora se veían sucios, con la lengua fuera, sedientos, invadidos por ese abatimiento nervioso posterior a la batalla.

Más allá de cuál fuera su verdadero carácter, el coronel recordaba mucho a un viejo cerdo glotón y libidinoso, contaminado de la cabeza a los pies con la polución de una vida pecadora. «¡*Ca!*», gruñía mientras andaba con torpeza. «¡*Ca, ca!*». Los soldados le saludaban al tiempo que se apartaban hacia un lado de la carretera. El aire olía a ropa quemada. Sobre la pradera los guerrilleros y los regulares hurgaban en la hierba. Unos cuantos disparos sin importancia sonaron desde los alrededores de la base que estaba en las montañas.

Un guerrillero, contento con el botín, se acercó a un capitán español. Llevaba en su mano una fotografía. «Mire, señor. Cogí esto del cuerpo de un oficial al que yo mismo maté a machetazos».

El capitán lanzó de reojo una mirada cínica al guerrillero, que respondía a la última parte de su frase. «*Ummm*», dijo. Cogió la foto y la contempló con una sonrisa flemática y desmayada, la de un hombre que ante la cara de una mujer piensa en el derramamiento de sangre, en el hogar, en el amor. Dio la vuelta a la foto y leyó por detrás: «Una lección de inglés te daré, ésta: *I love you, Margharita*». La fotografía

había sido tomada en Tampa.

El oficial permaneció en silencio durante medio minuto, mientras en su rostro permanecía esa desvaída sonrisa flemática: «Pobrecito», murmuró finalmente, con un suspiro filosófico semejante a un encogimiento de hombros. Sin dirigir una palabra al guerrillero se metió la fotografía en el bolsillo y se alejó. Sobre la tierra verde, muy arriba, en las vertiginosas alturas azules, algunos pájaros de gran tamaño volaban lentamente en círculo con los picos apuntando hacia abajo.

IX

MARGHARITA ESTABA en los jardines. Rayos de azul eléctrico brillaban a través de los penachos de la palmera y temblaban en tenues imágenes sobre el paseo. En el estanque pequeño y absurdo un pez fornido arremetía aparentemente contra los otros, pues a menudo se escuchaba una furiosa salpicadura.

Su madre llegó rápidamente hasta ella. «¡Margharita! ¡El señor Smith está aquí! ¡Ven!».

—¡Oh! ¿Está aquí? —exclamó la chica. Siguió a su madre hasta la casa. Entró en el pequeño recibidor con aire pomposo, con la egolatría de una ignorante. Smith había escuchado desde el vestíbulo el movimiento de su falda y su corazón, como siempre, le golpeó con fuerza suficiente como para dejarle sin respiración. Cada vez que acudía a visitarla se sentaba, esperando con un miedo sordo en el pecho a que la madre entrara y, con indiferencia, le anunciara que su hija se había ido al cielo o a Nueva York con alguno de sus rivales imaginarios, y que nunca volvería a verla en el ancho mundo. Y entonces él ideaba trucos para escapar de la casa y que nadie notara su rostro desencajado. Imaginar la absoluta traición de su adorada formaba parte de su amor. Así que cada vez que escuchaba desde el vestíbulo el movimiento de su falda sentía que de nuevo salvaba su felicidad de un oscuro destino.

Ella estaba radiante, toda de blanco. «¿Qué hace aquí, *Mister Smith*?», se sorprendió como si fuera el último hombre en el mundo al que esperaba encontrar.

—Buenas tardes —saludó él, frotándose nerviosamente las manos. Al comienzo de las visitas, siempre se sentía incómodo y torpe. Actuar con naturalidad le tomaba su tiempo.

Ella se sentó delante de él con una pose teatral e, inmediatamente, le acribilló con un montón de preguntas, información sobre sí misma, chismorreos y protestas genéricas que a él no le obligaban a nada, salvo a aparentar una brillante inteligencia y a responder de vez en cuando: «¿Sí?». En cualquier caso, su disfrute personal era contemplar la belleza de ella.

Cuando ella terminó y pareció que ya no sabía qué decir, se hizo un minuto de silencio, un silencio muy incorrecto, según habían sido ambos educados. La gente con buena educación siempre murmura como dos arroyos juntos.

Él sabía que la responsabilidad era suya y, aunque su cabeza estaba ocupada en cómo proponer más adelante el matrimonio, para conservar su reputación de hombre bien criado era necesario decir algo de una vez. Tuvo la idea de preguntar: «¿Podría usted tocar?». Pero la estrategia del piano todavía no era adecuada; era demasiado temprano. Así que dijo lo primero se que le vino a la cabeza: «Qué terrible que mataran en Cuba al joven Manolo Prat, ¿verdad?».

—¿Verdad que fue una pena? —respondió ella.

—Dicen que su madre está destrozada —continuó él—. Tienen miedo a que se muera.

—¿Y no es extraño que no supiéramos nada de todo ello en casi dos meses?

—Bueno, no sirve de nada tratar de conseguir noticias frescas de allí.

Luego se adentraron en asuntos más personales y ella le lanzó varias miradas rutilantes que le redujeron de golpe a una posición de esclavitud miserable. Él la contemplaba con glotonería, temeroso, aunque más avaricioso que un millar de avaros. Ella era plenamente consciente; se reía y se burlaba de él con la mirada. Le provocaba la impresión de ser una ilusión inalcanzable, una belleza incomparable e imposible, casi imposible, al menos muy difícil; entonces, de nuevo, le parecía imposible, imposible —imposible— imposible. Se sintió abatido; nunca se atrevería a proponerle nada a una belleza tan resplandeciente; era como pedir ser Papa.

Poco después, ocurrió algo que él reconoció como una señal muy sutil. La chica se puso soñadora al tiempo que lo miraba; su voz bajó hasta un delicioso tono de intimidad. Él se inclinó hacia adelante; estaba a punto de desnudar con palabras hermosas su alma intimidada y confusa, cuando de pronto ella se convirtió en la persona más despreocupada del mundo y le preguntó sobre la línea de tranvía que se proyectaba.

Pero nada podía pararle ya. Le agarró de la mano. «Margharita», murmuró guturalmente, «quiero que te cases conmigo».

Ella lo miró con la mejor imitación del asombro. «¿Qué dices?».

Él se incorporó y, acto seguido, también lo hizo ella, retrocediendo un paso. Él sólo era capaz de balbucear su nombre. Y así estuvieron, de pie, desafiando las reglas del arte dramático.

—Te amo —le dijo al fin.

—¿Cómo...? ¿Cómo sé que realmente..., me amas de verdad? —dijo ella, elevando con temor sus ojos hacia su cara, y esa mirada asustadiza, esa mirada le insufló la superioridad durante un instante. Avanzó tan seguro como un granadero y, cogiéndola de ambas manos, la besó.

Esa noche ella tomó una fotografía ajada de su tocador y, sosteniéndola sobre el candelabro, la convirtió en cenizas, abriendo sus labios rojos mientras se concentraba en la tarea. Por detrás de la foto se leía: «Una lección en inglés te voy a dar —ésta: *I love you*».

Porque la palabra dada únicamente es transparente para esa clase de hombres que en las cumbres o en la llanura, en los campos oscuros y helados del norte o en las junglas húmedas y calurosas, en la ebriedad o en la penuria, en las mentiras o en las verdades poco comunes, en la oscuridad o en la luz, son gobernados por unos dioses desconocidos, y aunque cada hombre conoce la ley, ninguno sabe darle nombre.

DIOS OS DÉ DESCANSO, CABALLEROS ALEGRES

EL PEQUEÑO NELL, al que a veces llamaban La doncella bendita^[7], era un corresponsal de guerra del New York Eclipse; en el barco correo iba siempre en pijama; en tierra solía llevar cualquier cosa que le proporcionara el destino, generalmente la ropa menos adecuada para el clima. Había recorrido el Caribe en un pequeño remolcador, siempre al capricho de las olas, muy incómodo, en busca de la flota de Cervera^[8]; aunque su redactor jefe no le había explicado qué tenía que hacer una vez encontrara los cuatro cruceros acorazados y los dos destructores. El cable con las instrucciones decía: «Toma barco; encuentra flota de Cervera». Si su desdichada embarcación de nueve nudos casualmente se topara con los enormes barcos de veinte nudos, y con sus rápidos y mortíferos acompañantes, el pequeño Nell se preguntaba qué haría luego para escapar de ellos. Demostró su perplejidad en público y en privado ante la intransigente estupidez de los redactores jefe en ciertas ocasiones, pero no malgastó mucho tiempo en ello. El Jefferson G. Johnson había repostado ya carbón, así que el pequeño Nell informó a su capitán de los planes, compró carne enlatada, cigarrillos y cerveza, y enseguida el Johnson zarpó hacia su misión, haciendo sonar su silbato con un garboso adiós a sus compañeros de la bahía.

El Johnson se arrastró vertiginosamente de ola en ola, deslizándose de un valle a otro por un trayecto más largo del que era recomendable para el corazón de los hombres, porque el Johnson no era más que un remolcador de puerto, sin intención arquitectónica alguna de surcar altamar, y su tripulación nunca había contemplado la cubierta inundada de agua blanca, como si fuera un simple arrecife hundido. El cocinero blasfemaba desesperado a todas horas, mientras perseguía frenético su equipo de un lado a otro de la cocina. El pequeño Nell soportaba todo tipo de quejas, consciente de que no había maldad en ellas. Eran más bien la expresión de infelicidad de unos hombres que deseaban alguna muestra de camaradería para sus vidas húmedas, desamparadas, medio hambrientas; vidas a las que, según explicaban, no estaban acostumbrados y para las que, alegaban, no estaban siendo pagados adecuadamente. El pequeño Nell les consolaba continuamente, sin dificultad. Les hablaba con palabras de amable solidaridad para animarles y ahogaba su propia desgracia tras el rostro de reportero del New York Eclipse. Sin embargo, continuaron sufriendo las sacudidas del cascarón casi hasta la Martinica; conocieron muchas razas y muchas banderas, pero no encontraron la flota de Cervera. Si hubieran hallado esa escuadra esquiva, esta tímida historia nunca hubiera sido escrita, habría sido probablemente un poema lírico. El Johnson atracó una mañana en el muelle de San Nicolás y, allí, el pequeño Nell recibió el siguiente despacho: «No puedo entender tu inacción. ¿Qué haces con el bote? Informa inmediatamente. Flota de transportes ya dejó Tampa. Destino esperable cerca de Santiago. Ve allí inmediatamente. Ponte a las órdenes. Rogers, Eclipse».

Un día, avanzando hacia la elevada, luminosa costa azul de la provincia de Santiago, avistaron las flotas, un nudo de mástiles y chimeneas que parecía estar increíblemente cerca de la orilla, como si permaneciera pegado a las montañas. Luego un mástil dejó paso a otro mástil, una chimenea se alejó lentamente de otra chimenea y la playa permaneció en calma, pero las flotas parecieron avanzar hacia el impaciente Johnson. A una velocidad de nueve nudos por hora la escena fue dividiéndose en diferentes partes. En un mar por el que se navegaba con facilidad, bajo un cielo cristalino, navíos de transporte con el casco negro —antiguamente paquebotes— permanecían a la espera, mientras cruceros grises y cañoneros estaban cerca de la orilla, bombardeando la playa y algunos bosques. De sus flancos grises salían delgados relámpagos rojos, eructos de humo blanco y luego, sobre las aguas sonaba bum, bum, bum. La tripulación del Jefferson G. Johnson p e r donó al pequeño Nell todo el sufrimiento de los quince días previos.

Hacia el Oeste, alrededor de la embocadura del puerto de Santiago, aguardaban una hilera de acorazados grises y almenados, orientados en otra dirección, esperando.

El Johnson adelantó a un transporte cuya cubierta y aparejos estaban repletos de figuras negras, como un grupo de abejas que hubiera descendido sobre un tronco. Sobrepasó a un crucero que parecía indignado por haber sido dejado fuera del juego, su cubierta estaba abarrotada con marineros vestidos de blanco que contemplaban las acciones de sus hermanos más afortunados. El mar levantisco, de un azul frío, inclinaba los grandes barcos con facilidad, lentamente, y empujaba a los pequeños de manera escandalosa, como pequeñas criaturas sobre tremendos caballos al galope. El Johnson parecía mirar de soslayo mientras se agitaba, avanzando a través de una comunidad de naves. Cesó el bombardeo y los transportes de tropas se acercaron a la orilla. Pronto, botes llenos de hombres, remolcados por lanchas, se perdieron casi de vista en la centelleante y misteriosa luz que aparecía donde el mar se juntaba con la tierra. Había comenzado el desembarco. El Johnson navegaba a sus nueve nudos y el pequeño Nell se impacientaba mucho, contemplando la orilla con sus prismáticos, a menudo mirando irritado hacia un lado para comprobar el esfuerzo del acelerado remolcador. Luego, por fin, entraron en una especie de cala, con transportes, barcos de la prensa y cruceros por todos los lados; sobre el agua surgía un gran rumor de voces humanas, intercalado frecuentemente, cuando los buques de vapor maniobraban para evitar choques, por el estruendo metálico de los gongs de las salas de máquinas.

En realidad era el gran momento —el momento que hombres, naves, islas y continentes habían esperado durante meses—, pero de alguna manera no lo parecía. Todo estaba en calma; una franja de costa alta, verde y rocosa poblada rápidamente por el desembarco de un bote tras otro; eso era todo. Como muchos momentos preconcebidos, éste rechazaba ser grandioso.

Pero nada rebajaba el frenesí del pequeño Nell. Sabía que el ejército estaba desembarcando —lo podía ver y le importaba muy poco que el gran momento no

pareciera tal—. Formaba parte de su oficio como corresponsal distinguir los grandes momentos bajo cualquier disfraz. El Johnson echó al agua un bote para él y se lanzó dentro rápidamente, olvidándose de todo. El segundo de a bordo, un barbudo filántropo, le arrojó un chubasquero y una botella de *whisky*. El pequeño Nell giró el rostro hacia esos otros botes llenos de hombres: sus ojos se fijaron sobre la costa apacible, mansa, silenciosa. El pequeño Nell vio a muchos soldados sentados con rigidez junto a los toneles de rifles, sus pechos azules cruzados por tiendas de campaña blancas y rollos de mantas. Las lanchas chirriaban; los marineros empujaban sus bicheros o tiraban de ellos; una playa bullía con el trabajo de los soldados, algunos de ellos en cueros. El bote del pequeño Nell tocó tierra en medio de un rumor de voces, dominado en ese momento por una única y severa voz que repetía: «Formen filas, Compañía B».

Tomó su chubasquero y su botella de *whisky* e invadió Cuba. Era un poco desconcertante. Compañías de esos mismos hombres ataviados de azul y marrón formaban rápidamente y avanzaban hacia las colinas por un pequeño espacio abierto, pasando cerca de una charca, de algunas palmeras, de una casa. A un lado, un mulato vestido con lino sucio y sombrero de paja utilizaba su machete para cortar cocos verdes, que ofrecía con hospitalidad a los perezosos invasores. Al otro lado, sobre una loma, un fortín ardía con furia; cerca de allí algunas cocheras de ferrocarril se quemaban muy lentamente, con una pequeña locomotora Roger que se mantenía en mitad de las ruinas, gris, casi blanca, con cenizas que la convertían en un fantasma. El pequeño Nell rodeó el fortín enrojecido y avanzó hacia una pequeña calle de pueblo con endeble viviendas de madera. Algunos soldados andrajosos de la caballería cubana cuidaban tranquilamente a sus caballos en un cobertizo que apenas acababa de ser desocupado por los españoles. Tres soldados americanos le intentaban explicar a un cubano que deseaban comprar bebidas. Pasó un nativo aporreando a su *pony*, como de costumbre. El cielo estaba azul; el mar hablaba con un acento grave a los pies de algunas rocas; en su seno las naves se posaban silenciosas como gaviotas. No había indicios directos de la invasión —invasión bélica—, salvo el rumor de las llamas en el fortín; pero, excepto para señalar el intenso calor que desprendía, nadie prestaba atención a ese incendio. Hacía calor, mucho calor. Era realmente difícil para el pequeño Nell dejar de pensar en sus propios asuntos: sus deudas, otros infortunios, sus amores, sus proyectos de felicidad. Nadie estaba nervioso; los cubanos no lloraban de agradecimiento; las tropas americanas mostraban visiblemente su alivio por salir de sus precarios navíos de transporte y los hombres preguntaban a menudo con interés: «¿Dónde están los españoles?». ¡Y con todo debía ser un gran momento! ¡Era un gran momento!

Todo parecía demostrar que los instantes más importantes de la historia no son los más relevantes para el hombre común, pues éste, mientras las naciones cambian, siente un pinchazo en la espinilla, dolor de cabeza, hambre, sed, falta de sueño, la influencia del recuerdo de antiguos hogares, vasos de cerveza, chicas, teatros, ideales,

religiones, padres, caras, heridas, diversión.

Desde un cómodo porche alguien llamó al pequeño Nell, quien alzó la vista y divisó a Walkley, del Eclipse, estirado en una hamaca amarilla y verde, fumando su pipa con aire de haber vivido siempre en esa casa, en ese pueblo. «¡Oh, querido pequeño Nell, qué alegría me da ver de nuevo tu cara de ángel! ¡Eh! No trates de esconderlo, lo puedo ver. ¿Has traído también el sacacorchos? Te han desbancado como director de esclavos. ¿Lo sabías? Y por Rogers. Rogers es un saduceo, un cadáver y un pelícano, nombrado para el puesto de jefe de corresponsales, sin duda, gracias a su extraña virtud de la incapacidad. No le des importancia».

—¿Dónde está él ahora? —preguntó el pequeño Nell, tomando asiento en las escaleras.

—Está abajo, interfiriendo en el desembarco de las tropas —respondió Walkley, balanceando una pierna—. Espero que tengas el Johnson bien repleto de comida, así como de cigarrillos, puros y tabaco, cervezas, vinos y licores. Los vamos a necesitar. Ya hay escasez en la casa de Walkley. He descubierto que el sistema de transporte de nuestros gallardos soldados despierta en mí menos interés que el funcionamiento de una bollería ordinaria. Una banda de hambrientos, agobiados, todos juntos, en medio del hedor, y todos irritables... ¡Sí, muy irritables...! Igual que yo..., ¡mirad, mirad!

El Jefferson G. Johnson, reconocido por ellos desde una distancia enorme, surcaba el ancho mar en dirección a Jamaica, vomitando humo desde su chimenea. «¡El ejército desembarca en Cuba!», gritó Walkley. «¡El ejército de Shafter desembarca cerca de Santiago! ¡Cuerpo de letra especial! ¡La mitad de la portada! ¡Oh! ¡El saduceo! ¡El cadáver! ¡El pelícano!».

El pequeño Nell estaba mudo por la sorpresa y el miedo. Walkley, en cualquier caso, no callaba. «¡Ése es el pelícano! ¡Ése es el señor Rogers dando su primera impresión de la situación! Se ha grabado en nosotros. Estamos tatuados con él. Habrá una batalla mañana, seguro, y la cubriremos igual que tú encontraste la flota de Cervera. Carecemos de comida, caballos, dinero. Yo no tengo transporte; tú tampoco puedes ir por mar. Nunca más veremos nuestro salario. Es decir, Rogers es un idiota».

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó el pequeño Nell con cansancio.

—Sólo el joven Point —Point era un dibujante del Eclipse—. Pero no tiene nada. Es una pena que no haya un hospicio en este país dejado de la mano de Dios. Ahí viene Point —un hombre de cara triste se acercaba con mucho equipaje a costas—. ¡Hola Point! Litógrafo y genio, ¿tienes comida? Comida. Bueno, entonces mejor que hubieras regresado a Tampa por telégrafo. Aquí no pintas nada. Otra boca más que alimentar.

Point tomó asiento al lado del pequeño Nell. «No he probado bocado desde que amaneció», dijo apesadumbrado. «Pero me importa poco, porque estoy simplemente muerto de cansancio».

—No me digas que estás muerto de cansancio mi talentoso amigo —gritó Walkley desde su hamaca—. Piensa en mí, ¿qué haremos ahora?

Estuvieron un rato mirando desconsolados hacia el humo negro que el Johnson dejaba de rastro sobre la superficie del mar. De abajo, hacia la derecha, provenían las voces de alguien que supervisaba el desembarco de unas mulas. El fortín en llamas todavía generaba un rumor sordo. De pronto, la muchedumbre que participaba en el desembarco gritó de alegría y todos los vapores silbaron larga y roncamente. Pequeñas figuras negras izaban una bandera americana sobre un fortín en la cima de una gran colina.

—Esto podría ser un reportaje estupendo para el domingo —dijo el pequeño Nell—. Bueno, iré a ver en qué orden han desembarcado los regimientos, quién fue el primero en tomar tierra y todo eso. Luego intentaré encontrar el puesto de mando del general Lawton. Su división iba en cabeza, creo.

—¡Vale! Yo redactaré una descripción vibrante de la izada de bandera —añadió Walkey—. Mientras, el brillante Point buscará comida y se asegurará de que la consigue —añadió con vehemencia.

A partir de ese momento, el pequeño Nell vagó por la faz de la tierra para reconstruir la historia del desembarco de los regimientos. Encontró a unos cincuenta hombres que alegaban haber sido el primer soldado americano en pisar suelo cubano, y entre ellos eligió al más probable. El ejército avanzó tan pronto como todas las piezas de campaña fueron desembarcadas. En una casa, que parecía una ruda taberna de pueblo, los soldados examinaban superficialmente sus rifles mientras hablaban. Había un manantial de agua bastante caliente —más palmeras— y un trasfondo inescrutable.

Cuando regresó a la mansión de Walkley, se encontró el porche atestado de corresponsales vestidos de caqui, dril, petos y franela. Llevaban pantalones de montar, pero sólo por si acaso. Ahora se daban cuenta de que el destino les deparaba caminar. Algunos copiaban al dictado, mientras Walkley discursaba desde su hamaca. Rhodes —condenado a recibir un disparo en una batalla algunos días después— intentaba conseguir prestada una cantimplora de quienes la tenían y de quienes carecían de ella. El joven Point, pálido, completamente agotado, dormía en el suelo. Walkley le señaló:

—Así es como llegó después de su incursión en busca de alimentos, en la que ha pasado a toda Cuba por un colador. Oh, sí; una lata de maíz y media botella de zumo de lima.

—Decidme, ¿sabe alguien el nombre del comandante de la Vigésimosexta de infantería?

—¿Quién está al mando de la primera brigada de la división de Kent?

—¿Cómo se llama el tipo que izó la bandera?

—¿Qué hora es?

Y un hombre desconsolado vagaba de aquí para allá con su pipa apagada, pidiendo lastimeramente, «¿quién tiene una cerilla? ¿Alguien tiene una cerilla?».

La bota izquierda del pequeño Nell le rozaba en el talón, así que se la quitó con

mucho cuidado, silbando entre dientes. Los envolvía el polvo recalentado, provocándoles una sensación de suciedad extrema que ponía a prueba sus nervios. El joven Point soltó un ronquido que fue recibido con un sarcasmo grave desde todas las direcciones. Abajo seguía el murmullo del desembarco.

Cuando llegó la noche, el pequeño Nell pensó que lo mejor era acostarse tarde, porque se dio cuenta de que el chubasquero iba a ser una cama poco confortable. La noche era gloriosa. Del mar llegaba una brisa, atizando pavesas de las cenizas y chamuscando los restos del cobertizo, mientras en lo alto descansaba un espléndido y nocturno cielo veraniego, iluminado por grandes estrellas en calma. En las calles del pueblo había dos o tres incendios, enrojeciendo frecuente y súbitamente con su reverbero las figuras de hombres susurrantes que se movían de aquí para allá. Las luces de los barcos de transporte parpadeaban en la murmurante llanura que se extendía frente al pueblo; y lejos, al Oeste, el pequeño Nell a veces podía advertir la indicación sutil de un reflector, que en solitario señalaba la presencia de las invisibles naves de combate, esperando medio aburridas cerca de la entrada del puerto de Santiago.

Cuando el pequeño Nell regresó al porche, tropezó con un montón de hombres tirados en el suelo, hasta llegar al punto donde había dejado su impermeable; pero éste había desaparecido. Sus blasfemias se mezclaron entonces con las de aquellos hombres cuyos cuerpos había pisado. Dos corresponsales ingleses, tumbados pero despiertos para fumar la última pipa, levantaron la cabeza y le miraron perezosamente. «¿Qué problema tienes, colega?», murmuró uno. «Lo perdiste, ¿eh? Bueno, mira; ven aquí y toma un poco de mi manta. Es maravillosamente grande. Oh, ningún problema, hombre. Ahí tienes. ¿Es suficiente? ¿Cómodo? Buenas noches».

Una voz soñolienta emergió en la oscuridad. «Si esta hamaca se rompe, golpearé al menos a diez de los tipos que tengo debajo. Va, da igual. Esto es la guerra».

Los hombres se durmieron. De pronto, el sonido de tres o cuatro disparos rasgó la noche ventosa y una cabeza se alzó rápidamente en el porche, dos ojos miraron aturridos a la nada y la cabeza se hundió con la misma rapidez. De nuevo se escuchó la voz soñolienta. «¡Lo habitual! ¡Centinelas nerviosos!». Los hombres se durmieron. Antes del amanecer un frío penetrante e inmisericorde invadió el aire y los corresponsales se despertaron, temblando en un mundo azulado, tristón. Algunos de los fuegos todavía crepitaban. Walkley y el pequeño Nell patearon con fuerza el esqueleto de Point. «¡Venga, genio! No te hagas el remolón. ¡Hace mucho frío para dormir, pero no lo suficiente para dejar de currar!». Point se sentó con tristeza. Su cara tenía una expresión infantil. «¿Dónde vamos a conseguir nuestro desayuno?», preguntó de mala gana.

—¡No hay desayuno para ti, sabueso! En pie y a currar.

Todos se pusieron manos a la obra. Con excesiva dificultad, se enteraron de que nada emocionante había ocurrido durante la noche, salvo la muerte de dos cubanos tan ignorantes que no entendieron la orden de alto de dos centinelas americanos.

Luego Walkley repasó la escala de oficiales al mando, y el pequeño Nell les sonsacó sus impresiones de Cuba. Cuando se lo permitió su indignación por la ausencia de desayuno, Point realizó bocetos. Con el día ya avanzado, el Adolphus, un barco correo del Eclipse, mandó un bote a la costa con Tailor y Shackles en su interior y, poco después de repartir entre sus amigos muchas latas de conserva y mantas, Walkley partió sin miedo hacia Jamaica.

—Bueno, ya estamos servidos —dijo el pequeño Nell—. Ahora Point y yo debemos desayunar.

Shackles, por alguna razón, llevaba un gran cuchillo de caza y el pequeño Nell abrió con él una lata de judías.

—Acompáñanos —le dijo amablemente a Point.

Había algunas galletas duras. Después los cuatro se marcharon siguiendo el camino de las tropas. Iban cargados de equipaje, en especial el joven Point, que había hecho acopio de un montón de cosas innecesarias. Pronto les envolvió el verdor de las colinas. Escucharon que el ejército había avanzado unas nueve millas sin encontrar resistencia. Había rastros del rápido paso aquí y allá: chaquetas, guantes, rollos de mantas por el suelo. Hileras de mulas venían en manada a lo largo del estrecho camino, guiadas por el sonido de una pequeña campanita. Los cubanos se apropiaban de los abrigos y las mantas.

Los cuatro corresponsales aceleraron la marcha. Tiraba de ellos la certeza de una batalla inminente, pero también una serie de cosas menos importantes aunque más íntimas. El talón izquierdo del pequeño Nell le molestaba, lo tenía bastante irritado; cada poco deseaba tomar asiento en la orilla de la carretera para aliviar su dolor. Shackles y Point se caían muy mal y, a menudo, discutían estúpidamente por cualquier cosa. A todos les agobiaban los rollos de mantas y los paquetes que llevaban en las manos. Era como si te expulsaran de una pensión y tuvieras que cargar ocho millas con tu propio baúl hasta el albergue más próximo. Para colmo, Point, estúpidamente sobrecargado, había ido colocando con gran astucia varias cámaras y otras naderías en manos de sus tres amigos menos avituallados y más sensatos. Esto les sacaba de sus casillas, aunque lo mantenían en secreto, porque era asquerosamente inocente, despistado y joven. Todos deseaban rebelarse, pero ninguno de ellos lo veía del todo claro. De alguna forma les parecía una empresa disparatada, pero no entendían del todo por qué, y aunque en su fuero interno le llamaban cabroncete, nadie le comentaba nada. Por ejemplo, al pequeño Nell le habría gustado decir: «Point tú no eres un pura sangre. Eres un desconsiderado, un pequeño cerdo descerebrado». Pero a la hora de la verdad, comentó: «Point, al principio parecías un árbol de Navidad. Si seguimos quitándote paquetes pronto no quedará ninguno para los niños». Point dudó. «¿Qué quieres decir?», preguntó. El pequeño Nell simplemente impostó una carcajada de buen humor.

Siempre estaban muy sedientos. Siempre había alguna voz que pedía la botella mediada de zumo de lima. Cinco o seis gotas añadidas al agua caliente de las

cantimploras eran el paraíso. Point parecía querer custodiar el zumo de lima, con la intención de sacarle más provecho. Antes del final de la guerra los otros declararían con vehemencia que aborrecían a Point y, sin embargo, cuando les preguntaron la razón fueron incapaces de explicarse. Los motivos parecían entonces tan nimios, tan infantiles, como los de muchas mujeres. Y, sin embargo, en aquel momento sus ofensas se les antojaban enormes.

La certeza de la inminente batalla todavía tiraba de ellos. Entonces ocurrió que Shackles cayó gravemente enfermo. De repente arrojó al camino sus cachivaches y muchos de los de Point, se zafó de su manta enrollada, la lanzó lejos, y se sentó pesadamente al borde de la carretera. Vieron con sorpresa que su rostro estaba pálido como la muerte y, sin embargo, chorreaba sudor.

—Chicos —dijo en su tono habitual—. Estoy claramente fuera de juego. No puedo dar otro paso. Vosotros seguid adelante, compañeros, y dejadme, que yo iré tan pronto como me sea posible.

—Oh, no, ni hablar de eso —respondieron a la vez el pequeño Nell y Tailor.

Point se apartó hacia un lugar mullido y arrojó allí todos los bártulos que llevaba consigo.

—No sé si es algo hereditario o simplemente por culpa del sol, pero he sufrido un ataque —dijo Shackles, y se desplomó despacio antes de que el pequeño Nell o Tailor pudieran alcanzarle.

Posteriormente Shackles se puso paternal; como si quienes realmente sufrieran el ataque, hereditario o por culpa del sol, fueran el pequeño Nell y Tailor

—Ponme el rollo de la manta bajo la cabeza, Nell, hijo mío —dijo amablemente—. ¡Eso es! Qué agradable. Qué maravilla. Porque estoy bien..., sólo cansado —cerró los ojos, y entró en una especie de sueño tranquilo. De pronto, los abrió—. No os preocupéis por mí —dijo.

Pero los dos se movían alrededor suyo inquietos, nerviosos, preocupados, analizando un plan tras otro. Fue Point el primero en hacer una observación cabal. Sentado con descuido e indiferencia en su lugar mullido, gritó:

—¡Ey, vosotros! Algunos tendremos que continuar. Todos no podemos quedarnos aquí. Hay que continuar.

Era bastante cierto; el Eclipse no podía permitirse esa situación. Al final Point y Tailor continuaron adelante, dejando al pequeño Nell junto a Shackles para ayudarle a seguir tan pronto como fuera posible. Permanecieron muchas horas en la hierba junto a la carretera. Tuvieron un trato lacónico con los oficiales, soldados y arrieros que pasaban por allí, muchos deteniéndose para conocer la razón de que yaciera en el suelo aquella figura con cara de muerto.

A menudo, recibieron favores de compañeros y paisanos: pequeñas cosas sin importancia que, sin embargo, les animaron.

Había oscurecido cuando, despacio, Shackles y el pequeño Nell alcanzaron un lugar donde podían escuchar el rumor del campamento militar.

—Shack —masculló el pequeño Nell al hombre que se reclinaba melancólico sobre él—. Me parece que lo mejor sería hacer nuestras camas aquí donde estamos.

—Muy bien, chavalote. Lo que tú digas —replicó Shackles con la voz grave y profunda que surge en esas condiciones.

Se arrastraron dentro de unos arbustos y distribuyeron por el suelo sus posesiones. El pequeño Nell extendió las mantas y, prácticamente, hizo de criada. Luego los dos hombres se tumbaron sin cenar, demasiado cansados para comer. Se durmieron.

Al amanecer, el pequeño Nell se despertó y buscó como loco a Shackles, cuya manta aparecía en el suelo aplastada como un periódico mojado. Pero enseguida, Shackles apareció exultante.

—Vamos —gritó—. He conseguido una invitación para desayunar.

El pequeño Nell le siguió rápidamente.

—¿Dónde? ¿De quién? —preguntó.

—Oh, de algunos oficiales —respondió Shackles con aire satisfecho. Su enfermedad del día anterior sólo se percibía por la curiosa deferencia con la que pagaba al pequeño Nell.

Shackles guió a su camarada y pronto llegaron hasta una fogata hecha con pequeñas ramas, donde estaban en cuclillas un capitán y su subalterno, que se levantaron cortésmente. Sus pantalones mostraban las franjas blancas, propias de los oficiales de infantería, y en los hombros de sus casacas azules se apreciaban los pequeños emblemas de su rango; pero por lo demás, había poco en ellos, aparte de su educación, que los diferenciara de los hombres que cerca de ellos se ocupaban del desayuno. El capitán era viejo, canoso —el tipo de capitán habitual en el pequeño ejército americano—, encantado de estar en servicio activo, seguro de su capacidad y, sin embargo, desprendiendo cierta nota de patetismo. La guerra le había llegado demasiado tarde. La edad se le echaba encima y los honores serían sólo para su viuda y sus hijos: simplemente una póliza de seguros mejor. Había pasado su vida vigilando con mucho esfuerzo a los indios, entre el calor y el frío, pero sin gloria alguna para él y los suyos. Todo lo que podía hacer ahora era morir al frente de sus hombres. Si de joven soñó con las estrellas de general, éstas ya eran imposibles de alcanzar y él lo sabía. Era demasiado viejo para llegar tan lejos; su único honor estribaba en una nueva invitación para enfrentarse a la muerte. Pero, a pesar de sus ambiciones medio extinguidas, llevaría a sus hombres a cualquier tipo de sacrificio, porque seguía la tradición de los caballeros y los soldados y, además, amaba la sorpresa, lo desconocido, a la guerra por sí misma. Si en ese momento le hubieran degradado a pelearse con los pucheros, ningún poder podría haberle privado de seguir toda la campaña como espectador. ¡El ejército! Lo llevaba en cada gota de su sangre.

El teniente era muy joven. Quizás, en vista de la escasez de oficiales existente, lo habían sacado a toda prisa de West Point. Para él, todo suponía una oportunidad. De hecho, había tenido mucha suerte. En vez de ir en 1898 a tostarse por un período

indefinido sobre un montón de arena roja abandonada de la mano de Dios en Nuevo México, estaba en Cuba con una misión de verdad, con su regimiento. Cuando llegara el gran combate estaba convencido de que saldría de él con los pies por delante encabezando una compañía, ¿y qué más podía pedir un chico? Era un muchacho muy modesto y nunca manifestaba su estado de ánimo, pero su rostro evidenciaba siempre una expresión de feliz alegría. Realmente se tenía por el chico más afortunado de la Tierra; y estaba casi seguro de que lo haría bien. Era necesario hacerlo bien. Lo haría bien.

En muchos aspectos estos dos hombres eran similares; el capitán canoso con su amable y lúgubre semblante —«demasiado tarde»— y el entusiasta y joven teniente segundo, con su graduación tan reciente. Aquí se notaba la influencia del ejército. Después de todo, ambos eran hijos del ejército.

Es posible saltar al futuro y hacer la crónica de lo que ocurriría después. El capitán, tras treinta y cinco años esperando una oportunidad, recibiría su bala de Máuser en el cerebro nada más comenzar la batalla, en las faldas de la colina de San Juan, y el chico llegaría a la cima jadeando, sudando, pero sin un rasguño y sin estar seguro de si comandaba una compañía o todo un batallón. Este era el destino que esperaba a los anfitriones de Shackles y el pequeño Nell.

El desayuno consistió en tomates enlatados cocidos con pan duro, más pan duro y café. Una buena comida, casi regia. Shackles y el pequeño Nell se mostraron absurdamente agradecidos cuando el café amargo y caliente les hormigueó por dentro. Partieron alegremente antes de que el sol ascendiera del todo y entraron en Siboney. No volvieron a ver al capitán.

La playa de Siboney bullía de tráfico, tanto como lo había hecho la de Daqueri. Las lanchas gritaban, los marineros empujaban sus bicheros y grupos de hombres seguían a grupos de hombres. Firme, como en un desfile, en la orilla un corneta tocaba a llamada a los caballos de la tropa que, en el mar salado, nadaban hacia él con impaciencia. Se amontonaban en la cala navíos de transporte de todos los tamaños y de todas las épocas. A izquierda y derecha de la pequeña playa de desembarco, colinas verdes se alzaban verticales como los bastidores en un teatro. Estaban salpicadas aquí y allá de fortines y zanjas para rifles. En lo alto de una colina, un regimiento avanzaba a duras penas, aparentemente pulgada a pulgada. Shackles y el pequeño Nell caminaron entre palmeras y arbustos, cerca de charcas, sobre espacios de arena que contenían pequeños monumentos como cajas de galletas, de munición y todo tipo de provisiones. Un regimiento se reagrupaba tras salir de los barcos y los hombres componían grandes manchas azules sobre la arena marrón.

Shackles preguntó al primero con quien se cruzó:

—¿Adónde va ese regimiento? —señaló hacia las tropas que avanzaban en lo alto de la colina.

El hombre sonrió y respondió.

—Van buscando una batalla.

—¡Buscando una batalla! —exclamaron juntos Shackles y el pequeño Nell.

Se miraron a los ojos. Luego se pusieron en camino hacia las faldas de la colina. La colina era larga e intrincada. Debajo de ellos se desplegaba un panorama cada vez más extenso de naves inmóviles en un mar gris; una zona de desembarco bulliciosa, negra; altas, quietas, verdes colinas; un pueblo de casitas desperdigadas; palmeras; un pedazo de carretera; soldados marchando. Pasaron por delante de unas trincheras españolas vacías; pequeños fortines de veinte pies. Pronto se encontraron en una bella meseta cercana al mar. El sendero, bajo condiciones normales, habría sido un precioso paseo arbolado. Serpenteaba por la sombra del ramaje de árboles espléndidos, primero entre la exuberancia de arbustos crecidos con fantásticas raíces al descubierto, después a través de un espacio de hierba que tenía toda la belleza de un huerto abandonado. Pero siempre corrían bajo sus pies ruidosos cangrejos de tierra —una prueba para los nervios—, que parecían tener sobre sus cuerpos azules o rojos unos semblantes como caras lunares, y esas caras se transformaban en expresiones del más profundo horror dirigidas hacia Shackles y el pequeño Nell cuando estos avanzaban rápidamente para alcanzar al belicoso regimiento. La ruta estaba llena de abrigos, sombreros, tiendas y mantas, latas de raciones, mochilas: de todo menos cartucheras de munición, rifles o cantimploras.

Escucharon por delante un rumor de voces —hombres hablando demasiado alto para el ceremonial del bosque— y enseguida alcanzaron a dos o tres soldados tumbados a un lado de la carretera, con las caras inflamadas, completamente fatigados por la veloz marcha bajo el calor. Un hombre se acercó cojeando por el sendero. Les miró ansioso, buscando solidaridad y comprensión. «Tengo la rodilla herida. Les juro que no podía seguir el ritmo de los chicos. Tuve que abandonarlos. ¿No es mala suerte?». Su cuello nacía de una nuca roja y musculosa y sus antebrazos desnudos eran más fuertes que vigas. Sin embargo, casi lloriqueaba como un niño en su intento por hacer creer a los corresponsales que no se había dado la vuelta por culpa del miedo. Le trataron con escasa cortesía, teñida con un poco de comprensión solidaria pero cínica. Pronto rebasaron al pelotón sanitario: hombres que dirigían a unas mulas de carga, hablándoles con delicadeza; un sargento locuaz; dos jóvenes cirujanos de mirada afable. Enseguida se encontraron entre las tropas de retaguardia del regimiento de voluntarios de la caballería desmontada, que avanzaban hacia el ataque. Marchaban a zancadas sin dificultad, discutiendo sobre diversos asuntos. Si se dirigían hacia una batalla, o no lo sabían o lo disimulaban muy bien. Eran más bien como hombres yendo al bar a la una de la madrugada. Sus carcajadas se escuchaban a través del bosque cubano. Y al tiempo sonaba suave, melodioso, dulce, el ulular de una paloma cubana, el guerrillero español avisando a su camarada: música de bosque; en los flancos, muy lejos en ambos laterales, la adorable paloma del bosque cantaba sólo al amor. Algunos de los americanos que avanzaban comentaron que era hermoso. Era hermoso. El guerrillero español avisando a su camarada. ¿Qué podía ser más hermoso?

Shackles y el pequeño Nell continuaron rápida y dificultosamente a través de los arbustos, que les llegaban a la cintura, hasta que alcanzaron el centro del regimiento, que marchaba en fila india. El fuego comenzó entonces por delante. El bosque entero lanzó un ardiente chisporroteo; los proyectiles cruzaron el camino desde ambos lados, a gran velocidad. La espesura de los matorrales no ofrecía más que densas masas de follaje verde luminoso, desde donde esas veloces cosas de acero brotaban como de forma sobrenatural.

Era un regimiento de voluntarios, adentrándose en su primera acción contra un enemigo de fuerza desconocida, en un terreno donde la vegetación era más espesa que el pelo de un gato. Podría haberse producido una confusión terrible; pero en asuntos militares la única manera de afrontar una situación así es agarrarla con franqueza del cuello y apretar hasta matarla. Shackles y el pequeño Nell sintieron la emoción de las órdenes: «¡Adelante, soldados! ¡Manteneos delante, soldados! ¡Vamos!».

El regimiento de voluntarios, con la mejor disposición del mundo, avanzó hacia el ángulo de la formación en ‘V’ de los españoles.

Daba la impresión de que cada hoja se había convertido en una botella de soda y que su tapón reventaba. Algunas explosiones parecían estallar contra las caras de los hombres, otras cerca de sus nuca. «¡Ahora, soldados! ¡Seguid adelante! ¡Seguid avanzando!».

Las tropas de vanguardia ya estaban combatiendo. Ellos, al menos, ya tenían algo a lo que disparar. «Ahora, capitán, si está usted preparado». «Ya está bien de blasfemar por ahí». «¿Ves a algún enemigo?».

«Preparados, ahora, soldados». En una alambrada de espinos apareció una puerta. En su interior había ondulantes campos de hierba alta, moteados por las palmeras y los lujuriosos árboles del mango. Era paradisíaco: con el sol radiante y bajo el cielo azul parecía un lugar para amantes, bello como el Edén. Uno habría esperado ver figuras vestidas de blanco, caminando despacio entre las sombras. Un hombre muerto, con el rostro ensangrentado, yacía doblado con una extraña contorsión de la cintura. Alguien fue acertado en la pierna y sus canillas chocaban limpiamente bajo su cuerpo.

«Seguid adelante, soldados». El aire rugía y el suelo se desvanecía tambaleante bajo sus pies. Luz, sombra, árboles, hierba. De todos los lados salían balas. Una vez alcanzaron la espesura, los hombres, pálidos y aturcidos, no supieron hacia dónde dirigirse. «Adelante, soldados». Pronto se encontraron de nuevo bajo la luz del sol. Podían ver la escasa y larga formación que estaba siendo drenada hombre a hombre; se podría decir gota a gota. Los tiros retumbaron con muchísima fuerza desde las recámaras de las carabinas. «Seguid adelante, soldados». «Dios, me han dado». «Nos están rodeando, señor». «Estamos siendo disparados por los nuestros, señor». «Seguid adelante, soldados».

Delante de ellos, una cadena de colinas bajas recordaba a un muestrario de botellas estallando. Desde la derecha, muy lejos, llegaban continuas y estruendosas descargas: los regulares de Estados Unidos en acción. Luego, de repente —por utilizar una expresión de la calle—, todo se fue al garete. Misteriosamente, de pronto, todo había terminado. Los españoles habían huido y

algunos de los regulares les perseguían. Era una victoria.

Cuando los heridos se dejaban caer sobre la hierba alta casi desaparecían, como si se hundieran en el agua. El pequeño Nell y Shackles caminaban a través de los campos, discutiendo.

—¡Bueno, maldita sea, hombre! —gritó Shackles—, debemos conseguir una lista de todos los muertos y heridos.

—Eso ahora no es tan importante —decía el pequeño Nell, académico—, lo es más informar a Nueva York de la primera batalla del ejército en Cuba.

Se encontraron con Tailor, postrado con el torso desnudo y un pequeño agujero rojo en su pulmón izquierdo. Estaba tranquilo, pero evidentemente sin humor. «¡Por el amor de Dios, Tailor!», gritaron, arrodillándose como dos paganos, «¿estás herido compañero?».

—¿Herido? —respondió amablemente—. No es tan honda como un pozo ni tan ancha como el pórtico de una iglesia, pero basta^[9], ¿lo entendéis? Lo entendéis, ¿no? ¡Idiotas!

Luego se puso muy solemne. «Shackles, mira a ver qué tengo bajo la pierna. Es una pequeña piedra, un erizo, o algo así. ¡No seas torpe! Ten cuidado, ten cuidado». Entonces protestó iracundo: «Oh, no lo has encontrado. ¡Maldita sea!».

Realmente no había nada allí, de manera que Shackles no podía retirarlo. «Lo siento, compañero», dijo con suavidad.

—Bueno, debéis comprender que no puedo quedarme aquí todo el año —dijo Tailor con elocuencia—, y la gente del hospital ya tiene bastante trabajo entre manos. Te incumbe a ti, Nell, volar a Siboney, detener un barco correo, conseguir una camilla y otros enseres, algunos secuaces para trasladarme. Si llego enseguida a la base me habré salvado, pero si me quedo aquí estoy muerto. Mientras tanto, Shackles puede quedarse aquí y tratar de aparentar que le gusta hacerlo.

Los hombres no le contradijeron. Tumbado allí, con ese pequeño agujero rojo en su pulmón izquierdo, les dominaba mediante su desamparo y el miedo a que, si lo irritaban, se moviera y sangrara.

—¿Bien? —dijo el pequeño Nell.

—Sí —añadió Shackles, asintiendo con la cabeza.

El pequeño Nell se fue.

—Esa manta que me prestaste está por ahí —le gritó Tailor mientras se alejaba—, en algún lugar con Point.

El pequeño Nell se dio cuenta de que muchos de los hombres que deambulaban entre los heridos parecían tan agotados por la fatiga y la excitación de su primera batalla que apenas podían arrastrar una pierna después de otra. Se encontró de pronto en la misma situación. Su cara, su cuello, incluso su boca, estaban secas como ladrillos cocidos al sol, y sus piernas le resultaban extrañas, como si no fueran suyas. A pesar de todo, se tambaleó con arrojo durante las cinco millas. En su camino se cruzó con muchas cosas: hombres ensangrentados llevados por sus camaradas, otros

siguiendo su camino inexorablemente, con los brazos enrojecidos; luego, el pequeño asentamiento del hospital de campaña; hombres en el suelo, por todos lados, muchos en el sendero; un joven capitán muriéndose entre grandes estertores, con el cuerpo azul pálido y brillante como el interior de la piel de un conejo. Pero el ulular de la paloma cubana, suave, melodioso, dulce, cantando sólo al amor, ya no se escuchaba desde el abundante follaje.

Después, el apresurado corresponsal se topó con otro regimiento que llegaba para ayudar: mil hombres en fila india a través de la jungla. «Bueno, ¿cómo va todo amigo?», «¿cómo está yendo todo?», «¿les estamos atizando?». Después, tras un intervalo, llegaron más regimientos que abandonaban la zona. Se tuvo que apartar hacia los arbustos para dejar paso a estas largas filas, lo que le retrasó, y se vio obligado a abrirse camino entre las zarzas. Pero al final, como un peregrino exitoso, alcanzó la cumbre de la gran colina desde la que se dominaba Siboney. Su mirada experta escudriñó el extenso horizonte del mar con sus barcos arracimados, pero allí no había ningún bote correo del Eclipse. Zigzagueó pesadamente colina abajo y llegó finalmente a la base entre el polvo y los gritos. Le pareció que preguntaba a un millar de hombres si alguno había visto en el agua un bote correo del Eclipse, o a algún corresponsal del Eclipse en la playa. Todos ellos respondieron: «No».

Era como un pedigüeño indigente y desconocido en una corte extranjera. Sus súplicas sólo encontraban oídos sordos. Se había figurado que la noticia de que Taylor estaba gravemente herido horrorizaría a los otros corresponsales, pero estos se lo tomaban con mucha calma. Era como si esa sensación de la batalla inminente entre dos grandes ejércitos les hubiera incapacitado para centrar su atención en este tipo de tragedia menor. Taylor está herido, ¿ah sí? Miraban al pequeño Nell confundidos. Qué curioso que Taylor haya sido casi el primero, muy curioso, sí. Pero parecía imposible despertar en ellos algún entusiasmo de compasión activa. ¿Así que estaba allí arriba, tirado en la hierba? ¡Una lástima, una lástima, una lástima!

El pequeño Nell se marchó y se tumbó en la arena, apoyando la espalda contra una roca. Taylor permanecía postrado arriba, en la hierba. Qué más daba. No había nada que hacer. La situación le superaba. Entonces apareció Walkley, el invencible.

—¡Walkley! —gritó el pequeño Nell. Walkley se acercó rápidamente, y el pequeño Nell habló débilmente apoyado en la roca. En treinta segundos Walkley lo entendió todo, le dio un trago de *whisky* al pequeño Nell, le dijo que se tranquilizara y se fue a organizar y controlar la situación. Cuando regresó lo hizo con algo de timidez y dubitativo. Detrás suyo había un peculiar pelotón de voluntarios del Adolphus, que llevaban una cama hecha de alambre.

—¡Escúchame, Nell! —dijo Walkley como avergonzado—. He reunido a un batallón dispuesto a traerse a Taylor; pero dicen..., tú..., ¿tú no podrías conducirles al lugar donde se encuentra?

—Sí —contestó incorporándose el pequeño Nell.



CUANDO EL GRUPO llegó a Siboney y depositaron a Tailor en el mejor sitio, Walkley había encontrado una casa y la había aprovisionado con latas de sopa. Allí Shackles y el pequeño Nell estuvieron de juerga durante un rato, luego se revolcaron por el suelo en sus mantas. El pequeño Nell no dejaba de moverse. «Oh, estoy tan cansado. Dios mío, estoy agotado. Estoy agotado».

Por la mañana los despertó una voz. Era una voz inflada, importante, de circo, que decía: «¿Dónde está el señor Nell? Deseo verle inmediatamente».

—Aquí estoy, Rogers —gritó el pequeño Nell.

—Oh, Nell —dijo Rogers—, aquí hay un telegrama para mí que creo que sería conveniente que leyeras.

El pequeño Nell cogió el telegrama. Decía: «Dile a Nell no puedo entender su inacción; dile venga en primer vapor desde Puerto Antonio, Jamaica».

LA VENGANZA DEL ADOLPHUS

I

—PREPARADOS.

Shackles había bajado del puente de mando del Adolphus y lanzaba esta orden a tres compañeros corresponsales que permanecían en la cocina, ocupados en escribir con sus lápices algo emocionante e interesante de cuatro días de tranquila navegación. Le miraron con despreocupación. «¿Para qué?». No tenían intención de inquietarse ante nada. Desde que Shackles había comprobado que los hombres de la marina utilizaban entre ellos esa expresión para casi todo, la usaba como una muletilla y no paraba de decirles a sus amigos que estuvieran preparados. A veces su pomposa y enfática reiteración resultaba muy exasperante y los hombres tenían tendencia a replicar con aspereza. «Bueno, ya estoy preparado, ¿o no?». Pero, en esta ocasión, detectaron que iba en serio. «¿Para qué?», repitieron. La contestación de Shackles fue tan reprochadora como sorprendente: «¿Para qué? ¡Estad preparados para un cañonero español. Un cañonero español a la caza. Estad listos para dos cañoneros españoles: ambos a la caza!».

Los otros le miraron durante un breve lapso y estuvieron casi seguros de que la sinceridad estaba grabada en su semblante. Después salieron de la cocina y corrieron hasta el puente de mando. El cocinero, ante la mera sospecha de tragedia, se encontraba ahora en la cubierta gritando: «¿Qué pasa?, ¿qué pasa?, ¿qué pasa?». De repente, la cabeza mugrienta de un fogonero asomó veloz en la cubierta de popa. Los ojos lanzaron un rápido vistazo hacia atrás y luego la cabeza desapareció. Los corresponsales subían hacia el puente de mando. «¿Dónde están mis prismáticos, maldita sea? Aquí, déjame echar un vistazo. ¿Son españoles, capitán? ¿Está usted seguro?».

El capitán del Adolphus se hallaba al timón. La timonera había sido organizada de tal manera que no se podía mirar hacia atrás sin sacar el cuerpo por una de las ventanas laterales, pero aparentemente él ya había realizado una inspección previa. No contestó inmediatamente. En el mar nunca contestaba inmediatamente a las preguntas. Desde el principio, Shackles había descubierto las virtudes de esta conducta prudente y se había deleitado con ella. Siempre detallaba a los otros corresponsales sus charlas con el capitán. «Escuchad. Vengo de ver al capitán. Le

dije: “Me gustaría hacer escala en el cabo haitiano”. Entonces él se lo pensó un rato. Finalmente dijo: “Vale”. Luego yo comenté: “Supongo que necesitaremos cargar más carbón allí”. Él se lo pensó de nuevo otro poco. Yo continué: “¿Ha ido alguna vez a ese puerto?”. Se lo pensó otra vez un poco. Finalmente contestó: “Sí”. Yo añadí: “¿Tiene un puro?”. Se lo pensó otro poco. ¿Veis? Ahí es donde le engañé...».

Mientras los corresponsales le mareaban con preguntas rápidas, el capitán del Adolphus permanecía de pie con sus manos morenas en el timón y la mirada apuntando directamente a la proa de su barco.

—¿Son cañoneros españoles, capitán? ¿Lo son, capitán?

Tras una larga pausa, contestó: «Sí». Los cuatro corresponsales, rápidamente y al mismo tiempo, dieron la espalda al capitán para fijar su mirada en el enemigo que los perseguía. Vieron la línea del mar, de un gris apagado, que llegaba hasta los pies de la alta costa verde y azulada del Noroeste cubano y, sobre este mar, dos barcos minúsculos que derramaban por sus chimeneas un humo ferroso.

Uno de los corresponsales se acercó sin prisa hasta la cabina de pilotaje. «Capitán», dijo con lentitud, «¿usted cree que pueden alcanzarnos?».

La mirada del capitán seguía aún fija más allá de la proa del barco. Finalmente, respondió: «No lo sé».

Desde lo alto de la pequeña chimenea del Adolphus, un humo espeso se elevaba unas yardas y después rodaba a sotavento en nubes grandes, calurosas, oscuras. De vez en cuando, la cabeza mugrienta asomaba veloz en la cubierta, los ojos lanzaban una mirada rápida hacia atrás, y enseguida desaparecía. El cocinero intentaba que alguien le escuchara. «Vale, ¿sabéis?, maldita sea, no será nada agradable que nos atrapen los españoles. Maldita sea, no lo será. Escuchadme, ¿qué creéis que nos harán, eh? Esto no me gusta nada, ¿sabéis? Demonios, no me gusta». El mar, surcado por la presurosa proa del Adolphus, arrojaba sus aguas hacia atrás, formando un gran ángulo, cuyas líneas se arrugaban y silbaban en su huida, mientras la vibrante hélice martirizaba el agua en la popa. El armazón del vapor sufría convulsiones regulares que parecían los sollozos enérgicos de un niño.

El segundo de a bordo permanecía cerca de la timonera. Sin mirarlo, el capitán dijo su nombre: «Ed».

—Sí, señor —gritó el segundo con alacridad.

El capitán reflexionó un momento. Luego dijo:

—¿Nos están ganando terreno?

El segundo de a bordo examinó de nuevo la persecución con ansiedad:

—No, bueno... Sí. Creo que nos están... Un poco.

Después de una pausa, el capitán añadió:

—Dile al jefe de máquinas que eche más leña al fuego.

El segundo de a bordo, contento de encontrar una ocupación en momentos tan tensos, bajó volando hasta el umbral de la sala de máquinas: «¡El capitán pide más leña al fuego!», chilló. El jefe de máquinas asomó la cabeza; una cabeza canosa

empapada ahora de aceite y sudor. «¿Qué?», gritó iracundo. Era como si hubiera estado tirando del barco con sus propios brazos. Y ahora le decían que todo su esfuerzo era insuficiente. «¿Qué? ¿Más leña al fuego? ¡Ya no admite una libra más, te lo advierto, ni siquiera una onza! Nosotros...». De repente avanzó y, corriendo, trepó hasta el puente.

—Capitán —gritó con la voz alta y áspera de quien vive habituado al estruendo de las máquinas—. ¡No lo resistirá, señor! ¡Por Dios, no lo resistirá! Está yendo más rápido de lo que ha ido nunca en su vida y va a reventar y mandarnos a todos al infierno.

La voz baja, impasible del capitán refrenó los gritos del jefe de máquinas. «Haré que reviente», dijo, «pero no dejaré que me cojan, si puedo evitarlo». Aún entonces los corresponsales se maravillaron durante un segundo al ver que el capitán había explicado su punto de vista a otro ser humano.

El maquinista se quedó desconcertado. De pronto, gritó: «De acuerdo, señor». Lanzó una rápida mirada de desesperación a los corresponsales, a la cubierta del Adolphus, al enemigo perseguidor, a Cuba, al cielo y al mar y desapareció en dirección a su puesto.

Un corresponsal se sintió súbitamente inspirado para dar un largo discurso: «Bien, está claro, el juego ha terminado, maldita sea. ¿Lo Veis? Y no podemos escapar. El capitán reventará su barco con tal de impedir que lo capturen, y los españoles están ganando terreno. Bien, eso es lo que ocurre si vas a la guerra en una chalupa de ocho nudos...». Con amargura, se culpaba a sí mismo, culpaba a los otros, al oscuro, ciego, indiferente mundo.

La certeza de que la desgracia era inminente afectó a cada uno de manera distinta. Uno se puso charlatán; otro permaneció distraído, chasqueando los dedos y contemplando el mar; otro paseaba nerviosamente de un lado a otro, mirando hacia todos lados como si buscara algo con lo que ocupar su mente. Shackles permanecía callado y sonriente, pero era una sonrisa nueva que revelaba en las líneas cercanas a la boca una temblorosa debilidad. Los hombres se miraban para descubrir el grado de miedo de los demás y, al mismo tiempo, cada uno de ellos se esforzaba en disimular el suyo, dominando los nervios crispados con todas sus fuerzas.

Mientras el Adolphus avanzaba a toda prisa, el sol aparecía tras las nubes grises y sus rayos descargaban destellos titánicos, de manera que en pocos minutos el mar era una llanura azul incandescente con un resplandor dorado bailando en lo alto de las olas. La costa de Cuba brillaba luminosa. Los perseguidores aparecían con todo detalle en esta nueva atmósfera. La voz del cocinero se escuchaba con mucha irritación. «¿Tengo que preparar la cena como siempre? ¿Qué hago? Nadie me dice qué tengo que hacer. ¿Tengo que preparar la cena como siempre?».

El segundo de a bordo le respondió con dureza. «¡Por supuesto que tienes que prepararla! ¿Tú qué crees? ¿No eres el cocinero, maldito idiota?».

El cocinero replicó con un grito sedicioso. «¿Bueno, cómo lo iba a saber? Si este

barco va a reventar...».

II

EL CAPITÁN GRITÓ desde la timonera. «¡Señor Shackles! ¡Señor Shackles!». El corresponsal acudió veloz hasta una de las ventanas.

—¿Qué ocurre, capitán? —el capitán del Adolphus levantó un dedo magullado y señaló hacia delante.

—¿Ve allí? —preguntó lacónico pero veladamente jubiloso. Otro buque de vapor lanzaba su humo y avanzaba a la máxima velocidad sobre el mar soleado. En su proa se veía la agitación de las olas blancas.

—¡Demonios! —gritó Shackles—. ¿Otro español?

—No —respondió el capitán—, ¡ése es un crucero de los Estados Unidos!

—¿Qué? —Shackles se había quedado sin habla, con los músculos paralizados—. ¡No! ¿Está seguro?

El capitán asintió con la cabeza.

—Seguro, coja el catalejo. ¿Ve su enseña? Dos chimeneas, dos mástiles y torretas de combate. Debe de ser el Chancellorville.

Shackles se atragantó:

—¡Es increíble!

—¡Ed! —gritó el capitán.

—¡Sí, señor!

—Dígale al jefe de máquinas que no hay prisa.

Shackles se acordó de pronto de sus compañeros. Corrió hacia donde estaban y sintió un vivo desprecio al ver sus caras lóbregas.

—¡Eh, arriba esos ánimos! ¿Estáis ciegos? ¿Es que no lo veis?

—¿Que no vemos qué?

—¿Cómo?, ¡el Chancellorville, cegatos! —rugió Shackles—. ¿Veis allí? ¿Veis allí? ¿Veis allí?

Los otros dieron un salto, miraron y sufrieron un *shock*. Shackles iba dando la noticia como loco.

—¡Cocinero! —chilló—. ¿Es que no lo ves, cocinero? Por Dios, hombre, ¿es que no lo ves?

Corrió hacia la cubierta inferior y gritó la información por todas partes. De pronto toda la nave sonreía. Los hombres se palmeaban la espalda y vociferaban alegremente. El capitán sacó su cabeza de la timonera para mirar hacia atrás, a las naves españolas. Luego observó al crucero americano.

—Ahora veremos —dijo con gravedad y rencor al segundo de a bordo

—Me temo que alguien más va a tener que correr —se burló el segundo.

Los dos cañoneros continuaban su avance hacia el Adolphus, que mantenía el rumbo. El crucero americano se acercaba veloz.

—Es el Chancellorville —gritó Shackles—. Lo conozco bien. Vamos a presenciar una batalla en el mar, amigos. Una batalla naval.

Los corresponsales, entusiasmados, dieron saltos como si fueran indios en una celebración.

El Chancellorville —dos mil toneladas, dieciocho con seis nudos, diez cañones de cinco pulgadas— se acercaba tempestuoso, abriéndose paso en el agua con su proa afilada. El humo se alejaba en ráfagas de sus chimeneas. Navegaba con extraordinaria rapidez, como una protuberancia que originara el propio mar. Pasó tan cerca del Adolphus que se le podría haber tirado una nuez a bordo. Era una aparición gris y reluciente con una línea de flotación de color rojo sangre, cañones marrones y marineros inmóviles vestidos de blanco; y en su ímpetu, se mostraba silencioso, mortalmente silencioso. Probablemente, en ese momento la mente de todos los hombres a bordo del Adolphus fue dominada por una sensación casi de idolatría hacia esta criatura viviente, austera, pero en su opinión, increíblemente bella. Habrían aplaudido, pero cada uno parecía sentir que el aplauso habría sido un homenaje demasiado insignificante.

Al principio pareció que no había visto al Adolphus. Iba a pasar de largo sin prestar atención a este pequeño vagabundo de los mares. Pero de pronto un megáfono se abrió paso en la barandilla del puente de mando y se pudo escuchar una voz de entonación rítmica y calmosa. «¡Hola ahí! Mantengan el rumbo hacia el Norte, fuera de mi camino, y yo iré a ver qué desea esa gente». Luego nada se escuchó salvo los remolinos del agua. Enseguida, el Adolphus miraba hacia una popa gris y adusta. Sobre el alcázar, los marineros se habían situado cerca del último cañón giratorio.

Los corresponsales estaban de fiesta.

—Capitán —gritó Shackles—, ¡no podemos perdernos esto! ¡Debemos verlo!

El capitán se había lanzado ya sobre el timón.

—Por supuesto —respondió inmediatamente—, no podemos perdérselo.

El cocinero se mostraba arrogante, groseramente jubiloso. Su voz sonó por toda la cubierta:

—¿Ahora qué? ¿Qué pensarán ahora los espinagueros^[10]? ¡Ahora nos toca a nosotros! ¡Hemos estado huyendo y ahora nos toca perseguir! —todavía aparentemente nervioso por la tensión anterior, pidió de pronto—: Por cierto, ¿quién tiene *whisky*? Me muero por un trago.

El Adolphus viró hacia el Norte de la batalla que se avecinaba, pero la situación cambió de golpe. Cuando las naves españolas descubrieron la identidad de la nave que avanzaba hacia ellos, no dudaron respecto a su plan de acción. De común acuerdo, dieron la vuelta y huyeron hacia el puerto. Las carcajadas brotaron del Adolphus. El capitán cambió sus órdenes y, en lugar de mantener rumbo al Norte, ordenó seguir la estela del impetuoso Chancellorville. Los corresponsales se agolparon en la proa.

Cuando los costados de los buques españoles fueron visibles se descubrió que eran navíos sin mucha importancia; simples barcos de guerra pequeños, destinados al trabajo tras los arrecifes, en aguas poco profundas. Ciertamente era prudente que

rehuyeran un encuentro con los cañones de cinco pulgadas del Chancellorville. Pero el alegre Adolphus no tenía en cuenta esta prudencia. La persecución de los españoles había sido tan feroz que el rápido cambio de rumbo y la huida desesperada activó esa zona de la mente dedicada a la venganza. Eso fue lo que llevó a Shackles a gritar burlas inútiles a las naves lejanas:

—¿Qué? ¿Os gusta? ¿Os gusta?

El Adolphus bebía así la compensación por la agonía previa.

La montañas de la costa, altas y sombreadas en el cielo, y las casas cuadradas y blancas de un pueblo se podían ver cerca de la vaga hendidura que parecía marcar la entrada a un puerto. Los cañoneros estaban ahora cerca de allí.

De repente, un humo blanco brotó de la proa del Chancellorville y se convirtió en una gran bola, que el viento deshilachó en un montón de fragmentos. Inmediatamente, el profundo estampido del cañón llegó a los oídos de todo el Adolphus. El disparo levantó un chorro de agua muy alto, cerca de la popa del último cañonero. El humo negro de las chimeneas del crucero le hacía parecer un barco carbonero ardiendo y, en su desesperación, intentó muchos más disparos largos, pero el Adolphus, entre murmullos de decepción, contempló como el Chancellorville abandonaba la persecución.

Cuando tiempo después el Adolphus alcanzó la posición del crucero, éste era un barco indignado. Había tristeza e ira en los camarotes de la tripulación, ira y tristeza en el puente de mando. Una voz desconsolada lamentó desde el puente: «Se nos escaparon». Shackles consiguió permiso para subir al crucero y en la cabina habló con el capitán Surrey, alto, calvo y enfadado.

—Bancos de arena —dijo el capitán del Chancellorville—. No puedo acercarme más y esos cañoneros podrían avanzar por un camino de piedra con tal de que estuviera húmedo —luego, sus ojos brillantes relucieron aún más—. ¡Le digo una cosa! El Chicken, el Holy Moses y el Mongolian están atracados en Nuevitas. ¡Si usted me hace un favor, mañana les propondré un juego a esa gente!

III

EL CHANCELLORVILLE permaneció toda la noche fuera del puerto, vigilando a los dos cañoneros y, poco después del amanecer, el vigía avistó tres humaredas hacia el Oeste que más tarde fueron identificadas como el Chicken, el Holy Moses y el Adolphus, éste último intentando mantener la estela de los dos primeros.

El Chicken había sido un remolcador de puerto, pero ahora —mucho ojo— era el Chicken de los Estados Unidos de América. Llevaba un cañón de seis libras delante y otro de seis libras en popa y su ventaja principal era su engañosa vulnerabilidad. El Holy Moses había sido el yate privado de un millonario de Filadelfia. Poseía seis cañones de seis libras y su característica primordial era la belleza austera de las dependencias de los oficiales.

En el puente de mando del Chancellorville, el capitán Surrey supervisó su escuadra con notable satisfacción. Indicó al teniente que estaba al mando del Holy Moses y al contramaestre que comandaba el Chicken que subieran a bordo del buque insignia, lo que estaba muy bien para el capitán del yate, pero no era tan fácil para el del remolcador, que llevaba dos botes salvavidas muy pesados colgados a quince pies sobre el agua. Él estaba acostumbrado a hablar con oficiales superiores desde su propia cabina de pilotaje, gracias a la intercesión del bendito megáfono.

De todos modos, botó el barco salvavidas y se arrimó al Chancellorville con tres de sus hombres —que representaban casi la mitad de su tripulación.

En la cabina del Chancellorville, Surrey expresó a los dos capitanes sus deseos concernientes a los dos cañoneros españoles y ellos se mostraron satisfechos de que se les hubiera requerido desde el puerto de Nuevitas, donde la vida era muy aburrida. También anunció que había una batería en la costa que, en su opinión, contenía cuatro cañones de campaña. Su acorazado —se refirió al barco como su acorazado— le permitiría acercarse lo bastante para entablar batalla contra la batería a una distancia prudencial, pero señaló el hecho de que el mayor peso de la tarea de destruir a los cañoneros españoles recaería sobre el Holy Moses y el Chicken. Su misión, pensaba él, sólo podía consistir en llenar el aire de ruido para que los hombres de la batería no prestaran atención a la flotilla de barcos americanos que entraran en la bahía.

Los oficiales hablaron por turnos. El capitán del Chicken mencionó que no veía dificultades. La escuadra seguiría en formación al oficial superior, éste se enfrentaría a las baterías tan pronto como fuera posible, pondría rumbo a estribor cuando la profundidad del agua le forzase a hacerlo y el Holy Moses y el Chicken le adelantarían para entrar en la bahía y luchar contra los barcos españoles donde quiera que estuviesen. El capitán del Holy Moses, después de algunos momentos de solemne reflexión, dijo que no tenía ninguna sugerencia que hacer para mejorar ese plan.

Surrey pulsó un timbre eléctrico y apareció un ordenanza de la marina; se le encomendó llevar un mensaje. El mensaje convocó a la cabina al oficial de navegación del Chancellorville y los cuatro hombres se inclinaron sobre la carta de

navegación.

Al final, Surrey declaró que estaba decidido y los oficiales de menor rango permanecieron en un silencio expectante durante tres minutos, mientras él miraba fijamente el mamparo. Luego dijo que el plan del capitán del Chicken le parecía esencialmente correcto. Haría un cambio, él avanzaría primero, presentaría batalla a la batería y las otras embarcaciones permanecerían en sus posiciones actuales hasta que les diera la señal de entrar en la bahía. Si la escuadra avanzaba en formación, la batería podría, si así lo decidía, dividir su fuego entre el crucero y los cañoneros, que constituían la parte más importante del ataque. Dijo que no tenía dudas de que pronto podría silenciar la batería, derribando los terraplenes sobre los cañones y provocando la huida de los hombres aunque no lograra dar a las piezas. Por supuesto no tenía dudas de ser capaz de silenciar la batería en veinte minutos. Entonces haría señales al Holy Moses y al Chicken para que lanzaran su ataque y, por supuesto, los arroparía con su fuego tanto como le permitiesen las circunstancias. Se incorporó, indicando que la conferencia había terminado. Los cuatro hombres aún permanecieron en la cabina durante un rato y el tono de la charla cambió por completo. Ahora se convirtió en extraoficial y las bromas afiladas ocultaban afectos furtivos, amistades de la Academia, los sentimientos de viejos camaradas de mar, escondiéndolo todo bajo un velo de chistes. «¡Bien, buena suerte, compañero! ¡Que no se te hunda bajo los pies ese valioso barco! Piensa en todo lo que se debilitaría la marina. ¿Te importaría comprarme tres pijamas en ese pueblo de allí? Si se te estropean los motores, ponte el barco bajo el brazo. Lo vas a hacer bien. Adiós, lobo de mar, no olvides salir con bien de ésta...».

Cuando los capitanes del Holy Moses y del Chicken abandonaron la cabina, recorrieron la cubierta con otro aire. Eran hombres orgullosos. El marinero encargado de vigilar sus botes los miró con curiosidad y respeto. Detectó algo que significaba acción, conflicto. La tripulación de los botes también lo notó. Mientras remaban con ritmo fuerte estudiaban de reojo la cara de su oficial en la escota de popa. En ambos casos, percibieron a un hombre contento y, más aún, a un hombre enfrascado en profundas consideraciones sobre el futuro.

IV

UN SILBIDO como de pájaro conmovió la cubierta del Chancellorville. Fue seguido por el grito ronco del contramaestre. Mientras el crucero dirigía su proa hacia la playa, pasó cerca del Adolphus. La voz habitualmente calmada lanzó un saludo al barco correo.

—Conservad esas camisetas vuestras tan finas fuera de la línea de fuego.

—Sí, sí, señor.

El crucero avanzó entonces lentamente hacia la costa, observado atentamente desde las embarcaciones americanas más pequeñas. Navegaba sin prisa pero sin pausa, lo cual resultaba razonable incluso para la impaciencia de los otros navíos, porque en la boscosa costa podían surgir de pronto nuevos imprevistos. Lentamente giró hacia estribor; eructó humo y el rugido de un cañón sobrevoló el agua.

Una larga y estrecha franja de tierra amarilla señalaba la posición de la batería. El primer disparo fue alto, arando los chaparrales de la colina. Por un momento, el Chancellorville pareció sumirse en una meditación profunda. Lanzó otro proyectil que dio de lleno en el terraplén provocando una gran nube parda. Antes de que el humo se hubiese asentado, hubo un relámpago rojizo desde la batería. Para quienes observaban desde el mar, fue más pequeño que un alfiler. El disparo provocó un géiser de agua cristalina a cuatrocientas yardas del Chancellorville.

El crucero, resolutivo, fue de pronto hacia la batería, respondiendo con fiereza. Se movía de aquí para allá con aire indiferente, pero el estruendo de sus cañones era brusco e iracundo. A veces quedaba casi oculto por su propio humo, pero con creciente regularidad la tierra donde se asentaba la batería saltaba por los aires. Los proyectiles españoles, en su mayor parte, iban altos y muy abiertos, zambulléndose en el agua muy lejos del crucero.

Uno de los cañoneros españoles optó por iniciar una acción marginal contra el grupo expectante de los tres navíos americanos. El disparo pasó como un relámpago sobre el Adolphus, con un zumbido metálico y melancólico. Después el Adolphus se apresuró a salir a mar abierto, mientras que los hombres del Holy Moses y el Chicken se burlaban ronca y cruelmente. Los corresponsales habían permanecido tensos en la timonera, pero al paso del proyectil se esfumaron, arrojándose con un ruido sordo sobre la cubierta inferior. El cocinero de nuevo le daba a la lengua.

—¡Oh, no puede estar ocurriendo esto! ¡Que me vaya al infierno si esto está ocurriendo! ¡No somos un crucero acorazado, sabéis! ¡Si uno de esos cañonazos nos alcanza estamos perdidos! ¡No es nuestro trabajo tontear en el radio de acción de sus cañones! No tiene ningún sentido. A esos tíos no parece importarles, pero es que es su trabajo. Si es tu trabajo, vas y lo haces, pero si no lo es, es que... ¡Mirad allí! El Chancellorville había izado una serie de banderas, y el Holy Moses y el Chicken avanzaban a toda máquina.

V

AQUELLOS QUE ESTABAN en el Chancellorville en ocasiones podían ver el interior de la bahía y percibían que los cañoneros del enemigo avanzaban como para entrar en batalla. Surrey temía que este impulso no perdurase o que con él se pretendiera simplemente subir la moral de la gente del pueblo y la guarnición, así que con prisas hizo señas al Holy Moses y al Chicken para que entraran en acción. Agradecidos por la pequeña cortesía, se lanzaron como gallos de pelea. La batería había dejado de disparar. Mientras los dos barcos auxiliares pasaban bajo la popa del crucero, el megáfono les saludó:

—Veréis al enemigo en cuanto dobléis el cabo. Una buena oportunidad. Buena suerte.

De hecho, los cañoneros españoles no se habían enterado de la presencia, más allá del puerto, del Holy Moses y del Chicken y estaban simplemente avanzando con despreocupación por la bahía sobre los bancos de arena protectores, para aparentar que despreciaban al Chancellorville. De repente, desde el otro lado del cabo, irrumpió frente a ellos un yate a vapor, seguido muy de cerca por un remolcador de puerto. Los cañoneros echaron un rápido vistazo a esta horrible visión y huyeron gritando.

El teniente Raigate, al mando del Holy Moses, tenía bajo sus pies una nave capaz de alcanzar cierta velocidad, a pesar de que, frente a un solemne tribunal, se habría tenido que admitir que el navío desmentía escrupulosamente casi todo lo que los armadores habían dicho originariamente sobre el buque. El contramaestre Pent, al mando del Chicken, estaba en posesión de un tipo de barco completamente distinto. El Holy Moses era un antílope; el Chicken, alguien que podría llevar un piano a sus espaldas. En esta carrera, Pent sufrió la mortificación de presenciar cómo su nave era sobrepasada ampliamente.

La entrada de los dos barcos americanos tuvo un curioso efecto sobre las costas de la bahía. Aparentemente todo el mundo había dormido con la certeza de que el Chancellorville no podía penetrar en el puerto y de que era el único barco hostil. En consecuencia, la aparición del Holy Moses y del Chicken provocó una conmoción peculiar, completa. Raigate, en el puente del Holy Moses, soltó una carcajada cuando escuchó la estridencia de las cornetas y divisó a través de sus prismáticos las diminutas figuras de hombres corriendo en la costa de aquí para allá. Era el pánico de la porcelana al ver a un toro entrar en la tienda. Toda la bahía lucía bañada por el sol. Cada detalle de la costa era evidente. Desde una cabaña marrón, a babor del Holy Moses, algunos hombrecillos corrían agitando los brazos y girando sus caras diminutas para mirar al enemigo. Justo enfrente, a unas cuatro millas, aparecían dispersas las casas blancas del pueblo, con un muelle y algunas goletas en él. Los cañoneros se dirigían hacia el pueblo. Un fuerte de piedra se alzaba sobre la colina, pero Raigate conjeturó que allí no había artillería.

Los americanos sentían cierta sensación de impudicia. Era como saltar por

encima de un muro y pelear contra un hombre en su propio jardín. No es que esto pudiera modificar la resolución de los hombres; era simplemente que el aspecto tan rotundamente español de todo les hacía sentirse como rudos intrusos. Como muchas de las emociones que se dan en tiempos de guerra, ésta nada tenía que ver con la guerra.

El único oficial de Raigate le llamó desde el cañón de proa.

—¿Puedo abrir fuego, señor? Creo que puedo alcanzar al último.

—Sí.

Inmediatamente el seis libras tronó y el disparo llenó el aire con su ruido metálico. Llegó tan cerca del último barco que pareció que la espuma había alcanzado la borda. Los habilidosos hombres del cañón lo comentaron: «Esta vez les hemos dado un buen baño. El primero que se hayan dado jamás. Ahora los vamos a dejar secos, Jim». El joven alférez dijo: «Preparados». Y entonces, el Holy Moses entró disparando hasta que todo el pueblo, el fuerte, los muelles y la flota atracada quedaron arrasados, aplanados, como una línea trazada por un delineante en un papel. Los cañoneros intentaban esconderse en el seno del pueblo. Uno intentaba amarrarse frenéticamente al muelle y el otro estaba echando el ancla a unas cien yardas de la costa. La infantería española, por supuesto, había cavado trincheras a lo largo de la playa y, de pronto, las balas atravesaron el aire en dirección al Holy Moses. La línea de la costa se agitó con el fuego de los mosquetes. Además, algunos obuses anticuados rugieron.

VI

EL CHICKEN HACÍA todo lo que podía. La postura al timón de Pent parecía indicar que treinta y cuatro nudos era su rendimiento máximo. En su impaciencia estaba agarrado como si él sólo llevara un barco de guerra de diez mil toneladas a través de las puertas del infierno.

El Chicken permanecía en la retaguardia, pero no demasiado lejos, y Pent se daba cuenta de que iba a tener que jugar un papel no precisamente pequeño. Algunos de los obuses anticuados habían alcanzado al Holy Moses y podía ver el humo ascendiendo desde el barco. Permanecía cerca de la orilla y disparaba los cuatro cañones de seis libras como si esta fuera la última oportunidad que iba a tener de hacerlo. Había debilitado mucho a los cañoneros españoles. Un cañón solitario amarrado en el muelle disparaba furiosamente de tanto en tanto; aunque, en general, ambos cañoneros permanecían silenciosos. Pero la playa que estaba enfrente del pueblo era una línea de fuego. El Chicken se dirigió hacia el Holy Moses y, tan pronto como le fue posible, el seis libras de su proa comenzó a golpear al cañonero atracado en el muelle.

Al mismo tiempo, el Chancellorville merodeaba cerca de la entrada al puerto, escuchando el fuego, ansioso, cabalmente ansioso, y sintiendo la impotencia en cada pulgada de su elegante armazón de acero. En ese instante, el Adolphus se afianzaba entre las olas y esperaba noticias cínicamente. Si lo deseabas, podías contar los segundos pensativo y calcular que, durante éste o aquél otro, alguien había muerto. Pero nadie lo hizo. Sin duda, el espíritu era que la bandera sólo debía irse con honor, honor completo, perfecto, sin dejar un final inacabado sobre el cual los españoles pudieran erigir un monumento de glorificación satisfactoria. Los distantes cañones resonaban en los oídos de los marineros, que permanecían callados en sus puestos del crucero.

El Chicken llegó hasta el Holy Moses y sintió el olor del vapor, la pólvora y el fuego. Las balas de rifle simplemente pasaban sobre ambas naves. En un instante mínimo, Pent recordó el cadáver de un cabo de brigadas en el puente de su consorte. Los dos megáfonos se alzaron a la vez, pero la voz apremiante de Pent gritó primero.

—¿Está herido, señor?

—No, no del todo. Mis motores me sacarán de aquí después de que hayamos hundido a esos cañoneros —la voz había sonado completamente convencional, pero cambió y se hizo más áspera—: Ve y hunde a ese cañonero que está anclado.

Mientras el Chicken rodeaba al Holy Moses y empezaba su aproximación a la orilla, alguien le habló expresando un profundo desprecio. «Están metiéndose en los botes, señor». Pent miró y vio a los hombres del cañonero anclado bajar sus botes y remar como locos hacia la costa.

El Chicken, ayudado por el Holy Moses, comenzó el asesinato metódico del

cañonero anclado. Desde la orilla, la infantería española disparaba al Chicken enloquecida. Pent, dejando el timón a un marinero, salió hasta situarse en un punto desde el que podía divisar a los hombres con sus rifles. Una bala cruzó por delante suyo y alcanzó la timonera. Él metió la cabeza en la ventana.

—¿Te han dado, Murry? —inquirió con interés.

—No, señor —respondió el timonel con alegría.

Pent estaba muy ocupado supervisando el fuego de su absurda batería: el cañonero anclado, simplemente no se hundía. Daba señales de esa testarudez antinatural que a veces manifiestan los objetos inanimados. El cañonero del muelle se había hundido como si hubiera sido barrenado, pero esta cosa acribillada ni siquiera ardía. Pent, en su fuero interno, comenzó a ponerse nervioso. No podía permanecer ahí para siempre. ¿Por qué el maldito cañonero no admitía su destrucción? ¿Por qué?

Estaba en el cañón delantero cuando llegó uno del cuerpo de la sala de máquinas y, tras saludar, le dijo serenamente: «Han caído todos los hombres del cañón de popa, señor».

Fue uno de esos curiosos estímulos que, sin ni siquiera saberlo, un soldado raso puede ofrecerle a su oficial. La insolente tranquilidad del hombre compuso inmediatamente el ánimo de Pent y el fogonero partió admirado del extraordinario aplomo de su capitán.

Los siguientes momentos fueron poco relevantes salvo por el calor, el hedor, el trabajo de los mecánicos y una expectación de muerte. Pent desarrolló un fervoroso y sorprendido afecto hacia su gente, sus hombres, a quienes conocía muy bien, pero... desconocidos. ¿Cómo se explicaba su comportamiento? Él lo daba todo porque era el capitán del Chicken y vivía y moría para el Chicken. ¿Pero qué podía impulsar a los suyos a mirarle a los ojos con la ilusión de recibir sus órdenes y luego obedecer con entusiasmada rapidez? ¿Qué provocaba que hablaran de la batalla como si fuera una especie de chiste, concretamente cuando sabían que él podía escucharlos? ¿Qué clase de personas eran? Y él, íntimamente, los unguía con todo su afecto.

Quizás Pent no pensó en esto durante la batalla. Tal vez lo hizo tan inmediatamente después que su mente confundió lo pensado. En cualquier caso, queda como expresión de lo que sentía.

El enemigo había conseguido llevar un cañón de campaña a la costa y con él empezó a lanzar proyectiles de tres pulgadas contra el Chicken. En esta guerra era habitual que los pisoteados españoles, en su ignorancia, usaran pólvora sin humo mientras que los americanos, por culpa de la acción imbécil de un gobierno de palurdos, usaban pólvora que en mar y tierra descubría en el cielo su posición y, por tanto, buenos hombres murieron sin necesidad. Al principio, Pent no pudo localizar el cañón de campaña, pero en cuanto lo encontró corrió a popa con un hombre y puso de nuevo en acción el seis libras. Apenas prestó atención a los antiguos encargados del cañón. Uno yacía boca abajo, aparentemente muerto; otro estaba tumbado con una herida en el pecho, mientras que el tercero permanecía sentado con su espalda en la

camareta, sosteniendo un brazo herido. Este último le gritó, con voz ronca: «Mándeles al infierno, señor».

Los minutos de la batalla a veces se alargaban como días, años, otras veces parecían instantes de un segundo. Por un momento, Pent miró hacia arriba y descubrió sorprendido tres agujeros de proyectil en la chimenea del Chicken, como si se hubieran realizado subrepticamente, por decirlo de alguna manera...

—Si no acallamos ese cañón de campaña nos va a hundir, muchachos.

Los ojos del hombre apoyado en la camareta miraban desde su rostro cadavérico a los nuevos artilleros. Habló con la pereza extrema de un herido.

—Mánderles al infierno.

Pent notó una sacudida repentina en el hombro. Estaba herido, aunque levemente..., el cañonero anclado ardía.

VII

PENT TOMÓ SU PEQUEÑO y ensangrentado remolcador y se dirigió hacia el Holy Moses. El yate estaba ya navegando hacia la entrada de la bahía. Mientras abandonaban su radio de alcance, los españoles redoblaban heroicamente su fuego, como es su costumbre. Pent, moviéndose enérgicamente por la cubierta, paró súbitamente frente a la puerta de la sala de máquinas. Su cara era inexpresiva y sus ojos serenos. Habló a uno de los fogoneros.

—Durante la batalla te vi disparar al enemigo. Te dije una vez que pararas y luego te vi hacerlo de nuevo. Darle al rifle no es parte de tu cometido. Quiero que sepas que te has buscado un problema.

El hombre, humillado, no levantó sus ojos de la cubierta. Pronto, el Holy Moses e preocupó por la salud del Chicken.

—Un muerto y cuatro heridos, señor.

—¿Le quedan hombres suficientes para mantener el barco?

Después de meditar, Pent respondió:

—No, señor.

—¿Quiere que le envíe ayuda?

—No, señor. Puedo llegar bien al mar.

Mientras se aproximaban al cabo, les gratificó la súbita aparición de un aliado tragicómico. El Chancellorville finalmente fue incapaz de soportar la tensión y había enviado en su lancha a cinco marineros y algunos tiradores con un alférez. Rodeó a toda prisa el cabo, determinado a provocar una masacre; el cañón de una libra de su proa presentaba una apariencia temible. El Holy Moses y el Chicken se carcajearon hasta lograr la indignación del alférez. Pero se le pasó cuando con algunos de sus hombres subió al Chicken para hacer todo lo posible por los heridos. El cirujano más cercano estaba en el Chancellorville. Había un silencio absoluto a bordo del crucero cuando el Holy Moses llegó para dar su informe. Los marineros escucharon con toda su atención. El capitán del yate habló con lentitud a través de su megáfono. «Hemos destruido los dos cañoneros, señor». Hubo una explosión de confuso júbilo en el castillo de proa del Chancellorville, pero el grito de un oficial lo sofocó.

—Muy bien. ¿Subirán a bordo?

Dos corresponsales estaban ya en la cubierta del crucero. Antes de que el último de los heridos fuera llevado hasta el navío, el Adolphus caminaba rumbo a Key West. Cuando el barco llegó a ese puerto de desolación, Shackles se esfumó para enviar los telegramas y otros corresponsales se fueron hacia el hotel a por ropa limpia, comida buena y abundante y también a por bebida, cualquier clase de bebida.

Días después, cuando los oficiales de la noble escuadra recibieron los periódicos donde se daba cuenta de su actuación, se miraron algo desanimados: «Heroico asalto... Gran desafío del contramaestre Pent... Puntería superior de la artillería del Holy Moses... Gallardos marineros del Chicken, sus nombres deberán ser recordados

mientras perdure América... Tremendas pérdidas del enemigo...».

Cuando el secretario de la marina leyó en última instancia el informe del comandante Surrey, jefe del operativo, tuvo que pincharse con una daga para recordar que nada fuera de lo corriente había sucedido.

EL MANICOMIO PRIVADO DEL SARGENTO

LA LUNA ERA UNA LLAMA azul casi uniforme y todo su resplandor se derramaba sobre un páramo, quieto y sin vida, de cactus y árboles empequeñecidos. Las sombras se extendían sobre el suelo, como charcos de negrura perfectamente perfilados que, en vez de sombras, recordaban a algún tipo de material o sustancia. Desde la lejanía llegaba el sonido del mar carraspeando entre los corales.

La zona era inhóspita; uno podía imaginar fácilmente que Cuba era simple y llana soledad, y maravillarse de que la luna se tomase la molestia de generar tan espléndida iluminación. No había viento; nada parecía estar vivo. Pero en un determinado grupo de amplias sombras se encontraba el puesto de avanzada de unos cuarenta marines de los Estados Unidos. Quien se hubiera acercado a ellos desde cualquier dirección, sin toparse con alguno de los centinelas, se habría tropezado con hombres dormidos o sentados, esperando con sus mantas sobre la cabeza; podría haber paseado entre ellos antes de discernir si eran humanos o demonios. Los marines, al moverse, se tomaban el mismo tiempo y lo hacían con el mismo cuidado que si estuviesen atravesando una cámara de gas. El teniente al mando cogió su reloj y la cadena de níquel provocó un ligerísimo tintineo. Pudo ver el brillo de cinco o seis pares de ojos que se giraron para mirarle. Su sargento estaba tumbado a su lado e inclinó la cabeza para susurrar:

—¿Quién está de guardia detrás del cactus grande?

—Dryden —masculló el sargento.

Después de una pausa, el teniente murmuró:

—Es demasiado nervioso, no debería haberlo puesto allí.

El sargento le preguntó si debía ir a comprobar cómo iba todo en el puesto de Dryden. El joven oficial asintió con la cabeza y el sargento, amartillando suavemente su rifle, se alejó, arrastrándose. El teniente, apoyado en un arbusto, observó sentado el avance del sargento durante el breve lapso en que pudo distinguirlo, moviéndose de una sombra a otra. Más tarde, el oficial esperó a escuchar la voz rápida aunque baja de Dryden dando el alto. Pero pasó el tiempo y no llegó ningún ruido desde el puesto de guardia tras el cactus.

El sargento, a medida que se acercaba al cactus, entre majestuosas columnas que generaban una oscuridad como de tinta, había aminorado el paso porque no quería herir el orgullo del centinela. Esperaba su saludo severo y había preparado una respuesta inmediata para aplacar su ira. No le inquietaba no divisar todavía a Dryden, ya que sabía que éste estaría escondido, como lo hacían últimamente los centinelas marines desde que dos hombres murieron en el puesto de guardia, a causa de esa enfermedad llamada exceso de confianza. La irritación del sargento aumentó notablemente a medida que se acercaba. Era evidente que Dryden era un gran centinela.

Finalmente, llegó a un lugar desde donde pudo verle, sentado en la sombra, con la mirada fija en los matorrales que tenía delante y el rifle preparado sobre la rodilla. El

sargento, encolerizado, añoró la paz de los cuarteles de marines en Washington, donde ninguna situación podía evitar que un suboficial expusiese por completo su opinión. La capacidad de arrastrarse, acercándose por la espalda a un compañero de guardia, le hizo sentirse indecente. «No importa; por la mañana, de vuelta al campamento...».

Pero de pronto sintió miedo. Algo pasaba con Dryden. Recordó viejas historias de compañeros arrastrándose hasta el soldado de guardia y encontrándose sentado, apoyado contra un árbol, incluso bastante erguido, pero muerto. El sargento se detuvo y observó detenidamente la inescrutable espalda del centinela. Dubitativo, avanzó de nuevo. A tres pasos de distancia hizo un ruido como de serpiente. Dryden no mostró ningún signo de haberlo escuchado. Finalmente, el sargento llegó a una posición desde la que pudo alcanzar y tocar el brazo de Dryden. Tras lo cual, el rostro de un hombre lívido se volvió hacia él tremendamente asustado. El sargento le agarró de la muñeca y lo zarandeó con discreta furia.

—¡Vamos! ¡reacciona!

Dryden no le prestó atención, sino que apartó sus ojos del recién llegado para fijarlos en el terreno que se extendía delante de él.

—¿No los ve sargento? ¿No los ve?

—¿Dónde? —susurró el sargento.

—Delante y algo a la derecha. Una típica línea de escaramuza. ¿No los ve?

—No —susurró el sargento.

Dryden comenzó a temblar, a mover una mano de la cabeza a la rodilla y viceversa, rápidamente y sin razón aparente.

—No me atrevo a disparar —sollozó—. Si lo hago, me verán y... ¡me acribillarán!

El sargento, tumbado sobre su estómago, comprendió una cosa: Dryden se había vuelto loco. Dryden estaba como un cencerro. El hombre se tragó como pudo sus alborotados sentimientos y utilizó la más simple de las tretas.

—Ve —dijo— y díselo al teniente, mientras yo cubro tu puesto.

—¡No!, ¡me verían y me acribillarían! ¡Oh! ¡Cómo me acribillarían!

El sargento se enfrentaba a la situación más difícil de su vida. Para empezar, sabía que por la noche había siempre guerrilleros españoles, muchos o pocos, a tiro de rifle de cualquiera de los puestos de avanzada de los marines. Ambos lados trataban de mantener en el máximo secreto su posición y sus fuerzas reales. Todo aquello funcionaba como un resorte. Una palabra más alta que otra podía pagarse involucrando en un ataque nocturno a quinientos hombres que, necesitando dormir, perderían su descanso: por no hablar de aquellos que perderían la vida. Un sencillo tropiezo o el rodar de una gravilla provocarían una consecuencia tras otra hasta que varias tripulaciones se dirigiesen a la cubierta de sus barcos, en el muelle, a disparar sus baterías mientras el proyector iluminaba el follaje. Habría muertos, en concreto el sargento y Dryden, y los puestos de avanzada se perderían. Y toda la noche sería una

convulsión implacable. Así que el sargento George H. Peasley comenzó a dirigir su propio manicomio detrás del cactus^[11].

—Dryden —ordenó el sargento— haz lo que te digo y avisa al teniente.

—No me atrevo a moverme —tembló el hombre—. Si me muevo me verán; me verán. Están aquí. Escondámonos.

—Bueno, entonces quédate tú aquí un momento. Yo iré y...

Dryden le lanzó una mirada tan salvaje que al viejo le pareció que se le movía el pelo.

—¡Ni se le ocurra moverse! —le dijo entre dientes—. ¿Quiere descubrirme? ¿Quiere que me vean? ¡Ni se le ocurra moverse!

El sargento decidió no hacerlo. Fue consciente del lento devenir de la eternidad, su majestuosa indiferencia ante el movimiento. Los segundos, los momentos, eran pequeñas cosas fantásticas, tangibles como juguetes, y había billones de ellas, todas parecidas.

—Dryden —susurró al cabo de un siglo en el que, curiosamente, nunca se había alistado en el cuerpo de marines sino que había tomado otro camino en la vida y prosperado mucho—, ¡Dryden, todo esto no son más que tonterías!

Se planteó la opción de golpearle en la cabeza con el rifle, pero Dryden estaba tan alerta que, seguramente, habría provocado una pequeña refriega, y no podían permitirse ni siquiera un segundo de refriega. El sargento volvió a sumirse en la contemplación de otro siglo. Su paciente tenía una virtud: su delirio podría haberse manifestado en aullidos de coyote y disparos de rifle, pero estaba tan aterrorizado con la escaramuza fantasma que su voz nunca pasaba del susurro. El sargento se estremeció imaginando lo que podría haber ocurrido: el soldado loco saltando, gritando y disparando a sus amigos, convirtiéndolos en el centro de la ávida atención del enemigo. Eso, para él, habría sido la conducta normal de un maníaco. Las temblorosas víctimas de la ilusión, de alguna manera, son desconcertantes. El sargento decidió que, de vez en cuando, razonaría con su paciente.

—Mira, Dryden, en realidad no estás viendo a ningún español. Has estado bebiendo... o algo así. Venga...

Pero Dryden le lanzó una mirada que le hizo callar. Dryden estaba invadido por tal desprecio hacia él que éste se había transformado en odio.

—¡Ni se le ocurra moverse!

Estaba claro que si el sargento se movía el soldado loco provocaría el desastre.

—Ahora que —pensó Peasley—, si esos guerrilleros hicieran una intentona esta noche, se encontrarían con un asilo de lunáticos en primera línea. Sería toda una sorpresa.

El silencio de la noche se rompió por la voz rápida y baja de un centinela desde la izquierda, a cierta distancia. La total quietud reinante dio a las palabras el efecto de un susurro pronunciado al oído.

—¡Alto! ¿Quién anda ahí? ¡Alto, o disparo!

¡Bang!

Cuando se produce un ataque por sorpresa, especialmente si es de noche, es poco probable que un hombre recuerde con detalle sus pensamientos o sus acciones. Posiblemente después dirá: «Yo estuve aquí». Puede que diga: «Yo estuve allí, hice esto, hice lo otro». Pero siempre permanece en una gran incoherencia, consecuencia del tumulto de pensamientos que bullen en la cabeza.

—¿Es esto la derrota?

Por la noche, en un páramo y contra hábiles enemigos sólo divisados a medias, no te molestas en preguntar si eso es también la muerte. La derrota es la muerte, excepto en algunos casos milagrosos. Pero ese primer pensamiento exagerado, desproporcionado, amaina en la mente ordenada de un soldado, que pronto recuerda lo que está haciendo y en qué medida. El primer impulso del sargento fue apretarse contra el suelo y escuchar..., sólo escuchar. Sobre todo, escuchar. Pero acto seguido agarró a su enfermo particular por el pescuezo, tiró de él hacia el suelo, y comenzó a retirarse hacia el puesto de avanzada principal.

Por la izquierda, ráfagas de rifles estallaban desde las sombras. Por detrás, el teniente gritaba órdenes o advertencias. Las balas españolas volaban atravesando el aire, muy altas, como dirigidas a un hombre en la copa de un árbol. El soldado loco avanzó tan rápidamente que el sargento no pudo sujetarlo y enseguida estuvieron entre los hombres del puesto de avanzada. No hubo ocasión de explicarle nada al teniente. En primer lugar, porque sorpresas como estas requieren una exposición, preguntas y respuestas. Es imposible hacer entender a alguien una idea enormemente original y fantástica en tan sólo un minuto de conversación rápida, y el sargento sabía que el teniente no tenía ni un minuto que perder. Él mismo no podía emplear un minuto en otra cosa que no fuesen las labores del puesto de avanzada. El loco desapareció de su vista y él se olvidó de él.

Fue una noche larga y la contienda tan larga como la noche. El trabajo resultó muy duro. Los cuarenta marines permanecieron en formación ovalada, irregular. Las balas Máuser silbaban bajas y rápidas desde todos los lados. El trabajo de los americanos consistía en evitar un avance, y con este fin disparaban cuidadosamente a cada fogonazo de Máuser; excepto cuando, momentáneamente, se dejaban llevar por el nerviosismo, en cuyo caso sus cargadores tamborileaban como un gran reloj Waterbury. Después regresaban a los disparos ordenados.

El enemigo no eran fuerzas españolas regulares sino un cuerpo especial de guerrilleros, nativos cubanos que preferían la bandera de España. Todos se manejaban con destreza en ese terreno boscoso, y habían sido reclutados por la zona. Su forma de pelear era muy similar a la de los pieles rojas, casi igual. Parecían poseer esa individualidad, individualidad en la lucha, que sólo se encuentra en el mejor de los soldados regulares. Individualmente eran todo lo distintos que podían ser, pero mediante la igualdad del conocimiento y la experiencia llegaban a coordinarse en su acción. Mientras actuasen en el monte serían tropas temibles. Poco importaba que

fuese de día o de noche, eran prácticamente invisibles. Habían aprendido de los cubanos insurgentes contra España. E igual que los cubanos luchaban contra las tropas españolas, así estas peculiares tropas españolas luchaban ahora contra los americanos. Era lógico.

Los marines comprendieron el juego a la perfección. Debían mantenerse unidos y combatir hasta el amanecer, momento en que los guerrilleros se irían. Ya habían aguantado antes noches como ésta, y ahora les invadía una especie de furioso malestar.

En el campamento principal, cuando el rugido de las descargas amainaba, los hombres de las trincheras podían escuchar a sus camaradas del puesto de avanzada y cómo los guerrilleros se movían sin cesar de un lado a otro. La luz de la luna se desvaneció, dejando una oscuridad homogénea en el bosque. Los hombres apenas podían ver al camarada de al lado. Algunas veces los guerrilleros se acercaban tanto que el fogonazo de sus rifles parecía abrasar las caras de los marines, y los disparos sonaban como a dos o tres pulgadas de sus narices. Cuando se hacía una pausa, podías oír cómo los guerrilleros farfullaban entre sí en una suerte de delirio alcohólico. El teniente rezaba para que la munición durase. Todo el mundo rezaba para que llegase el amanecer.

Llegó finalmente una hora negra, en la que los hombres no estaban ya en condiciones de soportar un aumento de sus problemas. El enemigo atacó salvajemente una zona del óvalo, defendida por unos quince hombres. El resto de los efectivos estaba demasiado ocupado, así que a esos quince los dejaron a su suerte. En medio del ajetreo, una potente voz rompió a cantar de pronto:

«The minstrel boy to the war has gone,
In the ranks of death you'll find him;
His father's sword he has girded on,
And his wild harp slung behind him^[12]».

—¿Quién demonios es ése? —preguntó el teniente desde su garganta llena de humo. Se había producido casi un alto el fuego. Los americanos estaban algo desconcertados. Los más sensatos murmuraban que a ese idiota habría que estamparle la empuñadura de una bayoneta en la garganta. Otros se estremecían ante lo extraño de la situación. ¡A lo mejor era una señal!

«Mientras los pastores vigilaban sus rebaños por la noche,
sentados todos sobre la tierra
el ángel del señor descendió
y la gloria brilló en derredor^[13]».

Aquel graznido era tan lúgubre como un ataúd.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntaba el teniente—. ¡Que alguien le detenga!

—Es Dryden, señor —dijo el viejo sargento Peasey, mientras palpaba la oscuridad buscando a su lunático particular—. No lo encuentro... todavía.

—Por favor, por favor, ¡oh no me dejes caer!

—Tú eres... agg... aaagg...

El sargento se había abalanzado sobre él.

El canto había causado efecto sobre los españoles. Primero dispararon frenéticamente contra la voz, pero pronto cesaron, tal vez por pura sorpresa. Ambas partes se tomaron un momento para la meditación.

El sargento tenía algunas dificultades con su presa.

—¡A ver, tú, sujétalo! ¡Agárralo por la garganta! ¡Cállate, idiota!

Uno de los quince hombres que habían sido atacados, gritó:

—No nos queda más que, aproximadamente, un cargador por cabeza, teniente. Como vuelvan...

El teniente se arrastró entre sus hombres de un lado a otro, cogiendo cargadores a quienes tenían muchos. Llegó hasta el sargento y su loco. Tocó el cinturón de Dryden y lo encontró sencillamente repleto de munición. Examinó el rifle de Dryden y comprobó que tenía el cargador lleno. El loco no había disparado ni un solo tiro. El teniente repartió estos valiosos premios entre los quince hombres. Según los iban cogiendo, agradecidos, uno de ellos dijo:

—De haber arremetido de nuevo con fuerza hubieran podido con nosotros, señor... Tal vez.

Pero los españoles no volvieron. Ante el primer indicio de la llegada del amanecer, dispararon la habitual descarga de despedida. Los marines se mantuvieron unidos mientras el lento amanecer trepaba por la tierra. Finalmente, el teniente irrumpió entre ellos, y dio la impresión de ser un hombre desconcertado, pero muy enfadado.

—Y bien, ¿dónde está ese idiota, sargento?

—Aquí, señor —dijo alegremente el viejo. Estaba sentado en el suelo al lado del acurrucado Dryden, que dormía profundamente con una sonrisa inocente en la boca.

—Despiértele —dijo el teniente rápidamente.

El sargento zarandeó al durmiente.

—Eh, pequeño trovador, despierta. El teniente te reclama.

Dryden se puso en pie y saludó al oficial con aire confuso e infantil.

—Sí, señor.

El teniente estaba teniendo serios problemas para gobernar sus emociones, pero finalmente consiguió decir con calma:

—Parece que te gusta cantar, Dryden. Sargento, mire si lleva algo de *whisky* encima.

—¿Señor? —dijo el loco, estupefacto—. ¿Cantar..., gustarme cantar?

El sargento se interpuso suavemente y charló con el teniente en un aparte. Los marines, abrochando ya más cómodamente sus cintos casi vacíos, hablaban entre sonrisas sobre el loco.

—Bueno, el pequeño trovador consiguió que se largaran. No pudieron soportarlo. Pero... no me gustaría estar en su pellejo. Van a saltar chispas cuando el viejo le interrogue acerca de los usos de la ópera en la guerra moderna. ¿Cómo crees que pudo conseguir pasar una botella sin que nos diésemos cuenta?

Cuando el agotado puesto de avanzada fue relevado, los hombres volvieron al campamento y no descansaron hasta haber contado la historia sobre la voz del bosque. Mientras tanto, el sargento llevó a Dryden a bordo de un barco, describiéndolo ante los que se hicieron cargo de él como: «El loco más útil al servicio de los Estados Unidos».

VIRTUD EN LA GUERRA

I

GATES, O AQUELLAS PARTES de él que no se desvanecieron por los disparos recibidos, había dejado el ejército regular en 1890. No se llevó consigo más que una constitución robusta, un buen conocimiento de las llanuras y los buenos deseos de sus compañeros oficiales. La compañía Standard Oil se diferencia del gobierno de los Estados Unidos en que comprende la importancia del servicio inteligente y leal de un buen hombre y casi siempre se asegura de recompensarlo a costa de otros incapaces. Esta curiosa práctica no emana precisamente de una vocación caritativa de la Standard Oil, en cuyos sentimientos no se podría abrir una veta ni usando cincel y martillo. Sencillamente, la compañía Standard Oil sabe más que el gobierno de los Estados Unidos y hace uso de la virtud siempre que esa virtud le beneficie. En 1890, Gates comprendió claramente que si llevaba una vida rigurosamente correcta y morían varias veintenas de sus compañeros de promoción y amigos íntimos, conseguiría el mando de una tropa de soldados a caballo para cuando tuviese una edad en la que ya no sería apto para ser jefe de caballería. Dejó el servicio a los Estados Unidos para servir a la compañía Standard Oil. Sabía que, con el tiempo, si llevaba una vida rigurosamente correcta, su posición y sus ingresos evolucionarían en proporción estricta al valor de sus conocimientos y experiencia, y no tendría que caminar sobre los cadáveres de sus amigos.

Pero no estaba contento. Una parte de su corazón seguía en el cuartel y, mientras fumaba un puro en el puerto, sentía que disertar sobre el viejo regimiento, ante oyentes lo suficientemente educados como para mostrar una lánguida ignorancia, no era suficiente. Finalmente, llegó el año 1898 y Gates dejó la compañía Standard Oil como si le quemara. Tomó el ferrocarril a Washington y allí luchó en su primera acción seria de guerra. Como la mayor parte de los americanos, Gates tenía su Estado natal, y una mañana se encontró siendo comandante en un regimiento voluntario de infantería, que se expresaba con un peculiar y cerrado acento nasal que recordaba de su infancia. El coronel saludó al hombre de West Point con fuertes gritos de alegría; el teniente coronel le miró con una áspera expresión de desconfianza y el general de división, que contaba hasta el momento con el mejor batallón del regimiento, con una profunda desaprobación. Sólo había dos comandantes, de manera que el teniente

coronel estaba al mando del primer batallón, lo cual le daba algo que hacer. Con la nueva normativa, los tenientes coroneles no siempre tienen una ocupación. A Gates se le encargó el tercer batallón: cuatro compañías bajo el mando de oficiales inteligentes, capaces de advertir las opiniones de sus hombres a dos mil yardas de distancia y actuar en consecuencia. El batallón sentía una curiosidad inmensa por el nuevo comandante. Creyó que debía formarse una opinión sobre él. Creyó que era su condenado asunto averiguar inmediatamente si le gustaba el comandante como persona. En los corrillos de la compañía no se hablaba de otra cosa. Entre los suboficiales había once viejos soldados del ejército regular que sabían, y valoraban, que Gates sirvió en el «Decimosexto de Caballería» —como dice la revista Harper's Weekly^[14]—. Se regocijaron y se mostraron contentos por ello y dieron saltos de alegría en cuanto tomó el mando. Gates conocía su trabajo y, por tanto, también el de ellos; de esta forma, en la batalla sólo morirían los hombres estrictamente necesarios y la lista de heridos estaría relativamente libre de tontos.

El comandante del segundo batallón había sido mencionado en un periódico de Atlanta: «El mayor Rickets C. Carmony, comandante del segundo batallón del Trescientos siete es, en su Estado natal, uno de los mayores comerciantes al por mayor de material de ferretería. La noche pasada hizo que se sirviese helado a su cuenta en el comedor general del batallón y, después de la cena, los hombres se reunieron alrededor de su tienda para dar tres hurras por el popular comandante». Carmony compró doce copias del periódico y las envió a su hogar, a sus amigos.

En el batallón de Gates se daban más puntapiés que helado; de hecho, no había nada de helado. Los métodos que empleaba para hacer de ellos soldados producían gran indignación. Algunos de sus oficiales insinuaban últimamente que los hombres no lo aguantarían. Decían que se alistaron para luchar por su país, sí, pero no iban a soportar ser amedrentados, día sí y día no, por un perfecto desconocido. Eran patriotas, desde luego, y tan buenos soldados como cualquiera... Tan buenos como Gates u otro como él. Pero, gradualmente, y a pesar de sí mismo, el batallón progresó. Los hombres no eran del todo conscientes de ello. Evolucionaban casi a ciegas. Por esa época competían con los soldados de Carmony sobre cuál de los batallones era mejor en la instrucción. Finalmente no hubo duda alguna. Se admitió de manera generalizada que Gates estaba al mando del mejor batallón. Los hombres, que creían que la propia esencia del soldado residía en la precisión de los ejercicios de instrucción, comenzaron a reconciliarse con su comandante al comprender lo que pretendía de ellos, pero seguían siendo patriotas fieros y salvajes con orgullo altanero y no perdonaron a Gates la manera que tenía de tratarlos. Era abrupto, brusco.

Llegó el día en que se supo que el quinto cuerpo del ejército había sido designado para llevar a cabo el primer servicio activo en Cuba. Los oficiales y los hombres del Trescientos Siete observaron con desesperación que su regimiento no formaba parte de ese cuerpo. El coronel era un estratega. Lo comprendió todo enseguida. Sin perder un momento obtuvo un permiso y cogió el tren nocturno a Washington. Y allí volvió

locos a congresistas y senadores. Mediante el telégrafo perturbó profundamente al gobernador, a la gente y a los periódicos de su Estado, de manera que siempre que el presidente sacaba la cabeza de la Casa Blanca en una noche tranquila podía escuchar murmurar indignada a la vasta, lejana nación. Y como es bien sabido que el jefe del ejecutivo escucha la voz del pueblo, el Trescientos Siete fue transferido al quinto cuerpo del ejército. Fue enviado de inmediato a Tampa, donde formó brigada con dos mugrientos regimientos de regulares, que los contemplaron con calma, sin decir nada. El comandante de la brigada resultó ser ni más ni menos que el coronel de Gates en el «Decimosexto de caballería» —como dice la revista Harper's Weekly— y Gates se alegró. La mirada solemne del viejo se iluminó cuando vio a Gates en el Trescientos Siete. Hubo bastantes golpes, palos y tundas en Tampa para el Trescientos Siete, pero los hombres los soportaron con más asombro que enfado. Los dos regimientos regulares los llevaban consigo cuando podían y, cuando no, esperaban con impaciencia a que llegasen. Sin duda, los regulares deseaban que los voluntarios hubieran estado como guarnición en Sitka^[15], pero no dijeron prácticamente nada. Se ocupaban tan sólo de sus propios regimientos. El coronel era un hombre de inestimable valía en una oficina de telégrafos. Cuando hubo gresca para conseguir transporte, se retiró a una oficina de telégrafos y habló tan hábilmente con Washington que las autoridades apartaron a unos cuantos cuerpos para dejar paso al Trescientos Siete, como si de ello dependiera todo. El regimiento consiguió uno de los mejores transportes y, después de una serie de retrasos, cierto número de salidas e igual número de vueltas, finalmente zarpó hacia Cuba.

II

GATES VIVIÓ UNA CURIOSA aventura la segunda mañana después de su llegada a Atlanta para tomar posesión de su puesto como comandante del Trescientos Siete.

Estaba en su tienda, escribiendo, cuando de pronto ésta se abrió y entró un soldado joven y alto.

—Entonces, comandante —dijo el recién llegado con aire cordial—, ¿cómo va la vida?

El comandante levantó la mirada impetuosamente, pero habló sin acaloramiento.

—Ponte firme y saluda.

—¿Eh? —dijo el soldado.

—Ponte firme y saluda.

El soldado le miró con resentimiento y sorpresa, y luego preguntó:

—No se habrá enfadado, ¿no? No hay por qué ponerse tan quisquilloso, ¿no?

—Yo... Ponte firme y saluda.

—Bueno —el soldado arrastró las palabras con la mirada fija—, visto que es usted tan endiabladamente especial, no me cuesta nada, si así le va a sentar mejor la comida.

Respirando profundamente y sonriendo con ironía, juntó perezosamente los talones y saludó con una floritura.

—Ahí lo tiene —dijo, volviendo a la cordialidad inicial—. ¿Le parece bien, comandante?

Se hizo un silencio que a un observador imparcial se le habría antojado preñado de dinamita y muerte sangrienta. Luego, el comandante se aclaró la garganta e inquirió con frialdad:

—Y ahora, ¿qué quieres?

—¿Quién... yo? —preguntó el soldado—. Sólo pasaba por aquí —y con énfasis más profundo, añadió—, sólo pasaba por aquí amigablemente, creyendo que sería usted de otra manera...

La indirecta quedó clara.

Ahora era el turno de que Gates le contemplara fijamente y así lo hizo.

—Vuelve a tu cuartel —dijo después de un rato.

El voluntario se enfadó mucho.

—No hace falta darse tantos aires, ¿no? No crea usted que, después de ver cómo es, estoy deseando hacerle compañía. Debe de haber hombres en este batallón que han recibido la misma formación que usted, pero que me cuelguen si tienen tan malos modales. Buenos días —saludó dignamente y salió de la tienda, cerrándola como si estuviera dando un portazo. Caminó hacia su compañía, a grandes pasos. Estaba furioso. Se encontró con multitud de camaradas.

—¿Qué pasa, Lige? —le preguntó uno que notó su irritación.

—No, nada —contestó Lige, con malestar—, nada, sólo he pasado a ver al nuevo

comandante, eso es todo.

—¿Y cómo es? —preguntó otro.

—¿Cómo? —gritó Lige—. No se parece a nada. No está hecho de la misma pasta que nosotros. No. Dios lo creó con un molde especial, distinto. Es especial y no se va a mezclar con tipos normales como vosotros.

Hizo un gesto venenoso dirigido a todos.

—¿Se ha metido contigo? —preguntó un soldado.

—¿Meterse conmigo? No —contestó Lige, con desprecio—. Yo me he metido con él. Le he calado enseguida. «No sé», le he dicho mientras me iba, «me temo que no es usted el único hombre del mundo», le dije.

Durante un tiempo Lige Wigram fue un héroe. Repetía la historia de su aventura una y otra vez, y los hombres le admiraban por haber puesto en evidencia tan pronto el engreimiento del nuevo oficial. A Lige le gustaba pensar que era un patriota simple y llano que se había negado a soportar una insolencia tan grande.

Pero tuvo la impresión de que no había perturbado en nada la peculiar compostura del comandante y esto endureció su odio. Odiaba a Gates, pero no como un soldado suele odiar a un oficial, con ese odio que es mitad temor. Lige le odiaba como un hombre odia a otro hombre. Y le encolerizaba no sólo no recibir odio alguno como respuesta, sino verse incapaz de afectar a Gates, que sólo pensaba en él como una unidad de un cuerpo de trescientos hombres. Era igual que ponerle mala cara al obelisco de Central Park.

Cuando el batallón se convirtió en el mejor del regimiento no disfrutó del orgullo de las compañías. Lamentó que los hombres empezasen a hablar bien de Gates. A la hora de odiar, él ciertamente era muy tenaz.

III

EL TRANSPORTE OCUPADO por el batallón Trescientos Siete lo capitaneaba una especie de escandinavo que tenía miedo hasta de la sombra de su propio mástil mayor. Se hubiera dado a la fuga en su vapor sólo con ver un sombrero flotando, y de hecho una vez lo hizo por menos que eso. Los oficiales, que querían llegar con los otros transportes, protestaban de vez en cuando y él les replicaba hablando de los armadores. Todos los oficiales del convoy de buques de guerra le detestaban, ya que, en el caso de que apareciera una nave hostil, no tenían idea de cómo iban a proteger a este alborotador, que probablemente se las apañaría para situarse en cien lugares del ancho mar durante la batalla, a cual menos ventajoso para el plan de la marina. Cuando no hablaba de sus armadores, puntualizaba que un vapor no era lo mismo que un petate y que no podía ponerse su barco debajo del brazo y escalar árboles con él. Luego añadía que «ellos, los tipos de la marina», no eran ni la mitad de listos de lo que creían ser.

De un mar añil surgió la solitaria costa de Cuba. Finalmente, la flota llegó cerca de Santiago y la mayor parte de los transportes tuvieron que esperar un minuto, mientras los jefes tomaban una decisión. El patrón, del que era prisionero el batallón Trescientos Siete, esperó durante treinta horas a medio camino entre Jamaica y Cuba. Explicó que la flota española podía emerger del puerto de Santiago en cualquier momento y no tenía intención alguna de que le cazaran. Sus armadores... En ese momento el coronel se levantó con la decisión del que tiene a novecientos hombres a sus espaldas, entró al puente de mando y habló con el capitán. Le explicó indirectamente que cada uno de sus novecientos hombres había decidido ser el primer soldado americano en desembarcar para esta campaña, y que para que esa maravilla tuviese lugar era necesario que el transporte se acercase a menos de cuarenta y cinco millas de la costa de Cuba. Si el patrón dejaba que el regimiento desembarcara, le daría permiso para coger su interesante y viejo barco e irse al infierno con él. Y el patrón habló con el coronel. Indicó que en lo que a él le concernía oficialmente, el Gobierno de los Estados Unidos no existía. Sólo respondía ante los armadores. El coronel ponderó esos argumentos. Percibió que el patrón quería decir que él gobernaba su barco como mejor creía, tomando únicamente en consideración la inversión que habían hecho sus propietarios, y que no le interesaban lo más mínimo los sentimientos de cierta expedición militar americana a Cuba. Era un hombre libre, un hijo del mar... era un ciudadano soberano de la república de las olas. Era como Lige.

Sin embargo, el patrón incurrió finalmente en el peligro de llevar su barco bajo los terribles cañones del New York, el Iowa, el Oregón, el Massachusetts, el Indiana, el Brooklyn, el Texas, y una veintena de cruceros y cañoneros. Fue una acción valerosa para el capitán de un transporte de los Estados Unidos y estuvo visiblemente nervioso hasta que, por fin, pudo regresar a mar abierto, donde elevó plegarias de

agradecimiento por haberse quitado de encima al maldito batallón Trescientos Siete. Durante casi una semana navegó sin rumbo en alta mar a su libre albedrío, teniendo en su poder una gran cantidad de provisiones militares, escondidas tan hábilmente como si las hubiese enterrado dentro de una caja de cobre en la piedra angular de un edificio público de Boston. Hacía ya veintiún años que tenía su título de capitán y esos tipos no podrían distinguir el estribor del barco de un pasador.

El batallón Trescientos Siete desembarcó en Cuba, pero para su disgusto se encontró con que se les habían adelantado unos diez mil soldados regulares. Recibieron órdenes urgentes de salir de la base por la carretera hacia Santiago. A Gates le resultó curioso el hecho de que el único motivo de retraso fuera que muchos de los hombres de otros batallones se desviarán para hacer turismo. Con el tiempo, el largo regimiento serpenteó lentamente entre colinas que les impedían la visión del mar.

Para solaz de los hombres había palmeras, pequeñas cabañas marrones y desinteresados, pasivos, soldados cubanos, muy cansados ya de acarrear los víveres americanos de un lado a otro. El calor no era sofocante y se decía que el viaje era sólo de siete millas. No corría otro rumor más que el de que había tenido lugar un pequeño combate y que el ejército había avanzado hasta avistar Santiago. Con su peculiar inclinación a burlarse de lo sensiblero, el batallón Trescientos Siete comenzó a reírse. Realmente, no había nada en absoluto que resultase ser como lo describían los libros. Habían desembarcado del transporte con la idea de lanzarse inmediatamente a la primera línea de combate y realizar algún tipo de ataque furibundo, y allí estaban, recorriendo un tranquilo camino rodeado de árboles adormecedores y de hierba. Hasta el momento, el asunto les parecía una parodia de lo más tediosa.

Pasado un tiempo, llegaron a los campamentos de los regimientos regulares que delimitaban los lados del camino: pequeños pueblos de tiendas no más altas que la cintura de un hombre. El coronel encontró a su comandante de brigada y el batallón Trescientos Siete fue enviado a un campo de hierba alta, donde los hombres, de pronto, se pusieron solemnes ante la importancia de recibir la cena.

A primera hora de la tarde, algunos soldados regulares le dijeron a una de las compañías de Gates que al amanecer esa división se pondría en movimiento para atacar alguna posición.

—¿Cómo lo sabéis? —contestó la compañía, profundamente asombrada.

—Lo hemos oído.

—¿Y qué vamos a atacar?

—No sé.

El batallón Trescientos Siete no estaba asustado en absoluto, pero cada hombre comenzó a imaginar el día siguiente. Los regulares parecían tener el mismo interés en el día siguiente que en las Navidades pasadas. En apariencia, no eran asunto suyo.

—Escucha —dijo Lige Wigram a un soldado del batallón Diecisiete de la infantería regular—. ¿Adónde iremos mañana y contra quién? ¿Lo sabes?

El soldado del Diecisiete respondió con agresividad:

—¡Como cace al... que me ha robado el tabaco, le voy a coger y le voy a romper todos los... huesos!

Los amigos de Gates en los regimientos regulares le hicieron multitud de preguntas sobre la fiabilidad de su organización. ¿Soportaría el Trescientos Siete la batalla? No es que fuesen despectivos; simplemente no parecían considerar relevante el hecho de que pudiera o no lograrlo.

—Bueno —dijo Gates—, como no se hagan una idea de a qué están atacando, ni siquiera correrán la distancia que mide una estaca; no se agruparán si tienen cerca de seis acres de campo abierto para avanzar; ni se moverán si os ven a vosotros tomándooslo con calma y lucharán como fieras siempre y cuando entiendan completa, total, satisfactoria y exhaustivamente en qué consiste el asunto. Son abogados. Todos, excepto mi batallón.

IV

LIGE SE DESPERTÓ en un mundo oscurecido por una niebla azul. Alguien le zarandeaba suavemente.

—Levántate, nos movemos.

El regimiento se ponía en marcha. Del camino llegaba el ruidoso crujido de una batería en movimiento. Los hombres hablaban en voz baja; el semblante de los oficiales era sereno, serio. El regimiento se encontró siguiendo a la batería antes de poder responderse a un montón de preguntas. El sendero serpenteaba a través de una selva densa, oscura y bañada de rocío.

La batalla comenzó con un disparo lejano. En ese momento, Lige escuchó un sonido tenue por encima de su cabeza, como si alguien estuviese soplando suavemente por la boca de una botella vacía. Se trataba de una bala perdida, que había viajado una milla para decirle que la guerra estaba frente a él. Casi se rompe el cuello al mirar hacia arriba.

—¿Habéis oído eso?

Pero los hombres estaban ocupados en salir de aquella oscura jungla. Querían ver algo. El débil *rat-rat-ratat* procedente del frente les informaba de que la batalla había comenzado. La muerte se encontraba cerca y el misterio de esa jungla les inquietaba. Esa jungla se mostraba ominosa, oscura y quieta.

Pasaron de largo la batería alineada en una colina, sobre el sendero, y no habían avanzado mucho cuando los roncós cañones comenzaron a rugir y pudieron escuchar el silbido de los proyectiles, que recordaba al de los cohetes. De pronto, pareció que todo el mundo pedía ayuda al Trescientos Siete. Ayudantes y correos llegaban hasta ellos a toda velocidad.

—¿Es éste el Trescientos Siete? Rápido coronel, cada minuto que pasa es usted más necesario.

Así que los necesitaban, ¿eh? Entonces, ¿no iban a encargarse los regulares de toda la lucha? El viejo batallón Trescientos Siete se sentía dolorosamente orgulloso, u orgullosamente dolido. Dejaron sus sacos de dormir al amparo de Dios y se apresuraron hacia la contienda; una de las razones que explica por qué, más adelante, los cubanos de esta zona estuvieron tan bien equipados. Comenzaron a aparecer campos calurosos, dorados y verdes bajo el sol. Frente a ellos, en una zona de otros con palmeras, podían ver líneas de puntos negros: la avanzada americana. Algunos cayeron abatidos por otros que, a una milla de distancia, tal vez habían apuntado hacia otro. Las bajas se registraron exclusivamente en el batallón de Carmony, que rápidamente se replegó y retrocedió, retirándose en estado de *shock* contra la compañía de avanzada de Gates. El sobresalto se extendió como un temblor por todo el batallón de Gates, hasta que en las últimas filas algunos comenzaron a gritar nerviosamente:

—¿Qué demonios está ocurriendo?

Llegó la orden de desplegarse y avanzar. De vez en cuando se oía algún grito ronco proveniente de los regulares. Durante el despliegue, Gates lo sintió mucho por el coronel. Allí estaba el viejo dirigiendo los movimientos, erguido, valiente, desafiando sobriamente a... todo. Las cuatro compañías de Carmony eran como cuatro hordas. Y las balas les golpeaban continuamente desde Dios sabía dónde. Gates, el excelente Gates, el hombre educado, el militar estricto, se transformó en un insubordinado iracundo. Sabía que el regimiento no estaba padeciendo otra cosa que el letal y excesivo alcance de los rifles modernos, de los que muchas naciones orgullosas y confiadas sólo conocen que les han servido para matar a unos cuantos salvajes, lo cual no es saber gran cosa.

Gates se apresuró hacia Carmony.

—¡Maldita sea, hombre!, si no puedes hacer que tus hombres se desplieguen, ¡dame una oportunidad, por amor de Dios! ¡Estoy atrapado en el bosque!

Carmony no le concedió nada, pero a Gates le dio igual, y su batallón se desplegó y avanzaron como hombres. El viejo coronel casi rompió a llorar y le lanzó a Gates una mirada de agradecimiento que el joven oficial guardó en su corazón como una condecoración secreta.

Una lucha salvaje tenía lugar en lo alto de la colina, en el valle y entre los arbustos de espinas. La muerte les golpeaba con una especie de ritmo lento, cobrándose despacio un hombre aquí y a otro allá, pero el sonido de las balas era permanente. Gran número de los de Carmony se unieron a Gates. Estaban deseando hacer algo, cualquier cosa. No tenían defecto alguno, salvo el de creer que cualquier joven valiente y noble inmediatamente, desde el principio, era necesariamente un buen soldado. Habían desarrollado la sensación repentina de que el impopular Gates lo sabía todo y, así, siguieron al soldado experimentado.

Si le seguían, por supuesto que los aceptaría. Mientras subían hacia lo alto de una colina encrespada como una manada de caballos empujados por el viento, se encontraron de repente en la verdadera vanguardia. Pequeños grupos de soldados azules marchaban con ímpetu y luego se tiraban sobre el estómago para disparar descargas, mientras otros grupos avanzaban de la misma manera. Por delante podían ver un fuerte con aspecto de casa, que no era suficiente para explicar de dónde provenía la miríada de balas. El resto de la escena era paisaje. Soldados pálidos, soldados amarillos y soldados azules aparecían en este panorama taciturnos y silenciosos, con heridas. A menudo se gastaban bromas macabras. No hay nada más sorprendente en los regulares americanos que su comportamiento cuando están heridos: su avergonzada cojera, su abochornado cabestrillo, su incómodo agujero de bala en los pulmones. Los hombres del Trescientos Siete miraban a las calmadas criaturas con múltiples perforaciones y se sentían mejor. Éstos les decían que sólo había que seguir adelante. Los hombres del Trescientos Siete se echaban sobre los estómagos, rojos, sudorosos y jadeantes, y seguían la voz del hermano mayor.

Gates retrocedió desde su línea con el rostro lívido, pero con el gesto aún más

duro y severo de lo que sus hombres le habían visto jamás. Después de que los suyos le suplicaran con vehemencia que se tumbara y de que él diera algunos toques fríos y rígidos en las débiles espaldas, el Trescientos Siete cargó en tropel. El coronel, sin sombrero, pronunció un discurso precipitado, pero el hombre del momento era Gates. Los hombres parecían sentir que era asunto suyo. Algunos de los oficiales regulares dijeron después que el avance del Trescientos Siete fue verdaderamente muy respetable. Estaban bastante sorprendidos, confesaron. Al menos cinco de los mejores regimientos del ejército regular integraban esta división y el Trescientos Siete tan sólo podía provocar un sentimiento de aprecio cordial.

Sí, ha estado muy bien, realmente bien, pero ¿te has dado cuenta de lo que hacían mientras tanto el Doce, el Diecisiete, el Siete, el Ocho, el Veinticinco, el...?

Gates creyó que su ataque estaba resultando un éxito, que llevaba a cabo una actuación exitosa. Dos capitanes cayeron con estrépito en la hierba y un teniente se desplomó silenciosamente con una herida mortal. Muchos hombres se dispersaron repentinamente. Gates mantenía a los suyos casi a la misma altura que los regulares, que cargaban por los flancos. De pronto, tuvo la impresión de que se había acercado demasiado al fuerte y de que un español le había lanzado un pedrusco a la pierna. Una docena de manos se extendieron para ayudarle, pero gritó:

—¡No..., malditos seáis..., continuad..., continuad!

Cerró los ojos durante un momento, durante un solo instante. Cuando los abrió se encontró a solas con Lige Wigram, que estaba tumbado a su lado.

—Comandante —dijo Lige—, es usted un buen hombre, le he observado todo el día y quería decirle que es usted un buen hombre.

El comandante lanzó una mirada fría y llena de desprecio al soldado.

—¿Dónde estás herido? ¿Puedes caminar? Si puedes, vuelve a la retaguardia y déjame en paz. Me estoy desangrando y me molestas.

Lige se indignó, a pesar del dolor que le producía su herida en el hombro.

—Bueno —farfulló—, usted y yo llevamos ya a la gresca desde hace tiempo y sólo quería decirle que lo que he visto hoy me ha hecho cambiar de opinión.

—Vuelve a la retaguardia si puedes caminar —dijo el comandante.

—Mire comandante, una minucia como esa...

—Vuelve a la retaguardia.

Lige tragaba saliva entre sollozos.

—Comandante, es verdad que no le entendí al principio, pero no dejemos que una minucia como esa se interponga entre nosotros, yo..., yo...

—Vuelve a la retaguardia.

Con esta reiteración, Lige descubrió un parecido con aquella primera y antigua frase ofensiva: «Ponte firme y saluda». Ponderó el parecido y observó que nada había cambiado. El hombre que se desangraba hasta la muerte era el mismo al que hizo una amigable visita con resultados nada amigables. Creyó percibir ahora cierto abismo de desesperanza; un abismo que es real o irreal, dependiendo de las circunstancias.

Algunas veces los hombres son iguales; otras veces no. Si Gates hubiese criticado alguna vez cómo manejaba el arado en su granja, Lige habría desdeñado enérgicamente su odio o sus reproches. Ahora comprendía que en la guerra no se debía elogiar abiertamente la conducta del comandante. El orgullo del comandante residía en su tarea y las felicitaciones de Lige eran más de lo que podía soportar.

El lugar en el que se encontraban sufrió de repente una nueva e intensa lluvia de balas. Se esparcían sobre los hombres, sonando como grandes saltamontes.

—¡Comandante! —gritó Lige—, no permitiré que se quede usted aquí, le matarán.

—Eso no puedes evitarlo, muchacho, ocúpate de ti mismo.

—Que me aspen si lo hago —dijo el soldado con vehemencia—, si no puedo sacarle de aquí me quedaré a esperar.

El oficial miró a su hombre con la misma mirada fría y altiva.

—Estoy... estoy muerto de todos modos. Vuelve a la retaguardia, ¿entendido?

—No.

El teniente moribundo sacó su revólver, lo cargó y apuntó titubeante a la cabeza de Lige.

—¿Vas a obedecer órdenes?

—No.

—¿Uno?

—No.

—¿Dos?

—No.

Gates dejó caer su revólver débilmente.

—Vete al infierno, entonces. No eres un soldado, pero... —trató de añadir algo—. Pero... —lanzó un largo gemido—. Pero... eres... eres..., oh, estoy tan cansado.

V

DESPUÉS DE LA BATALLA, tres corresponsales se encontraron en el camino. Tenían calor, estaban cansados, sucios, hambrientos y sedientos. Se detuvieron a la sombra de un mango y se tumbaron cómodamente. Contaron entre ellos a una cuarentena de amigos que ese mismo día habían pasado al más allá, pero aquello ya les parecía algo lejano. Shackles hablaba con tono quejoso sobre julepes de menta^[16] y los demás le pedían que lo dejase.

—Por cierto —dijo finalmente uno de ellos—, qué pena lo del pobre Gates, del Trescientos Siete. Murió desangrado. Sus hombres estaban furiosos. Balbuceaban y maldecían a su alrededor como salvajes. Parece que cuando volvieron a buscarle lo encontraron casi muerto junto a otro herido que trataba de cortar la hemorragia ¡con su sombrero! Con su sombrero, imagínate. ¡Pobre Gates!

—No, no, Shackles —dijo el tercero del grupo—, te equivocas, los mejores julepes de menta se hacen en Nueva York, Filadelfia o Boston. Esa idea de Kentucky no es más que un mito.

Se les acercó un hombre herido. Le habían disparado en el hombro y cortado la camisa diagonalmente, dejando al descubierto mucha piel. Sobre el orificio de entrada de la bala se percibía una especie de araña blanca, formada con trozos de esparadrapo. Sobre el orificio de salida llevaba un algodón ensangrentado pegado a la piel con más esparadrapo. Su mirada parecía distraída, melancólica, triste.

—Disculpen, caballeros. ¿Alguno de ustedes tiene una botella? —preguntó.

Uno de los corresponsales se levantó de repente y miró al soldado con ojos brillantes.

—¡Qué valor tienes! —dijo, sonriendo burlescamente—. ¿Que si tenemos una botella, eh? ¿Quién demonios te crees que eres? Si tuviésemos una botella de buen licor, ¿crees que dejaríamos beber de ella a todo el ejército? ¡Tienes demasiada fe en la generosidad del ser humano, amigo mío!

El soldado le miró fijamente, con ojos de buey, y finalmente dijo:

—¿Eh?

—Digo —repitió el corresponsal, elevando algo el tono— que de haber tenido una botella, probablemente ya nos la habríamos bebido entre nosotros.

—Pero —respondió el otro aturdido—, me refería a una botella vacía. No a una llena.

El corresponsal se mostró cómicamente irascible.

—¡Una botella vacía! ¡Debes de estar loco! ¿Dónde se ha visto que alguien quiera una botella vacía? ¡Carece de sentido! He visto millones de hombres tras una botella llena, pero tú eres el primero que insiste en que esté vacía. ¿Para qué narices la quieres?

—Verá, señor —se explicó Lige lentamente—, nuestro comandante ha muerto

esta mañana y vamos a enterrarle; pensé en dar una vuelta para ver si podía conseguir una botella vacía, escribir después su nombre y el de su regimiento en un papel, meterlo en la botella y enterrarla con él. Así, cuando vengan a desenterrarlo para llevárselo a casa, estaremos seguros de que no hay error alguno.

—¡Ah!

LOS MARINES HACEN SEÑALES BAJO EL FUEGO DE GUANTÁNAMO

ERAN CUATRO MARINES DE GUANTÁNAMO, conocidos oficialmente en esa época como señaleros; su misión consistía en permanecer en las trincheras del campamento McCalla, que miraba al mar, y hacer señales al buque Marblehead, por el día con banderas y por la noche con faroles. Tuve la buena suerte —en aquel momento la consideré muy mala— de estar con ellos dos de las noches en que la salvaje tormenta de la batalla golpeó con fuerza la colina; y de todas las acciones de la guerra ninguna fue tan dura para los nervios, ninguna llevó el valor tan al límite del pánico como aquellas ajetreadas noches en el campamento McCalla. Con el repiqueteo de miles de rifles, los cañones de campaña tronando en el oído, el chasquido diabólico de los colts automáticos, el Marblehead rugiendo desde la bahía y las balas Máuser silbando constantemente en el aire a unos pocos metros de nuestras cabezas —y todo ello desde el anochecer hasta el amanecer— es prácticamente imposible que cualquiera que haya estado allí pueda olvidarlo fácilmente. El ruido, la oscuridad impenetrable, la certeza, por el sonido de las balas, de que el enemigo estaba en tres flancos del campamento; el infrecuente desplome sangriento y la muerte de hombres con los que tal vez uno había estado bromeando dos horas antes, la fatiga del cuerpo y la aún más terrible fatiga de la mente ante aquel asunto interminable, hacían prácticamente milagroso el hecho de que, al menos algunos de los hombres, no saliesen de allí con los nervios hechos trizas.

Pero, mientras tenía lugar en la oscuridad esta interesante ceremonia, el pelotón de señales debía enviar y recibir mensajes con serenidad. El capitán McCauley siempre participaba en la defensa del campamento, barriendo los bosques con los cañones de los dos flancos del Marblehead. Además, era el oficial de mayor rango y quería saber qué estaba ocurriendo. Las tripulaciones insomnes de los barcos de la bahía se pasaban la noche entera escrutando la oscuridad hacia la rugiente colina.

El pelotón de señales siempre tenía sobre la trinchera una vieja caja de galletas. Cuando no enviaban señales escondían los faroles en aquella caja; pero en cuanto llegaba la orden de enviar un mensaje, uno de los hombres tenía que levantarse y encender las luces. Y entonces, ¡válgame el cielo!, ¡cómo se cebaban los guerrilleros ocultos en el abismo nocturno contra aquellos destellos amarillos!

Este tipo de señales se lleva a cabo dejando un farol fijo, en este caso encima de la caja de galletas, y moviendo el otro sucesivamente de derecha e izquierda, a un ritmo regular según el código de señalización. Es un sistema muy simple de comunicación nocturna, pero obviamente tiene pocas oportunidades si se usa delante de un enemigo que, a unos cientos de yardas de distancia, está encantado de avistar un blanco tan claro.

Cómo demonios no estaban llenos de plomo de la cabeza a los pies esos cuatro

hombres del campamento McCalla y eran enviados a casa más como repuestos de munición española que como marines, sobrepasa toda lógica. Para ser sincero, cuando uno de ellos se levantaba a mover su farol, yo, que estaba tumbado en la trinchera, me movía invariablemente un poco hacia la derecha o la izquierda con el fin de que el señalero no me cayera encima cuando fuese alcanzado por un disparo. Pero el pelotón salió indemne, a pesar de los supremos esfuerzos del mejor cuerpo de la armada española: la Escuadra de Guantánamo^[17]. Que se trataba del mejor cuerpo de la armada española me lo habían dicho muchos oficiales españoles, además del general Menocal y otros oficiales insurgentes. El general Menocal era el jefe del Estado Mayor de García mientras éste operaba afanosamente en la provincia de Santiago. El regimiento estaba compuesto exclusivamente por prácticos^[18], o exploradores, que conocían cada árbol y matojo del terreno sobre el que se movían.

Siempre que el ayudante, el teniente Draper, aparecía desde la oscuridad con una orden —como por ejemplo: «Pide al Marblehead que, por favor, bombardee los bosques de la izquierda»—, el corazón se me salía por la boca, pues sabía que uno de mis compañeros se pondría de pie tras los faroles y tendría a toda España disparándole.

La respuesta inmediata era invariablemente la misma:

«Sí, señor». Y a continuación, comenzaba la estruendosa ráfaga de balas dirigidas a su cabeza, mientras los bosques comenzaban a crepitar como paja ardiendo. Podía tumbarme cerca y observar la cara del señalero —iluminada por el resplandor amarillo de la luz de los faroles— y la ausencia de inquietud, miedo o cualquier otra emoción en sus facciones; era como para descolocar los esquemas de cualquiera. Su rostro parecía el de alguien concentrado sencillamente en su trabajo: hacer señales en el abismo de la noche mientras una luz se movía lentamente en el Marblehead.

Algunos días, esos momentos en la colina recordaban a aquellas terribles escenas teatrales; secuencias de intensa oscuridad y rayos cegadores en las que un demonio con capa, un asesino o cualquier otro personaje apropiado mascullaba con voz profunda entre el redoble de los truenos. Era más dramático de lo que pueda expresarse con palabras: te sentías como una hoja en ese caos atronador, en esa prolongada tragedia de la noche. En medio de aquello, de vez en cuando podía verse la luz amarillenta en la cara absorta del señalero.

Posiblemente, nadie que no hubiese estado allí anteriormente podría comprender la verdadera elocuencia del día al despuntar. Permanecíamos tumbados con la mirada fija en el Este, anhelando el amanecer, ansiosos. Completamente extenuados, con los nervios de punta como cerdas hirsutas, permanecíamos echados mirando al Este, al inefable y obstinado Este. Es sorprendente que, ante la atención con que mirábamos, a ninguno de nosotros se nos transformasen los ojos en bolas de cristal.

Entonces aparecía en el cielo una mancha tenue de luz azul. Era como un pedazo de brillo lunar. Algunos decían que indicaba el principio del amanecer; otros afirmaban que nada tenía que ver con eso. Los hombres llegaban a indignarse entre

ellos durante estas discusiones en voz baja de las trincheras. Para mí, esa transformación del cielo oriental destrozaba muchas de mis ideas y teorías respecto al amanecer; claro que, por otro lado, nunca había tenido ocasión de observarlo con tan solemne atención.

Esa mancha se ensanchaba y blanqueaba aproximadamente a la velocidad que un hombre pintaría el Madison Square Garden con un pincel de pelo de camello. Los guerrilleros siempre empezaban a armar jolgorio más o menos a esa hora, porque sabían que se acercaba el momento en que se hacía conveniente su retirada. Yo, al menos, siempre me ponía furioso con este mezquino amanecer. Tenía la impresión de que, durante el tiempo que el viejo astro requería para elevarse sobre el horizonte, podría haber recorrido el mundo a pie.

Una medianoche en la que debía enviarse un mensaje importante al Marblehead, el coronel Huntington vino personalmente al punto de señalización junto al ayudante Draper y al capitán McCauley, el intendente. Cuando el hombre se incorporó para hacer las señales, el coronel le imitó. Al avistar las luces, los españoles actuaron como de costumbre. Dispararon a esa zona suficientes balas como para matar a todos los marines del cuerpo.

El teniente Draper se inquietó por su superior.

—Coronel, ¿no se pone a cubierto, señor?

—Me temo que no —dijo el viejo veterano de pelo cano, a su manera lenta, triste y siempre cortés—. No estoy en mayor peligro que el soldado.

—Pero, señor... —comenzó el ayudante.

—Vamos, déjelo, Draper.

Así que el coronel y el soldado permanecieron uno al lado del otro y soportaron el fuego intenso sin mover un músculo.

Finalmente, el día no tuvo más remedio que llegar, marcado por un intercambio final de fuego a discreción. Y la luz brilló sobre los marines, sobre las armas que enmudecieron, sobre la bandera. Los rostros amarillentos y mugrientos se miraron y sonrieron con exhausta satisfacción. ¡Café!

A la mayoría les resultaba imposible dormirse inmediatamente. A mí, por ejemplo, me llevaba unas horas conseguir calmar los nervios. Pero luego daba una satisfacción enorme tumbarse en la trinchera con los cuatro señaleros y constatar por completo que esa noche por fin había terminado definitivamente y que, a pesar de que el futuro podría depararnos otras malas noches, aquella nunca escaparía ya de la prisión que llamamos pasado.

Durante la corta y salvaje batalla de Cuzco se llevaron a cabo bajo el fuego algunas espléndidas exhibiciones de señales. La acción comenzó cuando un destacamento de marines con exploradores cubanos, al mando del teniente Lucas, alcanzó la cumbre de una colina que dominaba un pequeño valle, en el que había una casa, un lago y un matorral de algún tipo de arbusto de hojas anchas y oleaginosas. Este matorral, que posiblemente tuviera la extensión de un acre, resguardaba a los

guerrilleros. El valle se abría al mar. La distancia entre lo más alto del arrecife y el matorral tenía escasamente doscientas yardas.

El Dolphin navegaba bordeando la costa, en línea con el avance de los marines, con los cañones preparados para apoyar cualquier acción. El capitán Elliott, al mando de los doscientos marines que luchaban en esta batalla, pidió de pronto un señalero. Quería uno que pidiese al Dolphin que abriese fuego sobre la casa y el matorral. Aquel día el calor era insoportablemente abrasador en lo alto de la colina, con su chaparral seco y sus altos cactus erguidos. El cielo despejado y azul hería como el metal. A los dos minutos de permanecer postrados, los marines enrojecían y sudaban como tantos otros fusileros enterrados en el trópico bajo sus cascos.

El capitán Elliott preguntó:

—¿Dónde hay un señalero? ¿Quién es señalero aquí?

Un irlandés pelirrojo —creo que se llamaba Clancy y, para el caso, valdrá con que le llamemos así— giró la cabeza desde donde estaba tumbado boca abajo, sacó su rifle Lee y saludó, diciendo que él era señalero.

No había ninguna bandera reglamentaria en la expedición, de modo que Clancy se vio obligado a atar al extremo de su rifle su pañuelo de lunares azules. No era gran cosa como enseña. En un primer momento, Clancy se dirigió a la parte baja, la zona segura del acantilado, y se afanó en realizar los movimientos de señalización. Pero era tan pobre bandera para aquella empresa y el fondo del acantilado tan oscuro, que en el Dolphin no le vieron. Así que Clancy tuvo que volver a la parte alta del acantilado y elevar contra el cielo su silueta y la de su bandera.

Ocurrió lo habitual. Tan pronto como los españoles avistaron su perfil, dispararon contra él como locos. Para colmo, la situación exigía que Clancy mirase al mar y, por tanto, diese la espalda a las balas españolas. Sin duda, era asunto escabroso permanecer de espaldas al fuego de las descargas. Clancy así lo creía. Todos lo creíamos. Todos nos alejamos de sus alrededores. Si quería tomar posesión de cualquier punto de la colina, allá él, nosotros no íbamos a impedirselo.

No podía negarse que Clancy tenía prisa. Yo le observaba. Estaba tan centrado en el silbido de las balas junto a sus orejas, que se veía obligado a repetirse en voz baja las letras del mensaje. Nos pareció intolerable el tiempo que tardó el Dolphin en contestar al corto reclamo. Mientras tanto, observábamos maravillados a Clancy cada segundo que pasaba sin que lo derribaran. A ratos blasfemaba.

Finalmente, el Dolphin respondió a su frenética gesticulación y él envió su mensaje. En cuanto hubo terminado su parte de la transacción, ¡zas!, se dejó caer como un ladrillo en la línea de fuego y comenzó a disparar; empezó a tomarse la revancha con todos aquellos que habían estado tiroteándole. El pañuelo de lunares aún ondeaba en el cañón de su rifle. Estoy casi seguro de que lo dejó allí hasta el final de la contienda.

Los proyectiles del Dolphin empezaron a abrirse camino en el matorral, levantando por los aires arbustos, rocas y tierra, como si alguien estuviera

barrenándolos.

Mientras tanto, los doscientos marines, cincuenta cubanos y las tropas de, probablemente, seis compañías de guerrilleros españoles provocaban tal estruendo que el distante campamento McCalla se agitaba inquieto. El coronel Huntington envió numerosas expediciones a los puntos críticos de la carretera para facilitar una retirada segura, si fuese necesaria. Envío también cuarenta hombres, bajo el mando del teniente Magill, al flanco izquierdo de las dos compañías en acción que comandaba el capitán Elliott. El teniente Magill y sus hombres habían coronado una colina que cubría completamente el flanco de las compañías en combate, pero, cuando el Dolphin abrió fuego, resultó que Magill estaba al alcance de los disparos. Se hizo necesario detener al Dolphin de inmediato. El capitán Elliott no estaba cerca de Clancy en ese momento y pidió apresuradamente otro señalero.

El sargento Quick se levantó y anunció que él era señalero. Sacó de algún lugar un pañuelo de lunares azules tan grande como una colcha. Lo ató a un palo largo y doblado. Subió a lo alto del acantilado y, dando la espalda al fuego español, comenzó a hacer señales al Dolphin. De nuevo, le cedimos a un solo hombre la posesión exclusiva de una zona concreta del acantilado. No la queríamos. Podía quedarse con ella, gracias. Si el joven sargento hubiese tenido la viruela, el cólera y la fiebre amarilla juntas, no nos hubiéramos alejado con mayor celeridad.

Como decían a menudo, parecía que en esta guerra hubiese un dios de las batallas que protegía con su poderosa mano a los americanos. Al ver allí al sargento Quick haciendo señales contra el cielo, no habría dado por su vida ni una etiqueta de tabaco. Parecía imposible que pudiera escapar. Parecía absurdo esperar que no le diesen; lo único que deseaba es que sólo le hiriesen levemente en el brazo, en el hombro o en la pierna.

Observé su cara: serena y grave, como la de alguien escribiendo en su biblioteca. La personificación misma de la serenidad en el oficio. Permanecía allí entre el murmullo de los cubanos, como de animales, el sonido de los rifles y el silbido de las balas, emitiendo las señales que debía realizar sin prestar la más mínima atención a nada que no fuese su tarea. Sin la más mínima muestra de nerviosismo o apuro.

Una contienda vista de cerca es, como mínimo, un espectáculo absorbente. Ninguno quiere apartar la vista hasta que llega el momento en que decide escapar. Levantarte deliberadamente y dar la espalda a una batalla es una labor complicada en sí misma. Levantarte deliberadamente y darle la espalda a una batalla, cuando puedes oír perfectamente el entusiasmo ilimitado con que una numerosa compañía enemiga te dispara desde un matorral adyacente, es una proeza tremenda; al menos, desde mi punto de vista. No es necesario explicar lo que será, además, tener que mantener la concentración en el lento deletreo de un importante mensaje codificado.

Observé en Quick una única muestra de emoción. Mientras agitaba su burda bandera de un lado a otro, en un momento dado, uno de los extremos se enganchó en un cactus, miró rápidamente sobre su hombro para ver qué la retenía. Tiró de la

bandera con impaciencia. Dio la impresión de estar molesto.

ESTA MAJESTUOSA MENTIRA

I

UNA MUCHEDUMBRE RECORRÍA el Prado^[19] en el atardecer de La Habana. Habían bajado a la orilla para reírse y burlarse con gestos manuales de la flota de bloqueo americana: meras sombras descoloridas al borde del mar. Mujeres y niños lanzaban magníficos retos a los barcos lejanos mientras los hombres reían. La Habana estaba alegre, porque se sabía que el ilustre marino don Patricio de Montojo, con su flota, se había topado con los decadentes navíos de un tal Dewey y los había reducido a relleno para cojines. Evidentemente, los americanos estaban en ese momento borrachos, aunque los marinos americanos siempre estaban borrachos. Los chicos repartidores de periódicos corrían entre la multitud voceando La Lucha y La Marina. Los periódicos decían: «Ocurrió como habíamos pronosticado; ¿cómo iba ser de otro modo cuando los cobardes yanquis se topan con nuestros valientes marinos?». Pero las lenguas del exuberante gentío corrían aún más desatadas. Uno dijo en voz alta:

—¡Es una lástima que aún tengamos que comprar carne en La Habana, con la de carne de cerdo que hay flotando en la bahía de Manila!

En medio de la consiguiente carcajada, otro respondió:

—¡Qué más da!, ese cerdo de Manila está podrido, siempre estuvo podrido.

Y alguien añadió:

—Pero, amigo mío, si nos hiciésemos con él haría buen servicio como abono para nuestros campos.

Y uno más dijo:

—Esperad a que nuestros soldados se hagan con las mujeres de los americanos y, entonces, tendremos un montón de pequeños yanquis para servir calientes en nuestras mesas. Los hombres del Maine sólo nos han abierto el apetito. No os preocupéis por el cerdo de Manila. Habrá de sobra.

Las mujeres rieron, los niños rieron porque sus madres reían; todo el mundo reía. Y —entre nosotros— estaban mofándose e insultando a sus propios muertos, sus propios muertos de España, ya que, si había cadáveres flotando en la bahía de Manila, no eran americanos.

Los chicos repartidores de periódicos volvieron a la carga con una edición extra. Los habitantes de Filadelfia se habían retirado a los bosques a causa de los

bombardeos españoles y también Boston estaba totalmente sitiada por los apaches que asediaban la ciudad. La artillería apache había resultado tremendamente efectiva y una guarnición americana no había sido capaz de hacerles frente. En Chicago, los millonarios entregaban sus palacios a cambio de un par de rebanadas de pan. Estos despachos venían de Madrid y eran completamente ciertos, pero añadían muy poco al entusiasmo general, porque la masa —Dios se apiade del género humano— estaba demasiado ocupada en la visión de la carne de cerdo yanqui que flotaba en la bahía de Manila. Todo esto podría parecer escrito desde el resentimiento. De acuerdo, el autor reconoce la falsedad en un particular: falta a la verdad en el sentido de no reproducir ni una centésima parte de la indecencia y vileza de las expresiones populares que se escucharon en La Habana hasta que la gente supo que habían sido vencidos.

Por orden militar, no había luz en el Prado ni en ninguna otra calle. Entre la muchedumbre que se movía lentamente se encontraban un hombre joven y una mujer mayor. De repente el joven se rió con una carcajada extraña y metálica y habló en inglés sin ninguna cautela.

—Es duro escuchar todo esto, maldita sea.

La mujer respondió rápidamente:

—Calla, tonto. ¿Quieres caminar por el campo de césped de Cabañas, con las manos atadas a la espalda? —después murmuró con tristeza—: Me pregunto si será verdad, Johnnie... Eso que dicen sobre Manila.

—No sé —dijo Johnnie—, pero yo creo que mienten.

Al cruzar la plaza, vieron que el Café Tacón^[20] estaba atestado de oficiales españoles con sus uniformes azules y blancos. En honor a la victoria en Manila, se consumía vino y *brandy* en cantidades industriales.

—Veamos qué comentan —dijo Johnnie a su acompañante.

Cruzaron la calle y se colocaron bajo los portales^[21]. El dueño del Café Tacón, subido a una mesa, daba un discurso entre vítores. Defendía la crucifixión de los americanos que cayeran en manos de los españoles; todo era muy dulce, puro y suave, pero sobre todo caballeroso, porque como todo el mundo sabe, los españoles son muy caballerosos. Es algo que comentan tanto los periódicos ingleses como los toros a los que crían para morir desangrados. Y, secretamente, los cadáveres de Manila se burlaban de su celebración. Los cadáveres burlones de la bahía de Manila.

II

PARA SER SINCEROS, Johnnie era un espía americano. Había dirigido una plantación de azúcar en Pinar del Río. Y durante la insurrección tuvo la distinguida función de pagar tributo en forma de dinero, comida y forraje tanto a las columnas españolas como a las bandas de insurgentes. Actuaba de esta forma en beneficio de sus cosechas y enmoheciendo su conciencia hasta que España y los Estados Unidos, ambos en nombre del honor, se pusieron de acuerdo en organizar escaramuzas. Entonces se convirtió en una necesidad militar que trasladara su base. Todos los que aún quedaban con vida en la provincia sintieron que se fuera, porque era un hombre habilidoso y en su casa nunca había faltado comida ni vino, incluso en momentos en que alguien podía despertar la codicia de todo un batallón español con un simple mango. Sin duda, había sido simplemente un veleta; pero lo había sido a causa de su cosecha, que para él era lo principal, lo que dominaba su vida. En aquellos días, un hombre de paz y de negocios estaba en una posición similar a la de un relojero que tratase de realizar su trabajo en mitad de una fiesta alcohólica, con blasfemias, botellas y balas volando sobre su atenta e inclinada cabeza. Muchos de ellos —o más bien todos— eran veletas y le decían fervientemente a cualquier fuerza armada: «Que Dios os asista». Y así los veletas vivían seguros en una tierra tumultuosa, sin otra preocupación que mantener funcionando día y noche sus pequeñas máquinas segadoras. Una plantación se había cubierto tantas veces con un laberinto de mentiras, que era como si una gruesa tela de araña hubiese sido tejida por arácnidos de un tallo de caña a otro. Así que en algunas ocasiones un plantador era tan odiado por un lado como por el otro, de tal modo que, cuando la cosa se ponía fea, no podía refugiarse en campamento alguno, salvo en lo alto, en el de las huestes celestiales.

Si Johnnie no hubiese poseído un cultivo, simplemente habría estado del lado de los insurgentes, pero su posesión le amarraba a la tierra de tal manera que los españoles siempre sabían dónde se encontraba, pues él y su plantación eran la misma cosa. Pero cuando la guerra entre España y los Estados Unidos comenzó, ya no pudo seguir siendo el veleta más listo de Pinar del Río y se retiró a Key West, dejando atrás gran parte de sus pertenencias, no a consecuencia del pánico, sino por prudencia. En Key West ya no era el administrador de una gran plantación cubana, sino un pequeño refugiado de piel atezada sin mucho dinero. Lo más que hacía era escuchar; no había otra cosa que hacer. En primer lugar, era un joven de discurso extremadamente lento y en el hotel Key West las lenguas corrían como la pólvora. Tratar de exponer sus metódicos pensamientos y su discurso entre ese terremoto habría sido tan efectivo como intentar fumar en mitad de una ventisca. Esto no le impresionaba; sí lo hacía que, a pesar de que él sabía mucho sobre Cuba, no era capaz de hablar tan rápida y sabiamente sobre la isla como algunos corresponsales de guerra que ni siquiera la habían visto. Generalmente rumiaba la pérdida de su plantación taciturno, en silencio, mientras se tomaba una cerveza. No recibió muestras de compasión a pesar de que

abundaban las almas cándidas. El primer paso de la guerra es hacer que las expectativas sean tan altas que todo lo presente se difumine y oscurezca en una tensa espera del futuro. A nadie le importaba la pérdida de la plantación de Johnnie, porque todos estaban pensando en el probable colapso de ciudades y flotas.

Mientras tanto, buques de guerra, cruceros, cañoneros y torpederos llegaban, salían, atracaban y partían. Corrían rumores sobre buques de guerra acercándose a toda máquina. Corrían rumores sobre buques de guerra anclados tranquilamente. Ocurría esto y lo otro y, si una noticia llegaba como un ratón a Key West, era a menudo cableada al Norte convertida en un elefante. Los corresponsales de guerra en Key West eran perfectamente capaces de ajustar su perspectiva, pero muchos de los editores de los Estados Unidos parecían sordos a los que era necesario gritar al oído. No eran suficientes unas pocas palabras de información discreta; uno tenía que berrear a sus oídos un torbellino de cuentos de heroísmo, sangre, muerte, victoria o derrota; en fin, algún tipo de tragedia. Los periódicos deberían haber enviado dramaturgos a la primera etapa de la guerra. Los dramaturgos pueden permitirse bajar el telón de vez en cuando para decirle al público: «Atención ahora, se supone que han transcurrido ya tres o cuatro meses». Pero los pobres diablos de Key West estaban obligados a mantener levantado el telón todo el tiempo. «Esto no es una sesión continua». «Sí, sí que lo es; tiene que ser una sesión continua. El bienestar del periódico así lo exige. La gente quiere noticias». Muy bien: acción continua. Resulta extraño comprobar cómo hombres sensatos pueden torcer su rumbo por culpa de las instrucciones de otros hombres sensatos y contribuir así al desorden general de exageración y humo. Pero lo hicimos; y en medio del furor recuerdo la figura quieta de Johnnie, el terrateniente, el ex veleta. Parecía ofuscado.

Esto fue en mayo.

Johnnie nos gustaba a todos. De vez en cuando, alguno de nosotros escuchaba por su boca la vibración de una experiencia mediatunda. Pero no se le oía del todo bien; era sólo como el sonido de una campanilla bajo el suelo. Estábamos demasiado ocupados con nuestro propio ruido. Él era taciturno y competente, mientras que nosotros solucionábamos la guerra con nuestra cháchara. Enseguida retornábamos a nuestra vía pacifista, diciéndonos irónicamente unos a otros: «La guerra es un infierno». Mientras tanto, los redactores jefes luchaban contra nosotros con uñas y dientes y nos mandaban cajas con medallas que rezaban: «Incompetencia». Nos enfurecíamos con nosotros mismos. ¿Por qué no podíamos mandar despachos espeluznantes? ¿Por qué no inflamar los cables? Hacíamos todo esto. Si un crucero acorazado de primera clase, que una vez fue un remolcador, lanzaba un cañonazo desde su torreta delantera, el mundo sin duda se enteraba. No éramos unos vagos. Habíamos ido a informar sobre la guerra y así lo hacíamos. Nuestro buen nombre y nuestro salario dependían de ello. Los redactores jefes nos instaban a recordar que los americanos eran una colección de idiotas súper nerviosos que sufrirían convulsiones en cuanto no les lanzásemos noticias, las que fueran. No era verdad en absoluto. Los

americanos estaban ansiosos de que pasasen cosas decisivas; no porque necesitaran una droga de satisfacción que los atontara. Pero los atontábamos. Les decíamos esto y aquello y a buen seguro que nuestros gritos resonaban como el ruido de un montón de gaviotas que se posan sobre los negros peñascos.

Entre tanto, Johnnie miraba fijamente y meditaba. En esa manera paciente suya, tranquila, se parecía mucho a otro hombre que era comandante en jefe de una escuadra del Atlántico Norte. Johnnie era un refugiado; el almirante, un almirante. Y sin embargo, los dos se parecían mucho. Les hermanaba el tablero de operaciones, la única institución realmente fiable de la guerra. En Key West los oficiales de la marina hablaban de sus asuntos y se dedicaban a ellos, en los que tendrían éxito, seguro, pero cuando el buque insignia se encontraba en el puerto, las únicas dos personas que conservaban la independencia y la cordura eran el almirante y Johnnie. Los demás estábamos atontando al público con drogas.

Se discutía mucho sobre las nuevas baterías de La Habana. Johnnie era el americano típico. En Europa el americano típico es alguien de mirada dura, perilla y con el hábito de hablar por la nariz. Johnnie era un joven con mucha energía, preparado para sacar adelante cualquier tarea colosal por la sencilla razón de que ignoraba su magnitud. De hecho, hacía frente a todos los obstáculos con espíritu desdeñoso, los veía menores de lo que realmente eran hasta que los superaba, momento en el que solía sentirse tremendamente contento consigo mismo. En alguna parte suya había una ternura sentimental, pero era como una luz que se avista a lo lejos en la noche; que iba y venía, aparecía de nuevo en un lugar distinto, parpadeaba, destellaba, se apagaba y te dejaba vacío y enfadado. Y si esa ternura sentimental era una luz, la oscuridad con la que te sorprendía era la ironía de su alma. Esta ironía se dirigía en primer lugar a sí mismo; luego a ti; después a la nación y a la bandera; finalmente a Dios. Era una medianoche en la que buscabas el elusivo, avergonzado y pequeño resplandor de la ternura sentimental. A veces, pensabas que no se trataba más que de una coartada, la manera de protegerse de la agudeza de los otros; otras parecía un salvaje endurecido; normalmente no pensabas, sólo esperabas con la alegre certeza de que con el tiempo aparecería el pequeño destello de luz en mitad de la oscuridad.

Johnnie decidió que iría a espiar las fortificaciones de La Habana. Si a alguien le interesaba saber sobre esas baterías, ése era el almirante de la escuadra, pero el almirante ya sabía bastante. Me da la impresión de que conocía el tamaño y la posición de cada cañón. Con seguridad, se habrían podido montar nuevos cañones en cualquier momento, pero no habrían sido grandes; sin duda, la información que le faltaba al almirante no valía la vida de un sólo hombre. Aun así, Johnnie decidió convertirse en espía. Iría a ver. Nosotros, los de los periódicos, hicimos causa común con él y lo llevamos a ver al almirante. A mi modo de ver, el almirante no mostró mucho interés por el plan. Pero de alguna forma, parece que correspondió a Johnnie con la suficiente elegancia como para convertirlo oficialmente en espía. Entonces

Johnnie saludó y salió de la cabina. No había más que hablar. Si Johnnie perdía la vida y dejaba un pequeño libro sobre el asunto, a nadie le importaba, y menos que a nadie a Jonnhie y al almirante. Cuando subió a bordo del remolcador mostró su habitual, incondicional y bastante egoísta gusto por los huevos fritos. Todo resultaba bastante normal. Ocurría cada día: la tarea de empaquetar carne de cerdo, coser los zapatos, atar el heno. Era lo común. Nadie pudo calibrar la misión, conocer su proporción, hasta... más adelante. Una noche oscura lo echaron al mar en un pequeño bote y lo llevaron remando hasta la playa.

III

Y UN DÍA APARECIÓ en La Habana, a la puerta de la pequeña pensión regentada por Martha Clancy, nacida en Irlanda, criada en Nueva York, casada durante quince años con un capitán español y ahora viuda, que alojaba a inquilinos cubanos que carecían de dinero para pagarle. Abrió una rendija de la puerta y lo miró por encima de las gafas.

—Buenos días, Martha —saludó él.

Lo miró en silencio durante un momento. Luego hizo un indescriptible gesto de fatiga.

—Pasa —contestó ella. Él entró—. Por el amor de Dios, ¿tenías que meterte en la boca del lobo? ¿Tenías que venir aquí, a La Habana? Te lo aseguro, Johnnie, hijo mío, eres el tonto más grande que existe.

Pasó por delante de ella, entró en el patio y se sentó a la mesa en su vieja silla, entre las escaleras sinuosas y la puerta, cerca del naranjo. «¿Por qué?», preguntó con firmeza. Ella no contestó hasta sentarse en su mecedora y dar un par de caladas al cigarro. Luego, a través del humo, añadió meditabunda:

—Todo el mundo sabe que eres un maldito mambí^[22].

A veces hablaba con acento irlandés. Él se rió.

—En cualquier caso, no soy más mambí que tú.

—Yo no soy una mambí. Pero para la mitad de los españoles de La Habana tu nombre suena a veneno. Y lo sabes. Y si una vez te salvaste en Key West, sólo un tonto de nacimiento volvería a merodear otra vez por La Habana. ¿Has cenado?

—¿Qué tienes? —preguntó él antes de comprometerse.

Ella se levantó y habló sin confianza mientras se acercaba al armario.

—Hay ensalada de bacalao.

—¿Qué? —inquirió él.

—Ensalada de bacalao.

—¿Qué de bacalao?

—¿La ensalada de bacalao no es lo bastante buena para ti? ¿Acaso esto es Delmonico^[23]? ¿Es que no has oído que los yanquis nos han impuesto un bloqueo, eh? ¿Crees que hay comida por todas partes? Te diré una cosa, hijo, si te quedas un tiempo aquí verás cómo termina gustándote, así que más vale que no lo desprecies ahora.

El espía se aposentó en su silla con determinación y tomó una decisión.

—Puede que tengas razón, pero que me aspen si como ensalada de bacalao.

La vieja Martha era el vivo retrato de la desesperación.

—¿No te la vas a comer?

—¡No!

—Entonces —suspiró piadosa—, que el Señor se apiade de ti Johnnie, porque

aquí no vas a sobrevivir. No es buen momento para ti. Más vale que vuelvas después del bloqueo. ¿Me haces el favor de explicarme por qué no vas a comer ensalada de bacalao insurrecto^[24], canijo?

—¡Ensalada de bacalao! —exclamó él con una profunda sonrisa sarcástica—, ¿dónde se ha visto eso?

Fuera, entre la confusión de la calle, de vez en cuando un carro de dos ruedas pasaba con su ruido atronador, que recordaba al de una casa derribándose. Bajo el pálido cielo, más allá del patio, llegaba el fuerte olor característico de La Habana, un olor a paja seca. Se oían a intervalos los gritos salvajes de los vendedores.

—¿Así que no?

—No.

—¿Y por qué no?

—¿Ensalada de bacalao? ¡Ni hablar, maldita sea!

—Muy bien, entonces eres un cabeza de chorlito más imbécil de lo que pensé al verte llegar a La Habana, donde la mitad de la población te conoce y hasta el más pobre de los españoles daría una pieza de oro por verte ir a Cabañas y que nunca salieras de allí. ¿Te he dicho que mi hijo Alfred está enfermo? Sí, el pobre está postrado en la habitación que solías ocupar tú: la fiebre. ¿Y viste a Woodham en Key West? Cielo santo, que rápido salió. He oído que Figtree y Button están trabajando para la oficina de telégrafos de allí, ¿no? ¿Cuándo va a terminar la guerra? ¿Van a intentar tomar La Habana los yanquis? ¿No será muy complicado, Johnnie? Los españoles dicen que es imposible. Todo el mundo se ríe de los yanquis. Odio salir a la calle y escucharlos. ¿Va a dirigir la armada el general Lee? ¿Qué ha sido de Springer? Veo que tienes zapatos nuevos.

Por la noche se oyó un golpe repentino y fuerte en la puerta de entrada. Martha miró a Johnnie y Johnnie miró a Martha. Él aún estaba sentado en el patio, fumando. Ella cogió la lámpara y la colocó sobre una mesa de la sala pequeña. Esta habitación comunicaba el acceso desde la calle con el patio, y Johnnie estaría a salvo de ser visto por quien llamaba a la puerta gracias al amplio trecho iluminado. Martha se acercó pensativa al picaporte.

—¿Quién es? —preguntó con aire despreocupado.

—La policía.

Era como el tradicional incidente melodramático del teatro, de las novelas. Costaba creerlo. Tenía toda la dignidad de una resurrección clásica. «¡La policía!». Da risa que pudiera ocurrir; era demasiado solemne. Pero sí que sucedió.

—¿Quién? —preguntó Martha.

—¡La policía!

—¿Qué buscan aquí?

—Abra la puerta y se lo diremos.

Martha descorrió los enormes cerrojos típicos de las casas de La Habana y abrió la puerta una pizca.

—Díganme lo que quieren y márchense rápido —dijo ella—, mi chico está enfermo con fiebre...

Pudo ver cuatro o cinco figuras oscuras, y de repente una de ellas metió el pie por la rendija de la puerta para evitar que la cerrara.

—Hemos venido a por Johnnie. Tenemos que registrar la casa.

—¿Johnnie? ¿Johnnie? ¿Quién es Johnnie? —interrogó Martha con su mejor disposición.

El inspector de policía sonrió con la luz sobre su cara.

—¿No conoce usted al señor Johnnie, de Pinar del Río? —preguntó.

—Antes de la guerra..., sí. Pero ahora..., ¿dónde está?... debe de estar en Key West.

—Está en su casa.

—¿Él? ¿En mi casa? Hágame el favor de comprender que tengo algo de inteligencia. ¿Acaso daría yo cobijo en estos tiempos a un yanqui? Debe usted creer que no tengo más cabeza que un Orden Público^[25]. Y no permitiré que registren mi casa porque no hay nadie más que mi hijo —probablemente muriéndose por la fiebre— y el médico. El médico permanece ahora con él porque está sufriendo una crisis y la más mínima cosa puede matármelo o salvármelo, hágame el favor de considerar lo que podría ocurrir si dejo pasar a cinco o seis policías para que pateen toda la casa con sus botas. Deben ustedes tener en cuenta...

—Déjelo ya —dijo finalmente el oficial de policía. Se rió, aburrido y enfadado.

Martha terminó su discurso en español. «¡Suficiente!», pensó. «He hecho lo que he podido. Con esto debería bastar». Pero en cuanto la policía entró en su domicilio, comenzó de nuevo.

—Van ustedes a registrar la casa me guste o no. Muy bien; pero si algo le pasa a mi chico... De todos modos, bonita forma de comportarse, venir por la noche al hogar de una viuda, hablando todo el rato de ese yanqui y...

—Por el amor de Dios, señora, cierre la boca. Nosotros...

—Sí, claro, la señora puede perfectamente, por el amor de Dios, cerrar la boca, pero eso no les haría volver a la calle, que es donde ustedes deben estar. Mucho cuidado, ¡como mi hijo enfermo sufra por este correteo! No, no encontrarán nada en ese armario. ¿Y creen ustedes que estará debajo de la mesa? No desordenen toda esa ropa blanca. Ojo cuando suban arriba, pisen con cuidado.

Dejando un hombre de guardia en la puerta de la calle y a otro en el patio, el jefe de policía subió con el resto de sus hombres hasta la galería que comunicaba tres dormitorios. Martha los seguía, instándoles a no hacer ruido. La primera habitación estaba vacía; la segunda también; mientras se acercaban a la tercera, Martha les suplicó en susurros:

—Ahora, en nombre de Dios, no molesten a mi niño.

El inspector hizo un gesto a sus hombres para que parasen y luego abrió la puerta. En la habitación sólo ardía una débil vela, cuya luz amarillenta caía sobre la cama en

la que yacía la figura estirada de un pequeño muchacho de pelo rizado con camisón blanco. Estaba dormido, pero tenía la cara sonrosada por la fiebre y sus labios murmuraban bobadas infantiles, poco coherentes. Junto al cabecero de la cama permanecía la figura inmóvil de un hombre. Estaba de espaldas a la puerta, pero al oír ruido levantó una mano con solemnidad. Olía a medicina. Fuera, en el balcón, Martha aparentemente sollozaba.

El inspector dudó un momento; luego entró en la habitación sigilosamente y, con su vara amarilla, tanteó bajo la cama, en el armario y tras las cortinas. No halló nada. Se encogió de hombros y salió al balcón. Sonreía como un corderillo. Evidentemente, comprendía que le habían vencido.

—Muy bien, señora —dijo—, es usted muy lista; algún día también lo seré yo —le apuntó con el dedo. Estaba amenazándola, pero hacía como que jugaba—, así que ¡cuidado!, ¡tenga cuidado!

—Mi marido, el capitán señor^[26] Don Patricio de Castellón y Valladolid era un caballero español y si esta noche estuviese vivo les cortarían las orejas a usted y a sus miserables compañeros, que huelen tremendamente a coñac —contestó suavemente Martha.

—¡Por Dios! —murmuró el inspector, mientras bajaba las escaleras de caracol seguido por su banda—. ¡Es usted una lenguaraz!, ¡una absoluta lenguaraz!

En la puerta de la calle escenificaron irónicas reverencias y se fueron; estaban furiosos.

Johnnie bajó cuando oyó que Martha echaba el cerrojo. Ella volvió a llevar la lámpara a la mesa del patio y se quedó a su lado, pensando. Johnnie se dejó caer en su silla vieja. La expresión en la cara del espía era curiosa; mostraba alegría, ansiedad, autocomplacencia; sobre todo, autocomplacencia. Martha no dijo nada; aún estaba junto a la lámpara, meditando.

El largo silencio se rompió bruscamente con una tremenda carcajada de Johnnie.

—¡Alguna vez has visto tontos semejantes! —echó la cabeza hacia atrás y rugió con victoriosa alegría.

Martha casi saltó, llena de aprensión.

—¡Chist! ¡Calla, pequeño demonio! ¡Chist! Antes de ponerte a berrear como una morsa, al menos hazme el favor de esperar a que doblen la esquina. Cállate.

El espía dejó de reír y habló con indignación:

—¿Por qué? —preguntó—. ¿No tengo derecho a reírme?

—No con el estruendo de una vaca que cae sobre un invernadero de cristal^[27] —contestó ella cortante—. Hazme un favor... —entonces pareció abrumada por la idea de que el carácter de Johnnie no tenía remedio. Comenzó a menear la cabeza—. Sólo a ti se te ocurre meterte en la jaula del tigre sin que se te pase por esa cabeza de chorlito ir al menos con una navaja. Serías un genio de primera si tuvieras una pizca de sentido común. Y ahora que estás aquí, ¿qué vas a hacer?

—Voy a inspeccionar las defensas terrestres y marítimas de la ciudad de La

Habana —sonrió.

Las gafas de Martha resbalaron por su nariz, y miró por encima de la montura en actitud de profunda meditación. Dijo:

—Si no soportas la ensalada de bacalao, más vale que termines pronto la inspección de las defensas terrestres y marítimas de La Habana o es muy probable que te mueras de hambre. Alguien tan especial para la comida, si viene hoy en día a La Habana se equivoca de sitio.

—No, pero... —preguntó Johnnie con seriedad—. ¿No tienes nada de pan?

—¡Pan!

—Bueno, ¿y café? Con café me vale.

—¡Café!

Johnnie se levantó lentamente y cogió su sombrero. Martha lo miró.

—¿Adónde crees que vas? —inquirió incisiva.

Johnnie siguió avanzando con lentitud hacia la puerta de la calle.

—Voy adonde pueda conseguir algo de comer.

Martha se dejó caer en una silla con un gemido que era una opinión definitiva — casi una definición— del comportamiento de Johnnie ante la vida.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó débilmente.

—Oh, no lo sé —replicó él—, a algún café. Supongo que iré al Café Aguacate. Dan bien de comer allí. Me acuerdo...

—¿Tú te acuerdas? ¡Ellos se acuerdan! Allí te conocen tan bien como al letrero de la puerta.

—Oh, vamos, no me delatarán —dijo Johnnie con una confianza inquebrantable.

—¿De... delatarte? ¿Dela... tarte? —tartamudeó Martha.

El espía no contestó, sino que fue hacia la puerta, la desatrancó y salió a la calle. Martha contuvo el aliento y corrió tras él; se lo encontró cara a cara cuando él se volvió para cerrar la puerta.

—Johnnie, si vuelves, trae una hogaza de pan. Me muero por darle un buen mordisco a una rebanada de pan.

Mientras ella echaba el cerrojo, escuchó la peculiar risa burlona de Johnnie. Y volvió a su silla del patio.

—Bueno —dijo con afecto, admiración y preocupación—. ¡Allá va! ¡El mayor cabeza de chorlito e ignorante del mundo! ¿Qué le importa a él? ¡Nada! ¿Y por qué? Por pura y dura ignorancia. ¡Sólo porque no soporta la ensalada de bacalao se va a un café!, ¡a un café en el que le conocen como si le hubieran parido...! En fin..., probablemente no volveré a verle... Pero si vuelve, espero que traiga algo de pan. Me muero por un poco de pan.

IV

JOHNNIE PASEABA DESPREOCUPADO por las calles oscuras y angostas. En cada esquina había dos Orden Públicos^[28] —una especie de policía militar—, silenciosos a la sombra de alguna puerta, con sus rifles Remington preparados y los ojos brillantes. Johnnie pasó delante de ellos como si tal cosa y le siguieron con la mirada con una especie de sospecha mecánica, perezosa, nada combativa.

Johnnie albergaba el deseo de ser generosamente imprudente. Quería que la situación fuera estremecedora, temible, asombrosa. De vez en cuando trataba de imaginarse que le cazaban pero, por mucho que lo intentaba, no lo conseguía. Tal evento era imposible en su peculiar fatalismo, en cuya virtud sólo concebiría la muerte una vez llevara siete años criando malvas.

Llegó al Café Aguacate y lo encontró muy cambiado. Las gruesas persianas de madera estaban bajadas para evitar que la luz brillase en la calle. Dentro sólo había unos pocos oficiales españoles. Johnnie pasó a los reservados de la parte trasera. Encontró uno vacío y pulsó el botón eléctrico. Cuando atravesó la parte principal del café nadie se fijó en él. El primero en reconocerle fue el camarero que contestó al timbre. Este individuo ilustre se quedó de piedra ante la presencia de Johnnie.

—Buenos noche^[29], Francisco —dijo el espía, divertido—. Tengo hambre, tráeme pan, mantequilla, huevos y café.

Se hizo el silencio, el camarero no se movió; Johnnie le sonrió despreocupado.

La nuez del camarero se movió; luego, como volviendo de repente a la vida, salió de la habitación. Después de un largo rato, volvió con el propietario del local. En la mirada perversa de este último se reconocía el brillo de un plan. No respondió al cordial saludo de Johnnie, pero enseguida procedió a desarrollar su estrategia.

—Johnnie —dijo—, el pan es muy caro en La Habana. Muy caro.

—¿Ah sí? —contestó Johnnie mirando con atención a su interlocutor. Comprendió enseguida que se trataba de una especie de ataque hacia su persona.

—Sí —respondió suave y lentamente el propietario del Café Aguacate—, es muy caro. Creo que esta noche un pedazo pequeño de pan te costará una centena..., por adelantado —una centena son aproximadamente cinco dólares de oro.

La cara del espía no cambió. Pareció reflexionar.

—¿Y cuánto pides por la mantequilla? —preguntó al fin.

El propietario gesticuló.

—No hay mantequilla. ¿Crees que podemos tener de todo con esos cerdos de yanquis sentados ahí fuera en sus barcos?

—¿Y cuánto por el café? —preguntó Johnnie con aire reflexivo.

De nuevo se observaron en silencio uno al otro durante un tiempo. Entonces el propietario dijo tranquilamente:

—Creo que el café te costará unas dos centenas.

—¿Y los huevos?

—Los huevos son muy caros. Creo que te costarían unas tres centenas cada uno.

El joven miraba al viejo; el Atlántico Norte miraba al Mediterráneo; la mirística miraba al olivo. Johnnie sacó despacio del bolsillo seis centenas y las dejó sobre la mesa.

—Eso para pan, café y un huevo. No creo que hoy pudiese comer más de un huevo. No tengo tanto hambre como antes.

El propietario puso el dedo en la mesa, perpendicular, y la golpeó con él.

—Ah, señor —dijo educadamente—, creo que querrá usted dos huevos.

Johnnie vio el dedo. Y comprendió.

—Sí, sí —contestó con parsimonia—. Querré dos huevos —y dejó tres centenas más sobre la mesa.

—¿Y un pequeño detalle para el camarero? Estoy seguro de que sus servicios serán excelentes, inestimables.

—Sí, sí, para el camarero —colocó otra centena sobre la mesa.

El propietario hizo una reverencia y salió delante del camarero. Había un espejo en la pared y, poniéndose de pie de un brinco, el espía acercó su cara a aquel honorable cristal.

—Vaya, ¡maldita sea! —exclamó—. ¿Soy yo o es el honorable don Paleta Barbudo de Kansas? ¿Quién soy, de todas formas? ¡Cincuenta dólares de oro! Desde luego, esta gente es muy lista. Saben llevar su negocio, sí señor. ¡Pan, café y dos huevos y ni siquiera estoy seguro de que me lo vayan a traer! Cincuenta dóla... No importa; espera a que se acabe la guerra. ¡Cincuenta dólares de oro! —se sentó durante un buen rato y no ocurrió nada.

—Eh —dijo finalmente—, esto es una jugarreta.

Mientras se cerraba la puerta del café, escuchó al propietario y al camarero estallar en burlonas carcajadas.

Martha le estaba esperando.

—Has vuelto, sano y salvo —dijo muy contenta, mientras le dejaba pasar—. ¿Me has traído pan? ¿Me has traído pan?

Pero vio que estaba furioso como un loco. Tenía la cara roja e hinchada de ira, los ojos le echaban chispas. Permanecía de pie frente a ella en el patio y la luz caía sobre él.

—No me hables —masculló agitando los brazos—. ¡No me hables! ¡Maldito sea tu pan! ¡Maldito sea tu pan! ¡Fui al Café Aguacate! ¡Sí, fui allí! ¡Por supuesto que fui! ¿Y sabes lo que me hicieron? ¡No! ¡No me hicieron nada de nada! ¡En absoluto! ¡Cincuenta dólares! ¡Diez piezas de oro!

—¡Qué Dios nos asista! —exclamó Martha—. ¿Por qué?

—Porque los deseaban más que yo —gruñó Johnnie—. ¿No ves la jugarreta? Yo voy al Café Aguacate. El dueño del lugar se dice a sí mismo: «¡Oye! Ahí está el yanqui ese al que llaman Johnnie. No tiene ningún derecho a estar aquí en La

Habana. Creo que se lo soplaré a la policía. Le llevarán a Cabañas por espía». Luego se lo piensa mejor y, finalmente, se dice: «No, creo que todavía no me voy chivar. Primero sacaré tajada de todo esto». Así que entra, me mira a los ojos y me dice: «Disculpe, pero va a ser una centena por el pan, una centena por el café, y los huevos son tres centenas cada uno. Además va a ser otra pieza de oro para el camarero». Cada vez que lo pienso... El tipo en cualquier caso es listo. Cuando acabe esta guerra cruel volveré a por él... Qué buen espía del Gobierno de los Estados Unidos soy, sí señor. Vengo aquí a ser más listo que toda la policía española y lo primero que hago es dejarme timar en un café por un maldito embaucador de pacotilla. Pues sí que estoy yo bueno.

—¡Que Dios nos asista! —exclamó de nuevo Martha—. Soy lo bastante mayor para ser tu madre, o puede que tu abuela, y he visto ya muchas cosas, ¡pero hace muchos años que no me encuentro con un cabeza de chorlito tan ignorante como tú! ¿Por qué no me hiciste caso y te quedaste en casa, amable y cómodamente? Porque él lo tiene que hacer todo a lo grande. Al Café Aguacate, si no le importa. Nada de comida sencilla para su alteza. Él tuerce la nariz ante la ensalada de bac...

—Rayos y truenos, ¿me vas a restregar eso cada cinco minutos?

Y realmente ella comprendió que una sola referencia más a tan ilustre vianda quebraría la amable disposición de Johnnie, como se quiebra una ramita con la rodilla. Cambió de tema con su habilidad celta.

—¿Has traído el pan? —preguntó.

Él la miró durante un momento y de repente se rió.

—Se me olvidó mencionarte —informó él con grandilocuencia— que no se tomaron la molestia de traerme ni el pan, ni el café, ni los huevos.

—¡Por todos los santos! —exclamó Martha.

—Pero no pasa nada. Paré en una tienda —sacó de los bolsillos una pequeña hogaza, una especie de salchicha alemana y una petaca de ron jamaicano—. Es todo lo que pude conseguir, y tampoco querían venderlo. Se creen con derecho a intercambiar una lata de sardinas por un piano de cola.

—No sufrimos el bloqueo de los buques yanquis; sufrimos el bloqueo de nuestros tenderos —dijo Martha, citando ese dicho tan extendido en La Habana. Pero no tardó mucho en hacerse cargo de la pequeña hogaza. Cortó una rebanada y se sentó, masticando con ansia. A Johnnie pareció interesarle más el ron de Jamaica. Sin embargo, levantó la vista de su segundo vaso, porque oyó un ruido extraño. La vieja estaba llorando.

—Oye, ¿qué ocurre? —preguntó preocupado, pero con las formas de alguien que piensa que la aspereza es lo único que hace a la gente sentirse mejor y dejar de llorar—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué estás llorando?

—Es por el pan —sollozó Martha—. Es por el... es por el pa-an.

—¿Qué le pasa?

—Está bueno, está tan bu... bueno —el torrente de lágrimas no le impidió

continuar con su curioso comentario—. ¡Ay, está tan bueno! Es el primero que como en semanas. No sabía que el pan podía parecerse tanto al paraíso.

—Ten —dijo Johnnie serio—, tómate un traguito de ron. Te sentará bien.

—No, sólo quiero pan.

—Bueno, coge también el pan... Toma. ¿Te sientes mejor ya...? ¡Diantre!, ¡cuando pienso en el tipo del Café Aguacate! ¡Cincuenta dólares de oro! Y encima para no darme nada. Te lo aseguro, en cuanto acabe la guerra iré allí y arrasaré ese lugar. ¡Ya verás! ¡Se cree que me puede cobrar quince dólares por un huevo..., y luego no traérmelo!

V

LA ACTIVIDAD POSTERIOR de Johnnie en La Habana tuvo ciertamente mucho que ver con el precio provisional de los huevos. Era interesante comprobar hasta qué punto la mirada de Jonnhie estaba puesta en aquel famoso suceso, de tal suerte que, según las leyes de la perspectiva, a sus ojos era tan grande como el propio Capitolio de Washington, donde vive el espíritu de su nación. A su alrededor, sentía una expresión de vida similar y feroz que le informaba claramente de que, si le cazaban, estaba perdido. Ni las tropas ni los ciudadanos de La Habana le tolerarían ninguna tontería si le cazaban. De inmediato, tendría el tornillo de hierro contra su pescuezo^[30]. ¿Y qué era lo que le retenía frente al deseo de huir antes de acabar su trabajo? ¡El precio provisional de los huevos! No sólo ocultaba el Capitolio de Washington, sino que también le impedía ver los peligros de La Habana.

Algo se averiguó de la batería de Santa Clara, porque una mañana una mujer vestida de negro, acompañada de un joven —evidentemente, su hijo—, fue a visitar una casa que se alquilaba en la cumbre, justo detrás de la batería. El portero era demasiado vago y estaba demasiado adormilado como para enseñarles las dependencias, pero les dio permiso para que investigasen por su cuenta. Pasaron la mayor parte del tiempo en el tejado plano y con pretil de la casa. Posteriormente, salieron y dijeron que el local no les convencía. El portero volvió a dormirse.

Johnnie nunca se desalentó con la idea de que sus operaciones en La Habana iban a ser de poca utilidad para el almirante que comandaba la flota en aguas cercanas y para el general a cargo del ejército, que no iba a atacar La Habana por tierra. En aquel tiempo era opinión general que el ejército de Tampa aparecería pronto en las playas cubanas, en algún lugar apropiado, al Este u Oeste de La Habana. Resultó, por supuesto, que las condiciones de la defensa de La Habana no tenían ni la más mínima importancia militar para los Estados Unidos, ya que la ciudad no fue atacada nunca, ni por tierra ni por mar. Pero Johnnie no podía predecirlo. Continuó corriendo sus extravagantes riesgos, continuó con satisfacción con su majestuosa mentira, a veces con gozo y con orgullo. Y en la distancia psicológica estaba la vieja Martha, sobresaltada por el miedo y exclamando:

—Johnnie, hijo mío, ¡qué tonto de remate eres!

A veces se dirigía a él así:

—Y cuando averigües todo. ¿Cómo vas a salir para contarlo? —se lo decía con desprecio.

Él solía responder tan serio como un cosaco en su fatalismo.

—Ya encontraré la manera.

Sus maniobras en los alrededores de Regla y Guanabacoa eran brillantes. Recorría la hierba densa y soleada como una liebre. A veces dormía bajo una palmera, soñando por la carretera militar con el ataque de los americanos, abriéndose

paso hasta los pies de las defensas españolas. Incluso soñaba con ello cuando estaba despierto y pensaba en el estrépito y el fragor ardoroso de todo un día de asalto. Sin consultar a Washington, había decidido que La Habana debía ser atacada por el Sureste. Un avance desde el Oeste podría ser repelido totalmente desde el bar del Hotel Inglaterra, pero cuando se tomase la primera colina del Sureste, la ciudad entera y la mayor parte de sus defensas quedarían bajo el asedio de las armas americanas. Y el acercamiento a esa posición sería tan razonable como cualquier acercamiento a la boca de la recámara de un rifle. Johnnie siempre veía los campos verdes como un posible escenario de batalla, y uno puede imaginárselo allí tumbado, ocupando el paisaje con visiones de negras columnas de infantería arrastrándose lentamente, galopantes baterías de artillería, trazos de fino humo azul señalando las modernas líneas de fuego, nubes de polvo, la visión de diez mil tragedias. Hasta podía escuchar el ruido.

Pero no era un ocioso pastorcillo con la cabeza poblada de oscuras y gloriosas fantasías. Todo lo contrario, él estaba ocupado en asuntos prácticos. Algunos meses después del fin de la guerra me preguntó:

—¿Alguna vez te han disparado desde cerca?

Le expliqué algunas experiencias que yo, estúpidamente, consideraba como ocasiones en las que eso había estado muy cerca de ocurrirme.

—Pero ¿alguna vez te han disparado una descarga desde cerca, desde muy cerca, digamos treinta pies?

Enormemente escandalizado, respondí:

—No, en ese caso, yo no sería la principal pieza del Instituto Smithsonian^[31].

—Bueno —dijo él—, es un efecto curioso. Sientes como si te arrancasen de raíz cada pelo de la cabeza.

Preguntado después, dijo:

—Un día al amanecer fui directo hacia un puesto de avanzada español y unos veinte hombres dispararon sobre mí. Se creerían que era el ejército cubano, supongo.

—¿Qué hiciste?

—Correr.

—¿Te dieron en alguna parte?

—No.

Se había planeado que un barco ligero de la escuadra se encontrase con él a una hora y en un día determinados en cierto punto apartado de la costa, para recogerle. Tenía que agitar algo blanco. Su camisa no era blanca, pero la agitaba cada vez que veía el pabellón de un buque de guerra. Era un estandarte muy ajado. Después de una difícil escalada de diez millas a través de matorrales, prácticamente sin senderos, llevaba ya puesto algo que muy pocos hombres respetables llamarían camisa y, cuanto menos se hable de sus pantalones, mejor. Este salvaje desnudo caminó luego durante todo el día arriba y abajo por una pequeña playa, agitando un trapo marrón. Por la noche durmió en la arena. En pleno amanecer comenzó a agitar su trapo. A

mediodía seguía agitando su trapo. Al atardecer se puso el trapo y se esforzó en verlo como una camisa. Así transcurrieron dos días y no sucedió nada. Luego desanduvo las veinticinco millas de camino hasta casa de la vieja Martha. Al principio lo tomó por uno de los terribles pordioseros de La Habana y gritó:

—¿Y vienes aquí a por limosna? Ten cuidado no vaya a pedirte yo a ti.

La única cosa que no había cambiado era su risa burlona. Cuando ella la escuchó, le arrastró hacia dentro. Él no hizo caso alguno de sus exclamaciones y se fue directo hasta donde había escondido algo de oro. Mientras desataba el precinto de cuerda de una pequeña bolsa, dijo:

—¿Cómo está el pequeño Alfred?

—Restablecido, gracias al cielo.

Le entregó a Martha una moneda de oro.

—Cógela y compra lo que puedas en la tienda de la esquina. Tengo hambre.

Martha salió, con rapidez. Al regresar, estaba radiante. Se había hecho con un pequeño pollo, unos pocos rábanos y dos botellas de vino. Johnnie ya había terminado los rábanos y una botella de vino cuando al pollo aún le quedaba un buen rato para estar listo y ser servido. Pidió más con vehemencia y Martha volvió a salir a la calle con otra moneda de oro. Compró más rábanos, más vino y algo de queso. Se dieron un buen banquete hasta bien entrada la noche, mientras Johnnie se preguntaba en voz alta por qué había agitado su trapo en vano.

No había fin para su curiosidad ni descanso para su trabajo. Lo sabía todo, era una guía andante. Cuando se enteraba de una cosa la confirmaba de varias maneras distintas hasta asegurarse. Se había preparado para una carrera útil, como cualquier joven en la universidad, con la única diferencia de que la sombra del garrote^[32] planeaba sobre él y, de vez en cuando, le disparaban y no comía lo suficiente; en apariencia, se habían olvidado de su existencia y de que había contraído la fiebre. Pero...

Es imposible dar con las palabras para describir una futilidad tan vasta como ésta, tan colosal. Había construido un pequeño barco y el mar retrocedió dejándole a él y a su buque a miles de kilómetros de la costa, en lo alto de una montaña. Los designios de la guerra habían dejado La Habana fuera de sus planes y, por lo tanto, aislado a Johnnie y a sus kilos y kilos de información útil. Los designios de la guerra dejaron de lado La Habana para convertirla en víctima algo indignada de una ocupación pacífica al cierre del conflicto, cuando los datos de Johnnie valían tanto como los ingresos de un carpintero en el Polo Norte. Había sufrido y trabajado para la nada más absoluta. Si durante la guerra la compañía propietaria de la plantación de azúcar no hubiese continuado pagándole generosamente su sueldo, no habría podido costearse los gastos con lo que le asignaba el gobierno que, por otro lado, era también la nada más absoluta.

VI

CONOCÍ A JOHNNIE en La Habana en octubre de 1898. Si no recuerdo mal, el U. S. S. Resolute y el U. S. S. Scorpion estaban en el puerto, pero aparte de estas dos terribles máquinas de destrucción, no se atisbaba ni el más mínimo signo de la victoria americana. Se veían muchos americanos por las calles de La Habana, donde nadie les molestaba en absoluto. Entre ellos estaba Johnnie con pantalones blancos de lona y sombrero de paja, tranquilo, complaciente y con la mirada más juiciosa que nunca. Le pregunté por su supremo fiasco, pero no logré perturbar su filosofía. Por toda respuesta, me invitó a cenar.

—Ven al Café Aguacate esta noche, a las siete y media —dijo—, hace mucho que no voy por allí. Veremos si cocinan tan bien como siempre.

Me presenté allí pronto y encontré a Johnnie fumando un puro en un reservado, en presencia de un camarero más pálido que una hoja de papel.

—He pedido la cena —dijo con aire alegre—. Ahora verás cómo te quedas sorprendido de lo bien que sirven aquí en La Habana.

Fue sorprendente. Estaba atónito. Pocas veces en la historia se habrán sentado dos seres racionales ante semejante cena. Servirla debió de poner a prueba la capacidad y el aguante de toda la plantilla del establecimiento. La variedad de los platos, por supuesto, estaba relacionada con los mercados de La Habana, pero la abundancia y el derroche únicamente corría a cargo de la imaginación de Johnnie. Ninguno de los dos teníamos mucho hambre. Nuestros gustos flotaban confusos ante un lujo tan desconcertante. Miré a Johnnie como si fuese oriundo del Tíbet. Había pensado que era alguien tremendamente sencillo y ahí lo tenía, revelándose ante la comida como un viejo y gordo senador de la Roma decadente. Y si la cena de por sí me había sorprendido muchísimo, los nombres de los vinos fueron el remate a tal asombro. En apariencia, Johnnie se guiaba sólo por un criterio, el del precio. Si el vino era enormemente caro, lo pedía. Empecé a pensar que tenía delante a un loco. Al menos, estaba convencido de que los dos éramos unos bufones. Al ver mi mirada perpleja, habló con afectada languidez:

—He escuchado que los sesos de pavo real hay que comerlos en La Habana. Los tomaremos.

Después sonrió.

Por decir algo, comenté:

—Y en Nueva York nos creemos que comemos bien, pero esto..., no sé, sabes..., La Habana...

Johnnie movió la mano pomposamente.

—Ya, ya lo sé.

Justo después del café, Johnnie se excusó un momento y salió del reservado. Al regresar preguntó escuetamente:

—¿Nos vamos?

Tan pronto como estuvimos en el taxi, sin nadie del Café Aguacate que pudiera escucharnos, Johnnie se echó hacia atrás y rió alegremente durante un buen rato.

Pero yo estaba muy serio.

—Mira, Johnnie —le dije con solemnidad—, la próxima vez que me invites a cenar, ni se te ocurra volver a hacerme esto. Y te diré que cuando cenes conmigo, probablemente lo haremos en una mesa normal y corriente.

Yo era mayor que él.

—Vale, está bien —exclamó. Y entonces él también se puso serio—. Bueno, por lo que a mí respecta —dijo—, la guerra ya ha terminado.

RECUERDOS DE GUERRA

—¡PERO CAPTAR LA ESENCIA! —exclamó Vernall, corresponsal de guerra—. ¡Parece imposible! Porque la guerra no es ni magnífica ni sórdida; es simplemente como la vida; y una expresión de la vida siempre nos rehúye. No podemos explicarnos la vida unos a otros, a pesar de que a veces creemos que sí.

Cuando subí a bordo del buque correo en Key West, el oficial de cubierta me anunció indignado que, tan pronto como saliésemos del puerto, nos encontraríamos brincando como monos sobre la mar gruesa. No era culpa mía, pero él parecía insinuar que todo era consecuencia de mi incapacidad. Íbamos en el grupo cuatro corresponsales. Nuestro jefe subió a bordo con un racimo de bananas, que colgó a modo de candelabro en mitad del minúsculo camarote. Convivimos sobre, alrededor y bajo ese racimo de bananas, que ocupaba el camarote como un soldado una garita de centinela. Pero el racimo no se volvió realmente agresivo hasta que estuvimos mar adentro. Entonces comenzó a boxear. Con el primer balanceo del barco, lanzó su contundente peso contra McCurdy y le derribó, mandándolo salvajemente contra la puerta y hasta la barandilla de cubierta, de donde se quedó colgando mientras maldecía histéricamente. Sin un momento de pausa vino a por mí. Yo me lancé de cabeza a mi litera y vi cómo aquel demonio barría a Brown contra una esquina y le encajaba la rodilla detrás de un arcón. Kary dio un grito estridente y salió huyendo. El racimo de bananas osciló a un lado y a otro, en silencio, con determinación, feroz, en busca de más hombres. Se había hecho con espacio para sí. Mis camaradas miraban al interior desde la puerta, pidiéndome que agarrase esa cosa y la sujetase. Yo les advertí lo cómodo y seguro de mi posición. Se enfadaron. Finalmente llegó el oficial de cubierta y lo amarró, de forma que ya no pudiese merodear a sus anchas por el camarote, atacando a inocentes corresponsales de guerra. ¿Lo veis? ¡La guerra! Un racimo de bananas rampante por el balanceo del barco.

En aquel primer período de la guerra nos veíamos forzados a continuar con nuestros sueños. Y todos éramos soñadores; imaginábamos el mar con mortales batallas navales. Incluso la marina se comportaba con cinismo. Los oficiales levantaban sus megáfonos desde el puente y nos decían con voz resignada que se les había acabado el hielo, las cebollas y los huevos. Otras veces nos disparaban tranquilamente con cañones de seis libras. Esta empresa solía desarrollarse por la noche, pero algunas veces ocurría durante el día. No provocaba rencor por nuestra parte, aunque momentáneamente podía encrespar algunos nervios. Ellos eran tremendamente rápidos con los acolladores; nuestros medios para responder a sus señales resultaban proporcionalmente lentos. Nos daban la oportunidad de decir, «¡qué el cielo nos asista!», y luego disparaban. Pero reconocíamos que todo aquello tenía su lógica. Todo era correcto excepto la guerra, que se retrasaba y se retrasaba. Y no aparecía; no era un gigante glorioso, sino un racimo de bananas oscilando en mitad de un camarote.

Una vez tuvimos el honor de que nos embistiera a media noche el U. S. S. Machias. De hecho, de vez en cuando la excesiva laboriosidad de los capitanes de la flota de bloqueo cubana proporcionaba alguna animación a nuestra mediocre existencia. A todos nos entretenía mucho la perspectiva inmediata de ser asesinados por el fuego graneado de cañones, o bien partidos por la mitad por un espolón, o la de, sencillamente, morir ahogados, pero ni nuestro profundo deseo de diversión nos habría hecho ya volver a acercarnos al Machias en una noche oscura. Habíamos salido de Key West en una misión que nada tenía que ver con la costa cubana y, avanzando hacia el Este a unas treinta y cinco millas de tierra cubana, no creíamos probable que tuviésemos ningún percance con alguno de los fieros cruceros americanos. De pronto, una señal familiar de luces rojas y blancas brilló como un broche de joyas sobre el manto que cubría el mar. Estaba lejos y era diminuta, pero sabíamos perfectamente de qué se trataba. Era la pregunta eléctrica de un buque de guerra americano y solicitaba una respuesta rápida y apropiada. ¡El hombre tras el arma! ¿Y qué hay del hombre frente al arma? Las señales del buque se desvanecieron y el mar no mostraba más que un tramo oscuro iluminado por las crestas silbantes de las olas. De un cañón salió una delgada línea de fuego.

A continuación se hizo uno de esos silencios que resultaban tan peculiarmente instructivos a los que merodeábamos por la zona del bloqueo. En algún lugar en la oscuridad sabíamos que un crucero de color negro pizarra, rojo bajo la línea de flotación, y con una inscripción dorada en la proa, volaba sobre las olas hacia nosotros, mientras que sobre la oscura cubierta los hombres permanecían en silencio en sus camarotes, cerca de los largos y delgados cañones, y era cuestión de vida o muerte que diésemos una auténtica respuesta en aproximadamente la vigésima parte de un segundo. Ahora desvelaré, con pesar, cierto secreto espantoso sobre el servicio del buque correo. Nuestras señales, lejos de ser eléctricas, consistían en dos faroles que guardábamos en una tina que tapábamos con una lona. La tina estaba colocada justo delante de la timonera y, cuando nos abordaban por la noche, solíamos salir todos desafortadamente hacia la tina para coger los faroles y ondearlos. Era como ser lento para hablar. Recuerdo la historia de un centinela del ejército que, al oír un ruido al frente en una noche oscura, realizó su habitual y brusca pregunta.

—Alto, ¿quién anda ahí? ¡Alto o disparo!

Y al no recibir respuesta inmediata disparó, tal y como él mismo había dicho, matando a un hombre de labio leporino que, desafortunadamente, no pudo controlar su maquinaria vocal para responder a tiempo. Nosotros éramos como un barco con el labio leporino. Y a veces resultaba bastante desquiciante... La pausa era larga. Entonces una voz hablaba por un megáfono desde el mar. Débil pero clara.

—¿Qué barco es éste?

Nadie dudaba qué se debía responder en estos casos. Todo el mundo estaba deseoso de comunicar información lo más detalladamente posible. Se produjo otra pausa. Después, de la oscuridad surgió a toda máquina un crucero americano,

silencioso como la muerte, dirigido tan ferozmente como si lo gobernase el propio diablo. De nuevo la vocecilla llamaba desde el puente.

—¿Qué barco es ése?

Evidentemente, la respuesta a la primera llamada se había malinterpretado o no había sido escuchada. Esta vez la voz sonó amenazante —amenaza de destrucción inmediata y cierta— y, a través del viento nocturno, la entonación de la última palabra fue extraña y salvaje, como si el oficial explicase que el crucero se encontraba frente a unos tontos o frente al enemigo. Los gritos en respuesta no lo frenaron. Avanzó rápidamente para embestirnos en el centro del barco y la gente del pequeño Three Friends contemplamos una proa alta y amenazadora, que parecía más afilada que cualquier cuchillo. A medida que el crucero se acercaba, cada hombre se imaginaba al galante y famoso, aunque endeble Three Friends, cortado por la mitad tan limpiamente como si se tratara de un queso. Pero se produjo un viraje a estribor, un viraje radical y, por encima de nuestro camarote, giró algo monstruoso, más grande que ningún otro barco en el mundo, el U. S. S. Machias. Tenía un francobordo de unos trescientos pies y la parte alta de la chimenea estaba fuera del alcance de la vista, entre las nubes, como los Alpes. No me habría extrañado nada que en lo alto de esa chimenea hubiese una región de nieves perpetuas. Y a una distancia que rápidamente se redujo a nada, todos y cada uno de los cañones de su batería de babor apuntaron lentamente al objetivo. Parecía algo más cercano, más deliciosamente íntimo, que un duelo a través de un pañuelo. Todos tuvimos la oportunidad de ver las bocas de la festiva artillería a un montón de millas por debajo, antes de que se produjera la colisión. Entonces el Machias golpeó con su hombro de acero el lateral de madera del Three Friends y emergió un estruendo como si un vasto tejado de piedra se hubiese desmoronado. Luego el pobre y pequeño remolcador se sumergió como si pretendiera pasar por debajo del buque de guerra, se tambaleó y finalmente se enderezó, tembloroso de pies a cabeza. Los lamentos de las maderas astilladas cesaron. Los hombres del remolcador se miraron unos a otros con las caras pálidas brillando ligeramente en la oscuridad. El Machias retrocedió y se alejó mientras que el Three Friends avanzó lentamente y, de nuevo, nos encontramos solos con el aflautado sonido del viento y el azote del agua dirigida por la tormenta. Más tarde, desde algún lugar oculto del mar, nos miró el optimista ojo de un reflector y los amplios rayos blancos nos bañaron con su deslumbramiento. Hubo otro saludo.

—Hola, Three Friends.

—¡Sí, sí, señor!

—¿Están heridos?

Nuestro segundo de a bordo había tomado un farol y estudiaba el lateral del remolcador; nosotros conteníamos la respiración, a la espera de su respuesta. Estaba seguro de que diría que nos estábamos hundiendo. Estaba seguro de que este terrible asalto sediento de sangre no podía tener otro final. Pero el segundo de a bordo dijo:

—No, señor.

Al instante la claridad del reflector se desvaneció. El Machias había desaparecido, el incidente había terminado.

Una vez estaba cenando en el buque insignia, el New York, un crucero acorazado. Me encontraba en el comedor de los oficiales subalternos y, cuando llegó el café, un joven alférez fue hacia el piano y empezó a aporrear una canción popular. Era una escena alegre y sólo parecía eso, una escena alegre. De pronto escuchamos el silbido del contramaestre y, justo encima de nosotros, o eso parecía, una voz ronca, como la de un león marino, gritó una orden: «A la batería de babor». En un instante, la mesa estuvo vacía; la canción popular cesó en esa misma nota. Un grupo de oficiales — espectadores— se reunieron en el alcázar. El calmo mar de la tarde, iluminado con suaves luces rojas, avanzaba plácidamente hacia la orilla verde. Se podía escuchar a lo lejos el acompasado tropiezo de las olas sobre un acantilado. Era el único sonido que latía en el aire. El gran crucero gris estaba tan quieto como la propia tierra, el mar o el cielo. Entonces, dispararon un cañón de cuatro libras justo debajo de mis pies. Creí dar un salto hacia atrás. Ese fue el efecto en mi mente. Pero por lo visto no me moví. El proyectil salió de juerga hacia la costa cubana y de allí, entre la vegetación, surgió una nube de polvo. Algunos de los oficiales del alcázar se rieron. Habían visto con los prismáticos una columna de caballería española, de lo más inquieta ante la aparición entre ellos del proyectil. En lo que a mí respecta, aquello no era más que una nube de polvo en el costado de una isla que llevaba sufriendo mucho tiempo. Cuando volví a mi café, me di cuenta de que la mayoría de los oficiales también había regresado. Chicos japoneses traían licores. El aria popular aporreada en el piano se interrumpía frecuentemente por el estruendo del estallido de un cañón de cuatro libras. ¡Un racimo de plátanos!

Un día, nuestro buque correo vio pasar a ambos lados las costas de la bahía de Guantánamo. Era al anochecer y al Este ardía un pueblecito. Ocurrió que una llama rebelde cayó sobre unas palmeras, convirtiéndolas en enormes plumas carmesí. El agua era del color del acero, los bosques cubanos se mostraban sombríos, las plumas sangrientas temblaban en lo alto. Los últimos cargamentos del batallón de marines estaban llegando a la playa. Los oficiales me ofrecieron su generosa hospitalidad en el campamento de la colina. Esa noche hubo alarma y, entre fuertes gritos de órdenes y el ajetreo de los hombres, yo deambulaba en busca de otro que tampoco estuviese ocupado. Resultó ser el joven ayudante del cirujano, Gibbs. Nos encontramos en medio de seis compañías de marines. No se produjeron disparos. Nos pareció todo bastante cómico. La noche siguiente hubo alarma; algunos disparos; nos echamos a tierra; ya no nos pareció tan cómico. La tercera noche la alarma llegó temprano; fui a buscar a Gibbs, pero pronto abandoné esta búsqueda activa para dedicarme a otra ocupación más agradable, la de tirarme al suelo y escuchar el silbido de las balas que trataban de cortarme el pelo. En ese momento dejé de ser un cínico. Era un niño que, en un arrebato de ignorancia, me había metido en medio de una guerra. Escuché que alguien moría cerca de mí. Era una muerte dura. Durísima. Le llevó mucho tiempo

morirse. Respiraba como todas las máquinas nobles cuando pelean valientemente contra su rotura. Pero se iba a romper. Se iba a romper. Me daba la impresión de que esa respiración era el ruido de una bomba heroica en lucha para dominar el barro que se le viene encima a toneladas. La oscuridad era impenetrable. El hombre estaba tumbado en una depresión, a unos siete pies de distancia. Cada onda, cada vibración de su angustia golpeaba mis sentidos. Hacía tiempo ya que había dejado de gruñir. Quedaba sólo la amarga lucha por tomar aire, que expulsaba luego a la noche con un claro y penetrante silbido, con terribles intervalos de silencio en los que yo contenía mi propia respiración, en el intento inconsciente de ayudar. Creí que el hombre no se moriría jamás. Quería que se muriera. Finalmente, expiró. Al momento llegó el ayudante, inquieto, erguido entre las balas voladoras. Le reconocí por la voz.

—¿Dónde está el doctor? Allí hay un hombre herido. ¿Dónde está el médico?

Un hombre respondió escuetamente:

—Acaba de morir en este preciso momento, señor.

Sonó como si hubiese dicho: «Acaba de doblar la esquina en este preciso momento, señor». A pesar del horror de aquella noche, la mente del hombre estaba influida de alguna manera por la coincidencia de la llamada del ayudante al médico unos segundos después de que éste muriera. Aquello... ¿Cómo decirlo? Esa coincidencia llamó su atención.

El día se desperezaba poco a poco, con una obvia y exasperante reticencia. Gracias a una fuente insondable, llegué a la conclusión de que mi amigo no había muerto la noche anterior: la salvaje y confusa noche me había llevado a malinterpretar unas pocas palabras. Finalmente, la tierra se iluminó con una atmósfera violenta —el amanecer perfecto de un día en el trópico— y, con esa luz, vi a mi lado a un grupo de hombres. Al principio creí que estaban todos muertos. Luego pensé que todos dormían. Lo cierto es que un grupo exhausto y pálido se había echado a dormir cerca del cuerpo de Gibbs, tan cerca, y con tal actitud de abandono, que mis ojos fueron incapaces de distinguir a los vivos de los muertos, hasta que percibí cierta cabeza que tenía debajo un gran charco oscuro.

Por la tarde, muchos fueron a darse un baño; y, en mitad de esa fiesta, se reanudó el fuego. Resultaba curioso verles salir del agua corriendo, agarrar sus armas y entrar en acción sin otro atuendo que sus cartucheras. El ataque de los españoles hasta cierto punto había interrumpido los servicios oficiados en las tumbas de Gibbs y otros. Recuerdo ver venir a Paine con una botella de *whisky* que le quité violentamente. Mis fieles botas de caza comenzaron a hacerme daño y fui a la orilla a ponerme arcilla húmeda en los pies, sentado en el destartalado embarcadero cerca de donde un almacén de cable de chapa de zinc mostraba cómo los proyectiles temblaban a través de ella. Algunos marines, ávidos de recuerdos, picoteaban con palos en las humeantes ruinas de la aldea. En el agua poco profunda, los cangrejos serpenteaban entre las algas y pequeños pececillos se movían lentamente en grupos.

Al día siguiente salimos de caza. Era exactamente igual que la de la codorniz. Os

lo aseguro. Esos guerrilleros que tanto nos amargaban la vida disponían de un pozo a unas cinco millas, y era el único suministro de agua en un radio de doce millas desde el campamento de los marines. Se había adoptado la decisión de que sería adecuado avanzar y destruir el pozo. El capitán Elliott, de la compañía C, debería llevar a sus hombres hasta el pozo con la compañía del capitán Spicer, de la D, derrotar al enemigo y destruirlo todo. Debía comenzar con el alba del día siguiente. Me preguntó si quería ir y, por supuesto, acepté alegremente; pero durante toda la noche pasé miedo. Un miedo amargo. La luna estaba muy brillante, esparciendo su magnífico resplandor sobre las trincheras. Veía a los hombres de las compañías C y D tumbados tranquilamente —algunos de ellos roncaban, los muy condenados—, mientras que yo estaba convencido de que nunca podría dormir con el peso de una batalla inminente sobre mi cabeza, una batalla en la que un enemigo desconsiderado podía quitarle fácilmente la vida a un pobre corresponsal de guerra. Pero si tenía miedo, no era menos cierto que también sentía mucho frío. Era una noche muy fría y deseaba tanto un buen abrigo como un certificado de inmunidad contra balas de rifle. Esos dos pensamientos gozaban en mi mente de la misma importancia. Eran gemelos. Elliott vino y colocó un toldo impermeable, sacado de una tienda de campaña, sobre el teniente Bannon y sobre mí, mientras permanecíamos echados en el suelo, detrás de los hombres. Entonces ya no tuve frío, pero aún sentía miedo; los toldos impermeables no funcionan contra el miedo. Por la mañana deseé sufrir un leve ataque de alguna enfermedad, algo que me incapacitase para la misión de salir a ser bombardeado gratuitamente. Pero estaba inoportunamente sano y, por tanto, no me quedaba otro remedio que sonreír y mostrarme contento con mi porvenir inmediato. Nos iban a guiar cincuenta cubanos y abandoné todos mis sueños de postergación cuando los vi caminar desgarrados, en fila india, entre los cactus. Les seguimos al instante.

—¿A dónde vais?

—No lo sé, Jim.

—Bueno, buena suerte, chicos.

Esta era la perezosa pregunta general y el convencional deseo de buena fortuna. Después, nos tragó el bosque misterioso.

Los hombres guardaban silencio porque así se lo habían ordenado, pero sus rostros estaban marcados con un aire de profunda meditación. Mientras caminaban en fila con dificultad, reflexionaban, ¿sobre qué? No lo sé. Pero pasado el tiempo llegamos a una zona más abierta. El mar apareció a nuestra derecha y vimos al cañonero Dolphin avanzando paralelamente a nosotros, echando vapor. Me alegré tanto de encontrarlo como si hubiese gritado mi nombre. La estela serpenteaba rodeando los pies de varios espolones altos y pelados. Si los españoles los hubiesen ocupado no veo cómo habríamos podido seguir adelante. Pero sobre ellos sólo estaban los guerrilleros exploradores de voz de paloma, avisando de nuestro avance a sus compañeros de las colinas. El efecto del sonido es relativo, por supuesto. Estoy

convencido de no haber escuchado uno tan horrible como el bello arrullar de las palomas cuando tenía la certeza de que provenía de la garganta de un guerrillero. Elliott envió al teniente Lucas a tomar la colina con su sección y cubrir nuestro avance por el camino. Nos detuvimos y les miramos avanzar: una veta negra de hombres en medio del intenso sol de la ladera. No sabíamos lo altas que eran aquellas colinas hasta que vimos a Lucas y a sus hombres en la cima, convertidos en pequeñas manchas. Retomamos la marcha hasta que, finalmente, escuchamos —parecía que en el cielo— el petardeo de los disparos. El baile infernal había comenzado. Me pareció que el movimiento estratégico apropiado frente a la crisis era salir corriendo hasta casa y jurar que nunca me había metido en esta expedición. Pero Elliott vociferó: «Ahora, soldados, subid la colina». Los hombres cargaron contra los cactus; y, como le doy importancia a lo que piensan los demás, me encontré siguiendo de cerca los pasos de Elliott. No sé cómo pude subir esa colina, pero creo que fue por el temor a quedarme atrás. La retaguardia inmediata no parecía segura. Sólo el grupo de jóvenes y fuertes marines proporcionaba la impresión de seguridad provisional. Así que me pegué a los talones de Elliott. La colina era tan encrespada como un tejado suizo. De ella surgían enormes pilares de cactus y el instinto inducía a ayudarse a ascender, agarrándolos con las manos. Recuerdo el control que tuve que administrar sobre ese instinto, incluso cuando el sonido de las balas atrajo mi atención nerviosa. Sin embargo, lo que en aquel momento más me llamaba la atención era el hecho de que todos los marines también escalaban como locos. Para Elliott, Spicer, Neville, Shaw y Bannon aquello tenía un significado, para mí otro; pero ¿qué demonios significaba para ellos? Tampoco lo mismo, seguro. Era absolutamente sencillo para cualquier marine dejarse vencer por el ardiente calor, echarse al suelo y cederle a sus compañeros el trabajo y el peligro. Lo bueno de «los hombres» es que no puedes entenderlos. Me refiero a cuando se los toma colectivamente. Hacen algo y después te enteras de que lo han hecho porque sí. Sin embargo, cuando Elliott llegó a la cima del cerro, yo mismo y muchos otros estábamos con él. Pero no tenía lugar batalla alguna. En otro cerro vimos a los de Lucas y a los cubanos, acribillándose en un valle. Las balas que silbaban cerca de nuestros oídos pretendían alojarse realmente en ellos. Fuimos hacia allá.

Caminé a lo largo de la línea de fuego y observé a los hombres. Me mantuve en lo que llamaría la zona cubierta del cerro. ¿Por qué? Porque tenía miedo de que me disparasen. Por ninguna otra razón. La mayoría de los hombres parecían contentos, casi alegres mientras disparaban tirados en el suelo. Parecían contentos con la situación. No sé. No puedo entenderlo. Pero, de alguna manera, estaban contentos. Yo no. Me imaginaba la derrota. Me decía para mis adentros: «Si ahora el enemigo hace esto y aquello, o lo de más allá, ¿qué va a ser de mí?». Durante esos primeros momentos no podía ver la posición española porque... tenía miedo de mirar. Las balas llovían y silbaban sobre la cima del cerro en tal cantidad que convertían la observación en tarea de valientes. No, ¿cómo demonios iba a ocurrírseme sacar la

cabeza, eh? ¿Para qué? Bueno, en todo caso, no lo hice hasta que tuve la impresión de que era algo mucho menos peligroso de lo que estaban haciendo los demás como si disfrutasen. Y entonces no vi nada. Sólo el fondo de un pequeño valle. En ese valle había un matorral, un gran matorral y parecía estar poblado por una misteriosa especie de personas que, evidentemente, trataban de matarnos. ¿Nuestros enemigos? Sí..., tal vez..., supongo. Dejemos eso para la gente de la calle, en casa. Ellos conocen y protestan contra el enemigo público, pero cuando un soldado entabla una verdadera batalla, nunca se preocupa de sentir animadversión hacia los soldados contra los que se enfrenta. Su gran deseo es vencerlos: derrotarlos sin importarle quiénes sean, primero por cuestión de seguridad y, segundo, de gloria personal. Siempre es más seguro conseguir que el otro salga huyendo rápidamente. Y mientras huye, al tratar de alcanzarlo por la espalda y abatirlo, sientes que debe de ser un gran tipo, un hombre cabal. Pero esta gente no daba muestras de pretender escapar. Se aferraban a su matorral y, entre el rugido de los disparos, se podían oír sus salvajes gritos desafiantes, sus insultos. De hecho, eran de lo más obstinado, testarudo y tozudo que podáis imaginar. El Dolphin lanzaba proyectiles muy cerca de ellos y el fuego de marines y cubanos era muy rápido y potente; pese a ello, esos incomprensibles mortales permanecían en su matorral. La escena era bastante salvaje; en la cima del cerro destacaba una sola figura realmente romántica: un oficial cubano que sujetaba en una mano un enorme y brillante machete y en la otra un revólver amartillado. Posaba como una estatua de la victoria. Después me explicó que exclusivamente él había sido el responsable de la victoria. Pero aparte de este espléndido tipo, aquello no era más que una escena de hombres trabajando, trabajadores de rostros enrojecidos, sudorosos y jadeantes. Un soldado cubano negro fue alcanzado en el corazón y otro se echó a su espalda el cadáver, mientras uno más lo agarraba de los pies; ambos avanzaron penosamente hacia la retaguardia, simulando una carretilla. Alguien de la compañía C fue alcanzado en el tobillo y se sentó detrás de la línea de fuego para curarse la herida. Aparentemente estaba contento por ello. Parecía venirle bien. No sé por qué. A su lado se sentó un camarada con la cara demacrada, solemne y responsable, como si fuera una solterona de Nueva Inglaterra a la cabecera de la cama de un niño enfermo.

El combate rugió como el incendio de un bosque. De pronto un marine se las había ingeniado para salir de la línea de fuego y se acercaba a mí desesperado.

—Oye, amigo, te ofrezco cinco dólares si me das un trago de *whisky*.

Trató de ponerme en la mano una moneda de oro.

—Vete al infierno —le dije yo, profundamente indignado—. Además no tengo *whisky*.

—No, pero mira —me suplicó—. Si no me tomo un trago me muero. Y te daré cinco dólares por él, de verdad. Te los daré.

Finalmente traté de zafarme de él, alejándome de su lado, pero siguió mis pasos y me importunaba con la misma insistencia que un mendigo profesional tratando de

meter a la fuerza su espantosa moneda de oro en mi mano. No podía deshacerme de él y, entre todo el estruendo de la batalla, me sentí profundamente avergonzado, mirando temeroso a un lado y a otro para asegurarme de que la gente no me veía a mí, al villano y a su moneda de oro. En vano le repetí que si tuviera algo de *whisky* se lo ofrecería. No había manera de convencerle. Pensé en el procedimiento europeo para huir de este tipo de situaciones: subirse a un taxi. Desafortunadamente, mientras tanto había dejado de lado mi tarea de ir pegado al capitán Elliott, porque sus obligaciones le requerían en lugares muy peligrosos. Pero, de cuando en cuando, me prestaba atención. Una vez se dirigió a mí, diciendo: «Señor Vernall, ¿iría usted a enterarse de quién es esa gente?». Habían aparecido algunos hombres en la colina, a unas seiscientas yardas de nuestro flanco izquierdo. «Sí, señor», exclamé yo con la mayor presteza y alegría; mi tono me confirmó que había heredado habilidades histriónicas. Por supuesto, ese tono era una sucia mentira, pero salí rápido y con el mismo garbo que un soldado auténtico, aunque mi ánimo estaba por los suelos y maldecía el día en que puse el pie en esta trágica isla. Si los de la lejana colina hubiesen sido guerrilleros, mi futuro habría peligrado seriamente, pero tampoco avancé demasiado, ya que reconocí los uniformes del cuerpo de marines. De modo que corrí de nuevo hasta la línea de fuego y, con la misma presteza y alegría, di mi información. Menciono que tenía miedo porque aquel día había a mi alrededor muchos que no parecían sentirlo, hombres con rostros tranquilos y enteros que llevaban a cabo sus cometidos como movidos por el hábito. No eran viejos soldados, sino principalmente reclutas, pero la mayoría mostraba la única emoción de alguien concentrado en su trabajo.

No sé cuánto duró la acción. Recuerdo haber calculado mentalmente que los españoles aguantaron cuarenta minutos. Fue un cálculo meramente arbitrario, sin base alguna. Finalmente llegamos al momento satisfactorio en que el enemigo comenzaba a huir. Nunca olvidaré cómo creció mi valentía. Y entonces empezó la gran cacería de pájaros. De la parte más alejada del matorral surgía una suave pendiente cubierta de arbustos del color de la ciruela. Los españoles se disgregaron en grupos de entre seis y quince hombres —o pájaros— y treparon por la pendiente. Entonces, los marines de nuestro cerro dispararon a campo abierto. No podían cargar, porque los proyectiles del Dolphin estaban ayudando a los españoles a evacuar el matorral, así que los marines tenían que conformarse con esta extraordinaria paráfrasis de un deporte. Era extrañamente parecido al original. Los proyectiles del Dolphin parecían los perros, los sabuesos que iban y agitaban el comienzo de la partida de caza. Los marines parecían de pronto caballeros con leotardos, avivados por el instinto del cazador. Los españoles eran los pájaros. Sí, los pájaros, pero dudo que les hicieran gracia mis metáforas.

Destruimos su campamento y, cuando se derrumbó el tejado de una casa en llamas, su estruendo fue tan parecido al de una fuerte descarga de la mosquetería que todos nos giramos temiendo que, de nuevo, tuviésemos que luchar ese mismo día.

Algo que, como poco, me parecía imposible. Nos dieron agua del Dolphin y rellenamos nuestras cantimploras. Ninguno se mostraba especialmente jubiloso. No parecían apreciar en absoluto su victoria. Preferían estar contentos por el fin de la batalla. Descubrí para mi sorpresa que nos hallábamos en una cima tan alta que, desde allí, nuestros ojos liberados parecían capaces de avistar la mitad del mundo. La vasta porción de mar, que rielaba como delicada seda azul en la brisa, se desvanecía al final en una indefinida neblina rosada, mientras que en la otra dirección, cerro tras cerro, se extendía hacia el Norte un espacio marrón y árido. El combate se había desarrollado muy alto, por el aire: donde podrían haber estado las nubes de lluvia. Por eso todas las caras adquirieron el color de la remolacha y los hombres, tumbados en el suelo, sólo maldecían ligeramente cuando los pinchos de los cactus se les clavaban en la piel.

Finalmente, salimos hacia el campamento, dejando a nuestros heridos, nuestros acericos de cactus y a nuestros insolados a bordo del Dolphin. No vi que los hombres estuviesen eufóricos, ni siquiera sonreían de satisfacción. Sólo parecían ansiosos por comer y descansar. Y, sin embargo, estaba claro que Elliott y sus soldados habían llevado a cabo un servicio inestimable para la seguridad y la comodidad de todo el batallón. Habían forzado a los guerrilleros a seguir un camino, que tendrían que transitar durante quince millas antes de conseguir agua suficiente para humedecer la cabeza de un alfiler. Y mediante la destrucción del pozo en el campo de batalla, Elliott había creado una zona árida de al menos veinte millas entre el enemigo y el campamento base. En Cuba esta es la mejor protección. Sin embargo, ¡una taza de café! Habría tiempo suficiente para pensar en la brillante victoria después de haber tomado una taza de café. La larga hilera caminaba lenta y pesadamente entre la selva oscura que nunca más se agitaría con las emboscadas.

Era de noche cuando nos desplomamos en el campamento; estaba triste, con una tristeza incontenible, porque me sentía demasiado cansado para recordar dónde había dejado mi petate. Algunos de mis colegas esperaban en la playa y me subieron a un buque correo, para que enviase mis noticias a la oficina de telégrafos de Jamaica. La apariencia del buque correo me llamó poderosamente la atención. Me traía recuerdos de algo con lo que había estado familiarizado años atrás. Miré con sorpresa embobada a los tres hombres responsables de la sala de máquinas, sentados en la popa sobre unos sacos de carbón, fumando en pipa y hablando como si nunca hubiese habido una batalla en alguna parte. El sonido repentino del gong me hizo dar un respingo y escuchar con impaciencia, como si preguntase: «¿Qué ha sido eso?». También me afectó el sonido metálico de la hélice, pero lo relacioné con alguna experiencia placentera anterior. Uno de los corresponsales a bordo comenzó a hablarme del jefe de máquinas, quien, según él, era un personaje cómico. Me llevaron a ver a esa maravilla, que resultó ser un tipo de barba gris con una lata de aceite y la mirada cínica, maliciosa y egoísta de la ignorancia proclamada y admirada. Miré asombrado al venerable impostor. ¿Qué tenía que ver él con las batallas..., con el

sonido de los seguros de las armas, el olor a algodón quemado, las balas, los disparos? Mi amigo le dijo al bribón que yo acababa de regresar de la escaramuza de esa tarde. Él contestó, «¿ah sí?», y me miró con una sonrisa ligeramente burlona. Acababa de volver de la experiencia más aterradora de mi vida y aquel viejo diablo me miraba sonriendo. Qué colosal presunción. El cuatro veces maldito viejo chocho jefe de máquinas de un derrelicto destartado. Y todo el problema residía en que yo no había exclamado, con una mezcla de admiración y júbilo, ante su sabiduría y experiencia, ante sus antiguos dichos y epigramas caseros listos para ser disparados.

Mi amigo me llevó al camarote. ¡Vaya un agujero sórdido! Qué decepción. La recompensa después del trabajo debía haber sido una habitación espaciosa y grande, una cama gigante con dosel, melones helados, aves a la parrilla, vino y la atención alegre de mis amigos. Cuando hube terminado mi cablegrama me retiré a una pequeña litera, que apestaba a aceite, cuyas mantas habían sido empapadas recientemente con agua de mar. El navío se inclinaba a sotavento con intentos espasmódicos de arrojarme de la cama y yo me resistí sacando fuerzas de flaqueza. ¡La infame mezquindad de todo aquello! «Pero no importa», me dije al final, «mañana en el Fuerte Antonio me daré un largo baño, me pondré ropa buena, cenaré a lo grande y beberé cerveza helada. Y habrá sirvientes que me atenderán a toque de campana y cogeré a cada sentimental curioso de la ciudad y le contaré la historia de la batalla de Cuzco». Llegamos a Fuerte Antonio y me apresuré desde la oficina de telégrafos al hotel. Me di el baño y me puse la mejor ropa que pude encontrar, llamé al botones y le pedí pomposamente la cena: una auténtica cena, con farfalás y sofisticaciones y, sin embargo, con un fondo de franqueza. Por un momento, me miró con cara de bobo y luego se fue. Después de largo rato, apareció el gerente en persona y me hizo ciertas preguntas, que me dieron a entender que pensaba que yo había intentado socavar y desintegrar el intelecto del muchacho mediante la alocución de conjuros arábigos. Bien, no importa. Al final, el gerente del hotel me provocó esa exclamación que, durante la guerra, resuena lastimera desde miles de gargantas, esa última gran exclamación de angustia y desesperación: «Bueno, entonces, en el nombre de Dios, ¿puedo tomarme una botella de cerveza fría?».

Bueno, ¿veis lo que la guerra nos obliga a hacer a los hombres? La guerra es muerte, una plaga de carencia de pequeñas cosas y muchas fatigas. Tampoco encontré a esos sentimentales a quienes contarles mi historia para estremecerlos, horrorizarlos y fascinarlos. Sin embargo, sí que mostraban interés por mí, pues en el hotel escuché preguntar a una señora: ¿Quién es ese tipo con esas botas altas tan sucias? Así que, está visto que se puede pasar mucho miedo por el hecho de entrar en acción, pero también es posible sentirse muy molesto cuando ésta ya ha terminado.

Más tarde caí en manos de uno de mis mejores amigos, que me explicó sin compasión el plan de desembarcar al Oeste de Santiago y atravesar las líneas españolas, hasta un lugar desde el que podríamos ver la escuadra española, situado en el puerto. Existía el rumor de que el Vizcaya había escapado, dijo, y sería fenomenal

asegurarse de que era verdad. Así que navegamos hasta un sitio que conocía mi amigo, al otro lado de un campamento cubano y echamos al mar dos jacas de polo jamaicanas de cola corta. Las seguimos en un bote pequeño y nos encontramos en la playa con un reducido destacamento cubano que, inmediatamente, cogió las jacas y nos las ensilló. Supongo que nos sentimos bastante como dioses. Casi éramos los primeros americanos que veían y nos miraban con ojos de agradecido afecto. No creo que muchos hombres hayan experimentado que les miren con agradecido afecto. Nos condujeron hasta el campamento cubano, en cuya cabaña hecha de corteza de palmera yacía en una hamaca un teniente coronel negro. No pude entender lo que dijo, pero en algún momento debió de mandar a su ordenanza semidesnudo que preparase café, porque lo hizo. Consistía en un sirope oscuro servido en tazas de metal humeantes, mejor que la botella de cerveza helada que no me bebí en Jamaica.

El campamento cubano consistía en un apaño expeditivo de árboles jóvenes y cortezas de palmera atadas con plantas trepadoras. Podría reducirse a cenizas en quince minutos y reconstruirse en diez. Los soldados eran, aparentemente, un grupo de pelagatos famélicos absolutamente bienintencionados. Los pantalones les colgaban hechos jirones por las negras piernas y sus camisas no existían. Parecían auténticos salvajes tropicales a los que un filántropo hubiese lanzado un manojito de harapos y algunos de ellos se habían desperdigado aquí y allá. Su estado era ya un hábito. Dudo que fueran conscientes de que iban medio desnudos. De cualquier manera, tampoco les importaba. No tenían por qué; el clima era cálido. El teniente coronel nos ofreció una escolta de cinco o seis hombres y subimos a las montañas, echados sobre nuestras jacas de Jamaica, mientras ellos ascendían y bajaban extraordinarios caminos cual ratas. Por la tarde llegamos al campamento de un comandante al mando de los puestos de avanzada. Se hallaba en alto, muy alto en las colinas. Las estrellas eran tan grandes como cocos. Nos tumbamos en hamacas prestadas y contemplamos el centelleo rojo-sangre de la lumbre entre los árboles. Recuerdo a un negro en cuclillas completamente desnudo, enrojecido, junto al fuego y limpiando una olla de hierro. Algunas voces entonaban un lamento africano sobre el abandono y la muerte. Al amanecer debíamos intentar escabullirnos a través de las líneas españolas. Me arrepentí mucho, muchísimo.

En el frío amanecer la situación era idéntica, pero de alguna manera el valor parecía flotar en el nuevo día. Salí bastante contento junto a los otros. Llegamos hasta donde se encontraban los piquetes, detrás de baluartes de piedra, en un almacén de árboles jóvenes. A través de un estrecho barranco, cubierto de nubes, escudriñaban un fuego tenue que marcaba la posición de un puesto español. Se produjo alguna discusión y luego, con quince hombres, descendimos la ladera de la montaña hacia las frías nubes azules y grises. Habíamos dejado nuestros caballos con los piquetes cubanos. Avanzamos cautelosamente, porque ya estábamos a tiro de los piquetes españoles. En el fondo del cañón era todavía de noche. Un arroyo, un torrente regular de salmónes, alborotaba sobre las rocas. Había lomas cubiertas de hierba y árboles

hermosísimos. Todo el valle tenía una fragancia selvática. Pero..., el guía agitó el brazo, frunció el ceño en señal de advertencia y, en un momento, estuvimos fuera de allí, abriéndonos paso entre los matorrales, escalando colinas, avanzando a cuatro patas por campos y, a veces, arrastrándonos por una carretera española como diecisiete fantasmas. Yo iba como en un sueño, pero me paraba a escuchar cuando el guía se detenía a hacerlo y avanzaba sigilosamente cuando él avanzaba sigilosamente. A veces se daba la vuelta y gesticulaba tan hábil e impetuosamente como alguien aguijoneado por mil avispas. Entonces sabíamos que la situación era extremadamente delicada. Por supuesto, en ese momento estábamos completamente dentro de las líneas españolas y subíamos una gran colina desde la que se dominaba el puerto de Santiago. Allí, anclados tranquilamente, permanecían el Oquendo, el María Teresa, el Cristóbal Colón, el Vizcaya, el Plutón, el Furor. La bahía era blanca bajo el sol y los cruceros, acorazados con su casco negro, impresionaban por su maciza aunque elegante dignidad. No sabíamos que todos eran barcos condenados, a los que les aguardaba una muerte inminente. Mi amigo dibujó mapas y cosas y yo me dediqué al reposo absoluto, parpadeando perezosamente mientras observaba la escuadra española. No sabíamos que éramos los últimos americanos que los veríamos con vida, ilesos y en paz. Después desanduvimos lo andado con el mismo trote silencioso. No comprendí mi situación hasta que tomé conciencia de que habíamos dejado bien atrás las líneas españolas y estábamos prácticamente fuera de peligro. Entonces descubrí que había muerto. Evaporada la tensión nerviosa, ya no era más que un mero cadáver. Mis extremidades parecían un amasijo y mi espina dorsal ardía en mi interior como si se tratase de un cable al rojo vivo. Pero justo en ese momento nos descubrió una patrulla española y comprobé que no estaba muerto en absoluto. Finalmente alcanzamos los pies de la montaña principal, en cuyos hombros se refugiaban los piquetes cubanos, y aquí tuve tal certeza de encontrarme a salvo que no pude resistir la tentación de morirme de nuevo. Creo que durante el ascenso a aquella montaña pasé por once estados de estupor, mientras los escoltas permanecían encorvados sobre sus Remingtons. Habíamos recorrido unas veinticinco millas a una especie de galope humano, sin usar jamás un camino frecuentado, siempre yendo promiscuamente a través de la jungla y sobre las rocas. Y muchas de las millas del recorrido acababan en vertical, de modo que era tan difícil subir como bajar. Pero, eso sí, durante mis estados de estupor los escoltas se mantuvieron firmes, charlando en voz baja. Por los signos que hacían podíamos estar al comienzo de la marcha y, excepto mangos, no habían comido nada desde hacía ocho días. Con anterioridad a esa fecha, sobrevivieron a base de mangos y gracias al cadáver de una jaca enjuta y pequeña. Estaban hechos del mismo material que los indios de Fenimore Cooper^[33], aunque sin alocuciones ridículas. En el campamento del comandante, mi amigo y yo estuvimos de acuerdo en que si nuestros valiosos escoltas mandaban un voluntario a la costa con nosotros, les enviaríamos todo lo que pudiésemos encontrar en los pertrechos del buque correo. Con una sola voz, respondieron que todos ellos

recorrerían las cuatro leguas adicionales, ya que en aquellos tiempos de hambruna preferían no fiarse de ningún voluntario, gracias.

—No pueden hacerlo, se desplomarán; tiene que haber un límite —dije yo.

—No —contestó mi amigo—. Están bien; correrían tres veces alrededor de toda la isla por un trago de cerveza.

Así que ensillamos y nos pusimos en camino, con nuestros quince soldados de infantería cubanos moviéndose infatigablemente detrás de nosotros. A veces, al pie de alguna colina escarpada, uno pedía permiso para agarrarse a la cola de mi caballo y, entonces, mi jaca de Jamaica le arrastraba tan rápido hasta la cima que parecía que sólo los dedos de sus pies tocaban la roca. Por esta ayuda quedaban muy agradecidos. Cuando coronamos el último gran cerro, vimos a nuestra escuadra en el Este, esparciéndose en su paciente formación semicircular alrededor de la bocana del puerto. Pero mientras nos dirigíamos a la playa descubrimos algo todavía más dramático: nuestro buque correo abandonaba el punto de encuentro y zarpaba mar adentro. Evidentemente, llegábamos tarde. Detrás de mí había quince estómagos vacíos. Era una situación espantosa. Mi amigo y yo nos lanzamos hacia la playa y aquellos quince bobos echaron a correr.

No sirvió de nada. El buque correo siguió alejándose como si tal cosa, dejando un reguero de humo tras de sí. Nos dimos la vuelta angustiados, preguntándonos qué podríamos decirle a la maltratada escolta. Si nos hubiesen masacrado, lo habría tomado como la adecuada respuesta del destino y de ningún modo deberían haber sido castigados. Hay algunas cosas que las emociones de un hombre no le permiten soportar después de una dieta a base de mangos y caballo. Sin embargo, para nuestra sorpresa, percibimos que no estaban indignados en absoluto. Sencillamente sonreían y mostraban un gesto que evidenciaba su pesimismo habitual, una filosofía que negaba la existencia de todo lo que no fueran mangos y jaca. Fuimos los americanos quienes nos negamos a ser consolados. Me hice la solemne promesa de que regresaría tan pronto como fuera posible y haría el papel de Santa Claus con aquella espléndida escolta. Pero..., nos echamos al mar en una piragua con dos chicos negros. Los escoltas nos dieron un sentido adiós desde la orilla y nunca más volví a verlos. Espero que todos estén en la fuerza policial del nuevo Santiago.

Al cabo de un tiempo fuimos rescatados de la piragua por nuestro buque correo y aliviarnos nuestros sentimientos, recompensando en exceso a los dos chicos negros. De hecho, recogieron su cosecha gracias a nuestra sensación de haber fallado a los nobles estómagos de los escoltas. Eran dos pícaros. Navegamos hasta el buque insignia y nos dieron permiso para subir a bordo. Para mí, el almirante Sampson es el personaje más interesante de la guerra. No sabría cómo describirlo, ni aunque simulase tener datos suficientes. En primer lugar, habría que imaginar un bloque de mármol impasible en el que se ha esculpido la figura de un anciano. Démosle vida y no habremos hecho más que comenzar. Entonces hay que desechar toda idea de viejo caballero campechano, de tez enrojecida que rugie contra la tormenta y constatar que

el hombre tranquilo es un marinero y un almirante. Esto será difícil; si dijese que es cualquier otra cosa, sería sencillo. Encaja en otros tipos; es una característica suya la de no encajar en el tipo preconcebido al que pertenece. Cuando le conocí, me impresionó el hecho de que le aburriese inmensamente la guerra y estar al mando de la escuadra del Atlántico Norte. Percibí una actitud donde creía estar registrando un humor, un punto de vista. Más adelante, pareció tan indiferente respecto a las pequeñas cosas que tenían influencia en las importantes que me rendí ante una apatía sin precedentes, maravillosa. Todavía confundía una actitud con un estado de ánimo. Todavía no podía entender que esta era la manera de ser de aquel hombre. No se me puede reprochar, porque nuestro trato era escaso y dependía de su consentimiento: de hecho, dependía de la tradicional cortesía naval. Pero, finalmente, vi que todo era una pose; que, escondida en esa indiferente e incluso apática actitud, mantenía la mente alerta, segura y aguda del mejor capitán de barco que América ha tenido desde Farragut, o no sé, creo que desde Hull.

Los hombres marchan de buena gana cuando están bien dirigidos. Ponen impedimentos por nimiedades cuando es un bruto el que les exhorta a continuar. Para mí, una de las cosas impresionantes de la guerra es la absoluta devoción hacia la persona del almirante Sampson —hacia su juicio y sabiduría— por parte de sus capitanes de fragata —Evans del *Iowa*, Taylor del *Oregon*, Higginson del *Massachusetts*, Phillips del *Texas*, y todos los demás—, excepto uno. Luego, más adelante, le pidieron que se vengara de su rival —ellos estaban allí y podrían contar muchas cosas—, pero él dijo «nooo», sabía que no haría ningún «bieeeeen al cueeeerpo».

Los suyos le temían, pero él nunca amenazaba; movían cielo y tierra por obedecerle, pero él nunca daba una orden brusca; le querían, pero no les dirigía una palabra ni amable ni desagradable; lo aclamaban y él decía: «¿Por quién gritan?». Se comportaban mal con él y no decía nada. Pensaban en la gloria y él se ocupaba de la dirección del barco. Todo sin un ruido. Una campaña silenciosa por su parte. Ni banderas ni arcos ni fuegos artificiales, nada más que el mando perfecto de una gran flota. Todo un logro. Sin trompetas ni ovaciones del populacho. Puro y duro cumplimiento del deber, sin aderezar. Pero al final, recibirá su recompensa con... ¿Con qué? Con los libros de texto sobre campañas navales. Nada más. Cada cual escoge por sí mismo y escoge lo que quiere. ¿Es que hay un derecho mayor? De cualquier modo, es un gran hombre. Y una vez se ha empezado, se puede seguir siendo un gran hombre sin la ayuda de ramos ni banquetes. Él no los necesita... Que Dios le bendiga.

Las escotillas de batalla del buque insignia estaban cerradas y, en las cubiertas, el calor era insufrible a pesar de los ventiladores eléctricos. Me abrí camino como pude hasta proa, sobrepasando al inteligente ordenanza, al compañero, sobre el antro donde se servía el rancho a los subalternos. Incluso allí jugaban a las cartas en el camarote de alguien.

—Hola, viejo. ¿Has estado en tierra? ¿Qué aspecto tenía? Te toca, Chick.

No había más que un calor húmedo y vaporoso y una aceptable represión del consecuente mal humor. Las dependencias de los subalternos no eran más cómodas que el camarote del almirante. Había esperado que lo fueran por el recuerdo que tenía de su alegre disposición. Pero no estaban alegres. Estaban sofocados. Hola, amigo, ¿has estado en tierra? Huí a cubierta donde otros oficiales que no permanecían de servicio fumaban puros tranquilamente. La hospitalidad de los oficiales del buque insignia es otro buen recuerdo de la guerra.

Esa noche di vueltas en mi litera del buque insignia, sintiendo total asombro por aquel día. ¿Era la figura que se inclinaba sobre la partida de cartas en el buque insignia, la figura del *whisky* con soda entre las manos y el puro entre los dientes, idéntica a la que avanzaba con dificultad en la selva cubana, temiendo por su vida? ¿La misma persona que la del episodio con los patéticos quince hombres hambrientos? Era la misma y se durmió. Se durmió profundamente. No sé hacia dónde nos dirigimos. Creo que a Jamaica. Pero, en todo caso, la mañana en la que regresamos a las costas de Cuba hallamos el mar lleno de buques de transporte de los Estados Unidos, de Tampa, que llevaban al Quinto Cuerpo del ejército bajo el mando del general de división Shafter. La jarcia y la cubierta de los buques estaban plagadas de hombres y todos querían ser los primeros en desembarcar. Yo finalmente lo hice y comencé a buscar a algún conocido. Los botes movidos por las olas golpeaban el muelle pequeño y endeble. De alguna forma llegué a tierra, pero no encontré a nadie conocido. Hablé con un soldado de la segunda de voluntarios de Massachusetts, que me dijo que iba a escribir como corresponsal para un periódico de Boston. No me sorprendió.

Había un pueblo de casas dispersas, pero seguí a las tropas que en ese momento parecían salir por compañías. Allí encontré a otros tres corresponsales; era la hora del almuerzo. Alguien tenía unas botellas de Bass^[34], pero estaban tan calientes que salió a chorros, pura espuma. No había disparos; ni ruidos de ningún tipo. Un viejo cobertizo estaba lleno de soldados que holgazaneaban a placer en la sombra. Era una tarde cálida, grisácea, que invitaba al letargo; las abejas zumbaban. Vimos bajo un árbol al general de división Lawton con su plana mayor. Estaba sonriendo, como si dijera: «Bueno, esto va a ser mejor que perseguir apaches». Habían asignado la vanguardia a su división, así que tenía derecho a estar feliz. Un hombre alto con bigote gris, ligero pero muy fuerte, el soldado de caballería perfecto. Además, llamaba la atención por los vagos rumores de que sus superiores —o algunos de ellos— se iban a encargar de que no hiciese gran cosa. Resultaba nauseabundo escuchar hablar de esa manera, pero luego supimos que la mayoría no fueron más que meras mentiras.

Abajo, en la zona de desembarco, los corresponsales levantaban una especie de campamento permanente. Trabajaban como troyanos, cargando tiendas, catres y cajas de provisiones. Me pidieron que me uniera a ellos, pero observé el sudor que les

corría por la cara y me alejé de allí. Al día siguiente, el ejército dejó ese campamento permanente ocho millas atrás. El día se volvió tedioso. Me alegré de que llegara la noche. Me senté al fuego del campamento y escuché a un soldado de la Octava de infantería que me dijo que fue el primer hombre en desembarcar. Permanecí allí, fingiendo que lo apreciaba, aunque en realidad lo consideraba un gran mentiroso sin escrúpulos. Hace menos de un mes me enteré de que todo lo que me dijo era la pura verdad. Me sorprendí muchísimo. Fuimos a desayunar al campamento del Vigésimo de infantería, donde el capitán Greene y su alférez, Exton, nos ofrecieron tomates guisados con pan duro y café. Más tarde encontré a Greene y a Exton en la playa, esquivando de buen talante las olas que parecían empeñarse en impedirles fregar los platos del desayuno. Me sentí tremendamente avergonzado, porque mi taza y mi plato estaban allí y, no sé... El destino proporciona a algunos excelentes oportunidades para comportarse como auténticos zopencos y en esa ocasión fui víctima de mi prisa. Fui un asno. Me alejé ruborizado. ¿Qué? ¿Las batallas? Sí, contemplé algo de todas ellas. Decidí que la próxima vez que viese a Greene y a Exton les diría: «Oye, ¿por qué no me dijisteis que teníais que lavaros vuestros propios platos para que os ayudase? Me sentí fatal al veros allí fregando mientras yo paseaba sin nada que hacer». Pero nunca volví a ver al capitán Greene. Creo que ahora está en Filipinas, luchando contra los tagalos. La siguiente vez que coincidí con Exton fue en la batalla de Las Guasimas. La de los «rough riders^[35]». En cualquier caso, la siguiente vez que vi a Exton me olvidé de hablar de ello. Pero si alguna vez vuelvo a encontrar a Greene o a Exton —incluso si es dentro de veinte años—, lo primero de todo les voy a decir: «¿Por qué...?». ¿Qué? Sí. En el regimiento de Roosevelt, el Primero y el Décimo de caballería. Les diré: «Oye, ¿por qué no me dijisteis, para que os ayudase, que teníais que lavar vuestros propios platos?». Mi estupidez me pesará en la conciencia hasta el día de mi muerte, si es que no veo antes a Greene o a Exton. Pero tú, lector, lo que estás pidiendo a gritos es sangre y, sin embargo, es más importante el hecho de que perdí mi cepillo de dientes. ¿Te lo había dicho? Bien, pues lo perdí, sí, y estuve pensando en ello durante diez horas. Ah, sí, a él, a él le dispararon en el corazón. Pero verás, yo soy de la opinión de que la compañía de telégrafos francesa nos estafó a lo largo de la guerra. ¿Quién? ¿Él? Mi cepillo de dientes nunca apareció, pero él con el tiempo murió a causa de la herida. La mayoría de los soldados regulares llevaban su cepillo de dientes en las bandas de sus gorros. Conformaba una curiosa condecoración militar. Delante de mí cruzó la selva una fila de mil hombres y a ninguno de ellos le faltaba el sencillo emblema.

¿El primero de julio? Bien. Mi jaca de polo no estaba presente. Se encontraba aún en las colinas al Oeste de Santiago, pero los cubanos prometieron traérmela. Sin embargo, mi petate era fácil de transportar. No había nada superfluo en él más que un par de espuelas, que me indignaban cada vez que las veía. Ah, pero debo hablarles de un hombre que conocí justo después de la batalla de Las Guasimas. A Edward Marshall, un corresponsal al que había conocido con cierta intimidad durante siete

años, le hirieron terriblemente en aquella batalla y me pidió que fuera a Siboney —la base— para dar las noticias a sus colegas del New York Journal y reunir algo de ayuda. Fui a Siboney y no hallé a nadie del Journal, a pesar de que habitualmente daba la impresión de que los de la prensa eran tan numerosos como el propio ejército. Entonces encontré a dos corresponsales desconocidos para mí, pero les pregunté, diciéndoles que Marshall estaba malherido y que necesitaba tanta ayuda de su buque correo como los hombres del Journal pudieran proporcionarme. Y uno de los corresponsales respondió. Este es al que quería describir. Le quiero como a un hermano. Dijo:

—¿Marshall? ¿Marshall? Pero Marshall no está en Cuba. Se fue a Nueva York justo antes de que la expedición saliese de Tampa.

Respondí:

—Perdona, pero te digo que Marshall ha sido alcanzado en la batalla de esta mañana: ¿has visto a algún empleado del Journal?

Después de una pausa respondió:

—Estoy seguro de que Marshall no está en Cuba. Está en Nueva York.

—Perdona —dije yo—, pero te digo que Marshall ha sido herido en la batalla de esta mañana. ¿Has visto a algún empleado del Journal?

—No, no —replicó él—, debes de estar confundiendo a dos tipos. Marshall no está en Cuba. ¿Cómo pueden haberlo herido?

—Perdona —dije yo—, pero te digo que Marshall ha sido herido en la batalla esta mañana. ¿Has visto a algún empleado del Journal?

—Pero —dijo él— no puede ser Marshall, ¿entiendes?, por la sencilla razón de que no está en Cuba.

Me eché las manos a la cabeza, di un agudo grito al cielo y huí de su lado. No podía con él. No podía soportarlo más. Había presenciado muertes por heridas de bala, por quemaduras, por ahogo, por enfermedad, pero morir así... a base de estrellarme deliberadamente contra la opinión acorazada de esa momia... no, no, no, eso sí que no. Entretanto, admitieron que un corresponsal había sido alcanzado, se llamase Marshall, Bismarck, o Luis XIV. Ahora, suponiendo que este corresponsal herido se hubiese llamado obispo Potter o Jane Austen o Bernhardt o Henri Georges Stephane Adolphe Opper de Blowitz. ¿Qué habría...? Dejémoslo estar.

Continuaremos con el primero de julio. Esa mañana salí con mi petate —con todo lo necesario salvo mi cepillo de dientes—. El ejército entero me puso en evidencia, porque debía de haber al menos quince mil cepillos de dientes en la fuerza invasora. Yo marchaba con mi petate por la carretera de Santiago. Hacía una buena mañana y todos —tanto los condenados como los inmunes, ¿cómo podríamos saber quiénes eran unos y quiénes otros?—, todos estaban de muy buen humor. La selva nos envolvía, pero podíamos oír cómo se acribillaban por delante unos a otros. Era como el redoble de muchos tambores. Era Lawton en El Caney^[36]. Pensé con complacencia que la división de Lawton no me concernía profesionalmente. Era un asunto para

otro. Mi tarea se centraba en las divisiones de Kent y de Wheeler. Fuimos a El Pozo, una colina a buen tiro de la artillería de las defensas españolas, donde la batería de Grimes se enfrentaba a una de las baterías enemigas. Scovel había establecido un pequeño campamento detrás de los cañones y un ordenanza había preparado café. Invité a Whigham a un café y el ordenanza añadió panecillos duros y lengua en lata. Me percaté de que Whigham miraba fijamente por encima de mi hombro y, con amargura, agitaba la lata de lengua. Había un caballo, un caballo muerto. Luego una mula, con un disparo en el hocico, deambuló por allí mirando a Whigham. Y nos fuimos.

En lo alto de la colina se disfrutaba de una espléndida vista de las líneas españolas. Mirábamos fijamente, a través de casi una milla de selva, las trincheras de color de ceniza en la cima militarizada del cerro. Por detrás, a buena distancia de esta posición, había edificios blancos y en todos ondeaban grandes banderas de la Cruz Roja. Los disparos sonaban incesantes en la selva, debajo de nosotros, y en las trincheras españolas resonaban constantes descargas, pero durante todo este tiempo no hubo indicios de la presencia de un enemigo tangible. A decir verdad, había alguien con sombrero panamá, caminando de un lado a otro tras una de las trincheras españolas, gesticulando a veces con un bastón. ¡Un hombre con un panamá caminando con un bastón! Fue la visión más extraña de mi vida —ese símbolo, esa representación tan extraña de Marte—. La batalla, el atronador alboroto, le pertenecía. Él era el maestro de ceremonias. Nos dejaba a todos perplejos con su sombrero de paja y su condenado bastón. Cerca de sus pies impactaban descargas y muy cerca de su costado volaban rugientes proyectiles, pero él se mantenía allí, solo, visible, la única cosa tangible. Era un coloso y, sin embargo, este ser no era más alto que un alfiler. Siempre había alguien preguntando: «¿Quién puede ser ese tipo?».

Más tarde, los cañones americanos bombardearon las trincheras españolas y el fortín próximo, y Marte se desvaneció. No podía ser que hubiese muerto. No se puede matar a Marte. Pero otra figura se elevó con dignidad simbólica: el globo de nuestro cuerpo de transmisiones se balanceaba sobre los árboles de la jungla hacia las trincheras españolas. Con lo cual, el globo y el hombre del sombrero panamá con el bastón..., ambos entablaron una tremenda batalla.

De pronto, el conflicto se convirtió en algo humano. Un grupo de figuras azules apareció en la pradera de la terrible ladera. Era parte de nuestra infantería. Tenía a mi lado al agregado de un gran imperio, que se giró hacia mí y habló con incredulidad y desdén.

—Vaya, tratan de tomar la posición —exclamó.

Admití dócilmente que también lo creía.

—Pero no pueden, ¿sabes? —protestó él con vehemencia—. Es imposible.

Y, siendo un buen hombre como era, comenzó a lamentarse y a gemir por el vano sacrificio de hombres valientes.

—Es valeroso, sabes. ¡Desde luego que es valeroso! ¡Pero no pueden hacerlo! —

estaba profundamente conmovido; la voz se le rompía—. Será sencillamente una maldita matanza que no traerá nada bueno.

El camino ya estaba lleno de camilleros y de heridos que podían caminar. Tenías que hacer frente a una oleada de dolor sordo. No sé si era dolor sordo. Sólo sé que era sordo. Era algo en lo que el silencio, o más bien la discreción, se convertía en un hecho inexplicable y atroz. Los sentidos te parecían exigir que estos hombres gritaran. Pero se podían ver heridos que mostraban síntomas de un ánimo contento y amigable. Pensándolo ahora, es demasiado extraño para explicarlo con palabras. Pero en el momento, no sé, no parecía llamar la atención de nadie. Un hombre con un agujero en el brazo, o en el hombro, o incluso en la pierna, bajo la rodilla, a menudo se mostraba fantasioso, cómico.

—Vaya, esto no es exactamente para lo que me alisté, chicos. Si me hubiesen explicado esto en Tampa, habría renunciado. Oh, sí, me temo que puedes llegar a la misma conclusión si sigues avanzando. Pero creo que los españoles pueden quedarse sin munición en el plazo de una semana o diez días.

Entonces, de pronto, tenías que enfrentarte a la tremenda y espantosa visión de alguien con un disparo en la cara. Recuerdo en particular a uno. Tenía un gran bigote y la sangre le corría por el rostro hasta llegar al bigote, como si fuera un torrente que se topa con un tronco atravesado, y luego se deslizaba hacia las puntas y caía lentamente en grandes gotas. Me miró a los ojos fijamente; avergonzado, no pude devolverle la mirada. ¿Entendéis? Todo esto es muy curioso.

Las dos líneas de batalla estaban liquidándose mutuamente y no había descanso ni paz en toda la región. La bala moderna es un pájaro de vuelo largo. Atraviesa el aire con su canto ardiente y crepitante hasta tales distancias, que toda la región se convierte en una zona peligrosa. No quedaba dirección por la que no vinieran. Un mapa de sus recorridos sobre tu cabeza se asemejaría a una tela de araña. Mi amigo Jimmie, el fotógrafo, y yo subimos hasta la línea de fuego y la recorrimos todo lo que nos atrevimos. El sentimiento generalizado era bastante peculiar. La mayoría de los hombres no parecían tener idea de que aquello era una gran hazaña histórica, pero estaban satisfechos consigo mismos.

—Bueno, lo hemos conseguido —luego se interesaban por otros focos de la batalla—. ¿Cómo van las cosas, amigo? ¿Todo bien?

—Sí, todo va bien si podéis mantener este cerro.

—Demonios —decían los hombres—, mantendremos el cerro, no te preocupes por eso, chaval.

Era la primera batalla de Jimmie y, mientras nos dirigíamos cautelosamente al flanco derecho de nuestras líneas, el estruendo del fuego español se volvió ensordecedor, el aire sencillamente silbaba. Oí una voz trémula a mi espalda y, al girarme, vi a Jimmie con la cara pálida, blanco como el papel. Me miraba con los ojos extremadamente abiertos.

—Oye —dijo— esto está que arde, ¿no?

Yo estaba encantado. Sabía exactamente lo que él quería decirme. Deseaba que le definiera la situación. Si le hubiese dicho que se trataba de un mero fuego disuasorio y le hubiese recomendado esperar hasta que comenzase la verdadera batalla, creo que se habría ido corriendo directamente a la retaguardia. Pero le conté la verdad.

—Sí, Jimmie —contesté honestamente—, créeme si te digo que esto es incluso más gordo de lo que podíamos esperar.

Inmediatamente él asintió.

—De acuerdo.

Si esta era una acción importante, estaba dispuesto a pagar con su temor un precio razonable por el privilegio de estar presente. Pero si esto no era más que una trifulca barata, entonces consideraría el precio exorbitado y se iría. Aceptó mi afirmación por pura fe y se comportó con la dignidad de quien se mueve entre grandes asuntos. Su semblante todavía aparecía tan blanco como el papel, pero eso carecía de la menor relevancia. Lo más importante era su absoluta disposición a pasar miedo por un buen motivo. Me pregunto dónde estará Jimmie. Un día le dejé la jaca de polo, el caballo salió huyendo con él encima y lo tiró en mitad de un vado. Después vino hacia mí y me soltó un amargo discurso sobre ese caballo que, según yo le había asegurado, era tan delicado y piadoso. Posteriormente no volví a ver a Jimmie.

Y de repente llegó la noche del primero de julio. Un grupo de corresponsales renqueaba de vuelta a El Pozo. El día había sido tan largo que la mañana parecía tan remota como otra del año anterior. Pero he olvidado hablaros de Reuben McNab. Hace muchos años fui al colegio a un lugar llamado Claverack, en el Estado de Nueva York, donde había una institución semimilitar. Reuben McNab era un estudiante de mi promoción, un chico larguirucho, desgarbado, pecosos y de pelo rojizo; un chico que no despuntaba en nada y, sin embargo, apuesto a que todos lo recuerdan. Tal vez se deba principalmente a su nombre, Reuben McNab. No puedes sacudirte despreocupadamente ese nombre y olvidarlo. Te persigue como el inquietante recuerdo de un pecado. De algún modo, Reuben McNab se identificaba íntimamente en mis pensamientos con los alegres y despreocupados días de Claverack, cuando toda la tierra era un campo verde y el cielo era azul radiante. Luego me fijé en un desgraciado grupo de la Curva Sangrienta^[37], un grupo de heridos, moribundos y muertos. Y allí vi a Reuben McNab, un cabo del Setenta y Uno de voluntarios de Nueva York, con un agujero en el pulmón y varios más en la ropa.

—Bueno, me han dado —dijo a modo de saludo.

Normalmente se decía eso. No había largos discursos. «Bueno, me han dado», era suficiente. La papeleta de los hombres sanos es difícil en esa situación. Dudo que muchos de nosotros supiéramos hablar a nuestros heridos. En primer lugar, tenías que fingir que la herida no era nada; oh, nada de nada, una contrariedad fortuita para el movimiento, quizás, pero nada más, realmente, nada más. En segundo lugar, tenías que mostrar camaradería y comprensión por la difícil situación. Como resultado, creo

que la mayoría de nosotros la pifiábamos y tartamudeábamos en presencia de nuestros amigos heridos. Curioso, ¿no?

—Bueno, me han dado —dijo Reuben McNab.

Había visto impasible a quinientos heridos con consciente indiferencia, tanta que me admiraba. Pero la aparición del compañero de clase Reuben McNab, tirado allí en el barro, con un agujero en el pulmón, me sobrecogió hasta el tartamudeo, me hizo temblar con un sentimiento de intimidad en esa guerra que hasta ese momento pude haber creído que era un sueño, o casi. Veinte heridos giraron los ojos y me miraron. Sólo uno no me prestaba atención. Se estaba muriendo; no tenía tiempo. Las balas zumbaban bajas sobre ellos. La muerte, que ya había golpeado, todavía insistía en su afán venenoso.

—Si vas por el hospital, pasa a verme —dijo Reuben McNab.

Eso fue todo.

En el campamento de los corresponsales, en El Pozo, había café caliente. Estaba muy bueno. Tengo la vaga sensación de haber sido muy egoísta con mi manta y mi abrigo. Y una vaga sensación de disparos espasmódicos durante la noche; llovía y, entonces, me desperté para escuchar el constante tamborileo del fuego de artillería, algo que parecía que no cesaría nunca. Estaban de nuevo en ello. El camino que iba de El Pozo a las posiciones en la colina de San Juan se había transformado en una vía de lo más ajetreada. Prácticamente desde todas partes surgían disparos de rifle de gran calibre. En ese momento, el lugar más seguro era el frente más adelantado. Recuerdo claramente un grito que oí. Un soldado del Setenta y Uno, sin su rifle, había ido a un riachuelo a por agua y regresaba a mi espalda, a muy poca distancia. De pronto oí su lamento:

—Dios mío, venid, rápido.

Y entonces fui consciente de haber escuchado el sonido odioso de un disparo cercano. Estaba en el suelo, retorciéndose. Le habían dado en la cadera. Rápidamente llegaron dos hombres. De pronto parecía que todo el mundo estaba siendo abatido. Fueron cayendo silenciosamente, con calma, sin más queja que la que mostraría un autómatas. Sólo se oía a aquel chico.

—Dios mío, venid, rápido.

De no ser por él, los hombres parecían considerar que sus heridas no merecían la menor atención. Un gran número de personas murió muy cortésmente, eximiéndonos tácitamente a los demás de interesarnos por el asunto. Un hombre caía; se ponía azul, su cara adoptaba una expresión de profundo pesar; y entonces sus amigos más cercanos se preocupaban por él, si es que tenía amigos. Así fue el uno de julio. Solicito permiso para volver a ese día más adelante.

En la mañana del dos de julio me senté en la colina de San Juan y observé cómo ascendía la división de Lawton. Estaba totalmente resguardado, pero en una posición desde donde podía mirar a la cara de los que subían corriendo bajo el fuego. No había ni un semblante heroico. Estaban concentrados en su trabajo. Eso era todo. Tal vez

creáis que trato de que parezca mezquino. Sería una falsedad. Creo que las cosas eran a menudo sublimes. Sublimes, pero de otra manera. No eran como nuestras superficiales y absurdas fantasías. Parecían un simple y majestuoso hecho trivial. Se trataba del comportamiento de los hombres en las calles. El comportamiento de los hombres. Por un lado, cada soldado seguía simplemente los pasos del que iba delante de él, que a su vez seguía los del que le precedía, que a su vez... Eso es lo que se apreciaba de manera llana y evidente. Por otro lado, estaba la espectacularidad, la espectacularidad del deber cumplido. Cómo describirlo: el espectáculo de gente sencilla, realizando serenamente su trabajo, la labor que se les ha encomendado. Es lo único en el universo que nos hace lanzar expresiones al viento y sentirnos satisfechos de sentir las. Así avanzaban hacia San Juan los soldados del Ejército Regular de los Estados Unidos. Uno les paga el tributo que se les debe con el brindis del silencio.

Tumbado cerca de una de las trincheras españolas yacía el cadáver de un español pelirrojo. Me pregunté cuántos cientos de personas conocerían la existencia de ese cadáver español pelirrojo. Se elevó hasta la categoría de mojón. Había muchos muertos, pero sólo uno con el pelo rojo. Ese pelirrojo estaba siempre ahí. Cada vez que me acercaba a esa zona del campo rezaba para comprobar que ya lo habían enterrado. Pero ahí seguía..., pelirrojo. Su rostro fuerte y sencillo era una mueca maligna contra el sistema que mataba a innumerables aldeanos crédulos, en una especie de política tenebrosa en la que el aldeano se limitaba a seguir lo que alguien le había dicho que era noble y bueno. Pero, sin embargo, el pelirrojo español estaba muerto. Estaba irrevocablemente muerto. ¿Y con qué propósito? ¿El honor de España? Seguro que el honor de España seguiría existiendo sin necesidad de que este aldeano pelirrojo muriera violentamente. Bueno, fue enterrado cuando cesó el fuego pesado y los hombres tuvieron tiempo para cosas tan nimias como los funerales. La trinchera se cerró sobre él. Para un militar era un destino honorable ser enterrado en una trinchera, la trinchera de la lucha y de la muerte. Duerme bien, aldeano pelirrojo. Viniste a otro hemisferio a luchar, porque..., porque te lo dijeron, supongo. Bien, ahí estás, enterrado en tu trinchera de la colina de San Juan. Ese es el final de todo, te quitaron la vida..., es un hecho simple y llano. Y unos extranjeros te enterraron expeditivamente, hablando una lengua extraña. Duerme bien, misterioso pelirrojo.

El día anterior a la destrucción de la flota de Cervera, pasé delante de nuestra escuadra, que con obstinación permanecía formado en semicírculo, con todas las proas apuntando hacia el puerto. Me fui a Jamaica y, en la plácida noche del día siguiente, pasé navegando de nuevo delante de nuestra escuadra que seguía igual, formado en semicírculo, con todas las proas apuntando al puerto. Una voz de megáfono cruzó sobre el agua desde el puente de un cañonero.

—Hola, ¿te has enterado de las noticias?

—No; ¿qué noticias?

—La flota española no está desde esta mañana.

—Sí, claro, por supuesto.

—Lo digo en serio.

—Sí, ya lo sé. ¿Y dónde está ahora?

—Hundida.

¿Había afirmación más absurda que ésa? Sentí la humillación de que mi amigo, el teniente del cañonero, me considerase capaz de tragarme ese chiste tan malo.

Pero cada palabra era verdad. Miré de nuevo a nuestra escuadra, que como siempre permanecía en su formación semicircular, con todas las proas apuntando al puerto. Habría sido absurdo pensar que algo había sucedido. La escuadra no había cambiado un ápice. Allí estaba, sin mostrar siquiera una sonrisa en su cara de tigre. Y, en cuanto me di la vuelta, se había comido a cuatro acorazados y a dos contratorpederos. Cortésmente, pero con claridad, anunciamos a través de las aguas que, hasta que los buques correo no se poblasen con tropas de los famosos marines de la caballería, la afirmación del teniente probablemente seguiría sin tenerse en cuenta. Hizo un gesto y nos dejó con nuestro escepticismo. Resulta exasperante para un hombre honorable y serio que le tomen por mentiroso o por bromista en un momento en el que está siendo totalmente serio y honorable. En cualquier caso, cuando desembarcamos, nos encontramos que Siboney era un hervidero de noticias. Entonces era verdad; esa colección de barcos mal gobernados había zarpado y sufrido la paliza mortal que le correspondía legítimamente a..., no lo sé..., a alguien de España..., o tal vez a nadie de parte alguna. Siempre te gusta criticar la ineptitud, pero sientes emociones encontradas sobre ese tipo de ineptitud que no es personal, sino consecuencia del devenir de los siglos. Este tipo de ineptitud no puede ser personificada. No hay una cabeza que la contenga por entero, a la que se pueda golpear. Ésta es la idea, me imagino, que movía a los hombres y a los oficiales de nuestra flota. Casi enseguida comenzaron a referirse al almirante español como el «pobre muchacho», con la lúcida sugerencia en el tono de que su destino se les antojaba excesivamente duro y cruel. Y, sin embargo, las armas españolas no acertaron ni un blanco. Si alguien dispara debería acertar a algo de vez en cuando y los hombres decían que, desde que los barcos españoles salieron del puerto hasta que fueron hundidos uno tras otro, no dejaron de disparar. Bueno, sólo puedes farfullar que cuando alguien dispara debe exigírsele que alguna vez acierte.

En realidad, el hecho más importante, tanto de la campaña terrestre como marítima, es que los españoles sólo dieron en los blancos por casualidad, de chiripa. Si hubiese habido un buen tirador, el primero de julio ni una sola de nuestras dos divisiones hubiera puesto el pie en la colina de San Juan. Los habrían hecho pedazos. Los españoles inicialmente no carecían de munición, ya que dispararon lo suficiente como para matar a la población de cuatro grandes ciudades. No admito las referencias a Velázquez ni a Cervantes en esta discusión, aunque se les ha invocado para argumentar razonamientos que no logro entender. Bueno, de cualquier manera, no eran capaces de acertarle a nada. ¿Velázquez? Sí. ¿Cervantes? Sí. Pero las tropas españolas parecían tener por único objetivo disparar lo más rápidamente posible. Así

perdimos muchos hombres. Los perdimos por la simple ferocidad del fuego; nunca porque el fuego fuese inteligente o estuviese bien dirigido. Pero a los americanos les tocó ser zurrados por culpa de Velázquez y Cervantes. Era absurdo.

Allá, en las laderas de San Juan, brillaban las tiendas blancas. Tenía lugar alguna negociación y los hombres permanecían sentados, esperando. Todo se reducía más bien a confusas charlas entre oficiales y la súplica de buena comida y agua. Una vez, Leighton y yo decidimos ir a El Caney, pueblo al que los refugiados civiles llegaban en torrente desde Santiago. La carretera desde la ciudad sitiada hasta el exterior del pueblo era un espectáculo lamentable. Se veía caminar a delicadas familias de alta alcurnia, los estúpidos botines franceses de las muchachas torciéndose y convirtiéndose en una suerte de materia inservible; había hijos y nietos cargando con el venerable patriarca en su propio sillón. Madres exhaustas con niños que berreaban. Jóvenes dandis con sus ropas desmejoradas. Mujeres desconcertadas y sin rumbo, que no sabían qué había ocurrido. La primera frase que se oía era el murmullo: «¡Maldita pena!». Vimos a un soldado impío del Segundo de Caballería detener bruscamente un carro.

—Espera un momento, tienes que llevar a esta mujer. Ya se ha desmayado dos veces.

El virtuoso conductor del carro del ejército americano respondió suavemente:

—Pero voy lleno.

—Puedes hacerle un hueco —dijo el soldado del Segundo de Caballería. Era un hombre muy joven de boca recta, prácticamente inexistente. Pero, gracias a Dios..., gracias a Dios no tenía el más mínimo sentido del escalafón. Añadió:

—Si tienes a alguien que pueda caminar, lo sacas y dejas subir a esta mujer.

—Pero —contestó el conductor—, estoy cargado de lisiados y de abuelas.

Discutieron la cuestión con honradez y, finalmente, la mujer subió al carro.

Lo que llamaba la atención era que esa gente aparentemente no sufría. De alguna manera parecían como atontados. No había lágrimas. Prácticamente no se veían semblantes que no pareciesen totalmente despreocupados. No había síntomas de teorías fatalistas. Ocurría sencillamente que lo que pasaba hoy había sucedido ayer. Podías imaginarte que les echaban de sus casas cada día. Se mostraban tremendamente, totalmente indiferentes. Y aceptaban las atenciones de los nuestros de la misma manera. Todo consistía en dejarse llevar. Yo tenía una cantimplora llena. Era tremendamente consciente de lo que significaba, porque una cantimplora llena valía su precio en oro; se trataba de algo grande. Suponía algo grandioso que te llevaba a elevar plegarias de agradecimiento por ser más afortunado que diez mil hombres mejores que tú.

Leighton y yo seguimos avanzando y llegamos hasta un árbol bajo el cual se había detenido una familia de refugiados: un hombre, su mujer, dos bonitas hijas y un hijo lleno de granos. Parecía evidente que eran pudientes, porque las chicas se habían arreglado para el éxodo y llevaban corsés que aprisionaban sus siluetas con la

vehemencia de una faja de acero poco apropiada para caminar hacia un pueblo distante por un camino soleado. Nos pidieron agua. El agua era el oro del momento. Leighton se mostraba casi excesivo en su generosidad. Recuerdo haberme enfadado con él. Despilfarró en ellos toda su cantimplora y no recibió a cambio ni una mirada de... ¿qué...?, ¿reconocimiento? No, ni siquiera lo agradecieron. Leighton no era un ser humano, sino una especie de manantial. Lo aceptaron como un puro fenómeno de la naturaleza. Su cantimplora simplemente era un hallazgo. Mientras tanto, se acercó a mí el chico de los granos. Me pidió agua y me extendió una taza del tamaño de una pinta. Mi reacción fue inmediata. Incliné mi cantimplora y llené casi una pinta con mi tesoro. Miró la taza y observó que, aparentemente, había en ella cierto sedimento del que únicamente eran responsables él o su gente. En los campamentos americanos los hombres estaban acostumbrados a los sedimentos. Bien, pues él observó el contenido de la taza, la tiró al suelo negligentemente y volvió a levantarla pidiendo más. Le di más. Le llené la taza de nuevo, pero algo dentro de mí me hacía blasfemar sin parar. Él no entendió nada. Después miré a ver si eran capaces de conmovearse con sus compañeros menos afortunados y si los ayudaban en su triste camino. ¡Ellos no! Y tampoco ningún otro, nadie se preocupaba por nadie, excepto mi joven amigo del Segundo de caballería, que iba de un lado a otro muy serio, tratando de hacer lo que podía por la gente, que le veían como al resultado de un extraño trastorno.

La batalla en El Caney había sido feroz. El general Vara del Rey, con algo menos de mil hombres —las cuentas de los españoles dicen que quinientos veinte— opuso tal resistencia que sólo unos ochenta maltrechos soldados salieron de aquello. El ataque le costó a Lawton unos cuatrocientos hombres. ¡El rifle de repetición! Pero el pueblo era ahora una gran jaula de papagayos, con las hablaturías de los refugiados. Si en el camino parecían silenciosos, indiferentes y serenos, en el pueblo recuperaron sus lenguas y montaron un alboroto difícilmente repetible. Especialmente las mujeres; son ellas las que invariablemente equivocan la definición de las situaciones y te preguntabas sorprendido si ese gallinero irresponsable y chillón habría olvidado que ese pueblo había sido el lecho de muerte de decenas de valientes soldados, cuya sangre aún no se había secado; cuyas manos, del color del pálido ámbar, sobresalían de la tierra en sus sepulturas improvisadas. De camino a El Caney recordé la imagen de las mujeres de Santiago, orgullosas en su dolor, su desesperación, echando desafiantes miradas de desprecio, de odio hacia el invasor; damas fieras, feroces, tan leales a sus derrotados, a sus muertos, que desdeñaban la existencia de esos patanes de baja ralea que carecían tanto del espíritu de Velázquez como de Cervantes. Y en su lugar estaba ese ruido simple, que te recordaba alternativamente a un té en Irlanda, a una fiesta del Sur de Francia y al vacuo alarido matutino de una multitud de gaviotas.

—Bien, ahí está doña María, esto le bajará los humos, le enseñará mejores modales para con sus vecinos. No era tan altiva cuando envió al golfo de su criado a pedirme esta mañana algo de café y luego, cuando me la encuentro en la calle..., por Dios, está demasiado ciega como para verme. Pero aquí somos todos iguales, ¿no? El

pequeño Juan tiene malo el dedo del pie. Sí, doña María, muchas gracias, muchas gracias. Juan, hazme el favor de estarte callado mientras doña María pregunta por tu dedo. Ay, doña María, nosotros siempre hemos sido pobres, siempre, pero usted. Se me rompe el corazón cuando veo lo difícil que es para usted. ¡Vieja arpía! ¡Me pone de los nervios!

Abriéndonos paso entre la muchedumbre de la plaza, avistamos la puerta de la iglesia, y allí tuvo lugar una escena extraña. La iglesia se había transformado en un hospital para los heridos españoles caídos en poder de los americanos. El interior, por su oscuridad, era demasiado parecido a una cueva, demasiado para los ojos de los cirujanos, así que habían trasladado el altar hasta la puerta, donde brillaba la luz. Enmarcado en el arco negro de la entrada estaba el altar, con el cuerpo de un hombre sobre él. Permanecía desnudo excepto por unos calzones remendados y tan próxima, tan clara era la sugestión eclesiástica, que la mente te saltaba inmediatamente a la fantasía de que esa figura delgada y pálida acababa de ser arrancada de la cruz. El fogonazo de la impresión fue luminoso y, por un instante, iluminó hasta el último resquicio oscuro de una idea remota de sacrilegio. Os comento esto como mero efecto, efecto mental de luces y sombras si os parece, algo elucubrado con el pensamiento, similar a lo que hacían los impresionistas franceses con el color; algo sin sentido y, al mismo tiempo, sobrecogedor, apabullante, monstruoso.

—Pobre diablo, me pregunto si saldrá de ésta —comentó Leighton.

Un cirujano americano y sus ayudantes se esmeraban sobre la figura postrada. Llevaban delantales blancos. Algo pequeño y plateado brilló en la mano del cirujano. Un ayudante sostenía la esponja piadosa cerca de los orificios nasales del hombre, pero él se retorció y gemía entre terribles sueños generados por aquel letargo artificial. Mientras el instrumento del cirujano operaba, me imaginé que el hombre soñaba que era corneado por un toro. En su balbuceo suplicante y delirante surgía constantemente el nombre de la Virgen, la Santa Madre.

—Buenos días —dijo el cirujano.

Se cambió el bisturí a la mano izquierda y me extendió una palma húmeda. Las puntas de sus dedos estaban arrugadas, encogidas, como las de un niño que ha estado bañándose durante demasiado rato. Frente a la puerta había tres centinelas americanos, y su misión era... ¿hacer qué? ¡Evitar que la muchedumbre española se apiñase sobre la mesa de operaciones! Era prácticamente una clínica pública. Las mujeres y los niños, más débiles, se apretujaban en la parte trasera, según su fuerza; mientras que los más fuertes, observando boquiabiertos en primera fila, gritaban con impaciencia cuando los empujones interrumpían sus atentas miradas. Quemaba por dentro no poder hablar. Deseabas decir:

—Tengan la decencia de dejar a ese hombre solo con su dolor, mirones. Esto no es el deporte nacional.

Pero en la iglesia había una audiencia de otro tipo, formada por los otros heridos que esperaban su turno. Extendían sus mantas marrones sobre el suelo de piedra. Sus

ojos también estaban fijos en la mesa de operaciones, pero aquello era diferente. Hombres de mirada dócil y tez amarillenta, echados en el suelo, que esperaban su turno.

Una tarde permanecía sentado en el porche de una de las casas de Siboney con un corresponsal amigo. Un tipo corpulento se acercó a paso lento, montado a caballo. Cuando vio a mi amigo frenó bruscamente:

—¡Sooooo!, ¿dónde está el mulo que te dejé?

Mi amigo se levantó y saludó.

—Aún lo tengo, mi general, gracias —contestó mi amigo.

El hombre corpulento agitó el dedo.

—No lo pierdas ahora.

—No, señor, no lo haré, gracias, señor.

El hombre corpulento se alejó en su caballo.

—¿Quién demonios era ése? —dije yo.

Mi amigo se rió.

—El general Shafter^[38] —contestó.

Di cinco dólares por el contraamaestre; un muchacho pequeño, negro y astuto de Jamaica. La primera vez que lo vi era propiedad de un oficial de máquinas del Criton. Lo había encontrado —pequeña rata de embarcadero— en Puerto Antonio. Yo no estaba comprando un esclavo, sino que el oficial de máquinas creía que había gastado unos cinco dólares en un montón de cómicas provisiones para el contraamaestre, incluyendo un pequeño traje de marinero. El contraamaestre era un chico negro ágil y fantástico. Sus ojos eran como luces blancas y sus dientes una hilera de pequeñas teclas de piano; por lo demás, era negro. Había sido jinete y grumete; y tenía ademanes de caballero. Desde que comenzó a servirme, no creo que hubiese una sola vez en que me fuese útil, excepto cuando me contaba curiosas historias sobre Guatemala, país en el que parecía haber vivido buena parte de su existencia infantil. Habitualmente hacía los recados de manera muy divertida, como a pequeñas carreras, cada una de unas quince yardas de distancia. En Siboney dormía bajo mi hamaca como un perrillo faldero y yo siempre temía que, si se me rompía una cuerda, yo caería y lo aplastaría. Su incompetencia era espectacular. Cuando deseaba que hiciese algo, la angustia de supervisar su labor era peor que la de hacerlo yo mismo. Hubiese sido más fácil cuidar yo mismo de mis espuelas, mis botas o mi manta que tener que preocuparme de su servicio ineficaz. Pero su lado bueno residía en la perspectiva humorística. Parecía un niño, un ratón, un pillo y un siervo devoto. Era enormemente popular. Su nombre de contraamaestre se convirtió en algo típico en Siboney. Todo el mundo le conocía. Era un nombre tan popular como el de presidente McKinley, almirante Sampson o general Shafter. El contraamaestre se convirtió en un personaje. Un día se me acercó con cuatro billetes de dólar de los Estados Unidos de América. Me rogó que los protegiera de él y los guardé pomposamente en mi pantalón de montar, con un aire que significaba que sus fondos estaban ahora tan seguros como

en el Banco Nacional. También le pregunté sorprendido de dónde había sacado tanto dinero. Y él admitió con franqueza que se lo había dado un soldado entusiasta, como tributo a su encanto personal y a sus modales impecables. No era algo tan sorprendente en Siboney, donde el dinero carecía de cualquier valor. No merecía la pena llevar dinero encima. Sin embargo, un día vino a nuestra casa un soldado y preguntó:

—¿Tienes algo más de tabaco para vender?

Como hombres dignos en la pobreza, respondimos con indignación:

—¿Qué tabaco?

—Pues el que vende por ahí el pequeño negrillo.

Llamé:

—¡Contramaestre!

Él respondió:

—Sí, amo.

Llevaban en camillas ensangrentadas hombres heridos hasta el hospital de al lado.

—Contramaestre, has estado robándome tabaco.

Su defensa fue tan gloriosa como la de esas misiones desesperadas de las historias novelescas, que crecen y luego mueren silenciosamente. Mintió tan desesperadamente, tan salvajemente, tan desaforadamente como nunca lo había hecho nadie antes.

Un día, una delegación del Treinta y Tres de Michigan se me acercó y preguntó:

—¿Es usted el propietario del contramaestre?

—Sí —respondí.

Y me dijeron:

—¿Sería usted tan amable de hacer el favor de darnoslo?

Se esperaba una gran batalla para el día siguiente.

—Vaya —respondí yo—, si lo quieren pueden quedárselo. Pero es un ladrón y no dejaré que se vaya salvo que él lo pida.

La gran batalla tuvo lugar al día siguiente y el contramaestre no desapareció en ella; pero mi interés se esfumó igual que un vagabundo en la niebla. Mi interés por la batalla hizo que el contramaestre se disolviera ante mis ojos. ¡Pobre golfillo! Me dolió dejarle ir. Era un granuja tan inocente. Lo sabía todo sobre cómo robar. De cualquier manera, le cogías cariño. Era un golfo nato. No era un golfo educado. No hay quien aguante a los golfos educados. Su rufianismo era simple, sencillo.

Espero que la Treinta y Tres de Michigan no llegase a casa desnuda. Confío en que el contramaestre no tuviese éxito quitándoles todo. Si el contramaestre se construye un palacio en Detroit, sabré de dónde ha sacado el dinero. Lo consiguió de la Treinta y Tres de Michigan. Pobre muchacho. Sólo tenía once años. Se desvaneció. Había pensado conservarlo como recuerdo, casi como se conservan bayonetas olvidadas o fragmentos de proyectiles. Y en lo que se refiere a los bolsillos de mis pantalones de montar, contenían cuatro dólares de los Estados Unidos de América.

¡Contramaestre!, ¡eh, contramaestre!; ¿dónde estás? Así transcurrió la mañana de la batalla.

Estaba en la colina de San Juan cuando el teniente Hobson y los hombres del Merrimac^[39] iban a ser intercambiados y devueltos a las filas americanas. Muchos de nosotros sabíamos que el intercambio iba a tener lugar y nos agrupábamos para ver al célebre grupo. Algunos de nuestros oficiales del Estado Mayor cabalgaban con tres oficiales españoles —prisioneros—; estos tres últimos con los ojos vendados hasta cruzar la posición americana. El ejército estaba encargándose de sus propios asuntos a lo largo de las trincheras cuando avistaron la pequeña procesión.

—¿Qué es eso? ¿Qué van a hacer?

—Van a intercambiar a Hobson.

Muchos hombres preguntaban dónde había una buena perspectiva desde la que contemplar a los héroes liberados y dos grupos se prepararon para colaborar en The Star Spangled Banner^[40]. Fue una espera larga en el transcurso de la tarde soleada. En nuestra impaciencia, nos los imaginamos —a los americanos y a los españoles— regateando bajo el gran árbol como comerciantes. En un momento, influidos por un rumor, la masa se tensó en ese dramático y emocionante momento en el que cada hombre está a punto de estallar. Pero el rumor se desinfló justo a tiempo. Hicimos chistes malos, comentando que las negociaciones habían evidenciado que la diplomacia era un fracaso y que se estaban jugando al póquer el lote entero de prisioneros.

Pero de pronto, llegó el momento. A lo largo de la carretera cortada, hacia la muchedumbre de soldados, cabalgaban tres hombres, y era evidente que el del centro vestía el uniforme habitual de un oficial de la marina de los Estados Unidos de América. La mayoría de los soldados aparecían despatarrados en la hierba, aburridos y cansados bajo el sol brillante. Pero se levantaron ante la vieja ostentación circense, el anuncio de que se acercaba la procesión: «Aquí llegan». Entonces, los del ejército regular hicieron algo. Se levantaron en masa y se pusieron «firmes». Luego hicieron otra. Izaron lentamente todos y cada uno de los maltrechos sombreros y los dejaron caer hasta tocar la rodilla. Se produjo un grandioso silencio, únicamente roto por los ajustados sonidos de los cascos de los caballos de la pequeña compañía mientras cabalgaban por el camino. Fue solemne y fúnebre esa espléndida y silenciosa bienvenida a un hombre valiente ofrecida por soldados que habían ganado una colina con sangre y muerte; sencilla, honestamente, sin sentido de la superioridad, a sangre y muerte.

Entonces, de pronto, la escena se desbarató. Antes de llegar al pie de la colina, Hobson estaba saludando a derecha y a izquierda como otro Boulanger^[41] y, por encima del estruendo de los nutridos grupos de gente, podías oír el venerable arranque: «Señor Hobson, me gustaría estrechar la mano del hombre que...». Pero la verdadera bienvenida había sido la bienvenida silenciosa. Me estremecí de nuevo cuando llegó la cola de la procesión, un carromato del ejército que contenía a los

soldados de marina participantes en la aventura del Merrimac. Recuerdo cabezas sonrientes, asomándose por la cubierta de lona del carronato. Y el ejército de tierra hablando a la Marina.

—Entonces, Jackie, ¿qué se siente?

Y la Marina se levantaba y contestaba:

—¡Genial! Muy agradecidos de que hayáis venido, muchachos.

—Dime, Jackie, ¿de todos modos por qué te arrestaron? ¿Por robar guita?

La Marina aún sonreía. Aquello era auténtico. Era el sencillo intercambio del lenguaje entre hombres.

Algunos de nosotros formamos fila detrás de aquella pequeña pero majestuosa procesión y la seguimos hasta el cuartel general del general Shafter, a unas millas de la carretera a Siboney. Tengo la vaga impresión de haber presenciado el encuentro entre Shafter y Hobson, pero la impresión termina ahí. En cualquier caso, sí recuerdo haber escuchado una conversación entre ellos sobre los hombres de Hobson, y luego llamaron a los marineros para que los felicitara el general al mando del Quinto Cuerpo del ejército. La escena se desarrolló a la agradable sombra de una densa arboleda. El general estaba sentado en su silla. Su tripa apuntaba ridículamente hacia adelante, como si hubiese adoptado alguna especie de inflamación artificial. Parecía un dios chino^[42]. Si los marinos hubiesen comenzado de repente a quemar unos palitos de incienso, la mayoría de los espectadores no se habría sorprendido. Pero sus palabras fueron claras, tranquilas, propias de un soldado; las palabras de un soldado a otros soldados. Los marinos estaban de buen humor. A una indicación de su oficial, se alinearon delante del general, se sonrieron pudorosamente unos a otros, hacían cómicos intentos por corregir su posición y... miraban con ojos tímidos. Tímidos. Parecían niños malos a los que han cazado flagrantemente. No tenían sensación alguna de superioridad. Había autenticidad.

Muy pronto, después de aquello, terminó para mí la campaña. Cogí fiebre. Hoy en día no estoy seguro de qué tipo era. La definieron de varias maneras. Sé que al principio desarrollé una lánguida indiferencia hacia todo. Luego la tendencia a montar a caballo igual que un hombre que se tumba en un catre. Después..., después, no estoy seguro... creo que desvarié y gruñí contra Siboney durante varios días. Mis colegas, Scovel y George Rhea, me encontraron y se volcaron conmigo, pero yo no sabía si el puente de Londres se estaba desmoronando o si estábamos en guerra con España. Todo me daba igual. ¿Y qué? Nada. Tal vez había ocurrido todo. Pero a mí nada me importaba. La vida, la muerte, el deshonor, no significaban nada para mí. Lo único que me interesaba eran los pepinillos. ¡Pepinillos a cualquier precio! ¡Pepinillos!

Si hubiese sido el padre de cien hijas en apuros, me habría despedido de ellas señalando que, por mí, podían irse al infierno. No era un estado anímico. Un estado de ánimo lo puedes vencer. Era una estado físico. A veces no puedes vencer un estado físico. Oía conversaciones de Siboney y a veces contestaba, pero permanecía tan

indiferente como la estrella de mar que se arroja a la arena para morir. Lo único real en el universo era que mis venas ardían y hervían. Finalmente, Rhea me llevó ante el cirujano del ejército y éste me observó con su saludable y aguda mirada. Luego extendió un certificado para que me enviaran a casa. Rhea se encargó de llevarme desde la orilla al buque de transporte. No estoy seguro de si fuimos en bote o en globo. Creo que en bote. Rhea me empujó a bordo y me tambaleé dócilmente hasta el capitán del navío, una persona corpulenta, en buena forma, que paseaba con estruendo por cubierta.

—Ejem, sí; bueno, vale. ¿Tienes tu propia comida? Eso espero, por los clavos de Cristo, ¿no esperarás que te alimentemos, verdad?

Con lo que me fui a la barandilla y llamé débilmente a Rhea, pero él ya estaba lejos. Entretanto, el capitán señalaba por lo bajo que, por los clavos de Cristo, no podía esperar que me alimentasen. Yo no esperaba que lo hicieran. Me daba igual que me alimentasen. No deseaba otra cosa que una pausa indolora, el olvido. Los insultos de ese golfo zampabollos no me afectaban entonces; me afectan ahora. En este momento me gustaría decirle que, a pesar de que me gustan los pastores escoceses, los fox-terriers, e incluso los perros de lanas con ricitos, él no me agradaba. Era libre de considerarme superfluo y arrojarme por la borda, pero no tenía derecho a hablar tan groseramente a un enfermo. De hecho, le odio, está mal, pierdo toda la ética que poseía... pero... le odio, y os pido que imaginéis una vaca lechera con conocimientos de navegación capitaneando un barco... perfectamente capaz de capitanear un barco y... bueno, en fin, dejémoslo estar.

Me arrastraba por la cubierta del barco cuando de pronto alguien me embistió violentamente y me preguntó:

—¿Quién demonios es usted, señor?

Le dije que era corresponsal. Me preguntó si sabía que tenía la fiebre amarilla. Respondí que no. Chilló:

—Bueno, por amor de Dios, aíslese, señor.

—¿Dónde? —dije yo.

Ante esta pregunta casi le salía espuma por la boca. Creí que iba a golpearme.

—¿Dónde? —rugió—. ¿Cómo demonios voy a saberlo, señor? Sé tanto de este barco como usted, señor. Pero aíslese, señor.

Mi cerebro nublado trataba de comprender esas órdenes. Ese tipo era médico del Ejército Regular y era necesario obedecerle, así que me esforcé por comprender lo que quería decir con esos gritos de gorila.

—De acuerdo, doctor, me aislaré; pero me gustaría que me dijera adónde ir.

Entonces explotó con tal volcánico humor que me agarré a la barandilla y contuve la respiración.

—Aíslese, señor, aíslese. Es todo lo que tengo que decir. No me importa lo más mínimo dónde vaya, maldita sea, pero cuando llegue allí, permanezca en su sitio, señor.

Así que deambulé un poco y acabé en la cubierta de popa. Con la cabeza apoyada en el mástil y mi cuerpo flácido estirado sobre una pequeña manta. No sentía lástima de mí mismo. Nada me importaba. Y, sin embargo, ahora que pienso en ello, la situación era bastante emocionante..., tenía por delante un viaje de cuatro o cinco días..., sin comida..., sin amigos..., sobre todo sin amigos, aislado en una cubierta y bastante enfermo.

Cuando regresé a los Estados Unidos fui capaz de conmover a mis amistades femeninas y hacerlas llorar con el relato de este viaje; así que, después de todo, no fue tan malo. Me mantuvieron en mi pequeño reservado de popa, pero también recibí grandes dosis de amabilidad. A la hora de la comida, me deslizaban un plato de latón con algo, normalmente tomates asados y pan. Los soldados siempre se portan bien. Y hasta cierto punto, la mayoría de ellos estaban en peores condiciones que yo... Pobres muchachos vendados, mirando con tristeza las olas. En cierto modo, les comprendía bien. Primero teniente a los cuarenta años, luego capitán a los cincuenta, comandante a los ciento dos, teniente coronel a los seiscientos veinte, coronel a los mil y general de brigada a los nueve millones, setecientos sesenta y ocho mil doscientos noventa y cinco o más. Haría falta vivir dos billones de años para conseguir un rango relevante en el Ejército Regular. Y, por supuesto, todos tenían mujeres trémulas en remotos confines del Oeste, que esperaban noticias con lo peor, lo mejor o lo intermedio.

Durante el mal tiempo, los oficiales formaban una especie de grupo con todos los brazos y piernas sanos y, a fuerza de agarrarse unos a otros, conseguían moverse desde sus sillas de cubierta hasta sus camarotes y de sus camarotes de nuevo a cubierta. Y así vivieron hasta que el barco llegó a Hampton Roads. Redujimos la velocidad frente a la curiosa mezcla de hoteles y baterías en Old Point Comfort y, en lo alto del mástil, colocamos la bandera amarilla, la oscura enseña de la peste. Entonces presenciamos algo que nos hizo ver que, con toda la carga de heridas, fiebre y hambre, habíamos olvidado al cuarto elemento de la guerra. Ondeaba la bandera amarilla, pero se nos acercó una lancha y dio rápidos círculos a nuestro alrededor. Había en ella una mujer pequeña, que no hacía más que mirar, mirar y mirar. Nuestro buque era tan alto que sólo podía ver a los que estaban cerca de la barandilla, pero ella seguía mirando y mirando. Estaba claro, estaba todo bastante claro, pero me rompió el corazón el temor de que no fuese a encontrar a quien buscaba. En ese momento se produjo el alboroto de algunos soldados negros del Veinticuatro de infantería y, dos de ellos, corrieron a popa hasta el coronel Liscum, el valiente oficial. Sus caras se adornaban con negras sonrisas de placer.

—Coronel, ¿no es esa la señora Liscum, coronel?

—¿Qué? —dijo el viejo. Se levantó rápidamente y se asomó a la barandilla con el brazo en cabestrillo. Gritó:

—¡Alice!

La mujer pequeña le vio y se cubrió instantáneamente la cara con las manos,

como si la hubiese cegado un fogonazo. No profirió ninguna otra manifestación, todo residía en ese simple y rápido gesto, pero nosotros lo comprendimos. Nos habló. Nos hablaba de lo nuestro. Y como en una visión todos presentimos a nuestros seres queridos. Los que teníamos seres queridos.

Me encontraba casi bien, había vencido la fiebre amarilla, así que me permitieron desembarcar con los primeros. Y entonces ocurrió algo extraño. Una dura campaña, llena de carencias, necesidades y ausencias, le lleva a uno rápidamente a apreciar las cosas largamente descuidadas y olvidadas. En el campamento, en algún lugar del bosque entre Siboney y Santiago, solía pensar en batidos con helado. Había pasado sin probarlos, sin echarlos de menos durante muchos años —de hecho creo que los odio—, pero ahora soñaba con ellos, me moría de ganas. No podía quitármelos de la cabeza por más que intentaba concentrarme en los cangrejos de tierra y el barro que rodeaba. Ciertamente, había sido un hito en mi infancia, pero desearlo desesperadamente en el año 1898 era tan ilógico como ansiar desesperadamente queroseno. Todo lo que podía hacer era prometerme a mí mismo que, si volvía a los Estados Unidos, iría inmediatamente al chiringuito más cercano y terminaría con sus existencias. Con voz alta y fuerte diría, «de naranja, por favor». Y aquí está lo extraordinario del asunto: tan pronto como desembarqué fui al chiringuito más cercano y con voz alta y fuerte dije, «de naranja, por favor». Recuerdo a un hombre que, de manera similar, se volvió loco por los melocotones en lata y recorría la faz de la Tierra, diciendo lastimeramente: «¿Tiene usted melocotones?».

La mayoría de los heridos y enfermos tenían que ser catalogados y organizados en secciones y registrados concienzudamente, de modo que llegué a tiempo para obtener una plaza en el porche del hotel Chamberlain, mientras veía cómo llevaban a mis camaradas de a bordo al hospital. El porche estaba atestado de mujeres ataviadas con vestidos de verano ligeros y atractivos y de apuestos oficiales provenientes del alcázar. Era como un jardín de flores. Me sobrecogía. Todo ese lujo refinado, esa suave atención y esa fragancia y color, resultaban completamente nuevos. Al otro lado de la estrecha carretera, frente al porche del hotel, había otro jardín de flores similar. Dos compañías de voluntarios abrieron un camino entre la muchedumbre de la calle y, después, a través de esa vía, trascurrió una curiosa procesión. Nunca había visto algo parecido. Nunca había visto una banda como aquella de lisiados vendados, sucios, andrajosos, escuálidos y medio muertos de hambre. Como es natural, muchos no podían caminar y algunos viajaban hacinados en un gran carro arrastrado por un tranvía. También avanzaban lentamente muchas camillas. Cuando aquella multitud comenzó a pasar delante del hotel, los jardines de flores emitieron un ruido que haría temblar a cualquiera. Se parecía a un gemido, o tal vez a un sollozo... O quizás no, era algo que iba más allá del gemido o del sollozo. De cualquier manera, de todo aquello formaba parte el sonido del llanto de mujer. El sonido del llanto de mujer.

¿Y cómo reaccionaban estos protagonistas de grandes hazañas al ser recibidos por la gente de esa manera? ¿Se sonreían y mostraban aspecto de estar deseando contar a

todo el mundo todo lo que había pasado? No: bajaban la cabeza, como cualquier delincuente habitual. La mayoría, durante esta improvisada pero enormemente elocuente recepción, parecía sufrir de algo parecido al miedo escénico. Carecían de cualquier sentimiento de superioridad, eso era. Evidentemente, estaban deseando ceder la palabra a todos esos generales de división que, después de la guerra, hablaron tanto que terminaron devaluando sus hazañas en todo el mundo.

El episodio había terminado. Y podéis estar seguros de que no os he contado prácticamente nada, nada de nada, de nada.

LA SEGUNDA GENERACIÓN

I

CASPAR CADOGAN decidió que iba a ir a las guerras del trópico y hacer algo allí. La atmósfera se había impregnado de la pompa azul y dorada de los soldados y en todos los oídos resonaban los acordes de la gloria militar. El padre de Caspar era senador de los Estados Unidos por el gran Estado de Skowmulligan, donde proliferaba la fiebre bélica. La sangre de muchos hijos de millonarios es fría, pero a Caspar le atacó esa fiebre y escribió a Washington. Su padre nunca le había negado nada y esta vez lo único que Caspar quería era una pequeña capitania en el ejército, una simple y pequeña capitania.

El viejo había estado agasajando a una delegación de respetables timadores de Skowmulligan, que se habían dirigido a él para asuntos no precisamente públicos.

Aún quedaban botellas de *whisky* y cajas de puros en la mesa del suntuoso salón privado. El senador sentenció:

—Bien, caballeros, haré lo que pueda por ustedes.

Con esta frase, sólo él sabía lo que quería decir.

Entonces se dirigió a su ansioso hijo:

—¿Y bien, Caspar?

El joven reveló sus modestos deseos. La culpa no era del todo suya. La vida le había enseñado a tener una amplia fe en sus propias habilidades. Si alguien le hubiese dicho que no era más que un simple y maldito tonto, él habría abierto los ojos como platos ante la falta de juicio de la persona en cuestión. Toda su vida la gente le había admirado.

El veterano de Skowmulligan miró a los ojos de su hijo con desaprobación.

—Bien, Caspar —dijo lentamente—, soy de la opinión de que ya disponen de todos los expertos en golf, campeones de tenis, reyes del cotillón, afinadores de piano y maestros de billar que realmente necesitan como oficiales. Ahora que si fueras un soldado...

—Ya lo sé —dijo el joven con un gesto—, pero no soy del todo tonto, espero, y creo que si consigo una oportunidad podré hacer algo. Me gustaría intentarlo, de verdad que me gustaría.

El senador encendió un puro y adoptó una actitud de profunda reflexión.

—S-sí, pero este país está lleno de jóvenes que no son tontos. Lleno.

Caspar ardía en deseos de responder que, aunque admitía la profusión de jóvenes que no eran tontos, él tenía la impresión de poseer interesantes y particulares habilidades que le permitirían dejar su impronta en cualquier cosa que se propusiera con seriedad. Pero no hizo esta digna afirmación, ya que de vez en cuando detectaba un aire irónico en el temperamento de su padre. El veterano de Skowmulligan no había pensado en expresar una opinión sobre sus propias habilidades desde el año 1865, cuando era joven, como Caspar.

—Bueno, bueno —dijo finalmente el senador—, veré lo que puedo hacer..., veré lo que puedo hacer.

El joven se veía obligado a esperar hasta que finalizase el característico método de pensamiento de su padre. El veterano nunca daba una respuesta rápida. Y, si alguien trataba de meterle prisa, sólo conseguía provocar en él sentimientos de irritación por tener que tomar una decisión. Su mente se movía como el viento, pero la práctica había provocado que llegara a las conclusiones con calma. Este viejo de ligero y rápido pensamiento había aprendido a moverse como un carro de bueyes. Caspar dijo:

—Sí, señor.

Se retiró a su club donde, a las preguntas afectuosas de algunos amigos envidiosos, respondió:

—El viejo ha puesto la idea en remojo.

La mente del veterano tomó una decisión mucho antes de lo que Caspar esperaba. En Washington un gran número de distinguidos y elegantes jóvenes estaban siendo nombrados tenientes, capitanes y, ocasionalmente, comandantes. Se trataba de una colección de muchachos fuertes, sanos y agudos. Un lote de primera. Un mariscal de campo alemán se habría mostrado encantado de contar con ellos... para mandarlos a la academia. En cualquier parte del mundo habrían causado una fantástica impresión como materia prima, pero, intrínsecamente, no eran tenientes, ni capitanes, ni comandantes. Eran hombres excelentes, pero la humanidad es sólo una parte esencial en los tenientes, los capitanes y los comandantes. De alguna forma, todo esto encerraba la misma lógica que bañarse en el mar dentro de una caseta-vestuario de playa.

El senador se encontró razonando que Caspar era tan bueno como cualquier otro, y mejor que muchos de ellos. Enseguida empezó a lamentarse aquí y allá de que su hijo debía tener una oportunidad.

—El chico es bueno, te lo aseguro, Henry. Está loco por ir y no veo por qué no iban a darle una oportunidad. Tiene mucho valor y es incisivo como un látigo. Voy a conseguirle un puesto y, si tú puedes hacer algo por ayudarlo, me gustaría que lo hicieras.

Luego se fue a la Casa Blanca y al Departamento de Guerra para mover algunos hilos. La gente cree que las administraciones están siempre deseando complacer al

partido ciega y servilmente. No lo están, de hecho desearían que el partido ardiera en llamas, ya que mediante el poder de miles de palabras, miradas, gestos y escritos, el partido coge a la Administración por las narices y se las retuerce, y la Administración no se atreve ni a chillar. La enorme fuerza que logra el éxito en unas elecciones observa a la Administración llena de reproche y le dice: «Dame mi bocado». Es algo muy pequeño con lo que recompensar a un coloso.

El veterano de Skowmulligan cogió su bocado y lo llevó al hotel, donde Caspar, con aire taciturno, estaba leyendo rumores sobre la guerra.

—Bueno, hijo mío, aquí lo tienes.

Caspar era capitán y ecónomo del Estado Mayor del general de brigada Reilly, comandante de la Segunda brigada de la Primera División del Trigésimo Cuerpo del ejército.

—He tenido que trabajármelo —dijo el senador en tono grave—. Me hablaban como si fueses una especie de idiota cabeza hueca. Ninguno parecía conocerte personalmente. Sencillamente, lo daban por hecho. Al final tuve que ponerme hecho una furia.

Hizo una pausa; su rostro macizo y arrugado se tornó duro; sus ojos azules brillaban. Dio una palmada en el brazo de la silla.

—Caspar, te he metido en esto y creo que lo harás bien, y no te lo digo porque desconfíe de tu buen sentido ni de tus agallas. Pero quiero que entiendas que tendrás que sacarlo adelante. No te voy a soltar ninguna estupidez sobre tu país o tu bandera. Todo eso ya lo sabes. Pero ahora eres un soldado y tendrás que ocuparte de esto y aquello, tendrás que luchar, y hacerlo dando lo mejor de ti mismo. No sé hasta qué punto supondrá un lío, pero cualquier problema es siempre suficiente para mostrar si uno es hombre. Tienes tu puesto, y eso es todo lo que yo puedo hacer por ti; pero te despellejaré con mis propias manos si, al volver, los otros soldados dicen que mi hijo no es más que un tipo guapo.

Terminó respirando con fuerza. Caspar miró a su padre con aire valiente y firme y respondió con una voz no demasiado temblorosa:

—Lo haré lo mejor que pueda. Es mi oportunidad. No la desaprovecharé.

El senador poseía una sorprendente capacidad de transición de una actitud a otra. De pronto parecía muy amable.

—Bueno, eso está bien. Supongo que te llevarás bien con Reilly. Le conozco bien y cuidará de ti. Yo le ayudé una vez. Y ahora, sobre la cuestión de ser ecónomo. Según tengo entendido, un ecónomo es como alguien que se encarga de la comida y la bebida, pero a lo grande; es decir, que se encarga de muchas más cosas. La brigada de Reilly tiene probablemente dos o tres mil hombres y, en lo que respecta a ciertas tareas, tú tendrás que cuidar de cada uno de esos hombres todos los días. Sé a ciencia cierta que no serías capaz de llevar con éxito una casa de huéspedes en Ocean Grove^[43]. ¿Cómo vas a arreglártelas con todos esos soldados? ¿Lo has pensado?

—No —dijo Caspar, ofendido—. No deseaba ser ecónomo, quería ser capitán en

el frente.

—No quisieron aceptarlo. Dijeron que debías asumir un puesto de Estado Mayor donde pudieran cuidar de ti.

—Muy bien, déjalos que cuiden de mí, pero cuando haya que pelear, supongo que no tendré necesariamente que ser el último.

—Eso es —respondió el senador—. Ése es el espíritu.

Ambos pensaban que todos estos jaleos de la guerra se resolverían en cuanto llegase una batalla real.

Finalmente, Caspar partió hacia el Sur, a un campamento de hierba salobreña, bajo pinos. Allí se encontraba un cuerpo del ejército de veinte mil soldados. Caspar acampó bajo ese sol grisáceo y durante semanas apenas se supo nada de él.

II

—POR SUPUESTO que no sé absolutamente nada al respecto —confesó Caspar franca y modestamente a un círculo de compañeros oficiales del Estado Mayor. Se refería a las obligaciones de su puesto.

Sus caras se volvieron inexpresivas; le miraban con unos ojos en los que nada podía adivinar. Después de una pausa, uno le dijo amablemente:

—¿Ah, no?

Eran las dos palabras inevitables y convencionales.

—¡Anda! —exclamó Caspar— No sabía lo que era un ecónomo hasta que lo he sido. Mi viejo me dijo lo que significaba. Lo miraría en algún libro, supongo; pero yo lo desconocía.

—¿Ah, sí?

La cara del joven se iluminó con repentino humor.

—¿Sabías que en mi mente la palabra estaba íntimamente asociada con camellos? ¿Curioso, no? Supongo que sería por leer esa rima de Kipling^[44] sobre el camello ecónomo.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Gracioso, no? ¡Camellos!

La brigada desembarcó finalmente en Siboney, como parte de un ejército elegido para atacar Santiago. La escena del desembarco a veces recordaba el animoso drama diario en las proximidades del puente de Brooklyn. Había un gran bullicio durante el cual los más sensatos mantenían sus pertenencias bien agarradas, para evitar que se las llevase a la jungla alguno de los regimientos que avanzaban hacia allí. De hecho, Caspar debería haber estado frenéticamente ocupado, pero los hombres le vieron deambular sin rumbo y gritando:

—¿Alguien ha visto mis alforjas? ¡Vaya! Si las pierdo es mi ruina. ¡Todo lo tengo guardado ahí, todo!

Le miraban con tristeza y sin atención.

—No —respondían, dando a entender que no les importaba lo más mínimo si había perdido su nariz, sus dientes o su dignidad. La brigada de Reilly desembarcó, se agrupó y se puso en marcha; cada una de las almas del regimiento ardía de ira, porque algún otro regimiento se les había adelantado. Avanzando entre la maleza y bajo las palmeras, los hombres hablaban sobre todo de asuntos que no guardaban relación alguna con lo que se traían entre manos.

Finalmente, el general Reilly plantó su cuartel general sobre la hierba espesa, bajo un mango.

—¿Dónde está Cadogan? —preguntó de repente, mientras se quitaba el gorro y se apartaba el húmedo cabello gris de la frente. Nadie lo sabía.

—Le vi buscando sus alforjas abajo, en la zona de desembarco —dijo con recelo

un oficial.

—Maldito sea —añadió el general con desprecio—, dejad que se quede allí.

Tres venerables coroneles de regimiento llegaron, saludaron con rigidez y se sentaron en la hierba. Hubo una reunión durante la cual Reilly explicó gran parte de lo que le había dicho el comandante de la división. Los venerables coroneles asintieron; lo comprendían. Todo estaba claro para ellos. Pero aun así, el coronel de la Cuarenta y Cinco de infantería regular murmuró sobre la intendencia. Se dejó llevar por la sensiblería en relación con las privaciones de sus hombres, y uno comprendía que para él los soldados —sus soldados— eran las únicas criaturas importantes del universo; en su opinión, se trataba de un sentimiento perfectamente correcto. Reilly gruñó. Él hacía lo que la mayoría de los comandantes, ponía a los competentes a hacer el trabajo de los incompetentes.

Con el tiempo, Caspar llegó caminando con dificultad por la carretera, balanceando alegremente sus alforjas.

—Bien, general —exclamó mientras saludaba—, las encontré.

—¿Ah, sí? —dijo Reilly.

Más tarde, un oficial se acercó rápidamente a él, con aire trágico:

—General, Cadogan está ahí fuera en los arbustos, comiendo él sólo jamón en lata y galletitas.

Enviaron de nuevo al oficial a los arbustos en busca de Caspar, y el general envió a Caspar a cumplir una orden. Entonces Reilly y los tres venerables coroneles, sonriendo, compartieron el jamón enlatado y las galletitas.

—Está bueno —dijo Reilly, con la boca llena—. Dorsey, mira a ver si tiene algo más.

—Debe de ser un puerco egoísta —comentó uno de los coroneles, con la boca llena—. ¿Quién es, general?

—El hijo del senador Cadogan, un viejo amigo mío. Caspar escribió una carta:

«Querido padre: Estoy sentado bajo un árbol, usando como escritorio la parte plana de mi cantimplora. Incluso mientras te escribo está avanzando por delante de nosotros la división y no sabemos cuándo estallará la tormenta de la guerra. No conozco cuáles son los planes. El general Reilly los sabe, pero es tan perfecto que deposita muy poca confianza en mí. De hecho, tengo la impresión que va a ser todo lo contrario de lo que había oído decir de él. Creí entenderte en Washington que tú le habías ayudado alguna vez pero, si es cierto, te aseguro que a él se le ha olvidado por completo. A veces sus modos conmigo son casi ofensivos pero, por supuesto, comprendo que sólo se trata del estilo de un soldado viejo y malhumorado al que toda una vida rodeada de indios le ha vuelto grosero y pesimista. Me atrevo a asegurar que lo soportaré bien y sin rechistar.

»En cuanto oigas que hemos tomado Santiago, por favor mándame con el primer vapor una caja con provisiones y ropa, especialmente sardinas, pepinillos y ropa interior fresca. Los otros hombres son tipos amables y tranquilos, pero parecen algo

groseros. Aún no hemos luchado, excepto la escaramuza de la brigada de Young. Reilly estaba furioso porque no pudo participar. Ayer conocí al general Peel. Fue muy agradable. Dijo que te conocía bien de cuando estaba en el Congreso. El joven Jack May está en el Estado Mayor de Peel. Le conocí bien en la facultad. Nos pasamos una hora hablando de los viejos tiempos. Da recuerdos a todos en casa».

La marcha era lenta. Reilly y su plana mayor caminaban hacia la cabeza de la columna larga y sinuosa y se introdujeron en la sofocante oscuridad de la selva. Algunos regimientos menos afortunados tenían que esperar entre los árboles a un lado del camino y, mientras la brigada de Reilly los adelantaba, un oficial saludaba a otro, un compañero de clase saludaba a otro; y en estos saludos se escuchaban todos los acentos desde West Point a Alaska. Se dirigían a una acción en la que ellos, los oficiales, entre muertos y heridos perderían al menos cien hombres —sólo los oficiales— y estos saludos, en los que se mencionaban muchos apodos, eran en muchos casos despedidas ostentosas, solemnes, fervorosas. «¡Ahí va el sanguinario Widgeon! ¡Hola, sanguinario! ¿Hacia dónde te diriges? ¡Eh, sanguinario!».

Caspar estaba en íntima comunión consigo mismo y decidió que no sentía miedo. Se encontraba ansioso y alerta; pensaba que era el momento de hacer frente a sus obligaciones para con su país o consigo mismo. Y estaba loco por demostrar al viejo Reilly y a los otros que después de todo era un soldado muy capaz.

III

EL VIEJO REILLY caminaba a paso firme a lo largo de la línea de su brigada, refunfuñando como si tuviese la boca llena de césped. El fuego procedente de la posición enemiga era increíblemente rápido y feroz y la brigada de Reilly se estaba llevando su parte de esa terrible experiencia. La cara del viejo era del color de un tomate, la rabia le hacía articular y vociferar de manera extraña. Mientras caminaba a sus anchas por su estrecha línea, erguido desdeñosamente, surgían voces de entre la hierba, rogándole que tuviese cuidado. A sus pies se incorporó un corneta de tez pálida y dientes apretados, un muchacho pálido y tembloroso que mantuvo la mirada en la espalda del viejo Reilly, siguiéndola. El viejo caballero estaba bastante enfadado. Aparentemente pensaba que todo era un desastre terrible pero, ahora que su brigada estaba implicada en ello, se empleaba aquí y allá para conseguir un comportamiento irreprochable, inmaculado, en cada uno de sus hombres. La intención de los tres venerables coroneles era la misma. Permanecían tras sus líneas —silenciosos, severos, corteses—, advirtiendo a sus regimientos que mantuvieran la compostura bajo una granizada de fuego de rifles y ametralladoras como nunca nadie había soportado, exceptuando los imberbes salvajes cuando el hombre blanco encontraba apropiado mudarse a un nuevo lugar. Y los regimientos mantuvieron la compostura. Los hombres permanecieron tumbados sobre sus estómagos, fueron acribillados sin quejarse mientras sangre valiosa manaba sobre la hierba y, si algún novato encontraba alguna razón decente para moverse hasta algún refugio de personas razonables, la fría voz de un oficial le hacía sentirse como un criminal y experimentar una vergüenza que era para estar orgulloso de su formación militar. Tras las tropas de Reilly se abría una jungla de balas, a través de la cual no podían moverse como una brigada; por delante estaban las trincheras españolas de las colinas. Reilly se dio cuenta de que, sin duda, se hallaba en un aprieto, pero se lo guardó para sí. De pronto, distinguió a su derecha una pequeña mancha de hombres azules, situada a medio camino de la cima de la colina. Era un patético fragmento de la unidad Sexta de la infantería de los Estados Unidos. Disgustado, asombrado, horrorizado, Reilly dio un alarido a su corneta y el joven de tez pálida desencajó los dientes y tocó a rebato.

Los hombres formaron apresuradamente y atacaron. Aparentemente, les aguardaba el destino de los soldados respetables. Pero atacaron porque... Tal vez, por culpa de la opinión de los otros. Atacaron porque ninguna panda de delincuentes habituales como la Vigésimo Séptima de infantería podía hacer algo que ellos no pudiesen mejorar. Atacaron porque Reilly lo ordenó así. Lo hicieron porque lo hicieron.

Y, sin embargo, ninguno ha explicado públicamente todavía por qué se enfrentó a todo aquello ni con qué iniciativa o habilidad comprendió y superó una situación que no entendía en absoluto.

Reilly nunca vio la cima de la colina. Estaba luchando heroicamente para permanecer con sus hombres cuando una bala le atravesó silenciosamente el pulmón izquierdo y cayó hacia atrás sobre los brazos del corneta, que le agarró como si estuviera recibiendo un regalo de Navidad. Los tres venerables coroneles heredaron su brigada en una rápida sucesión. El comandante más veterano durante unos cincuenta segundos, al cabo de los cuales le hirieron de muerte. Antes de que pudieran comunicar la noticia al siguiente en el rango, él también recibió un disparo. El coronel más joven llegó finalmente a lo alto de la colina con una brigadita mermada y escueta. Los hombres se tiraron al suelo y dispararon descargas a todo lo que se movía.

Dentro y fuera de las trincheras en forma de zanja descansaban los cadáveres de los españoles: cuerpos de cara amarillenta ataviados con ropas raídas de terliz azul y blanco. Algunos yacían cómodamente acurrucados, como niños dormidos; uno había muerto como si estuviera recostado en la silla del dentista; otro estaba sentado en la trinchera, con la barbilla pegada al pecho con pesimismo; muy pocos ofrecían muestra alguna de la agitación de la batalla. En la mayoría de los casos parecía como si la muerte les hubiera tocado tan suave, tan levemente, que no se habían enterado de su llegada. La muerte se les había presentado más como un narcótico que como una acometida sangrienta.

Pero los recién llegados de las camisas azules no pensaban en los cadáveres cetrinos. Intercambiaban ansiosamente una lluvia de disparos con la segunda línea española, cuyas trincheras de color ceniza bloqueaban el camino a una ciudad blanca, entre los árboles. En las pausas los hombres charlaban.

—Hemos hecho lo que hemos podido. La vieja compañía E llegó hasta allí. En un momento dado la compañía B estaba detrás de nosotros.

—Jones fue el primero en llegar. Yo le vi.

—¿Qué Jones?

—¿Viste al viejo sargento corriendo como un cangrejo de tierra? También hizo un buen tiempo. Le dieron ya en lo alto. Está bien.

—El teniente también está bien. Iba fácilmente diez yardas por delante del mejor de nosotros. Yo en el puesto le odiaba, pero aquí, en el servicio activo, no hay quien le gane.

—Esto es muy distinto a estar en el puesto.

—Bueno, lo hemos logrado y no creía que lo pudiéramos conseguir. Cuando comenzamos, me dije: «Ahí va una panda de malditos estúpidos».

—Todavía no ha terminado.

—Venga, de aquí ya no nos echan. Si lo intentan, formaremos tal pila con ellos que a los últimos les costará subirla. Hemos llegado hasta aquí y aquí nos quedamos. A mí aún me queda aliento.

—Cualquier cosa es mejor que caminar a través de la selva y acabar lleno de ampollas por todas partes. Prefiero subir otra colina que arrastrarme por esos

bosques. Son tan espesos que no sabes si estás solo o con toda una división de caballería.

—¿Dónde está ese joven soldado cocinero, Cadogan, o como se llame? No le he visto hoy.

—Yo sí le he visto. Estaba metido de lleno en el asunto. También le dispararon en la pierna a mitad de camino de la colina. Yo lo vi. Está bien. No te preocupes por él. Está bien.

—Yo también le he visto. Ha hecho mucho teatro. Tan pronto como me quite este alambre de espino del cuello iré a ovacionarle.

—No le han disparado en absoluto, está ahí de pie, ahí, ¿lo ves?

En la parte posterior, la pendiente verde estaba llena de gente con grupitos de hombres que buscaban a los heridos. La brigada de Reilly comenzó a cavar con las bayonetas, utilizando como palas las latas de raciones de carne.

IV

EL SENADOR CADOGAN caminaba de un lado a otro por su salón privado, mientras fumaba puritos suaves. Esos pequeños cigarritos parecían claramente inadecuados para consolar a un sátrapa de tal envergadura.

Era la noche del primero de julio de 1898 y el senador estaba tremendamente inquieto, como se podía comprobar por la manera excepcionalmente tranquila con la que llamó a su secretario personal, que permanecía en la habitación contigua. Su voz era serena, suave, afectuosa, humilde.

—Baker, me gustaría que fueses de nuevo al Departamento de Guerra, a ver si han sabido algo de Caspar.

Un joven de ojos muy brillantes y cara afilada apareció en la puerta, con la pluma aún en la mano. Ocultaba su picajosa irritación tras la esmerada audacia de un joven político sonriente, cortante, mentiroso y fiable.

—Acabo de volver de allí, señor —advirtió.

El veterano de Skowmulligan levantó la vista y, durante un breve segundo, miró a los ojos de su secretario personal. No fue una mirada hostil, ni escrutadora; fue mejor que la de un actor, habló por sí sola. El inteligente secretario cogió su sombrero y, alegremente, se puso en marcha al instante.

—Muy bien, señor —exclamó—. Me enteraré.

El Departamento de Guerra resplandecía de luz y los mensajeros corrían de un lado a otro. Con la seguridad de un criado de casa con abolengo, Baker se abrió paso entre varios griteríos de pequeño calibre. Corría el rumor de una gran victoria, corría el rumor de una gran derrota. En los pasillos varios guardias se levantaron de sus sillones y le preguntaron qué pretendía, con un tono de duda que en nada se parecía a la deferencia habitual que en otro tiempo le mostraban al secretario del veterano de Skowmulligan.

Finalmente, Baker llegó a una habitación en la que algo así como un jefe administrativo escribía febrilmente, sentado a un escritorio. Baker preguntó algo y el administrativo masculló blasfemias sin levantar la cabeza. Aparentemente dijo:

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

El secretario privado se quedó boquiabierto. Sin duda, de repente se había instalado otro espíritu en el corazón de Washington; un espíritu que Baker comprendió que era casi desafiante en su indiferencia hacia los deseos del senador Cadogan, un espíritu que no era empalagoso en su cortesía. ¿Qué significaba aquello? En la mente de zorro de Baker surgió violentamente la idea de facciones derrocadas, cambios de amigos, nuevas combinaciones. La seguridad, que provenía de su experiencia en una posición política cómoda, le abandonó de pronto y no le habría sorprendido que alguien le hubiera dicho que el senador Cadogan controlaba ahora sólo seis votos en el estado de Skowmulligan.

—Bien —tartamudeó, perplejo—, bien, ¿entonces no hay noticias del hijo del

viejo?

De nuevo, el jefe administrativo respondió con blasfemias.

Finalmente, Baker huyó de la presencia del jefe administrativo, habiendo comprendido que a éste no le importaba un carajo si Caspar Cadogan estaba navegando por el Hades en un velero polar.

Baker asaltó a otros funcionarios aún más importantes. De hecho, tocó tan alto como pudo. Todos y cada uno de ellos le despacharon rápidamente, con palabras cortas, duras, casi como el que espanta a un perro callejero tirándole piedras.

Emergió de la brillante luz, de los grupos de hombres de caras desencajadas y perplejas y, mientras regresaba al hotel, no sabía si se llamaba Baker o Cholmondeley^[45].

No obstante, mientras subía las escaleras hacia la habitación del senador se las apañó para concentrar su intelecto en el discurso que debía articular.

El veterano seguía caminando por su salón y fumando. Se detuvo al entrar Baker.

—¿Y bien?

—Señor Cadogan —dijo con serenidad el secretario—, en el Departamento de Guerra me han dicho que les importaba un comino si su hijo estaba vivo o muerto.

El senador miró a Baker y sonrió levemente.

—¿Cómo dices, muchacho? —preguntó, en tono suave y considerado.

—Dijeron —Baker tragó saliva con cierta tenacidad—, dijeron que les importaba un comino si su hijo estaba vivo o muerto.

Se hizo el silencio durante tres segundos. Baker permaneció de pie como una estatua; no estaba entrenado para enfrentarse a situaciones como ésta y daba la impresión de que pensaba que, si permanecía rígido como una piedra, escaparía de los estragos que causara la ira del senador, que estaba a punto de arrojar un huracán de palabras capaz de arrancar árboles de cuajo y llevarse granjas por delante.

—Bueno —dijo el senador arrastrando las palabras perezosamente—, ¿con quién has hablado, Baker?

El secretario volvió a respirar de manera más o menos normal. Le dio los nombres de las personas.

—Muy bien —señaló el senador. Cogió otro purito y lo agarró con los dedos índice y pulgar, mirándolo fijamente bajo el escrutinio tranquilo y uniforme de un científico que investiga algo nuevo—. Así que no les importa si Caspar está vivo o muerto, ¿eh? Bueno..., puede que a ellos no... Perfecto... Sin embargo... Creo que iré y les expondré mi punto de vista.

Cuando el senador se marchó, el secretario abrió a la ventana y se inclinó hacia fuera. La avenida Pennsylvania brillaba plateada y azul bajo la luz de varias farolas; los tranvías gruñían entre sonidos metálicos; desde la ventana, los paseantes ofrecían un aspecto casi uniforme de camisas y sombreros de paja. De vez en cuando, voceaba un repartidor de periódicos.

Baker observó la figura alta y pesada del senador avanzando hacia el tranvía para

interceptarlos. «¡Cielo Santo!», se dijo, «va a arder Troya. El viejo va a por ellos. No me gustaría estar en el pellejo de Lascum. Dios mío, vaya jaleo que se va a organizar».

Pasado un tiempo, el senador se reunió con una especie de suplente, tercer asistente de algún pez gordo en una oficina del Departamento de Guerra. Obviamente, el funcionario había recibido instrucciones de hacer un esfuerzo supremo por apaciguar a Cadogan y, obviamente, actuaba de acuerdo con esas instrucciones. Parecía estar al borde del llanto; extendía las manos suplicante y su voz sonaba quejumbrosa y adulatora.

—Verá, senador, de verdad, le ruego que tenga en cuenta las circunstancias. Dos divisiones escasas en lo alto de esa colina; más de mil hombres entre muertos y heridos; la primera línea tan débil que cualquier ataque sólido hará pedazos nuestro ejército. Los españoles seguramente habrán recibido refuerzos de Pando^[46]; Shafter parece estar demasiado enfermo como para seguir comandando personalmente las tropas; Lawton no puede subir con su división hasta mañana. Realmente estamos esperando... no, no diré esperando... pero no nos extrañaría... a nadie del departamento le extrañaría que antes del amanecer nos viésemos obligados a informar al país de un desastre que sería el golpe más duro sufrido jamás en nuestro orgullo nacional. ¿Lo entiende? ¿Entiende nuestra situación, senador?

El senador, con el rostro pálido pero tranquilo, contempló al funcionario con ojos más brillantes de lo habitual en el corpulento y sereno político.

—Sinceramente, señor —continuó el otro—. Le diré con franqueza que en este momento no sabemos si vamos a caballo o a pie. Todo está en el aire. No sabemos si hemos obtenido una victoria gloriosa o si simplemente nos hemos metido en un maldito problema.

El senador tosió.

—Supongo que mi chico está con las dos divisiones que permanecen en lo alto de la colina. Está con Reilly.

—Sí, la brigada de Reilly está allí arriba.

—¿Y cuándo cree que el Departamento de Guerra podrá decirme si está bien? Quiero saberlo.

—Querido senador, francamente, no lo sé. De nuevo le ruego que piense en nuestra situación. El ejército está hecho un lío; el general cree que debe replegarse y, sin embargo, no sabemos si podrá hacerlo sin perder el ejército. Vaya, estamos preocupados por la vida de dieciséis mil hombres y por la dignidad de toda la nación, senador.

—Ya veo —observó el senador, asintiendo lentamente con la cabeza—. Y, naturalmente, el bienestar del hijo de un hombre no es... (¿cómo lo dirían ellos?) no es para tanto.

V

Y EN CUBA LLOVÍA. En pocos días la brigada de Reilly descubrió que gracias a su victorioso ataque habían ganado el inestimable privilegio de sentarse en una trinchera húmeda, para morir lenta pero inexorablemente de hambre. El humor de los hombres se quebró como el pan duro. Los soldados que tan alegre, tranquila y decentemente habían ganado una posición que los observadores internacionales habían calificado de inexpugnable, sufrían ahora un ataque tan feroz como insidioso. El calor del sol se alternaba con lluvias que, al caer, producían tanto estruendo como una catarata. Parecía que los hombres, a falta de cualquier otra ocupación mejor, enfermaban. Durante los días de contienda, ninguno de ellos había tenido tiempo de sufrir una simple jaqueca tropical pero, en cuanto terminó ese ajetreado período, empezaron a temblar y a estremecerse por pelotones y secciones. Las raciones eran tan escasas que una tirilla de grasa de panceta era como del tamaño de una parcela y los granos de café parecían perlas. De no ser por la apatía enorme provocada por las fiebres, se habrían registrado encarnizadas peleas por las migajas, de manera que casi se conformaban con morir, siempre y cuando no les supusiera esfuerzo alguno.

En esa situación se distinguía claramente el grano de la paja. No había mucho grano, pero sus cualidades destacaban como lunares rojos.

Una mañana Jameson y Ripley, dos capitanes del Cuarenta y Cuatro de infantería, se hallaban tumbados bajo un endeble refugio de palos y ramas de palmera. Sus ojos aburridos y distraídos contemplaban a los soldados de la trinchera, que se movían de derecha a izquierda. Hasta ellos llegó quejándose Caspar Cadogan.

—¡Diantre! —exclamó, mientras se dejaba caer cansino en el suelo—. No voy a poder soportar mucho más esto, ¿sabéis? Me está matando.

Una barba hirsuta le brotaba entre la mugre de la cara; tenía los párpados rojos; una camisa con suciedad indescriptible que le caía desde el cuello áspero; y al mismo tiempo varias arrugas de maldad y avaricia se le habían ahondado en el rostro, tanto que prácticamente se mostraban reveladoras, como una confesión.

—No puedo soportarlo, diantre, no puedo.

Stanford, un teniente bajo el mando de Jameson, se acercó a ellos tambaleándose. Era un muchacho graduado en West Point en el 98. Era evidente que ardía de fiebre. Les lanzó una mirada serena.

—¿Tiene algo de agua, señor? —le preguntó a su capitán.

Jameson se levantó y ayudó a Stanford a extender su cuerpo tembloroso bajo el refugio.

—No, muchacho —contestó él con tristeza—. Ni una gota. ¿Tú tienes, Rip?

—No —contestó Ripley, mirando angustiada al joven soldado—. Ni una gota.

—¿Tú, Cadogan?

Caspar dudó por un momento, de manera extraña y luego, con un tono de profundo pesar, contestó:

—No, capitán, ni un trago.

Jameson se incorporó, con debilidad.

—Tú quédate aquí tranquilo, Stanford, veré qué puedo conseguir.

En ese instante Caspar sintió que Ripley le estaba mirando fijamente. Él le devolvió una mirada inquisitiva pero medio culpable.

—Que Dios te perdone, Cadogan —dijo Ripley—, pero eres una maldita bestia. Tu cantimplora está llena de agua.

Incluso en ese momento, la apatía reinante evitó que la escena se volviese tan dura como el tono de las palabras. Caspar farfulló como un niño y, finalmente, respondió:

—No, no lo está.

Stanford levantó la cabeza para lanzarle a Caspar una mirada penetrante y orgullosa; después apartó su cara.

—Mientes —dijo Ripley—. Puedo reconocer el sonido de una cantimplora llena en cuanto la oigo.

—Pues si lo está, debo haber..., debo haberlo olvidado.

—Mientes; ni un hombre del ejército puede olvidar en este momento si su cantimplora está llena o vacía. Tráela.

La fiebre es el homólogo físico de la vergüenza y, cuando uno padece la primera, acepta la segunda con una facilidad que de estar sano le sublevaría. Sin embargo, Caspar hizo un esfuerzo desesperado por preservar las formas. Se levantó y, sacándose la correa del hombro, le pasó la cantimplora a Ripley. Pero había un leve gimoteo en su voz y la supuesta dignidad era en realidad una farsa.

—Creo que mejor me voy, capitán. Puede quedarse con el agua si quiere. Desde luego. Pero... no comprendo..., no entiendo qué motivos tiene para insultarme.

—¿Ah no? —respondió Ripley, imperturbable—. Bueno, está bien.

Caspar continuó de pie durante un rato desagradable. Sencillamente, no tenía fuerzas para darle la espalda a este..., este asunto. Le parecía que debía quedarse allí para siempre y hacerle frente. Pero cuando encontró el valor para mirar de nuevo a Ripley, se dio cuenta de que éste en absoluto estaba preocupado por la situación. Ripley también tenía fiebre. La fiebre trastoca todas las leyes de la proporción. Caspar se marchó.

—Aquí tienes, chico; tu agua.

Stanford hizo una mueca débil.

—No tocaría ni una gota de esa maldita cantimplora aunque fuese el último agua de la Tierra —murmuró con su aguda voz de niño.

—No seas burro —dijo Ripley cariñosamente.

El chico echó una mirada furtiva a la cantimplora. Sintió que lo correcto era levantarse y tirársela a Caspar, pero... también él tenía fiebre.

—No seas burro —repitió Ripley.

VI

EL SENADOR CADOGAN estaba contento. Su hijo había vuelto de Cuba y el tren de las 8:30 le traería esa noche hasta la estación más cercana a la casa de campo, de piedra y teja roja, que el senador y su familia ocupaban en las costas de Long Island Sound. El yate a vapor del senador esperaba a unas cien millas de la playa. Acababa de regresar de una expedición al cabo de Montauk, donde el senador había hecho un valeroso intento para recoger a su hijo del transporte en el que venía desde Cuba. Había mantenido una dura batalla naval con diversos doctorcillos resabiados y oficiales navales que se lo habían quitado de encima con la descripción de las leyes de cuarentena y usando un lenguaje poco elegante para un senador de los Estados Unidos, mientras él permanecía en el puente de su yate a vapor. Le pidieron con denuedo que les explicara exactamente por qué valía más Caspar que cualquier otro de los soldados que venían de regreso.

Pero el senador no peleó demasiado. De hecho, asumió muy pronto la realidad y, casi ruborizado, ordenó que volviera el yate al embarcadero de la casa de campo. Realmente, el viaje al cabo de Montauk lo había realizado por culpa de un impulso. Hacía tiempo que el senador había decidido que cuando su chico regresara, el recibimiento debía ser más bien espartano. Le daría una bienvenida como la que reciben la mayoría de los soldados. No debía haber flores ni carruajes cuando otros chicos pobres tampoco gozaban de ellos. Debía considerar a Caspar como un soldado. Esa era la manera de tratar a un hombre. Pero, al final, el penetrante ácido de la ansiedad había corroído la voluntad de hierro del viejo, hasta dar la orden de que le condujesen en barco a ponerse en evidencia. Se llevó tal disgusto con el resultado, que delegó por completo en la madre y las hermanas la tarea de socorrer a Caspar en el campamento de Montauk. Él se quedó en casa, encargándose de la correspondencia como correspondía al ocupado político nacional que era; allí esperó al hijo al que tanto quería y al que tanto deseaba ver convertido en un hombre que hubiese adquirido cierto ideal astuto, taciturno y fuerte. El reciente viaje en barco lo consideraba ahora como una concesión a su debilidad y estaba decidido a no dar más muestras de ella.

De todas formas, su chico había luchado contra el enemigo y las fiebres. Surgieron graves peligros y su chico tuvo que afrontarlos. Y no podía evitar fantasear con la poesía de acciones ejemplares en las que la cara de su hijo brillaba generosa y varonil. Durante estos periodos, la gente que le rodeaba, acostumbrada como estaba a sus silencios y su calma en los momentos de estrés, pensaba que los asuntos de Skowmulligan debían de ser muy críticos. De ninguna otra manera podían explicarse, si no, su exagerada flema.

En la noche del regreso de Caspar no acudió a cenar, hizo que le llevaran una bandeja a la biblioteca, donde se quedó escribiendo. Al final, escuchó las ruedas del carro en la grava del camino y, un momento después, le llegó el sonido de alegres

gritos femeninos. Se encendió otro puro; sabía que su papel en ese momento era aguardar con dignidad el instante en que su hijo terminase con esa otra bienvenida y fuese hasta él. Aún podía oírles; sonaban tan exaltados que parecían niños jugueteando. Estaba impaciente, pero esa impaciencia tomó la forma de una inmutabilidad polar.

Enseguida oyó pasos rápidos y golpes alborozados en la puerta.

—Adelante —dijo.

Y Caspar entró, delgado, amarillo y vestido de sucio caqui.

—Casi me hacen pedazos —exclamó entre risas—, saltaban a mi alrededor como salvajes.

Después, mientras se estrechaban la mano, añadió diligentemente:

—¿Cómo está, señor?

—¿Cómo estás tú, muchacho? —replicó el senador con tono indiferente, pero amable.

—Mejor de lo que esperaba, señor —exclamó Caspar con alegría—. Lo hemos pasado bastante mal, ¿sabe?

—Tienes aspecto de que te lo han hecho pasar bastante mal —observó el padre con un tono de leve interés.

Caspar estaba ansioso por contarle.

—Sí, señor —dijo rápidamente—. Lo pasamos muy mal. Vaya, fue horrible. Hemos tenido suerte de salir de allí con vida. No tanto por los españoles, sabe. El ejército no tuvo problemas para encargarse de ellos. Lo malo fue la fiebre y..., ya sabe, no teníamos nada que comer. Y el desbarajuste. Vaya, fue terrible.

—Sí, algo he oído —añadió el senador. Se reflejó en sus ojos cierta mirada nostálgica, pero no se permitió evidenciarla. La contuvo—. ¿Y tú, Caspar? ¿Supongo que habrás cumplido con tu deber?

—Bueno, no hice más que cualquier otro hombre, supongo, pero... bueno, me desenvolví bien, supongo —contestó Caspar con la modestia apropiada.

—¿Y el gran asalto a la colina de San Juan? —preguntó el padre lentamente—. ¿Estuviste allí?

—Bueno sí, estuve allí —respondió el hijo.

El senador se animó una pizca.

—¿Estuviste, eh? ¿Al frente? ¿O sólo dejándote llevar?

—Bueno..., no lo sé. No sabría decirlo exactamente. A veces iba por delante de muchos de ellos y otras... sólo me dejaba llevar.

Esta vez el senador se animó de manera más contundente.

—Eso está bien. Y por supuesto, has cumplido correctamente con tus obligaciones de ecónomo, ¿no?

La pregunta pareció provocar la reserva y el malhumor de Caspar.

—Lo hice cuando había algo que hacer —respondió—. Pero todo era de lo menos profesional que pueda imaginarse. Y no te decían nada. Nadie se tomaba el tiempo de

instruirte en tus obligaciones. Y si no sabías algo, tu superior se te echaba encima, preguntándote por qué demonios no estaba hecho esto y aquello de tal o cual manera. Por supuesto, yo lo hice lo mejor que pude.

Las facciones del senador volvieron a mostrar una sombría indiferencia.

—Ya veo. Pero no te reprendieron directamente por incapaz ¿verdad? No; por supuesto que no. Pero, quiero decir, ¿alguno de tus superiores sugirió que no servías o algo así? Quiero decir..., ¿has salido con el expediente limpio?

Caspar se tomó un momento para digerir lo que su padre quería decirle.

—Sí, claro, señor —exclamó, al final de su reflexión—. El economato era tal desastre que nadie pensaba en otra cosa más que en maldecir a Washington.

—Por supuesto —replicó el senador duramente—. Pero suponiendo que hubieras sido un ecónomo bien formado y eficiente, ¿qué habría ocurrido?

De nuevo, el hijo se tomó su tiempo para reflexionar y, finalmente, respondió lentamente:

—Bueno, si yo hubiese sido un ecónomo bien formado y competente, me habría sentado allí y me hubiera desesperado maldiciendo a Washington.

—Bueno, entonces está bien. ¿Y sobre el asalto de San Juan? ¿Alguno de los oficiales habló después contigo y te dijo que lo habías hecho bien? ¿No te vio ninguno?

—Bueno, n-n-no, supongo que no... no más de lo que yo les vi a ellos. Verá usted, el ataque fue enorme y abarcaba mucho terreno, yo casi no vi a nadie, excepto a un montón de hombres.

—¿Pero ninguno de los hombres te vio a ti? ¿No estuviste al mando en algunas ocasiones, liderándolos y blandiendo la espada?

Caspar estalló en risas.

—Vaya, pues no. Ya tuve bastante con ser capaz de subir la cima y no quedarme atrás. Y para nada quería subir.

—¿Por qué? —preguntó el senador.

—Porque..., porque los españoles disparaban muchísimo. Y podías ver a los hombres caer y las balas se precipitaban a tu alrededor, a montones. Y entonces, por fin, pareció que si les echábamos de lo alto de la cima sería menos peligroso. Así que todos fuimos para arriba.

El senador se rió con la descripción.

—¿Y no te escaqueaste en ningún momento?

—Bueno —replicó Caspar, con humor—, no diré que no tuve miedo.

—No, claro que no. Pero no dejaste que nadie se enterase, ¿no?

—Claro que no.

—Entenderás, naturalmente, que te estoy molestando con todas estas preguntas porque quiero oír cómo se ha comportado mi único hijo en los momentos críticos. No quiero que te preocupes por ello. Pero si soportaste el asalto a San Juan y saliste airoso, haré que te hagan comandante.

—Bueno —dijo Caspar—, yo no diría que salí airoso de ese asalto. Lo soporté bastante bien, pero no mejor que los hombres que tenía a mi alrededor.

—¿Pero no les dabas ánimos y los guiabas con tu ejemplo?

Caspar sonrió. Empezaba a encontrar una respuesta.

—Bueno, señor —dijo con una encantadora vacilación—. Eh... Yo... Bueno..., me atrevería a decir que hice lo que me correspondía.

La adecuada manera de responder encantó a su padre. No podía soportar el descaro; sólo un héroe discreto habría podido ganar su admiración. Golpeó impulsivamente la mesa con la mano.

—Es lo que quería saber. Eso exactamente. Haré que te hagan comandante la semana que viene. Por fin has encontrado tu camino. Quédate en el ejército, Caspar, y yo te apoyaré. Eso es. En unos años tendrás una gran carrera. Los Estados Unidos seguramente formarán un ejército de unos ciento cincuenta mil hombres. Y empezando donde has empezado y conmigo apoyándote, sí, haremos de ti un general en siete u ocho años. Ése es el plan. Quédate en el ejército.

Las mejillas del senador se encendieron de entusiasmo. Y miró a su hijo con avidez y confianza.

Pero Caspar ponía cara larga.

—¿El ejército? ¿Quedarme en el ejército?

El senador siguió exponiendo con entusiasmo sus planes de futuro.

—El ejército, evidentemente, es el sitio adecuado para ti. Sabes tan bien como yo que no has tenido precisamente un éxito tremendo en todo lo demás que has intentado. Pero el ejército te viene que ni pintado. Es el tipo de carrera que te va. Pues entonces, hazlo, pero propóntelo. Sal a ganar. Inténtalo.

—Pero... —comenzó Caspar.

El senador le interrumpió rápidamente.

—No te preocupes por eso. Yo me encargo de todo. No te encerrarán el resto de tu vida en una casa de adobe en Arizona. No habrá mucho de eso de todas formas; y, además, como te he dicho, yo me encargo de todo. La oportunidad es espléndida. Un hombre joven, sano e inteligente, con tu experiencia y mi apoyo, podría conseguir cualquier cosa..., ¡cualquier cosa! Habrá mucho servicio activo..., sí..., estoy seguro... Y todo el que...

—Pero —dijo Caspar, pálido, desesperado, heroico—, padre, yo no quiero quedarme en el ejército.

El senador levantó los ojos y su rostro se ensombreció.

—¿Qué? —dijo—, ¿cómo dices? —miró a Caspar.

El hijo se tensó y arrugó como un tacaño tratando de atesorar oro. Repitió con una especie de obstinación idiota:

—No quiero quedarme en el ejército.

La mandíbula del senador rechinó, parecía peligroso. Pero, pese a ello, había una sombra de congoja en su interior.

—Pero ¿qué quieres decir? —preguntó bruscamente.

—Bueno, no lo llevaría bien, ¿sabe? Los, los...

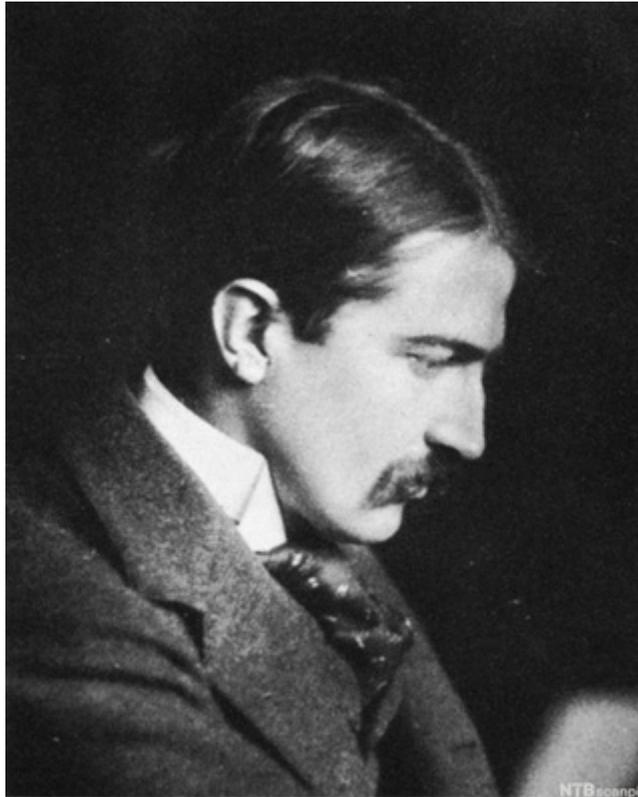
—¿Los qué? —preguntó el padre, animado de repente por una rabia atronadora—. ¿Los qué?

La inquietud de Caspar encontró una especie de vía de escape en la mera palabrería irresponsable.

—Bueno, sabe, los otros hombres, ¿sabe usted? No me llevaría bien con ellos, ¿sabe? En cierto modo son peculiares, raros. No los entendí ni ellos me comprendieron a mí. De alguna manera, no conectamos. Son una panda de raros. Tienen ideas extrañas. No sé exactamente cómo decirlo, pero, de algún modo, no me gustan. Eso es todo. Son buenos tipos, lo sé, pero...

—Vaya, Caspar —interrumpió el senador. Luego pareció sopesar un asunto importante—, supongo... —hizo una nueva pausa considerándolo profundamente— supongo... —encendió otro purito—, supongo que no vales para nada.





STEPHEN CRANE. Novelista y poeta estadounidense, uno de los primeros exponentes del estilo naturalista. Crane nació el 1 de noviembre de 1871, en Newark (Nueva Jersey), y estudió en las universidades de Lafayette y Syracuse. En 1890, se marchó a Nueva York para trabajar por su cuenta como reportero de los barrios bajos, trabajo que junto a su pobreza le proporcionaría material para su primera novela, *Maggie, una chica de la calle* (1893). La novela, que hubo de publicar a su costa con el seudónimo de Johnston Smith, mereció los elogios de los escritores Hamlin Garland y William Dean Howells, pero no tuvo éxito. En cambio, la siguiente, *La roja insignia del valor* (1895), fue reconocida internacionalmente como un estudio psicológico, realista y profundo de un soldado joven en la Guerra Civil estadounidense. A pesar de que nunca vivió experiencias militares, la descripción de las duras pruebas de combate que revelaba en su obra indujo a varios periodistas estadounidenses y extranjeros a contratarle como corresponsal en las guerras entre Grecia y Turquía (1897) y España y Estados Unidos (1898). En 1896, el barco en el que acompañaba a una expedición de Estados Unidos a Cuba naufragó, desastre que le hizo pasar tales privaciones que le ocasionaron una tuberculosis, experiencias que narra en el libro de cuentos *El barco abierto y otros relatos* (1898). En 1897, se estableció en Inglaterra donde hizo amistad con los escritores Joseph Conrad y Henry James.

Las descripciones naturalistas de Crane son pesimistas y brutales, pero la crudeza de su realismo está mitigada por el encanto poético y la franqueza de los personajes. Crane también fue un innovador de las técnicas poéticas. Sus dos libros de poesía,

Los jinetes negros y otros versos (1895) y *La guerra es amable y otros poemas* (1899), son ejemplos pioneros e importantes de verso libre. Otras obras son *Servicio activo* (1899), *Relatos de Whilomville* (1900) y *Heridas en la lluvia* (1900). En 1954 se publicó su correspondencia. Escribió un total de doce libros antes de morir, a los 28 años, el 5 de junio de 1900, en Badenweiler (Alemania).

Notas

[1] Canción escrita en 1814 por Francis Scott Key. Se hizo tan popular que en 1931 acabaría siendo declarada himno nacional por el Congreso de los Estados Unidos (Nota de los traductores). <<

[2] En español en el original (Nota de los T). <<

[3] En español en el original (Nota de los T). <<

[4] En español en el original (Nota de los T). <<

[5] Antonio Maceo, militar insurgente: mulato, héroe de los independentistas cubanos. Dejó dicho: «La libertad no se mendiga, se conquista con el filo del machete» (N. de los T). <<

[6] Célebre batalla de la guerra de Secesión norteamericana en la que en julio de 1863 los federales detuvieron definitivamente el avance de los sudistas sobre Pennsylvania (N. de los T). <<

[7] Cuadro de Dante Gabriel Rossetti, 1828-1882 (N. de los T). <<

[8] Pascual Cervera y Topete (1839-1909), contraalmirante al mando de la escuadra española en la Guerra de Cuba (N. de los T). <<

[9] Cita de Shakespeare, Romeo y Julieta (N. de los T). <<

[10] Del inglés Spinachers: españoles en despectivo (N. de los T). <<

[11] Frase original con doble sentido e imposible traducción, como el título del cuento: *his private madhouse* lo traducimos como su propio manicomio o manicomio privado, pero también significa manicomio de soldados rasos (N. de los T). <<

[12] The Minstrel boy, canción escrita por el nacionalista irlandés Thomas Moore (1779-1852), popularizada entre los norteamericanos de origen irlandés durante la guerra civil norteamericana: «El pequeño trovador partió a la guerra / en las filas de la muerte lo encontraréis; / la espada de su padre lleva ceñida, / atrás dejó su arpa solitaria» (N. de los T). <<

[13] Versión de S. Lucas, 2.8 (N. de los T). <<

[14] Semanario norteamericano de amplia difusión en 1898, conocido por su oposición a la guerra (N. de los T). <<

[15] Ciudad de Alaska (N. de los T). <<

[16] Cóctel, típicamente norteamericano, consistente en *bourbon* y menta (N. de los T). <<

[17] En español en el original (N. de los T). <<

[18] En español en el original (N. de los T). <<

[19] Se refiere al Paseo del Prado de la capital cubana (N. de los T). <<

[20] El nombre del café hace referencia al capitán general Miguel Tacón, que construyó el Paseo del Prado durante su mandato, entre 1834 y 1838 (N. de los T). <<

[21] En español en el original (N. de los T). <<

[22] Ejército insurgente cubano contra los españoles (N. de los T). <<

[23] Conocida cadena norteamericana de restaurantes (N. de los T). <<

[24] En español en el original (N. de los T). <<

[25] Mezcla entre militar y policía de La Habana (N. de los T). <<

[26] En español en el original (N. de los T). <<

[27] Escena protagonizada por el conejo de Alicia en el País de las Maravillas (N. de los T.). <<

[28] En español, textualmente, en el original (N. de los T). <<

[29] En español, textualmente, en el original (N. de los T). <<

[30] Se refiere, obviamente, al ajusticiamiento mediante garrote vil (N. de los T). <<

[31] Museo de Washington DC (N. de los T). <<

[32] En español en el original (N. de los T). <<

[33] James Fenimore Cooper —1789-1851—, novelista norteamericano, autor de libros de viajes, considerado como el primer gran autor de la narrativa de su país; entre sus obras destaca *El último mohicano* (N. de los T). <<

[34] Una marca de cerveza (N. de los T). <<

[35] «Jinetes duros». Soldados de fortuna que se sumaron al ejército norteamericano que en 1898 intervino en la guerra de Cuba. Tenían como segundo jefe al teniente coronel Theodore Roosevelt, futuro presidente. Era un cuerpo de voluntarios que procedía esencialmente del Oeste norteamericano, concretamente de Nuevo México; *cowboys* reclutados entre cazadores, vaqueros y rancheros. Entre ellos había algunos indios, ávidos de las ganancias que les reportaría su participación en la contienda bélica. La portada de este libro recoge la carga de los «rough riders» en la colina de San Juan, con Roosevelt al frente (N. de los T). <<

[36] El 1 de julio de 1898 las tropas americanas, bajo mando del general Lawton, sitian desde primeras horas de la mañana el fuerte español El Caney, situado a unos seis o siete kilómetros de Santiago y lo rinden a la caída de la tarde. Unos cinco mil soldados norteamericanos, bien equipados y alimentados, apoyados por artillería, y reforzados por unos cuatrocientos mambises, ocuparon el fuerte. Unos quinientos cuarenta soldados españoles, cansados, enfermos y mal comidos, ofrecieron una tenaz resistencia que no cesó hasta que cuatrocientos cuarenta y cuatro de ellos perecieron (N. de los T). <<

[37] The Bloody Bend, lugar estratégico para la toma de la colina de San Juan en el que los norteamericanos sufrieron numerosas pérdidas (N. de los T). <<

[38] William Shafter, jefe supremo del ejército norteamericano destinado en Cuba (N. de los T). <<

[39] Barco norteamericano hundido por la escuadra naval española (N. de los T). <<

[40] La Bandera de Estrellas Centelleantes, himno nacional de Estados Unidos. Véase nota 1 de la página 38 (N. de los T). <<

[41] Georges Boulanger (1837-1891), general y político populista francés, muy conocido en su época. Logró una sonada victoria en las elecciones parciales celebradas en su país entre 1888-1889, en las que consiguió aglutinar el apoyo de todos los sectores descontentos con el Gobierno de Francia (N. de los T). <<

[42] El general Shafter era famoso por su obesidad (N. de los T). <<

[43] Localidad turística de Nueva Jersey (N. de los T). <<

[44] Referencia al poema Oonts, de Rudyard Kipling (N. de los T). <<

[45] Probablemente alude a la novelista británica Mary Cholmondeley, 1859-1925 (N. de los T). <<

[46] Luis Pando, general del ejército español en Cuba (N. de los T). <<